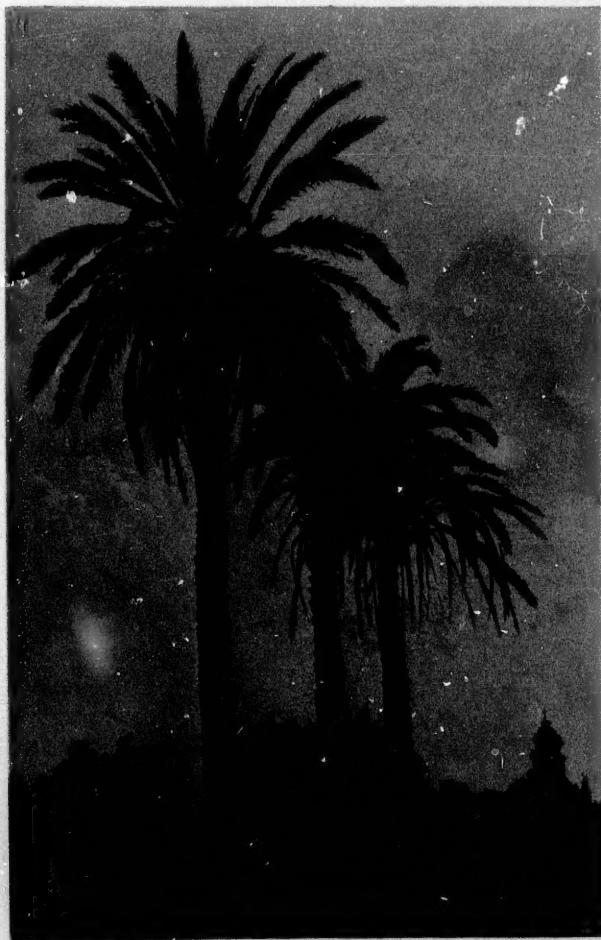




MISSION OF SAN BUENAVENTURA.

NOTICIAS

DE LA

NUEVA CALIFORNIA,

ESCRITAS POR EL

REV. PADRE FR. FRANCISCO PALOÚ.

TOMO II.

LIBRARY OF CONGRESS
1892
[CALIFORNIA HISTORICAL SOCIETY'S PUBLICATION.]
CITY OF WASHINGTON.

SAN FRANCISCO.

IMPRESA DE EDUARDO BOSQUI Y CIA.

1874.

F864

.P2
Office

PARTE SEGUNDA.

*Espediciones que se hicieron para la conquista
de Monterey, el éxito de ellas y fundacion
de las cinco primeras misiones.*

INTRODUCCION.

Al mismo tiempo que el Exmo. Sr. marqués de Croix, virey y capitán general de la Nueva-España, recibió la real orden de S. M. (que Dios guarde) para practicar la espulsion de los reverendos padres de la Compañía de Jesus de todas las provincias de la Nueva-España siendo una de ellas la península de California, en donde tenian dichos padres misioneros que administraban desde el último siglo inmediato de 1600, y que por lo muy apartada del continente de la Nueva-España, y falta de comercio con los naturales y habitantes de ella, carecia de noticias del estado de dicha península y que teniendo sus esteriores costas en el mar del Sur ó Pacífico podria ser invadida por los Rusos que habian hecho varias tentativas por dichas costas, le ocurrió

el enviar á dicha península un gobernador político y militar para que despues de ejecutada la espulsion de los padres, la mantuviera bajo la obediencia de nuestro católico monarca, la conservara en paz é hiciera observar la mayor vigilancia sobre sus costas, y diera aviso de cualquier novedad que ocurriese; para cuyo empleo nombró al capitan de dragones, D. Gaspar de Portola, quien se embarcó con un destacamento de veinte y cinco soldados de su regimiento y un alférez y otro de Migueletes con su teniente, todos á su mando para cualquiera novedad que ocurriese.

No satisfecho con esta providencia el vigilante celo de dicho Exmo. Sr. virey, premeditó enviar á dicha península sujetos inteligentes que se dedicasen únicamente á reconocer todo lo descubierto de la península, para informarle del estado de las misiones que en ella habian establecido los padres jesuitas, el número de los naturales de ellas, sus cualidades, costumbres y modo de vivir, y de la produccion de los frutos de la tierra. Qué poblaciones de españoles y gente de razon habia establecidas y principalmente la calidad y naturaleza de sus costas, puertos y mares, para dar en virtud de los verídicos informes, las órdenes y providencias conducentes al fomento de las misiones y poblaciones, medio eficaz para poner la península en estado de defensa contra cualquier insulto ó invasion de enemigos. Conoció S. E. que para el acierto de las providencias eran necesarios estos previos informes y que fuesen de personas inteligentes y celosas del

bien de la corona y nacion, como tambien de los intereses del real erario para que no se aumentasen gastos sin necesidad y que de la eleccion de dichos sujetos dependia todo el acierto de un asunto tan importante.

Comunicólo al Illmo. señor visitador general D. José de Galvez que se habia ofrecido el ir personalmente con la tropa á la provincia de Sonora á pacificar los indios levantados en el Cerro Prieto; y en cuanto este celoso ministro oyó el pensamiento de S. E. se ofreció gustoso á pasar tambien á la California para informarlo á satisfaccion de lo mucho que igualmente juzgó muy oportuno é importante al real servicio tanto ó mas que la pacificacion del Cerro Prieto, á que antes se habia ofrecido; admitió S. E. la oferta y dándole todas sus veces tanto en lo militar, como en lo político, á fin de que segun la necesidad y ocurrencia aplicase las oportunas providencias, dispuso dicho Illmo. señor visitador general su viaje saliendo de México por Abril de 768.

Antes de llegar al puerto de San Blas recibió el señor visitador general pliegos de México, en que el señor virey le incluia la orden que acababa de recibir de la corte, en que le encargaba S. M. el cuidado y vigilancia en cuidar de las costas de la California, por los Rusos, que acababan de hacer una tentativa, y que para atajar el intento que podria moverlos á ello, convenia el que se procurase poblar el famoso puerto de Monterey, ó á lo menos, por de pronto, el de San Diego; con esta orden que le incluia le encargaba de

nuevo este asunto tan importante á la corona de nuestro rey, añadiéndole, al mismo tiempo S. E., que dejaba en manos de su Illma., y á su arbitrio, el aplicar todos los medios que juzgase mas oportunos para conseguir el deseado fin de S. M.

En vista de estos superiores encargos y el empeño con que S. M. deseaba asegurar los puertos de Monterey y San Diego, para asegurar las costas exteriores de la California é impedir que por ella se le metiesen los Rusos, ú otra cualquiera de las naciones, arbitró la alta comprension del señor visitador general el hacer dos expediciones una por mar, que saliese del puerto de la Paz en la península de California y la otra por tierra, que saliese del real presidio de Loreto para que ambas se juntasen en el puerto de San Diego, y despues de poblado éste, siguiesen ambas expediciones á ocupar el de Monterey.

Para la expedicion de mar se hallaba solo con los dos paquebotes que se acababan de construir nombrado el uno el San Carlos y el otro San Antonio, (álias el Príncipe) que en la actualidad se hallaban ocupados en el transporte de la tropa que iba á sujetar los indios sublevados en la Sonora; y para la de tierra solo tenia en la California la compañía de los soldados de Cuera. Conociendo cuanto importaba la celeridad en resoluciones semejantes dejó ordenado, á fin de no perder tiempo, al comandante de San Blas, que luego que llegaran los paquebotes los repararan si lo juzgase necesario, los pertrecharan y cargaran de todo

lo necesario para la empresa; mandando, asimismo, que despues de prevenidas todas las dichas cosas y demas que se juzgase por conveniente los despachasen para el puerto de la Paz de la California donde los esperaria para despacharlos.

Concluidas estas providencias partió su señoría ilustrísima del puerto de San Blas, embarcándose en la balandra nombrada la Sinaloa el 24 de Mayo de dicho año aunque los tiempos contrarios no le dieron lugar á llegar á la California hasta el 6 de Julio; y mientras llegaban dichos paquebotes que se tardaron mas de lo ordinario por razon de los tiempos contrarios, se empleó su Illma. en informarse del estado de la península, de sus misiones y naturales, y en dar las providencias que le parecieron mas convenientes para el bien de la tierra, como dije en la primera parte.

Aunque las expediciones le llevaban la atencion, y para que á la llegada de los barcos á la California no hubiera la menor detencion para la salida, así para la de mar como la de tierra, dió eficaces providencias para que todo lo que habia de ir con la expedicion de mar se aprontase en el puerto de la Paz, y lo que habia de ir con la expedicion de tierra, se trasportase á la última mision de la frontera del Norte de la California nombrada Santa María.

Nombró para la expedicion á D. Vicente Vila, piloto de la armada de S. M. y de segundo á D. Juan Perez, práctico y piloto de

estos mares, que tenia hecho varios viajes en la nao de Filipinas: éste fué nombrado capitán del paquebot San Antonio (álias el Príncipe) y el primero del de San Carlos que iba de capitana.

Y para la expedicion de tierra nombró de primer comandante el señor gobernador D. Gaspar de Portola, que voluntariamente se ofreció ir á la empresa, y de segundo comandante al Sr. D. Fernando Rivera y Moncada, capitán de la compañía de Cuera del real presidio de Loreto, dando ambos las instrucciones necesarias para todo, disponiendo que la expedicion de tierra saliese dividida en dos trozos; que en el primero fuese el Sr. capitán con todos los soldados y gente que juzgase necesaria, y que despues saliese el Sr. gobernador en el segundo trozo, destinando la mision de Santa María para punto de partida de la gente que habia de ir por tierra.

Nombró al señor capitán de comisario para que reclutase la gente y nombrase los que habian de seguir á la expedicion como práctico que era en la península, encargándole asimismo que se fuese cuanto antes para el Norte, de mision en mision, y que sacase de ellas todas las mulas de silla y de carga, caballos y ganado vacuno que juzgase conveniente para el viaje, como tambien los frutos, carnes y maices y demas que fuese necesario para la expedicion de tierra, dejando en cada mision recibo de cuanto sacase para satisfacer el importe de ello; encargándole toda la brevedad posible para estar prevenido todo lo necesario

en la frontera de Santa María, para que en cuanto le enviase la orden saliese en solicitud del puerto de San Diego, en inteligencia de que la expedicion de mar llevaria la orden de esperar solo veinte dias en dicho puerto á la de tierra y si no llegaba, pasar al puerto de Monterey y de no estar á tiempo en San Diego la expedicion de tierra se le podian seguir grandes atrasos. Salió con estas comisiones el señor capitán del real de Santa Ana por el mes de Agosto, y practicó en todas las misiones la diligencia encomendada por su señoría ilustrísima, sacando de ellas todo lo que queda espresado en la primera parte.

Por el mes de Octubre fué el reverendo padre fray Junípero Serra al real de Santa Ana á tratar con su Illma. sobre las misiones que se habian de fundar, y qué número de religiosos habian de ir con las expediciones, y quedaron en que con las expediciones de mar irian tres, y otros tres con la de tierra y que por de pronto se fundasen tres misiones: la una de San Diego, la otra de San Carlos en el puerto de Monterey y la otra en el intermedio de los dos dichos puertos de San Diego y Monterey, y que se fundase otra en el paraje de Villacata, diez y ocho leguas de la de Santa María, camino de San Diego, sitio mas á propósito para custodiar los víveres de las misiones dichas, que se irian remitiendo por mar desde el real presidio de Loreto á la bahía de San Luis, salvo que se viese que la mision de Santa María no estaba en sitio á propósito para poderse mantener que en este caso

mudase la de Santa María al sitio dicho de Villacata.

Trataron el modo de las expediciones, el método que se habia de observar en las fundaciones y demas que se podia ofrecer.

Le entregó la memoria de los ornamentos, vasos sagrados y utensilios de iglesia y sacristía, que habia recogido de las dos misiones estinguidas como tambien de lo que habia sacado de las misiones de Todos Santos y de Loreto, encargándole que cuando subiese desde Loreto á Santa María para ir con la expedicion visitando las sacristías de las misiones, sacase de ellas todo lo sobrante y que lo llevase para las misiones nuevas. Todo lo que de ellas se sacó y lo que juntó el señor visitador general que lo remitió con los barcos quedan espresados en la segunda parte del capítulo. Concluidos sus negocios se encaminó para Loreto, donde llegó á últimos de Enero, trayendo cartas para el señor gobernador en que le decia su Illma. se previniese para marchar luego que recibiese el aviso con el segundo trozo de la expedicion de tierra.

Al mismo tiempo de dichas disposiciones, estaba disponiendo en el puerto de la Paz la carga que habian de llevar los dichos dos paquebotes, así para la expedicion de mar, como para llevar á San Diego, para ambas expediciones de mar y tierra que habian de seguir en solicitud del puerto de Monterey. Para cuyo efecto mandó en tiempo hacer matanzas del ganado mayor alzado que hay en el Sur de la California, para que llevasen

sitio dicho de
pediciones, el
ar en las fun-
ofrecer.
s ornamentos,
de iglesia y
e las dos mi-
ien de lo que
es de Todos
le que cuando
María para ir
s sacristías de
do lo sobrante
siones nuevas.
lo que juntó el
remitió con los
segunda parte
negocios se en-
gó á últimos de
señor goberna-
se previniese
se el aviso con
on de tierra.
disposiciones,
to de la Paz la
los dichos dos
licion de mar,
o, para ambas
que habian de
de Monterey.
tiempo hacer
alzado que hay
ra que llevasen

suficiente carne; el mismo encargo llevó el señor capitán para practicar lo mismo en las misiones del Norte, cuya carne habia de servir para las expediciones por tierra hasta San Diego en donde ya encontrarían el socorro que para todos llevarían los barcos. Entretanto llegó á la Paz el destacamento de la tropa, que habia pedido el Illmo. Sr. visitador al comandante de Guaymas, D. Domingo Elizondo. Componíase de veinticinco hombres de la compañía franca de voluntarios de Cataluña mandados de su teniente Don Pedro Fages, á fin de que fuese por mar, para lo que se ofreciese haber de usar de la fuerza por hallarse oposicion ó resistencia en el desembarco en el puerto de San Diego, Monterey ó algun otro paraje donde la necesidad ó casualidad obligase á tomar tierra.

Tardaban ya mas de lo ordinario los dos paquebotes, los que esperaba su señoría ilustrísima ya con impaciencia para que no se perdiese la ocasion del buen tiempo y estacion favorable al viaje que se intentaba. Llegó el primero el San Carlos á principios de Diciembre al puerto de la Paz, despues de una trabajosa navegacion en que batallando y forcejando contra los vientos, se maltrató en la jarcia y llegó al puerto haciendo agua, accidente que obligó á su señoría Illma. que mandase descargar y carenar de nuevo, á cuyas maniobras asistió personalmente el Sr. visitador. Luego que lo vió concluido mandó cargarlo de la carga que habia traído del puerto de San Blas como de las demas que dicho ilustrísimo señor

tenia prevenida, para que cuanto antes se hiciese á la vela sin esperar al Príncipe que tardaba, y presumia que se le habia de hacer la misma maniobra, como de facto así sucedió; por cuyo motivo no pudieron salir de convoy como antes tenia determinado, motivándole á ello el considerar que el primer trozo de la expedicion, segun las órdenes que habia despachado, podria haber salido de la frontera de Santa María, y si llegaba antes que los barcos al puerto de San Diego, podia suceder algun atraso; que al socorro de ambas expediciones atendia con vigilancia el celo de su señoría ilustrísima.

CAPITULO I.

Sale el paquebot San Carlos para el puerto de San Diego.

Estando todas las cosas aprestadas para el viaje por lo que tocaba á este paquebot que iba de capitana, señaló su señoría ilustrísima el dia 9 de Enero de 1769 para la salida, en cuyo dia se dispusieron todos con los santos sacramentos de confesion y comunion, y concluida la misa, estando todos los que se habian de embarcar juntos, les hizo su ilustrísima un discreto y tierno parlamento, encargándoles el negocio en nombre de Dios y del rey y de su virey en la Nueva-España, los enviaba que se dirijia á poner entre la gentilidad de San Diego y Monterey, el estandarte de la Santa

Cruz, y que para facilitar y conseguir el deseado fin, les encargaba la paz y union entre todos y la obediencia y respeto á los mayores, y principalmente al padre misionero fray Hernando Parron, que iba para el consuelo de todos, que lo atendiesen, amasen y respetasen; y concluida dicha tierna exhortacion, se despidieron tomando dicho padre misionero la bendicion del reverendo padre presidente que asistió é hizo la bendicion al barco y banderas; se fué á bordo en compañía del señor comandante de mar D. Vicente Vila, capitan de dicho paquebot San Carlos, insigne piloto; del señor teniente de los voluntarios D. Pedro Fages con sus veinte y cinco soldados; de D. Miguel Constanzo, alférez de ingenieros como cosmógrafo para demarcar y pintar los puertos y tierras que fuesen descubriendo, y en el puerto de Monterey delinear el real presidio que se habia de fundar, y de D. Pedro Pratt, inteligente cirujano de los reales ejércitos de S. M., para lo que se ofreciese. Se hicieron á la vela el dia 9 de Enero, saliendo de la Paz para el Cabo de San Lucas, de donde habian de salir para tomar la navegacion para el puerto de San Diego.

El mismo dia y á un mismo tiempo se embarcó tambien el señor visitador general en la Concepcion para el Cabo de San Lucas, porque habiendo recibido aviso de que el segundo paquebot no podia montar el pulmo, determinó el que fuese al Cabo que desde allí lo despacharía; con esto su señoría ilustrísima logró el acompañar el primer barco de la expedicion de

to antes se
Príncipe que
bia de hacer
así sucedió;
r de convoy
otivándole á
trozo de la
e habia des-
a frontera de
e los barcos
ceder algun
espediciones
e su señoría

el puerto de

tadas para el
aquebot que
a ilustrísima
la salida, en
n los santos
union, y con-
que se habian
ustrísima un
argándoles el
el rey y de su
viaba que se
dad de San
de la Santa

mar hasta el Cabo de San Lúcas ya que no podía lograr el ir hasta Monterey como deseaba, según me escribió desde la Paz con fecha del mismo día 9 de Enero, y tuve el gusto de verlo cruzar con viento favorable delante del Cabo de San Lúcas el día 11 de dicho mes de Enero.

Desocupado el señor visitador general del despacho del primer paquebot puso mano al segundo que lo había de seguir que era el San Antonio (alias el Príncipe) que llegó casi de la misma manera que el primero, al Cabo de San Lúcas, y fué preciso descargar y recorrerle las costuras, por donde hacia agua, y después de cargado y dispuesto todo lo necesario para el viaje, señaló su Ilma. con mucho acierto que fuese su salida el día 15 de Febrero, que siendo el día de la traslación del señor San Antonio de Pádua se podía con confianza asegurar que con toda felicidad trasladaría su barco al deseado puerto.

CAPITULO II.

Sale del Cabo de San Lúcas el paquebot San Antonio (alias el Príncipe), su viaje y llegada al puerto de San Diego.

Deseoso el ilustrísimo señor visitador general de conseguir el deseado fin de que llegase toda la expedición de mar con felicidad, á los deseados puertos de San Diego y Monterey,

puso de su parte los medios para conseguirlo, y como el principal es la disposicion del alma y los ruegos á Dios y al patron que habia elegido para ambas espediciones, que es el Santísimo Patriarca Señor San José, teniendo encargado y pedido por carta cordillera á todos los misioneros rogasen á Dios por la felicidad de las espediciones, les encargó con toda especialidad que el dia 19 de cada mes se cantase una misa solemne al santísimo patriarca, patron de las espediciones, concluyéndola con la letanía de los santos para rogativa, y dispuso que igualmente se dispusiesen los que se habian de embarcar en este segundo barco, confesando y comulgando, como lo hicieron el dicho dia 15, celebrando el santo sacrificio de la misa los dos padres fray Juan Viscaino y fray Francisco Gomez que habian de ir en dicho barco; y concluida la misa que se cantó de rogativa para la felicidad del viaje, les hizo semejante exortacion que á los primeros, con la que animados se fueron á embarcar acompañados del señor capitan de dicho barco, segundo comandante de mar D. Juan Perez y de los oficiales subalternos y tripulacion con algunos oficiales de herrero y carpintero que iban para las obras, que se ofreciesen en San Diego y Monterey; hízose á la vela y salieron del puerto de San José del Cabo con toda felicidad.

Esta misma lograron en el viaje en que tardaron cincuenta y cuatro dias; hicieron aguada en una de las islas del canal de Santa Bárbara que estaba poblada de gentiles, y en

cuanto se arrimó la lancha ocurrieron los de una ranchería, que estaba inmediata á la playa recibiendo los con grandes demostraciones de alegría, regalándoles pescado que tenían en abundancia, metiéndose en ayudar á hacer la aguada hasta las mujeres; correspondiéndoles con abalorios y cuentas de vidrio que mucho apreciaron. Quisieron los padres misioneros saltar á tierra á visitar la ranchería y fueron bien recibidos de los gentiles y regalados de pescados, á lo que correspondieron con unos hilos de abalorios. Concluida la aguada se volvieron al barco ya tarde con la determinacion de hacerse á la vela la mañana siguiente; por la noche se acordó, habia dejado por olvido el bordon en la ranchería y luego lo dieron por perdido por la cruz que él traia, que por ser de fierro y haber conocido lo mucho que codiciaban este metal; pero fueron tan fieles que al amanecer vieron que iba á bordo una de las canoitas de la isla, y que uno de los gentiles llevaba en la mano el bordon con la santa cruz, y subiendo á bordo lo entregó á dicho padre, el que despues de agasajado se volvió á la isla, por cuyo motivo fué llamada la isla de la Santa Cruz y por tal es conocida desde entonces.

Salieron de dicha isla, y viéndose en la altura de treinta y cuatro grados y cuarenta minutos, fueron bajando en busca del puerto de San Diego en donde llegaron; entraron con felicidad y dieron fondo el dia 11 de Abril, no hallando en él la capitana que habia salido mas de un mes antes que ellos. No tuvieron

en el
de la
corbu
de cu
torbo
no m
gent
órde
dias,
tierr
no p
tierr
Mon

Lleg

I
dias
esp
de
toc
por
no
sue
mi
pu
cor
de
ve
ha
ni

en el viaje la menor novedad; solo algunos de la tripulacion se sintieron heridos del escorbuto ó mal de loanda, aunque no fué cosa de cuidado; desembarcaron sin el menor estorbo de los indios naturales del puerto, que no muy retirado de él habia una ranchería de gentiles que poco se comunicaron. Traian la orden de esperar un barco, ú otro, solo veinte dias, y lo mismo en cuanto á la expedicion de tierra, de modo que si á los veinte de llegados no pareciese el otro barco ó la expedicion de tierra debian salir en busca del puerto de Monterey.

CAPITULO III.

Llega á San Diego el paquebot San Carlos.

Ibase ya cumpliendo el tiempo de los veinte dias de esperar al barco San Carlos y á la expedicion de tierra sin tener la menor noticia de ellos, ni la menor señal de que hubiera tocado en dicho puerto, dando por seguro que por algun accidente quedaban atrás; sentian no esperarlos porque consideraban el desconsuelo que habian de tener, pero el cumplimiento de las órdenes les obligaba á salir del puerto el dia primero de Mayo cumpliendo con dejarles escrita una carta enterrada al pié de una cruz, diciendo que habian esperado los veinte dias y que no teniendo razon de ellos habian seguido el viaje para Monterey. Teniendo determinada ya la salida para dicho

dia quiso Dios que se viese el San Carlos el dia 29 de Abril que se cumplieron diez y nueve dias de anclado el navío San Antonio, cuya vista alegró á todos y suspendió ya la salida del primero.

El dia 30 dió fondo la capitana en el puerto de San diego, habiendo gastado en el viaje desde el Cabo de San Lúcas ciento diez dias. Viendo el capitan del San Antonio, que no echaba la lancha á la mar estando ya dentro del puerto, receloso de alguna novedad despachó la suya y se hallaron con la no menos de estar toda la gente apestada, tripulacion, soldados y voluntarios heridos de dicha enfermedad é imposibilitados de trabajar, por cuyo motivo no habian echado la lancha al llegar. Luego dió mano que la tripulacion del San Antonio pasase á bordo de la capitana para desembarcar á los enfermos y á formar en la playa unas tiendas de las velas para enfermeria, ejercitando todos la caridad, y el cirujano su oficio, y en estremo diligente en la que no tuvo igual á voz de todos los que se componia la espedicion.

Como venia apestado el barco y los mas heridos del accidente ó casi todos salvo el padre misionero, capitan y oficiales, en breve cundió en la tripulacion del Príncipe, de modo que en breve se vió casi toda la gente herida del dicho accidente del escorbuto, de que murieron trece de los soldados voluntarios, y de la tripulacion del San Carlos solo quedaron cinco vivos y del paquebot San Antonio quedaron con vida siete, aunque todos quedaron

heridos de dicho accidente, y quiso Dios conservarles á los doce la vida para que no quedasen ambos barcos imposibilitados de salir del puerto.

La causa de agravarse mas la enfermedad á la tripulacion de la capitana lo atribuian á la aguada que se vieron precisados á hacer en la isla de Cerros, que fué tan mala que con ella nada se podia guisar, porque salia la carne mas dura que antes de ponerla en la lumbre, y lo mismo sucedia con la miniestra; y como bebian de dicha agua por falta de otra se agravaron los que ya se hallaron heridos y prendió la peste en los demas; no siguió este paquebot la misma derrota que el San Antonio, por cuya causa no se encontraron hasta entrar en el puerto, porque aunque ambos subieron la misma altura, el San Antonio siguió el rumbo del canal entre las islas y tierra firme y la capitana por afuera mar adentro. Por lo dicho de la enfermedad ya no hablaron de navegar para Monterey sino de esperar la expedicion de tierra aunque tardase mas del tiempo señalado por su ilustrísima, mas de veinte dias.

CAPITULO. IV

Viaje del primer trozo de la expedicion de tierra.

Ya dije en la introduccion que quedó acordado por el señor visitador y el reverendo padre presidente que irian tres misioneros con la expedicion de tierra, y siendo señalado uno de ellos, el padre predicador fray Juan Crespi, ministro misionero que era de la mision de la Purísima de Cadegomo, que habia once meses que la administraba, en cuanto recibió la orden del reverendo padre presidente para subir á Santa María á incorporarse con el primer trozo de la expedicion que iba al mando del señor capitan de la compañía de Cuera, D. Fernando Rivera, se salió de la dicha mision de la Purísima el dia 26 de Febrero, y procurando no perder tiempo en el camino, llegó á Santa María el dia 20 del mes de Marzo. Hallando que el señor capitan con todos los demas de su comitiva pasó al sitio nombrado de Villacata distante como diez y ocho leguas de Santa María á fin de que se recuperasen las caballerías y bestias mulares por ser sitio mas proveido de pastos, pasó con la posible brevedad á dicho sitio, á donde llegó el dia 22 de dicho mes y halló que ya tenia el señor capitan dispuesta la salida para el dia siguiente, 24 de dicho Marzo; toda la gente pronta y

preparada para la salida, habiendo ya confesado y comulgado (para ese fin fué desde Santa María el padre prior fray Fermin Lauzen convidado por el señor capitán) y todas las cargas de víveres para el viaje dispuestas. Descansó dicho padre misionero el día 23, en Jueves Santo.

Componíase la expedición del señor capitán, de veinte y cinco soldados de Cuera de la compañía del real presidio de Loreto, de Don José Cañizarer, pilotin que iba con destino de hacer las observaciones de la altura y del polo y demarcar los rumbos que habían de seguir, de tres arrieros para la recua, y de cuarenta y dos indios cristianos neófitos de las tres últimas misiones de la California, para lo que se ofreciese de abrir caminos y componer los malos pasos que se encontrasen en el tránsito no conocido ni jamás andado.

El día 24 de dicho mes de Marzo salió la expedición en nombre de Dios de dicho paraje, y porque intento copiar después el diario omito por ahora pasando á la llegada en el puerto de San Diego, que fué el 14 de Mayo de 1779, día primero de la Pascua de Espíritu Santo.

En cuanto divisaron el puerto, y vieron en él anclados los dos paquebotes, fué grande la alegría que tuvieron, esplicándola con festivos tiros de las escopetas para saludar á la expedición de mar, la que luego correspondió con la artillería de ambos barcos, y los salieron á recibir los tres padres que allí se hallaban, y todos los oficiales que se hallaban libres de la

enfermedad del escorbuto. Comunicáronse unos á otros los trabajos que en el viaje habian padecido y el estado en que se hallaba la tripulacion y tropa, muchos que habian muerto y que los mas se hallaban muy malos. Refrieron los de la espedicion de tierra razon como ya vendria caminando el señor gobernador y comandante, D. Gaspar de Portola, y el reverendo padre presidente con el segundo trozo de la espedicion, y con esta noticia resolvieron esperar interin podian sanar y convalecer todos los enfermos para seguir despues á Monterey. Mientras llegaba el segundo trozo se emplearon los sanos en asistir y cuidar á los enfermos, y los cuatro misioneros en consolarlos, sacramentarlos y asistirlos en cuanto podian y les dictaba la caridad, habiendo lugar al mismo tiempo para explorar la tierra y registrar los sitios y cañadas, de lo que se hablará en el diario, pasando por ahora al viaje del segundo trozo de la espedicion de tierra.

CAPITULO V.

*Viaje del segundo trozo de la espedicion de tierra
en que iban el señor comandante y gober-
nador Don Gaspar de Portola y el
reverendo padre presidente
Fr. Junipero Serra.*

Para el complemento de la espedicion de tierra ordenó su Illma. que á principios de Marzo saliese del real presidio de Nuestra

Señora de Loreto el señor gobernador comandante de la península de California, D. Gaspar de Portola, con los misioneros que restaban de los señalados, como comandante en jefe de ambos trozos de la expedición de tierra, con el residuo de soldados, bastimentos y demás menesteres para tan árdua y dilatada empresa; y en cumplimiento de dicha orden salió el espresado gobernador del real presidio de Nuestra Señora de Loreto, en 9 de Marzo con su comitiva, y aunque el reverendo padre presidente fray Junípero Serra, estaba en ánimos de seguir con dicho señor gobernador, no pudo salir tan breve, prometiendo hacerlo con la posible brevedad (como después lo hizo): y para el interin destinó para seguir al señor gobernador el padre predicador fray Miguel de la Campa, ministro que era de la misión de San Ignacio, quien, así que dicho señor, llegó á su misión dejándola á cargo del padre predicador fray Juan de Medina Beytia, se agregó y siguió á dicha expedición, la que con dicho padre fué siguiendo hasta la frontera de Santa María de los Angeles, en donde les fué preciso hacer larga detención en espera de los bastimentos que iban desde Loreto por mar con lanchas hasta la bahía de San Lucas, y de allí con mulas á la dicha misión frontera, en la que tuvieron tiempo de componer el hato, y de que se les juntase el reverendo padre presidente.

El que salió de dicho real presidio el 28 de Marzo, tercero de Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, después de haber celebrado

una devota y solemne semana santa cual nunca la habian visto los Californios, y haber cantado la misa el día de Pascua, y predicado en ella su tierna plática de despedida, día en que puntualmente cumplía un año eclesiástico de haberles predicado la primera, tomando posesion de lo espiritual de dicha mision, y en los dos dias siguientes celebrado el santo sacrificio de la misa á Nuestra Señora de Loreto patrona de la península, pidiendo su proteccion para una caminata tan difícil.

Salió dicho día 28 y el mismo día tuve la dicha de tenerlo en la mision de San Javier, y que se detuviese en ella tres dias, á fin de tratar y conferir lo que convenia sobre las misiones de la California que en ausencia suya quedaban á mi cargo por determinacion de nuestro colegio y para informarme de todo lo perteneciente á aquellas misiones era preciso alguna demora. Visitó la iglesia y sacristía y apartó lo que le pareció sobrante, para que se lo remitiese al puerto de San Diego para las misiones junto con lo demas que apartaria de las demas misiones, y de paso dejaria encargado á los ministros me lo remitiesen.

Concluidas estas diligencias se despidió de mí causándome igual pena al amor que le tenia y cariño, que le debia desde el año de 40, que empezó á ser mi maestro de filosofia, y desde entonces casi siempre habiamos vivido juntos, salvo que la obediencia nos apartase, que fué pocas veces y para corto tiempo; de lo que se puede inferir del amor recíproco que entre maestro y discípulo habria, y de consi-

guiente la pena que á ambos causaria dicha despedida, que fué recelándonos que no nos veriamos hasta la gloria, y hasta la presente que esto escribo no nos hemos vuelto á juntar; pues al llegar yo á esta de Monterey se halla él en México en solicitud de providencias de S. E. para conservacion y fomento de estas misiones aunque espero que en breve me conceda S. M. el darle un estrecho abrazo en esta mision.

Por el dia primero de Abril salió de San Javier para la de San José Cumundú, pasando por todas las misiones salvo por la de Mulege, por estar diez y ocho leguas desviada del camino para las del Norte y de todas las misiones, me escribia todo lo que convenia para mi gobierno como tambien lo que dejaba apartado de las iglesias para las nuevas misiones. Y el dia 5 de Mayo llegó á la mision de Santa María de los Angeles, frontera de la gentilidad en donde encontró al señor gobernador y al padre fray Miguel de la Campa con parte de la comitiva, que habia de seguir el viaje, y la restante que estaba en Villacata pasteando la caballada y mulada que allí habia, pastos de que carecia el sitio de Santa María. No habian todavía concluido el trasportar desde la bahía de San Lucas cargas de víveres para el viaje por cuyo motivo se hubieron de detener algunos dias mas.

En ellos se emplearon en registrar todos los sitios de las cercanías de la mision á fin de resolver, si habia de continuar en dicho sitio la mision, ó si se habia de mudar al de Villa-

cata cuya determinacion habia dejado su Illma. al arbitrio del señor gobernador y del reverendo padre presidente, y enterados de los sitios y de la necesidad que habia de estar poblado el de Santa María por la cercanía de la playa y bahía de San Luis para recibir y custodiar los víveres, que era preciso subir por mar hasta dicha bahía para las nuevas reducciones, fueron de parecer que continuase en dicho sitio la mision aunque fuese con corto número de familias, que con lo que se sembrase y alguna ayuda con que la socorriesen las demas, podrian mantenerse y mucho mas si en el sitio tan ventajoso de Villacata se fundase otra. Quedaron acordes en esta determinacion avisando de ello al señor visitador general y á mí y el propio dia 11 salió el señor gobernador y los padres con el resto de los soldados y llegaron al sitio de Villacata el 13 de Mayo.

CAPITULO VI.

Fúndase la mision de S. Fernando en Villacata.

Habia encargado su señoría Illma. al reverendo padre presidente que en caso de que la mision de Santa María no pudiese subsistir en el sitio de su fundacion la mudase al de Villacata; pero si resolvian permanecer, fundase otra en dicho sitio de que ya dije en el capítulo inmediato que resolvieron continuar la de Santa María y de consiguiente se habia de

pasar á la fundacion de la de Villacata. Tenia este dicho sitio algunos jacalitos hechos en la mansion, que en ellos hizo el señor capitan, y que uno de ellos habia servido de capilla para celebrar el santo sacrificio de la misa, en el que se confesaron y comulgaron todos los del primer trozo de la expedicion. Tuvieron por de pronto poco que hacer para dar principio á dicha mision, y celebrando el dia 14 de Mayo de aquel año de 69, la fiesta del Espíritu Santo, dia en que los apóstoles, despues de haberlo recibido, salieron por la ciudad á predicar el Evangelio dando principio en este dia la ley de la gracia, le pareció al reverendo padre presidente, dia muy propio para la fundacion de esta primera mision. Para esto se aderezó el jacalillo del mejor modo posible. Compusieron el altar y celebró en él el reverendo padre presidente el sacrificio de la misa, asistiendo todos los de la comitiva de la expedicion, y los soldados puestas sus cueras, adargas y las armas en las manos, haciendo sus descargas el tiempo que duró el santo sacrificio de la misa, el que concluido, se cantó el *Veni Creator Spiritus*, y concluido se enarboló el estandarte de la Santa Cruz.

Siendo esta mision la primera que se fundó por estas provincias como primisia de nuestro apostólico colegio, la dedicó al santo patron San Fernando, rey de Castilla, nombrando por su primer misionero al padre predicador fray Miguel de la Campa, quien gustoso recibió este cargo con la esperanza de convertir la mucha gentilidad que en todas las cercanías

habia como le aseguraban los soldados. Entrególe el señor gobernador la quinta parte del ganado vacuno, que de la mision de San Borja habia sacado el señor capitan para dotacion de las misiones nuevas, como habia ordenado el señor visitador general y segun la distribucion le tocaron á esta primera mision cuarenta y seis cabezas, diez becerros y las demas de reses grandes. Asimismo le dejaron cuarenta fanegas de maiz, un tercio de harina, una carga de vizcocho, un poco de chocolate y una poca de carne, como tambien una porcion de higos, pasas y uvas para congradar á los gentiles quedándole por de pronto este socorro mientras que se le remitia desde Loreto mas provision como lo procuré hacer en cuanto me llegó la noticia de dicha fundacion. Dejóle el señor gobernador para escolta solo cinco soldados por la escasez que habia con las expediciones aunque poco despues solicité con el señor gobernador interino que quedaba en Loreto le enviase mas escolta.

Al siguiente dia de la fundacion de dicha mision ya ocurrió una cuadrilla de doce gentiles á quienes agasajaron el reverendo padre presidente que todavía no habia salido, y el padre Campa, como asimismo el señor gobernador y los soldados, los regalaron para atraerlos á la mision; y por el intérprete les dijo el reverendo padre presidente que allí se quedaba el padre que se llamaba Miguel, y que viniesen ellos y los demas gentiles de sus conocidos á visitarlo, y que les avisasen y dijese que no tenian que tener miedo ni

recelo, que el padre les seria muy amigo, y que aquellos señores soldados que allí quedaban con el padre les harian mucho bien, y no les harian el menor perjuicio, que no venian á quitarles la tierra ni á sus mujeres, y sí únicamente á enseñarles para que haciéndose cristianos se salvaran. Que procurasen no hacer daño ni hurtasen ninguna de las reses que iban por el campo, sino que en teniendo necesidad viniesen á pedir al padre y les daria siempre que pudiese. Estas y otras semejantes razones atendieron muy bien y dieron muestras de asentir á todo, de suerte que les pareció que caerian en breve á la red apostólica y evangélica como así sucedió; pues por el día 18 de dicho mes de Mayo tenia el padre misionero en instruccion á cuarenta y cuatro gentiles entre hombres, mujeres, muchachos y muchachas que en breve les instruyó y bautizó con los que dió principio á dicha mision.

Hallábase dicho padre misionero en cuanto salió la espedicion con el desconsuelo de encontrarse entre tanta gentilidad solo, y que el misionero mas inmediato que tenia era el de la mision de San Borja que distaba como sesenta leguas de camino, solo poblado de gentilidad, y con la carga de haber de administrar á los indios de Santa María que se quedaba sin ministro por la falta de misioneros; pero todo lo soportaba el fervor, celo y robustez de dicho padre Campa, tomando el trabajo de ir á reconciliarse hasta la mision de San Borja ó á lo menos hasta la medianía del camino de las dos misiones, en que solian de

tanto en tanto juntarse él y el padre Lauzen, misionero de la de San Borja á consolarse, comunicarse y reconciliarse: añadiéndosele á dicho trabajo las frecuentes salidas por las rancherías en los cerros de Santa María á visitar y confesar á los cristianos enfermos y por las rancherías de los gentiles para atraerlos á la nueva de San Fernando.

Arbitró con su apostólico celo y mucha práctica en misiones de infieles, el poner de pié en la mision de Santa María un soldado de su confianza con un corto número de indios cristianos, para que guardasen dichas misiones, y cuidasen la laborcita de la siembra de trigo que en dichos sitios hizo, y que todos los demas indios pasasen á Villacata. Con esto lograba tenerlos todos los dias á misa y doctrina, y que ayudasen á poner en corriente la mision de San Fernando; ingenioso arbitrio con que en breve tuvo hecha una presa en el arroyo para regar las tierras que luego abrió y sembró, logrando alguna cosecha de maiz y trigo para mantener no solo á los de Santa María, sino tambien á los nuevos cristianos de Villacata, y á los gentiles que ordinariamente tenia en instruccion, que era preciso mantenerlos. Logró asimismo que al ejemplo de los de Santa María se inclinasen al trabajo los nuevos cristianos, con que pudo hacer de adobes la iglesia, vivienda y adelantar la mision poniéndola en el corto término de tres años en igual corriente, que las demas antiguas de la California, y se halló en la entrega que de ella se hizo á los padres dominicos á

los cuatro años de fundada tan adelantada como queda espresado en la primera parte del capítulo. Habiendo tenido dicho padre Campa, de soledad sin compañero alguno, desde su fundacion hasta el mes de Enero de 71 que le envié á dos de los misioneros que vinieron el uno para compañero de dicho padre, y el otro para administrar y cuidar de los de Santa María; antes de pasar á referir el viaje del segundo trozo de la espedicion, me ha parecido notar lo dicho en este capítulo y espresar en el siguiente el fin que tuvo el tercer paquebot que iba con socorro para San Diego.

CAPITULO VII.

Sale el tercer barco con víveres para el puerto de San Diego.

Con el gran celo que tenia el ilustrísimo señor visitador general de esta importante empresa y deseo de que nada faltase á los que componian ambas espediciones, no contento con la abundancia de víveres que habian cargado los dos primeros, determinó fuese otro nuevo refresco con el fin de que despues de descargado en San Diego se quedase en dicho puerto, y volviese á San Blas uno de los primeros á llevar otro viaje con la mira de que siempre hubiese anclado en San Diego uno de los barcos para lo que se ofreciese, y los dos se empleasen en ir y venir de los nuevos

puertos al de San Blas para que fuesen socorridos; con esta mira habia mandado fabricar en San Blas un barco mas mediano, el que concluido se lo remitieron al Cabo de San Lucas, y aunque acababa de construirse porque supo que hacia algo de agua lo mandó registrar y de nuevo carenar á su satisfacion con encargo de que concluido pasase á la Paz, que con él queria pasar á Loreto: así se ejecutó quedando de que iria con él hasta la bahía de Santa Bárbara del pueblo de Santa Cruz y que lo remitiria á Loreto que se cargase de carne, pescado y demas que quedaba prevenido.

Quiso su señoría ilustrísima hiciese la bendicion del paquebot con juramento de banderas, la que se hizo el 1° de Mayo, despues que canté la misa á bordo de dicho barco con asistencia de otros dos misioneros, que actualmente se hallaban en Loreto, en cuya funcion con ejemplo de todos comulgó el ilustrísimo señor visitador D. José de Galvez, que quiso se llamase el barco San José en honra de su Santísimo Patriarca patron de las expediciones. El mismo dia se hizo á la vela comboyado de la balandra para el puerto de Santa Cruz, desde donde lo volvió á enviar cargado de maiz, frijol y garbanzo, y en Loreto se acabó de cargar con cuatrocientas arrobas de carne seca, otras de pescado y tambien cincuenta arrobas de higos y uvas pasas, diez tinajas, dos de aguardiente y las restantes de vino, y algunos tercios de ropas bastas para que tuviesen con que agasajar á los indios; asi-

mismo metí en él para las nuevas misiones tres campanas de torre, y todos los ornamentos que por orden del reverendo padre presidente me habian remitido á Loreto de todas las misiones antiguas del Norte, como queda espresado en la primera parte.

El 16 de Junio, como al medio dia, se hizo á la vela en la rada de Loreto, y en aquel mismo dia se perdió de vista y no habiendo tenido mas noticia de él, juzgamos habia pasado sin tocar en el Cabo de San Lúcas aunque me hacia fuerza por que habia de recibir mas carga de ornamentos y útiles de iglesia y sacristía que por orden de su Illma. habia enviado de Guadalajara el factor de reales rentas de dicha ciudad, Don José de Trigo, como tambien por haberse de embarcar en él el padre predicador fray José Munguia, que estaba destinado para una de las nuevas misiones, y no teniendo la menor noticia de que hubiese arribado en parte alguna, dábamos por cierto habria tenido viento favorable que no diese lugar á tocar en parte alguna, y que estaria ya en San Diego; pero fué tan al contrario que al cumplir los tres meses de navegacion dió fondo en el puerto Escondido con el palo trinquete quebrado, diciendo el capitan que en los tres meses de navegacion ni siquiera habia podido llegar á la Paz.

Luego se despachó lancha á Sonora para dar aviso al señor visitador general, que se hallaba en el real de los Alamos, quien dispuso que la carga se llevase con lanchas al Cabo de San Lúcas, y que el paquebot fuese á

San Blas, luego de pasado el equinoccio, para que lo compusiesen, y despues volviere á recibir la carga para seguir su viaje: así se ejecutó á últimos de Octubre que salió de Loreto, y la carga se remitió con lanchas al Cabo, salvo el maiz que se quedó, supuesto que en San Blas podia cargar otro mas nuevo, y saqué tambien el baúl en que iban todos los ornamentos, y los remití á la nueva mision de San Fernando Villacata, supuesto que no tenia otros que los de Santa María con que se suplía el padre misionero.

Luego de compuesto dicho paquebot en San Blas, salió cargado de maiz y frijol para el Cabo de San Lucas, en donde recibió la demas carga, y por el mes de Mayo de 1770, salió en solicitud del puerto de San Diego, á donde hasta la presente no ha llegado, ni se ha tenido la menor noticia, ni se ha visto en ninguna de las costas fragmento alguno; pero se cree se perderia mar adentro con el que pereció mucha gente porque llevaba duplicada la tripulacion para reemplazar los que habian muerto de los demas paquebotes. Quiso Dios que no se hallase en el Sur de California el dicho padre Munguia, que se habia de haber embarcado en él, pues habiendo enfermado como dije en la primera parte, no acabando de convalecer, lo envié á llamar para Loreto á fin de que, convaleciendo, fuese por tierra á las nuevas misiones.

La pérdida de dicho barco ha sido de mucho atraso para las nuevas conquistas y causa de las necesidades que padecieron las expediciones.

CAPITULO VIII.

Viaje del segundo trozo de la expedicion de tierra de Villacata á San Diego.

Concluida la fundacion de la primera mision, San Fernando Villacata, y dispuestas todas las cosas para el viaje, salió el segundo trozo de la expedicion de tierra que se componia del señor gobernador comandante de la expedicion, del reverendo padre presidente fray Junípero Serra, del sargento de la compañía de Cuera, D. José Francisco de Ortega, de soldados de Cuera, arrieros, dos pajes uno del señor gobernador y otro del padre presidente, y cuarenta y cuatro indios cristianos californios de las misiones; y despues de celebrado el santo sacrificio de la misa de rogativa para el viaje y despedidos del padre Campa, salieron de la nueva mision de Villacata el dia 15 de Mayo y siguiendo las huellas que dejaron los primeros llegaron al puerto de San Diego el primero de Julio. Dia alegre para todos los que quedaron con vida y salud, pues veíanse ya juntas ambas expediciones de mar y tierra aunque con la pena de ver á tantos enfermos y los muchos que habian muerto quedándose imposibilitados los barcos á seguir el viaje por falta de tripulacion; se

habia tambien minorado el número de los indios californios que siguieron la expedicion de tierra, pues de ellos murieron cinco en el camino, y muchos se desertaron volviéndose á su tierra nativa, llegando solo á San Diego unos catorce de los cuarenta y cuatro que salieron con el primer trozo y unos doce del segundo.

Ambas expediciones de tierra formaron sus diarios y habiendo llegado á San Diego formaron uno para ir acordes en los nombres que habian puesto á los sitios, advirtiendo en él lo que ambos trozos de expediciones registraron, vieron y observaron, de cuyo diario me enviaron cópia para que me sirviese de gobierno para las misiones que se hubiesen de fundar en el intermedio de San Diego y Villacata. Y quedando estas ya á cargo de los reverendos padres dominicos, no me detengo en copiarlo aquí que si tuviere lugar lo añadiré á lo último de estos cuadernos,* pasando por ahora á lo que se determinó en San Diego luego que se vieron ambas expediciones en dicho puerto.

* The diary in question appears in the original edition at the end of part third of the work, preceeded by the following introduction : *"En la segunda parte debía ir puesto este diario; pero lo omití en atencion de no quedar ya á cargo del colegio de San Fernando la fundacion de las cinco misiones; pero habiendo concluido la tercera parte, y teniendo lugar de copiar dicho diario, tomo este trabajo, para que queden en estos cuadernos recopiladas las noticias de lo que han trabajado los misioneros de mi apostólico colegio, en estas misiones, y quedaria incompleta la noticia si lo omitiera."* I have transferred it to this place where the author would doubtless have inserted it, had he published the work.—J. T. D.

(Copia de la primera expedicion de tierra al descubrimiento del
puerto de San Diego.)

VIVA JESUS, MARIA Y JOSE.

DIARIO.

Este es el viaje y descripcion de los dilatados caminos que á mayor honra y gloria de Dios Nuestro Señor y de nuestro rey (que Dios guarde) hicieron los misioneros apostólicos del colegio de San Fernando de México, del orden de nuestro padre San Francisco, recien entregados de las misiones de California hácia el Norte de la península, desde la mision frontera llamada Nuestra Señora de los Angeles hasta los puertos de San Diego y Monterey, toda tierra de gentilidad, en los años del Señor de 1769 y 1770, de que fueron prontas las resultas, las fundaciones de las misiones de San Diego y San Carlos de Monterey nuevamente plantadas en los puertos de sus respectivos nombres, y las próximas disposiciones para la fundacion de la tercera en la playa del principio del canal de Santa Bárbara con título de San Buenaventura.

Todo á direccion del Illmo. Sr. D. José de Galvez, del consejo de cámara de S. M. en el

real y supremo de las Indias, intendente de ejército y visitador de Nueva-España.

Descríbelo el padre prior fray Juan Crespi, predicador apostólico del espresado colegio, uno de los tres caminantes religiosos, antes ministro de la misión de la Purísima Concepción en California, y ahora ministro de la de San Carlos de Monterey por la razón que se espresará en el siguiente prólogo.

PROLOGO.

Aunque fuimos tres los misioneros del colegio de San Fernando de México los que anduvimos en los caminos que voy á referir; conviene á saber, el reverendo padre fray Junípero Serra, doctor y catedrático de prima de sagrada teología, comisario del santo oficio y presidente de todas las misiones; el padre fray Francisco Gomez y yo, me ordena mi padre presidente que yo describa el diario por ser el único que lo anduve por tierra desde el real presidio de Loreto hasta el último término que fué el puerto de nuestro padre San Francisco; porque dicho padre presidente que vino por tierra desde el Loreto con el segundo trozo de la espedicion, no pasó del puerto de San Diego sino que se quedó en él con los padres fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron para fundar la primera misión de San Diego, y me envió con la espedicion dándome

por compañero al padre fray Francisco Gomez que habia venido embarcado desde el Cabo de San Lúcas hasta el puerto de San Diego, y así no puede dar razon de la tierra intermedia entre Santa María de los Angeles y S. Diego; y así yo solo lo anduve todo por tierra y le pareció que yo formase este diario.

Si bien siempre se verifican dos religiosos testigos del camino de tierra ultra de lo que informen los señores oficiales subalternos que compusieron respectivamente el cuerpo de las expediciones.

Habiendo llegado á la California el señor visitador general D. José de Galvez, con el ánimo de despachar expedicion de mar y tierra á los puertos de San Diego y Monterey, con el fin de sus espirituales y temporales conquistas, dispuso que la expedicion de tierra fuese en dos trozos disponiendo y abriendo camino el primero para el segundo, y que la de mar fuese en dos barcos. Para el primer trozo de la expedicion de tierra que comandó el capitan D. Fernando Rivera y Moncada fui señalado yo, y para el segundo que habia de comandar D. Gaspar de Portola, gobernador de la California, quedó disponiéndose el padre presidente llevando de compañero al padre predicador fray Miguel de la Campa, ministro que era de la mision de San Ignacio, con la intencion de que fundase una mision en el paraje de la Villacata, diez y ocho leguas mas arriba que la frontera de Santa María de los Angeles.

Por esta division de la expedicion se for-

maron varios diarios que quizás andarán en manos de muchos: unos hechos por el primer trozo y otros por el segundo, aunque segun observo por el que formó el padre presidente que tengo presente es muy accidental la diferencia hasta en el nombre de los parajes, porque no pudiendo saber los dichos señor gobernador y reverendo padre presidente como los habíamos llamado nosotros, siéndoles preciso para la formacion de sus diarios y su inteligencia nombrarlos de algun modo, les pusieron tambien sus nombres; y para ir con toda claridad espresaré en este unos y otros, dejando á la libertad de los que plantaren despues las misiones (y aun desde ahora á todos) el que los nombren como gusten, y lo mismo dice el padre presidente, de cuyo diario tambien insertaré á este algunas noticias cuando parezca convenir para mas perfecta descripcion de algunos parajes distantes. Daré principio desde la salida de Villacata, que es donde se juntaron los soldados para la salida á dicha expedicion en que va el Sr. capitan D. Fernando Rivera; se nombraron veinte y cinco soldados de Cuera de la compañía de California; D. José Cañizares, pilotin, con el encargo de escribir el diario por el señor capitan; tres arrieros para la recua y unos cuarenta indios californios cristianos nuevos de las últimas misiones para las faenas de abrir caminos y demás que se ofrezca, aunque no se completó dicho número porque algunos no llegaron á Villacata sino que desde el camino se retrocedieron á sus misiones.

DIA 24 DE MARZO DE 1769.

El Viernes Santo como á las 4 de la tarde salimos los destinados para este primer trozo de la espedicion del paraje nombrado la Villacata, tomando el rumbo del Nordoeste siguiendo el camino que el padre presidente Wenceslao Linc, jesuita, habia andado el año de 1766 que pasó por este paraje hasta llegar á otro nombrado por él la Cieneguilla: subió por la sierra á caer á la costa del seno califórnico cuando al descubrimiento del rio Colorado. Antes de salir de Villacata cargaron dos barriles y todas las botas de agua, porque ya sabian que habiamos de hacer noche en paraje que carece de ella.

Al salir de Villacata dirijimos nuestro camino por entre unos cerros; á las dos horas de andar, ya metido el sol, paramos en un arroyo seco que tenia algun zacate y en él se paró el real; anduvimos como legua y media; la tierra sigue como las demas de la California, estéril, árida, falta de zacate y agua, y solo abundante de piedras y espinas.

Dia 25 de idem.

A las siete y media de la mañana salimos de este arroyo seco siguiendo el rumbo del Nordoeste; como á una legua de andar salimos de entre cerros y entramos á tierra bien abierta y de buenas llanuras pero siguiendo la esterilidad de la tierra y sin agua con la di-

ferencia que encontramos en algunas partes enzacatadas. Como á las doce llegamos á otro arroyo seco y luego subimos una cuesta y bajamos el arroyo de *San Juan de Dios*, llamado ya así por el dicho padre jesuita, habiendo sido la jornada de cinco horas en las que andaríamos cuatro y media leguas.

Este arroyo tiene muchos sauces, álamos y alisos en su caja y diferentes pozas de agua. Me dijeron los soldados que tiene por abajo mucha tierra llana en ambas orillas, y los indios californios que bajaron por el arroyo mas que los soldados me añadieron que mas abajo corre con buen trozo de agua, y siendo así puede ser á propósito para mision.

Al llegar á este arroyo habia ranchería de gentiles que así como nos vieron huyeron y nuestros californios corrieron tras ellos y alcanzaron á un mozo que trajeron al real: iba desnudo y todo embijado, al que se regaló para quitarle á él y á los demas el miedo.

Nos van siguiendo casi por todo el camino los palos llamados cirios y las cocobas; se nos van enfermando los indios californios; en cuanto llegamos confesé á uno que está muy malo.

Dia 26 de idem.

Dije misa la que todos oyeron y paramos hasta la tarde; enterré al indio de Santa Gertrudis que anoche confesé y oleé y sobre su sepulcro se dejó fijada una cruz.

Este dia tomé altura de Norte y me salió de treinta grados cuarenta y seis minutos.

A las dos y media de la tarde salimos tomando el rumbo del Noroeste buscando la contra costa y siguiéndonos las espinas y choyas de Californias.

Entramos al arroyo de los Santos Mártires que tiene agua y pastos y algunos sauces en su caja, pero falta de tierras para siembras. No encontramos á gentil alguno en este paraje aunque el reverendo padre presidente en el segundo trozo de la expedicion que paró en él vió á gran número de ellos que habiéndoles enviado algunos cristianos californios á convidarlos con la paz, no esperaron la embajada sino que huyeron dejando un arco y un carcaz de flechas que le trajeron los cristianos, y despues logró que fuese un viejo gentil que le dijo que queria ser cristiano, y el padre presidente lo envió con un correo que iba de Villacata para el padre fray Miguel de la Campa que le escribia tenia ya en la nueva mision de San Fernando Villacata catequizando á un capitan con cuarenta gentiles, recibiese á dicho viejo en el número de los catecúmenos.

La jornada de esta tarde fué de tres horas en las que andariamos otras tantas leguas y fué la parada en el dicho arroyo de los Mártires.

Dia 27 de idem.

Dije misa y la oyó toda la comitiva.

Salimos como á las tres de la tarde, no obstante estar el dia cerrado, amenazando llover, siguiendo el mismo arroyo que es de algunas

leguas de largo entre altas sierras: al salir de dicho paraje seguimos el rumbo del Nordeste; pero á poco de andar por las vueltas del arroyo torció al Oeste Sudoeste, siguiendo por arboleda los tristes cirios, choyas muy espinosas y cocobas, abrojos de la California; nos empezó á llover y bien mojados paramos en el arroyo mismo, á las dos horas de andar, y haríamos dos leguas de camino; parando el real cerca de unas pozas de agua que encontramos en dicho arroyo nombrado de los Mártires por el jesuita arriba citado.

El señor capitán me permitió poner mi mal pabellón que traigo dentro de su buena tienda con que me liberté de mojarme mas de lo que estaba. No vimos en la jornada ni en el paraje gentil alguno; pero sí muchos rastros de ellos.

Dia 28 de idem.

Amaneció lloviendo y de la misma manera se ha pasado la noche antecedente; se dispuso el altar dentro de la tienda, la que no cabiendo la gente se mojó la mayor parte de la concurrencia oyendo la misa que dije.

Siguió el agua todo el día por cuyo motivo no salimos; aquí se nos enfermaron siete indios californios; los confesé á todos y dos de ellos se empeoraron luego y los oleé; uno se privó y hay pocas esperanzas de que amanezca vivo.

Dia 29 de idem.

Amaneció el día claro y se determinó la salida luego que se orease lo mojado.

Esta madrugada murió el indio que dije ayer, era de la mision de San Ignacio, lo enterré y sobre su sepultura quedó fijada una cruz; al otro indio que tambien está muy malo ha determinado el señor capitan se lleve en tapestle, y los cinco que no están tan malos que se vuelvan á sus misiones con dos ó tres de los que están buenos para que los acompañen.

A las diez y tres cuartos salimos del paraje y á poco de andar largamos el arroyo, tomando el rumbo de Oeste Nordoeste; subimos un puerto, y por entre cerros, bajamos á un arroyo seco, y despues, á poco, abrió la tierra con algunas llanadas; pero siempre, tierra estéril y sin pasto alguno, y sin mas árboles que espinos de cirios y demas abrojos de la California, siendo la jornada toda de subidas y bajadas de cuatro horas y cuarto en las que andariamos solo tres leguas por lo doblado del camino en el que no encontramos gentil alguno, pero sí, distintos rastros de ellos.

Paramos el real en el arroyo llamado de las Palmas por las que tiene y algunas bien grandes: en el paraje no hallamos agua y abrieron un batequi, aunque luego dieron razon los soldados que media legua mas abajo habia agua corriente y pastos y llevaron la caballada.

Poco despues de llegados al paraje, llagaron tambien los cinco indios que por enfermos se habian despachado, y dieron razon como luego de salidos nosotros, les salieron diez gentiles muy armados, y de miedo se animaron á seguirnos, y parece se van aliviando los pobres:

á este paraje llamó el padre presidente en su diario, *Santiago*.

En esta jornada se nos huyeron nueve indios cristianos californios; Dios los guie y les pague el buen servicio que nos han hecho y será sensible la falta que nos harán.

Dia 30 de idem.

Descansamos esta mañana, y al medio dia tuve lugar de observar, y me salio la altura de treinta grados, cincuenta minutos.

A la una y media de la tarde salimos del paraje, y á poco andar entramos en otro arroyo seco que tiene tal cual palma: fué muy molesto por sus arenas que molestaron las bestias; bajamos un portezuelo, y abrió bastante la tierra con algunas llanuras rodeadas de cerros por las que llegamos á otro arroyo seco que nombré de *San Angelo de Fulgino*.

En este paramos el real; traíamos agua en dos barriles y en las botas para el gasto de la gente, y la caballada se quedó sin agua, aunque con esta prevencion se les dió antes de salir, aunque despues de llegados dijeron los soldados que mas abajo de donde paramos habia agua para la gente aunque algo retirada.

A este paraje llamó el padre presidente *Corpus Christi*, por que lo cojió en él este solemne dia; en él oyeron rugir de noche á un leon, y lo mismo en los cuatro parajes antecedentes.

Llegados al paraje los indios cristianos nos trajeron á un gentil viejo con una muchacha hija suya de diez á doce años, el hombre total-

mente desnudo, y la muchacha andaba honestamente tapada con unos hilos tupidos por delante y por detras de la cintura abajo, con cuero de venado.

El señor comandante regaló á la muchacha con unos hilos de abalorios y zarcillos de vidrio.

En esta jornada nos dejaron los cirios; fué de cuatro horas, y andariamos tres y media leguas.

Dia 31 de idem.

A las siete y media salimos del paraje, tomando el rumbo derecho al Norte; anduvimos subiendo y bajando cerros, y por algunas vueltas llegamos á torcer hasta el Norte-Nordeste.

En esta jornada conocí alguna diferencia en el terreno, que aunque la esterilidad de él seguia; pero he visto en la jornada algunos arbolillos con la hoja parecida al cipres.

Al bajar un cerro encontramos una rancharía de mas de diez casas, que estaban tatemando mescales y tan luego como nos vieron se levantaron dejando todos sus trastecitos; algunos soldados fueron á atajarlos para quitarles el miedo, y solo pudieron alcanzar una vieja con tres muchachas, la mayor de unos doce años á catorce; las trajeron y todas iban honestamente tapadas con su civa en la cabeza; les regaló el señor capitán unos abalorios y las despachó para su ranchería.

Como á las once y media llegamos al *Arroyo de los Alamos*, por los muchos de dichos

árboles que tiene lo llamó así el padre jesuita, y en él paramos el real á las cuatro horas de andar, en las que andariamos tres y media leguas; por no tener agua el arroyo abrieron batequi, y despues de hecha esta operacion dijeron los soldados que mas abajo corria el arroyo y que tambien habia buenos pastos.

Poco despues de llegados vinieron nuestros neófitos y nos trajeron cuatro panes grandes de mescal muy sabroso y dulce, que me entregaron diciendo, que en la sierra habian encontrado unos doce gentiles que se los habian dado, para que me lo trajesen con el recado de que por la mañana siguiente vendrian á verme, aunque no cumplieron la palabra; repartí tres de los panes á los neófitos, y el otro á los soldados, del que probamos el señor capitan y yo, y nos pareció una rica conserva: era mescal asado, molido y amasado como si fuese torta de pan y es el cotidiano de estos gentiles y de las misiones del Norte de California.

Cuando el padre presidente llegó á este paraje vió él y toda la comitiva, á diferentes gentiles que de lo alto de un montecillo que tenian á la vista, estaban parados mirándolos; les hicieron seña por nuestros neófitos diciéndoles eran amigos y de paz, que no tuvieran miedo y bajasen al real á recibir los regalos que les hacian, y con todo no quisieron venir.

Fueron dos ó tres de los californios, y luego huyeron, consiguiendo solo cojer á uno, que se resistia fuertemente, y se vieron precisados á amarrarlo para traerlo al real, á donde llegó

temblando de miedo; y preguntado por los intérpretes cómo se llamaba, dijo: Axajui. Diéronle de comer carne, tortilla, higos pasados; algo de ello comió, pero siempre temblando de miedo, y aun continuó á hablar y dijeron los intérpretes que daba á entender, sentia el haber estado atisbándonos tanto tiempo; pero que él lo habia hecho, enviado por su capitan, para espiarlos cuando cruzaran adelante para salirles su capitan con su ranchería toda junta, y con otros cuatro capitanes con sus rancherías al camino, escondidos para matar al padre y á toda su comitiva aunque fuese mucha, y en pago de este pecado que descubrió lo regalaron grandemente cuanto pudieron, y lo despacharon para que fuese á contar á su capitan y demas, lo bien que lo habian tratado, y todos se viniesen á ver con los nuestros que eran amigos y de paz. No se dejaron ver de cerca, pero al seguir los nuestros la jornada, que sigue, vieron en diferentes cumbres á muchos gentiles parados que los estaban mirando; pero nunca se dejaron ver de cerca, y luego sucedió lo que diré despues que hubieron llegado á la jornada que se sigue.

Dia 1.º de Abril.

A las ocho de la mañana salimos de este arroyo de los Alamos, rumbo derecho al Norte por lomerías muy tendidas, y uno de los mejores caminos que dias ha hemos tenido. A las doce del dia, bien cumplidas, llegamos á la Cieneguilla, habiendo sido la jornada de cuatro horas en que andariamos otras tantas leguas.

Hasta aquí hemos seguido el camino del padre jesuita Linc, como lo aseguran algunos soldados que nos acompañan, y fueron al registro con dicho padre; de aquí tendremos que tomar otro rumbo para la contra costa. Dicha Cieneguilla está al pié de una alta sierra; llegados á este paraje encontramos unas pocitas de agua, que solamente podían servir para la gente; abrieron un batequi y á poco de cavar se halló agua suficiente para la caballada, y hubo algo de pastos para ella. Esta tarde se cerró el tiempo de espesa neblina con viento Nordoeste que ya no podíamos aguantar el frio intenso que hacia. En toda la tarde que se trabajó en hacer hostias para celebrar, y no se pudo sacar ni siquiera una. Se nos enfermaron aquí un soldado y un indio neófito, y segun pintan los habrán de cargar en tapestle, como á otro que hace dias cargan.

Llegado á este paraje el padre presidente con el segundo trozo de la expedicion, tuvieron que aguantar la molestia de los muchos gentiles que se les juntaron, y pasaron de cuarenta juntos, todos armados y metiendo mucha boruca, atajando la recua y caballada; y preguntados por los neófitos que servian de intérpretes que pretendian, respondieron que no querian que pasasen adelante y que querian pelear, no valiendo razones para sosegarlos y que diesen lugar á cojer las bestias; mandó el señor gobernador á los soldados que disparasen no á matar sino al aire, y fué medio para que se marchasen y los dejasen en paz.

Salidos de dicha Cienegilla vieron por la cumbre de los cerros muchos gentiles armados y ofreciéndose un mal paso y angostura, recelosos los nuestros no les diesen los gentiles, se previnieron con las cueras y armas; pero nada sucedió y todo pasó en recelo, aunque muy fundado, y poco despues de haber dejado á dichos gentiles, les salieron al camino doce, aunque al parecer de distinta ranchería y genio, pues se manifestaron muy afables y amigos, ofreciéndose para acompañarlos y enseñarles el paraje, como lo ejecutaron, y los nuestros los gratificaron como pudieron.

Dia 2 de idem.

No pude decir misa por falta de hostias, pues como dije ayer que trabajando toda la tarde no se pudo sacar ni siquiera una que pueda servir. Paramos este dia para dar lugar á los exploradores que registren aguajes hácia la contra costa, y si puede hallar á algun gentil de los muchos rastros que se ven para conseguir por ellos alguna razon de la tierra y de los aguajes. Tomé la altura de este paraje y me salió de treinta grados cincuenta y seis minutos.

Esta tarde se hizo la diligencia de hacer hostias y se lograron algunas.

Dia 3 de idem.

Como dia de la Anunciacion* dije misa que todos oyeron, y cerca de las diez salimos, to-

* In 1769, Easter Sunday fell on the 26th of March. Hence the festival of the Anunciation was translated from March 25th (Holy Saturday) to April 3d.

mando el rumbo del Nord-Nordoeste guiados de los gentiles que consiguieron ayer los exploradores, aunque el uno al principio de la jornada se nos largó y quedó el otro muchachuelo de unos catorce años. Los neófitos cargan en tapestle á los tres enfermos: un soldado y dos indios.

Como á la media hora de andar entramos á un frondoso arroyo sin agua, y por él á un plan hermoso de buena tierra de como un cuarto de legua de ancho y de dos leguas de largo; como la mitad es de buena tierra y el resto arenisco.

En la tierra buena al pié de los cerros de la contra costa se ve mucho verdor, y llegando á este paraje el padre presidente le dijo á uno de los cristianos neófitos, que iban con el segundo trozo de la expedicion que en dicho verdor habia bastante agua, y nombró al paraje *Santa Humiliana*; la tierra aunque sigue estéril como la antecedente, pero ya se conoce alguna diferencia; pues se encuentran algunos encinos aunque chicos y algunos encinos y palmas de dátiles silvestres. La jornada fué de cuatro horas en las que andariamos como tres leguas, que toda la jornada ha sido por la falda de una alta sierra, y encontramos en el camino tres arroyos de agua corriente con suficiente pasto para las bestias, el que nombré *San Ricardo*.

En la jornada se vieron dos rancherías pero no se dejó ver gentil alguno, y sí, muchos rastros de ellos. De un alto cerro de este paraje se vió la mar de la contra costa que dicen estará distante como diez leguas.

Dia 4 de idem.

Salimos del paraje á las diez de la mañana despues de haber pasado una buena helada: tomamos rumbo de Noroeste cuarta al Oeste y anduvimos por la sierra subiendo y bajando cuestras de pura tierra, y solo en algunas partes se vieron algunas piedras.

En una de las cuestras vimos rastro de ranchería despoblada, y aunque vimos muchas veredas trilladas de gentiles, no se dejó ver alguno en toda la jornada, que fué de cuatro horas y tres cuartos, en las que andariamos cuatro leguas por tierra doblada, y paramos en un llano empastado de buenos zacates que por él hay un arroyo de buena agua que corre al pelo de la tierra. Tiene el paraje mucha tierra de humedad y todo lo andado hasta aquí es el mejor paraje porque tiene una vistosa alameda de álamos y sauces.

Paramos el real bajo de un álamo blanco bien grande, cerca del arroyo que nombré de *San Isidoro* por haber llegado á él en este dia.

Aunque nosotros no vimos en este paraje ni en la jornada gentiles, los del segundo trozo de la expedicion vieron bastantes; pues los doce gentiles que dije se les ofrecieron acompañarlos, lo cumplieron, y en cuanto salieron del paraje encontraron su ranchería de casas bien formadas y de una ladera que seguia se fueron descolgando los dichos gentiles con otros que los acompañaron, corriendo, gritando y pasando de una parte á otra del camino con festiva algazara; pero como el camino era malo y estrecho hacian mala obra aunque con

su buena intencion, porque las bestias se espantaban y peligraban despeñarse. Les dijeron que ya bastaba y que quedaban satisfechos de sus festivas demostraciones de amistad, refrendaron con nuevo regalo de mescales para los neófitos; pero como la boruca era tanta no entendian ni atendian, quedando en la misma, iba adelante la mala obra.

Se llamó al capitán de ellos y se le hizo cargo de la razon y procuró sosegar y recoger su gente lo que se logró solo en parte.

En fin retrocedió el señor gobernador que iba por delante, esforzó la súplica y viendo que no bastaba se vió precisado á hacer disparar una escopeta al aire que á nadie hiriese; así se hizo y quedando espantados del trueno cesaron y se retiraron, y á poco de llegados á este arroyo se les presentaron tres de estos gentiles sin mas armas que sus pipas en la mano, diciendo que del paraje antecedente les habian despachado aviso de que los recibiesen de paz, que eran todos buena gente, como de hecho así lo ejecutaron.

El segundo trozo de la espedicion llegó á este arroyo el día de San Fernando, rey de Castilla, por cuyo motivo lo nombraron de *San Fernando*.

Día 5 de idem.

Descansamos para dar lugar á los exploradores á buscar por donde salir de la alta sierra que tenemos á la vista.

En este sitio enterré á uno de los indios californios que era de la mision de San Igna-

cio á quien administré los santos sacramentos de penitencia y extremauncion, y sobre su sepultura dejamos fijada una cruz.

Con la parada tuve lugar de observar y me salió la altura de treinta y un grados cinco minutos.

Dia 6 de Idem.

A las ocho y cuarto de la mañana salimos de este paraje tomando el rumbo de Oeste Nordoeste, y á poco de andar entramos en un arroyo entre cerros muy altos y ásperos y torció el rumbo al Nordoeste, caminando por una ladera, que á lo profundo de ella vimos un arroyo bien poblado de álamos; y así seguimos por tierra áspera y pedregosa, despues entramos á una cañada con algun llano bien empastado por donde cruza un arroyo con bastante agua que conjeturamos ser el mismo de San Isidoro que corre al pelo de la tierra; el mediano llano de esta cañada parece de buena tierra y en partes demuestra tener alguna humedad con diferentes yerbas, muchos quelites que se cojieron de ellos para comer. En la caja del arroyo hay muchos álamos, alisos, sauces, algunos pinos, encinos y parras silvestres.

Paramos el real en una cañada alta que se ofrece en el paraje, con mucho pasto y agua para las bestias; fué la jornada de tres horas y media en las que andariamos tres leguas sin encontrar gentil alguno aunque vimos bastante rastro de ellos. Llamé á este paraje la cañada y arroyo de *San Vicente Ferrer*, y el

padre presidente que paró en él con el segundo trozo de la expedición, lo llamó de *Santa Petronila*. Habiendo ellos logrado en este paraje ver once gentiles que los fueron á visitar y les parecieron muy mansos y humildes á quienes regalaron con comida y tabaco, que para ello llevaban todos su chacuaco, de que quedaron muy agradecidos y se fueron muy contentos con los nuestros.

Dia 7 de idem.

Descansamos este dia mientras el señor capitán con ocho soldados fué á explorar y ver si encuentra aguaje para hacer jornada, y si podemos salir de esta áspera sierra.

Dia 8 de idem.

Salimos de la cañada á las ocho de la mañana tomando el rumbo al Nord-Nordoste; como á una legua de andar llegamos á un grande arroyo ó rio con bastante agua corriente, y en el corto tramo de la legua andada vimos nueve lobos juntos grandes.

Este riachuelo es de bastante anchor y la agua que corre muy encajonada, y está la caja tan tupida de álamos y sauces que no solo por las orillas sino tambien por en medio fué preciso cortar palos para poderlo cruzar, que fué preciso hacerlo nueve ocaciones porque las sierras altas que tiene en ambas orillas no dan lugar á otra cosa; al entrar en el rio tuerce el rumbo al Oeste Sudoeste y el curso del rio de Este Sudeste al Oeste Sudoeste.

La jornada fué de cuatro horas y cuarto en

las que andariamos tres leguas; paramos el real á la orilla del rio en un altito en donde hay un grande encino y buen zacate para la caballada; puse el nombre á este rio de *San Dionisio*.

Dia 9 de idem.

Dije misa y paramos á descansar para dar lugar á que mañana se vaya á componer un mal paso que dijeron los exploradores se ofrecia. Tomé la altura de este paraje y me salió de treinta y un grados ocho minutos.

Dia 10 de idem.

De buena mañana dije misa para dar el viático al soldado Guillermo á quien tambien oleé por hallarse muy agravado de dolor de costado, y ha dias lo cargan en el tapestle.

A las nueve salimos del paraje siguiendo el rio por su curso, que es al Oeste Sudoeste, al que seguimos como tres cuartos de legua y lo cruzamos tres veces; á lo último mancha con un arenal y menos árboles. Tiene un salto y cerca de él hace la tierra una abra que esta mañana compusieron su altísima cuesta que hemos de subir. En esta abra hay un espacioso llano.

Pasado este empezamos á subir la cuesta tomando el rumbo al Nordoeste; subimos á lo alto y siguieron otras mas altas subidas, y subida la última pensábamos divisar la mar pero no fué así, porque dicha eminencia se vió despues de una barranca muy honda y unas lomerías medianas otras ringleras nada menos

eminentes que los pasados, y despues de haber subido tanto nos hallamos otra vez bajando al pié de la sierra en donde veíamos un arroyo frondoso y verde, con un buen trozo de agua, en el que hay un grande pasto y mejor agua para la caballada; la jornada fué de tres horas y media y andariamos dos leguas. Todas lomas y cerros que cruzamos en esta jornada están vestidos de romerillo oloroso, de muchos arbolillos que parecen cipreses, enebros y robles chicos, algunos pinos y otros árboles no conocidos y ya encontramos muy poca piedra que tanto hemos pisado en la California como en todo lo andado hasta aqui. Paramos el real en una mesa al lado de dicho arroyo que nombré de *San Leon* que celebramos el dia de mañana.

A poco de haber llegado vinieron los indios neófitos de California que siguen á pié, y trajeron una india gentil con tres muchachas y un niño todos raidos; las mujeres tapadas con honestidad con unos cueros de coyote y venados por detrás, y por delante con hilos bien tupidos; pero el muchacho sin mas vestido que el de la naturaleza que es el único que usan los hombres; en el cuello traian colgados corales y conchas de mar.

El señor capitan les dió unos abalorios y listones y yo nada tuve con que regalarlos; se les dió de comer y estuvieron toda la tarde con nosotros muy gustosos. Son indios muy pobres, pues parece que la tierra está falta de viveres principalmente de mescales.

Llegando á este paraje el padre presidente

registró arroyo abajo como una legua, y subió á un alto cerro para ver lo que ofrecia y le pareció que por abajo, camino para la contra costa, tiene tierras muy empastadas y buenas para siembras que se podian regar con agua del arroyo que tiene arboleda de álamos y encinos y muchos rosales de castilla; y dicho padre presidente lo nombró el *Arroyo de San Andrés Hispelo*, álias del Agua de nuestra Seráfica Religion.

Antes de salir de este paraje enterré á un indio llamado Manuel Valladares, de la mision de San Ignacio, á quien administré los santos sacramentos de penitencia y estremauncion, cuya muerte sentí, pues me servia de intérprete. *Anima ejus requiescat in pace*: quedó sobre su sepultura fijada una cruz.

Dia 11 de idem.

A la una de la tarde salimos de este paraje rumbo al Noroeste; á poco de andar, que fué por barrancas subiendo y bajando, torció el camino, y salidos de las barrancas entramos á un arroyo seco y por él á una grande llanura y despues encontramos una mesa y volvió á torcer el camino al Oeste Sudoeste; á las cuatro horas de andar subimos una loma alta que tenia algun zacate y solo agua en el pocito en un arroyito; cerca de ella paramos y se quedará la caballada sin beber pues apenas hay para la gente.

La tierra de esta jornada, que andariamos como cuatro leguas, siguió estéril y con poco pasto; la cocoba nos ha seguido todas las

jornadas hasta la presente, y aquí nos ha faltado la leña para el gasto. A este paraje nos habia seguido un muchacho gentil, y aquí se juntó con otro de estas cercanías y desaparecieron los dos. El señor capitan lo habia vestido y yo lo iba catequizando, y creia lo llegaría á bautizar segun las muestras que daba.

Dia 12 de idem.

A las siete salimos de este paraje tomando el rumbo al Sudoeste y entramos en un llano espacioso entre la sierra; despues seguimos por lomerías tendidas nada ásperas pero sin pasto, ni agua ni señal de ella.

La jornada fué de dos horas y andariamos otras dos leguas; no vimos á gentil alguno aunque sí, muchos rastros de ellos. Paramos á las dos leguas porque encontramos algun zacate para las bestias para dar lugar á los exploradores de buscar agua, que la caballada no ha bebido desde anteayer y para nosotros no ha quedado nada en las botas. Llamé á este paraje *San Angel de Clavacio*, y el padre presidente que tambien paró en él le llamó *San Pacifico*.

Salieron los exploradores y en breve volvieron con la alegre noticia que á una legua habian encontrado agua corriente en un arroyo; llevaron luego los barriles y todas las botas y tambien la caballada para que allí bebiese á satisfaccion.

Dia 13 de idem.

Salimos al Nordoeste como á las nueve y tres cuartos; anduvimos por lomerías de la sierra

nada ásperas; la tierra sigue estéril, sin árboles y con algunos manchones de zacate; á las dos leguas encontramos muchos mescales los mas grandes que se han visto en la caminata y con tanta abundancia que no daban lugar á pisar las bestias y entre ellos muchas matas de cocoba que no han faltado en todo el camino; á las cuatro y media horas de andar, en las que haríamos cuatro leguas, bajamos á un valle grande tambien tupido de mescales y paramos el real al principio del llano, hácia el Este de él, en donde se halló algun zacate pero nada de agua, y solo traíamos poca en las botas, y en cuanto llegamos salieron los exploradores en busca de agua y vinieron con la razon de que al Oeste del valle encontraron una grande poza de buena agua, la que desde luego quedó con el nombre de *La Poza de San Telmo*.

Dia 14 de idem.

Descansamos por la mañana con la intencion de por la tarde mudarnos á la poza; á las doce tomé la altura y me salió de treinta y un grados diez y siete minutos.

A las cuatro y media de la tarde salimos del paraje atravesando este valle desde el Este á Oeste; al salir del paraje dejamos la mesclera que era bien molesta á las bestias; cruzamos muchas veredas muy trilladas de gentiles y vimos muchos coyotes, venados y berrendos y de estos una manada de nueve juntos; á las nueve de la noche llegamos á la poza, siendo la jornada de cuatro y medias horas, en las

que andariamos como cuatro leguas de llano como la palma de la mano; antes de llegar á la poza que cae al Oeste de este llano está todo bien empastado de zacate y entre él vimos algunos tablones de tular manando agua: al fin de él está la poza cerca de una estrechura que hacen los cerros al Oeste. La poza es de agua dulce y clara que tendrá de largo como ciento cincuenta varas y de ancho como veinte, y tan profunda que en el segundo trozo de la expedicion se echó un buso en la misma orilla y despues de haber estado bajo el agua todo el tiempo que pudo aguantar, salió diciendo no habia podido llegar al fondo; hay en ella algunos peces, y de lo que mas abunda es de tortugas chicas como de una cuarta, de las que se lograron algunas. Yo no ví á gentil alguno aunque los exploradores dijeron haber visto á cuatro y en cuanto los divisaron arrancaron. Cuando paró en esta poza el reverendo padre presidente dice vió muchos gentiles en un alto cerro y que solo uno habia bajado al real y dado razon de la primera expedicion diciéndoles que ya habiamos parado cerca de la mar pero muy lejos, y añade que de un alto cerro divisaron la mar, que les pareció distaria unas cuatro leguas y por una abra de la sierra vieron como puerto ó ensenada. A esta poza nombró el padre presidente de los *Santos Mártires Gorgonienses* y ya de antes quedaba con el nombre de *San Telmo*. En ella tomé la altura de Norte y me salió de treinta y un grados once minutos, menos siete minutos del paraje de ayer por haber declinado en la jornada para dar con la poza.

Dia 15 de idem.

Se destinó para descansar y dar lugar á que la caballada logre los buenos pastos y agua interin los exploradores van á buscar paraje para la jornada de mañana. Hasta este paraje trajeron en tapestle al soldado enfermo; ya gracias á Dios se ha mejorado y en disposicion de seguir á caballo. De este paraje se nos huyeron cuatro indios neófitos de la mision de San Borja. Dios los guarde de desgracia.

Dia 16 de idem.

Despues de misa salimos de esta poza á las ocho y media tomando el rumbo al Norte, y á poco andar nos declinamos al Nordoeste aunque despues seguimos al Norte toda la jornada que fué de cuatro y media horas en las que andariamos tres leguas, siguiéndose en esta jornada los mescales, cocobas, choyas y demas espinos californios, y bajamos por una vereda bien trillada de gentiles á un valle verde y frondoso todo rodeado de cerros que tendrá de largo poco mas de legua, y de ancho como un cuarto de legua; tiene bastante zacate, la tierra buena aunque pinta en salitrosa. Paramos el real cerca de buena agua aunque no la vimos correr; hácia la contra costa vimos álamos, alisos, sauces y otros árboles. Al Nordoeste de este valle dijeron los exploradores hay otro llano mejor que tiene agua corriente; llamé al paraje de hoy *San Rafael* de quien rezo este dia. Luego de llegados salieron los exploradores en busca de paraje para mañana, y de vuelta del otro valle nos dijeron y trajeron un

gentil grande, dos mujeres y un muchacho; el hombre desnudo y todo embijado que causaba horror el verlo; las mujeres honestamente tapadas como dije de las demas; deséabamos nos sirviesen de guia para los agujajes, pero nada conseguimos porque nuestros neófitos nada les entendieron de la lengua. El señor comandante les regaló abalorios, listones y unos tecomates y con esto los despacharon y se fueron muy contentos.

El reverendo padre presidente en su diario dice que habiendo llegado á este paraje vieron un montecito, y en él á muchos gentiles, y que uno de ellos bajó al real trayendo en la mano un palo y en la otra una sonaja; lo recibieron con mucho agasajo y le dieron luego de comer, pero no hubo forma lo probase, aunque para quitarle el recelo lo probaban antes los nuestros, dió á entender que era el bailador de aquella tierra y que no podia comer sin bailar primero, que si le daban licencia bailaría; diéronsela y empezó á bailar y tocar la sonaja; dábanle los soldados de comer diciéndoles que lo pusiesen en medio, y luego mudando de tono lo bailaba; no contento con esto bailó todas las cargas dando vuelta al real y con esto ya tuvo la licencia general para comerlo todo; dijo que habian parado en este paraje los primeros que habian pasado mas lejos; que si querian los acompañaría, pero con la condicion de que lo habian de dejar pasar todo el camino: dijéronle que sí, y preguntado cómo se llamaba, respondió *Matiropi*, y dijo el padre presidente: pues de aquí en adelante te



HORTON'S BANK, SAN DIEGO, 1873.

llamarás Bailon, reservando el Pascual para cuando logre el bautismo; estuvo en el real hasta la hora de la salida, que se escapó como un venado para el cerro y perdieron esta compañía; dicho padre presidente nombró á este paraje *Santa Margarita*.

Dia 17 de idem.

A las ocho de la mañana salimos del paraje tomando el rumbo al Norte, y á poco andar torció el camino al Nordoeste; la jornada fué de cinco horas y media en las que andariamos cinco leguas todas por tierra llana, pero estéril y con espinas como las antecedentes, y las sierras de los lados muy altas y pelonas con tal cual arbolillo; llegamos á otro valle que tiene un grande llano muy verde y una gran poza de agua salobre aunque tambien tiene de dulce y bebible; parece que todo el llano está poblado de salitre ó tequesquite; lo nombré de *San Bernabé*.

Dia 18 de idem.

A las ocho de la mañana salimos de este valle tomando el rumbo de Nord-Nordeste y á poco andar torció al Nordoeste; á una legua encontramos dos casitas de gentiles con solo un hombre viejo, al que por señas preguntamos donde habia agua, y cojiendo su arco y flechas nos fué guiando por delante; aunque se le dió carne y tortilla no quiso comer.

Aquí empieza á abrir la tierra con llanuras y lomas tendidas, pero sigue la tierra con la misma esterilidad y sin leña. A las cuatro

horas de andar, en las que andariamos tres leguas, llegamos á un llano bastante grande con tierra húmeda ó con ciénega, toda vestida de zacate verde, y cerca de un cerro nos enseñó el viejo gentil unos pocitos de agua dulce y agua buena para las bestias. Se le dijo que si nos quería acompañar mas adelante, dijo que nó; el señor comandante le regaló unos abalorios y se fué contento para su casa.

Por este paraje corre un arroyo con bastantes álamos, alisos y sauses y el llano corre de Norte á Sudeste. Tiene tierra de pan llevar con bastante humedad ó ciénega; cruzamos el arroyo y vimos corria alguna agua; puede ser que mas abajo corra con caudal: á todos pareció buen paraje para mision. Puse por nombre á este sitio *La Ciénega de Santa Isabel*, reina de Ungría, y el padre presidente la nombró de *San Güido de Cortona*. Observé la altura y me salió de treinta y dos grados.

Dia 19 de idem.

A las ocho de la mañana salimos del paraje rumbo al Nordoeste declinándonos al Oeste; fué la jornada de cinco horas y media que andariamos cinco leguas de mal camino de subidas, bajadas y barrancas. Ya encontramos la sierra y lomerías vestidas de algunos arbolillos parecidos al enebro ó junipero y robles chicos, pero sigue la tierra con su esterilidad y sin zacate; se han visto muchos rastros de gentiles que indican estar bien poblada la tierra aunque la gente no se deja ver. A las cinco leguas llegamos á un arroyo poblado de

alisos y bastante zacate pero sin agua, por cuyo motivo se quedó con el nombre de *Arroyo Seco de los Alisos*, aunque el segundo trozo lo llamó de *San Nazario*: paramos cerca del arroyo con el consuelo que para la gente traíamos agua en los barriles y botas, pero la caballada se quedó sin ella.

Dia 20 de idem.

A las siete salimos del arroyo tomando el rumbo del Nordoeste; el principio de la jornada fué por barrancas y cerros medianos; á la legua de andar, que estábamos á lo alto del último cerro, vimos la mar á la contra costa apartada de nosotros como un cuarto de legua, y aunque deseábamos bajar á la playa pero la alta sierra acantilada no dió lugar, y así tomamos el camino para bajar á una cañada en donde encontramos bastante zacate y agua en un pocito de los gentiles. Paramos el real en una mesa cerca del pocito, habiendo sido la jornada de dos leguas. El dicho pocito tenía agua y honda, de modo que no podía beber la caballada y se vieron precisados á abrir batequi con que dió alguna mas agua, aunque en breve, cañada abajo, encontraron bajo de unos árboles agua corriente con la que se satisfizo la caballada. Nombré á esta cañada del *Beato Jacob Ilirico*, de quien rezaba; el padre presidente que pasaba el dia de San Antonio la nombró *San Antonio de los Trabajos* por los que habian pasado por falta de agua. Observé la altura y me salió de treinta y dos grados ocho minutos.

Dia 21 de idem.

A las seis y media de la mañana salimos del paraje acabando de enterrar á un indio neófito de la mision de Santa Gertrudis el que murió habiendo recibido los santos sacramentos de penitencia y extremauncion, sobre cuya sepultura quedó fijada una cruz; al salir tomamos el rumbo del Norte y á poco andar entramos á otro arroyo poblado de alisos y buenos pastos; la jornada fué de tres horas en las que andariamos otras tantas leguas, y paramos en el mismo arroyo que tiene agua corriente que llamé de *Los Alisos y Ojo de Agua de San Anselmo*, y el padre presidente lo llamó de *San Basilio*; no vi en él ni en sus cercanías tierra para aprovechar el agua.

Dia 22 de idem.

A las ocho de la mañana salimos del paraje rumbo al Nord-Nordeste, y á poco andar torcimos al Norte, y anduvimos legua y media por cañadas y laderas de pura tierra muy andable; llegamos á divisar un grande valle, pero para bajar á él se ofreció una malísima cuesta muy alta y empinada, aunque toda tierra que se sumian las bestias hasta media pierna; bajamos al llano que tiene de largo de Norte á Sur como dos leguas, y de ancho como media legua; paramos á la medianía de él, cerca del ojo de agua, de dos que tiene, á distancia uno de otro como de un tiro de piedra, con la que se podria fácilmente regar la buena tierra del llano y fundarse en él una buena mision.

Nuestros neófitos esta mañana al salir del paraje se fueron por la playa, y vinieron ya tarde al real diciendo que está cerca de la playa, que en ella va á desaguar un arroyo de agua que sale de lo último del llano hácia la contra costa, en donde vimos mucha arboleda; llamé á este llano de *San Francisco Solano*, cuya altura observé y está en treinta y dos grados diez minutos. Hay en el llano bastante pasto para las bestias, y todos los cerros están verdes del zacate que están vestidos.

En este paraje paró la segunda expedicion el dia de San Antonio de Pádua, por cuyo motivo el padre presidente lo nombró *El Valle de San Antonio*. Refiere en su diario que lo registró despacio acompañado del sargento de la compañía de Cuera, D. José Francisco de Ortega, registrando la alameda grande que tiene este valle al Oeste Nordoeste hácia la playa; dice que hay muchos álamos y encinos de todos tamaños y algunos muy grandes; vieron en la arboleda una grande ciénega con mucho tular y una zanja de agua corriente de mas de un buey; no pudieron pasar adelante á registrar mas abajo por evitar alguna muerte de los gentiles. Fué el caso que cerca del tular encontraron á tres mujeres gentiles con quienes no se detuvieron, sino que siguieron adelante con el fin de ver el nacimiento de dicha agua; pero antes de llegar á él se asomaron de lo alto de dos cerros una cuadrilla de gentiles que les gritaron; los llamaron de paz que bajaran sin miedo, pero ellos continuaron con su gritería, y por las señas enten-

dieron que les decian que se volviesen atrás, y viendo que no lo hacian, se descolgó un indio muy armado corriendo á cojer la delantera, con ademanes de querer pelear, obligando al sargento á prevenirse con la cuera y darga, y viendo el padre presidente el peligro que habia de la vida del gentil, le pareció mas conveniente el volver atrás sin ver el nacimiento del agua, reservándolo para mejor ocasion; pero con lo que vió de este valle le pareció, como á mí, sitio á propósito para una grande mision.

Dia 23 de idem.

Despues de dicha misa salimos del paraje, como á las ocho de la mañana, tomando el rumbo derecho al Norte, y al salir del llano anduvimos una cuesta y un portezuelo, en la que encontramos bastante piedra para las fábricas, si se pusiese poblacion: toda la subida y bajada, que no es muy áspera, está poblada de encinos, y á las dos horas de camino llegamos á otro valle mediano, de como una legua de largo, que corre de Nordeste á Sudeste, todo de tierra muy buena con bastante ciénega y tierra de humedad, y con tanto verdor, que á primera vista parecia milpa. En lo mas alto del valle corre mucha saucedá y tular, y en medio de la amenidad, una buena poza de agua, que corre algun trecho dentro de la frondosidad que tiene, parece que en ella misma se resume, aunque dicha agua es muy caliente, pero por poco que le dé el aire se enfria y es agua muy buena: á mas de dicha

agua hay otras dos pocitas de fria, de manantial; pareció á todos tambien paraje capaz para poblacion: lo nombré *El Valle y Ciènega de San Forje*, y el padre presidente que tambien paró en él lo llamó *S. Atenógenes*, obispo y mártir, á contemplacion del sargento que le tiene especialísima devocion.

Por la tarde de este dia salió el señor capitán con ocho soldados á esplorar y buscar paraje para mañana, y volvieron diciendo que de la cumbre de un alto cerro del paraje, como tres leguas, divisaron la mar que daba á las peñas de dicho cerro, y que hacia una ensenada muy grande con dos islas en medio, é inferimos ser la ensenada de Todos Santos; pero repararon que la sierra que seguia era mas alta y acantilada á la mar, y no daba paso como tambien que el rumbo al Norte que seguiamos nos llevaba al cantil sin poder bajar á la playa, por lo que fué preciso parar aquí mientras los exploradores buscaban camino y aguaje por otro rumbo.

Dia 24 de idem.

De buena mañana salieron los exploradores y por la tarde volvieron con la razon de haber hallado por donde salir y aguaje para parar; pero por la noche se cerró el tiempo y empezó á llover bien, con viento Noroeste, que sopló fuerte durante la noche.

Dia 25 de idem.

Amaneció lloviendo y siguió todo el dia y noche siguiente, por cuyo motivo no pudimos salir del paraje.

Dia 26 de idem.

Amaneci6 el dia claro y para dar lugar á que algo se orease la ropa que se habia mojado, no salimos hasta las diez y media de la mañana que tomamos el rumbo del Nordoeste, y á poco de andar torcimos al Norte la jornada, que fué de tres leguas con tres horas y media de andar fuerte, cruzando cerros vestidos de arbolios de robles chicos y otros no conocidos. En toda la jornada no vimos á gentil alguno, pero sí caminos de ellos muy trillados: llegamos al aguaje que los exploradores habian hallado, que es un arroyo que tiene zacate y alguna agua, con algunos encinos, alisos y otros arbolillos no conocidos, sin otra cosa de consideracion, y lo nombré *Los Santos Mártires Cleto y Marcelino*, y el padre presidente que tambien paró en él lo nombró *San Gervacio*.

Dia 27 de Idem.

Salimos del paraje á las once del dia, cargando agua para el gasto en los dos barriles y todas las botas, con la prevencion de que el paraje que sigue no la tiene: tomamos el rumbo derecho al Norte, caminando tres horas en las que andariamos dos leguas, todo de subidas y bajadas, y al vencer el primer cerro bajamos á un arroyo seco que tiene algunos encinos y alisos, y paramos el real en un bajial sin agua: los exploradores salieron á buscarla y registrar si la sierra altísima que tenemos pegada es muy barrancosa y si ofrece algun paso: volvieron desconsolados de su registro

diciendo que no habian encontrado agua y que la sierra por este rumbo del Norte no permite salida por su aspereza. Con que nos hemos de contentar con la agua que á preven- cion cargaron, y la caballada con el pasto que gracias á Dios hay en este paraje, y agua la beberán cuando se encuentre.

Dia 28 de idem.

De buena mañana salieron los exploradores á ver si por otro rumbo encontraban agua que ya mucho se necesitaba para toda la comitiva. Al mismo tiempo determinó el señor capitan que saliese el pilotin D. José Cañizares, con seis soldados á registrar de mas cerca si la tierra daba lugar á bajar á la playa. Ambas cuadrillas gastaron todo el dia en sus respec- tivos registros, y por la tarde vinieron diciendo los primeros que habian encontrado un ojito de agua como media legua atrás del paraje; y el pilotin trajo la razon que de un alto cerro habian divisado la playa que es una ensenada, y que en ella hay algunas islas que le parecia se podia bajar á la playa, y que en todo lo andado no habia encontrado agua ni señales de ella.

Dia 29 de idem.

Salimos de buena mañana y de este bajial volvimos atrás como media legua para el ojito de agua, que dije ayer encontraron los esplo- radores, y llegamos á él, que está en un arroyo muy hondo, de encinos y alisos; tiene bastan- te pasto para las bestias, y aunque del ojito

mana bastante agua, no podian beber en él las bestias y aun para la gente era trabajoso, por cuyo motivo abrieron batequi y manó la suficiente para todos con lo que, á Dios gracias, quedamos remediados; nombré á este paraje *El Ojo de Agua de San Pedro Mártir*, y el padre presidente que en él paró, lo nombró de *Santa Miguelina*. Por la tarde salió el señor capitan con diez soldados á explorar por la ensenada, y registrar si hay paso por la playa y aguajes para seguir el viaje.

Dia 30 de idem.

Descansamos en este paraje mientras llegaba el señor capitan de su registro. Celebré misa por ser domingo, quinto despues de pascua. Por la tarde volvió el señor capitan muy contento diciendo que la playa de la ensenada dá paso; y de tierra llana, con mucha agua y pasto, gracies á Dios, para todos, y que nos guia para seguir nuestro derrotero.

Dia 1.º de Mayo.

Siendo dia de fiesta por ser el de los apóstoles San Felipe y Santiago dije misa que todos oyeron, y salimos del paraje tomando el rumbo del Oeste Sudeste, cargando agua en los barriles y botas porque no se podrá hoy llegar al aguaje. La caminata fué hoy de cinco horas y por barrancas muy penosas y por las subidas y bajadas; como á una hora de andar, desde un alto vimos la ensenada, y seguimos el rumbo para ella, y paramos en un bajal que es ya tierra llana, con direccion

para la playa. Al bajar la última cuesta oímos gritar á unos gentiles que hacian gran polvareda; así que nos divisaron volvieron atrás á grandes carreras que parecian venados; paramos en dicho bajial como una legua antes de la ensenada, habiendo andado como tres leguas. Nombré al paraje *El Bajial de los Santos Apóstoles*; no tuvimos mas agua que la que cargaron en el paraje, pero la caballada tuvo buen pasto y se pasó sin beber.

Dia 2 de idem.

Salimos de buena mañana rumbo al Nord-oeste, por tierra llana, y á la legua de andar llegamos á la playa de la ensenada y á la medianía pasamos una barranca. La jornada fué de tres horas bien cumplidas y paramos el real en un altito de una rinconada que forma el primer seno de la ensenada como doscientas varas de agua de la mar; es paraje alegre, todo de tierra llana muy empastada de zacate verde, cerca de los cerros que no son muy altos; hay una arboleda de arroyo que al Poniente no tiene agua, pero la hay con abundancia en pozas grandes aunque la de una es salobre, la demas es agua buena. Nombré al paraje *Santa Cruz de las Pozas de la Ensenada de Todos Santos*, y el padre presidente lo nombró *La Visitacion de Nuestra Sra. Maria Santisima*. Habiendo llegado á este paraje encontramos una ranchería de gentiles cerca de una de las pozas de agua, y en cuanto nos divisaron se huyeron armados para el cerro, y aunque el señor capitan los llamó haciéndoles

seña de que viniesen sin miedo, que éramos amigos y gente de paz, no se pudo lograr sino que desde arriba nos gritaban y hacían señas de que nos volviésemos.

Día 3 de idem.

Como es fiesta de Santa Cruz dije misa que todos oyeron, y descansamos este día para dar lugar á los exploradores para la siguiente jornada, interin la caballada lograba los buenos pastos y abundancia de agua; tomé la altura de Norte y me salió de treinta y dos grados catorce minutos.

Día 4 de idem.

Como día de la Asuncion y grande fiesta dije misa que todos oyeron, y á las nueve salimos del paraje tomando el rumbo del Noroeste; dejando el paraje dimos vuelta á una ringlera de cerros que forman la ladera de este primer ceno de la ensenada, y á la primera hora nos volvimos á hallar á la orilla de la mar, prosiguiendo por ella lo restante de la caminata que toda ella fué de tres horas y media, todo camino bueno y llano hasta dar contra un cerro, que finaliza dentro de la misma mar y tiene en su falda un bajial verde con varias pozas de agua dulce y buena, y cerca de ella paramos el real que se quedó con el nombre de *Las Pozas de Santa Mónica*, y el padre presidente lo nombró con el de *La Ranchería de San Juan*. Nuestros exploradores hallaron en este paraje una gran ranchería que al llegar nosotros no la encon-

tramos, tal vez, porque de miedo se escondieron en el cerro. El segundo trozo de la expedición los encontró, y dice el reverendo padre en su diario que estuvieron todo el día con ellos, que son indios de buen talle, afables y muy alegres, y que quedaron enamorados de tan guapa gentilidad; que les regalaron pescado y almejas y que fueron á ese fin á pescar en sus canoitas, que les bailaron á su modo para festejarlos y les pedían quedasen dos noches allí. Las mulas les causaron mucho miedo y espanto, y estando en medio de los nuestros muy confiados, si veían arrimarse mulas todos temblaban, y aprendieron luego el término diciendo: *mula, mula* y se querían ir; para aquietarlos era preciso que alguno de los nuestros se levantase á atajarlas y apartarlas. Los hombres todos andan desnudos con su carcax en los hombros y en la cabeza, á modo de coronas de piel de nutria ó de otros animales, traen su pelo cortado á modo de peluquin y embarrado de blanco y verde con algun aseo; las mujeres andan honestamente tapadas con hilos y cueros. Tiene la ensenada dos islas en medio de la boca, y está con todas las señas que de ella da el piloto Cabrera Bueno.

Los días 5 y 6 de Mayo los descansamos en este paraje para dar lugar á los exploradores á registrar la tierra y buscar aguaje para las jornadas siguientes.

Día 7 de idem.

Hoy, domingo, despues de dicho misa salimos del paraje como á las siete y media de la

mañana, y tomamos el rumbo del Norte para ir al aguaje que habian encontrado los exploradores: anduvimos un pedazo de arroyo muy pedregoso y luego subimos una cuesta muy empinada y pedregosa: á la hora del camino volvimos á ver la mar aun retirada. Cruzamos un arroyo muy frondoso de alisos y encinos pero sin agua; á las cuatro horas y media de andar, en que haríamos cuatro leguas de camino por lomas y cuestas, llegamos á un grande valle con mucho pasto, y en sus estremos arboleda, con un arroyo de agua que se vió correr entre el tular que tiene una buena poza de agua á cuyo alrededor tiene encinos; paramos el real en la sombra de uno bien grande cerca de dicho arroyo. Llamé á este paraje *El Valle de San Estanislao*, y el padre presidente lo llamó de *San Juan Bautista*.

Observé la altura y se halla en treinta y dos grados diez y ocho minutos. En esta jornada de unos altos cerros gritaron unos gentiles, y viendo no les hacíamos caso nos siguieron; pero siempre retirados y por las cumbres de los cerros: llegamos al paraje y ellos se pararon tambien en el último cerro continuando su gritería, accionando con las manos que nos fuésemos; eran como treinta con sus armas de arco y flechas, y el señor capitan les hizo seña que viniesen al real, enseñándoles los abalorios y listones; pero no hubo forma de que bajasen ni de acallarlos; así se estuvieron, no haciéndoles caso, hasta ponerse el sol que dieron un grande alarido y se fueron.

Dia 8 de idem.

A las siete y media de la mañana salimos del paraje tomando el rumbo al Oeste Nord-oeste, y en cuanto desamparamos el paraje oimos gritar con grande algazara y vimos eran los gentiles mismos en número igual al que vimos ayer tarde, los cuales bajaron luego á registrar si habia quedado algo, y divididos en dos cuadrillas comenzaron á correr y á cojer las coronillas de los cerros del valle que transitábamos: á la media legua de andar se nos ofreció subir un portezuelo y despues una angostura entre lomas, y al menor paso ya vimos á los gentiles que estaban casi encima y á tiro. Viendo esto el señor capitán mandó parase la recua y que se juntase y se pusiesen todos sus cueras con las armas en la mano, y puestos en ala que nadie hablase una palabra, sino que estuviesen atentos á los movimientos y á las órdenes que les diese; así lo ejecutaron en un instante; en cuanto los gentiles (que eran veinte y nueve, al parecer los mismos de ayer, con sus carcaxes de flechas) vieron este movimiento, se pararon á poco mas de tiro, divididos en dos alas; la mitad en una loma y la otra mitad en la ladera del cerro con arco y flecha en mano puestas ya, que no les faltaba mas que arcar; el uno de ellos nos estaba gritando y accionando con las manos ya arriba ya abajo, ya á un lado ya á otro, guardando esta posicion durante media hora, y estando así se descolgó uno de la ladera del cerro como que queria ir por detras de unos matorrales en donde

estaba la caballada, tras de la ringlera de los soldados, en donde tambien estaba yo mirando en qué paraba la fiesta. Viendo esto el señor capitan que estaba en la ringlera de los soldados, se fué saliendo con otros cuatro soldados y poco á poco se encaminó hácia donde se descolgaba el gentil, y así que éste lo observó arrancó á carrera abierta para donde estaban los demas; hizo alto el señor capitan en la ringlera, observando sus movimientos del enemigo que continuaba hostil y tambien voceando sin parar, y cuando se cansaba el uno seguia el otro con su sermon, mientras que los nuestros con su vista fija á ellos callaban esperando las órdenes del capitan; despues de un gran rato, tres del ala que se situó sobre la loma se fueron descolgando poco á poco aunque nunca llegaron á tiro de fusil, disparando al aire los tres sus flechas preparadas, las que fueron á caer cerca de donde estaba el señor capitan quien mandó á un soldado disparar y disparó él mismo, y gracias á Dios no hubo desgracia, pues como dije, no estaban á tiro y solo fué con el fin de espantarlos y evitar muertes; y en efecto valió, pues en cuanto oyeron el tiro arrancaron todos y no pararon hasta la cumbre del cerro que estaba mas inmediato á la loma y desde allí, como que se consideraban seguros, prosiguieron con su gritería como antes y los nuestros á no moverse ni hablar palabra; así estuvimos parados como dos horas largas hasta que ellos se cansaron y dando un alarido se marcharon por detras del cerro, y pasado

rato de que ya no los veíamos, seguimos nuestra jornada hasta llegar á la vista de un valle muy verde con abundancia de agua; pero muy profundo con una bajada muy larga, empinada y aun acantilada.

Eran ya las tres de la tarde sin saber por donde bajaríamos al valle, y determinó el señor comandante parar el real en una mesa muy espaciosa á la orilla de la mar que tiene abundancia de zacate y mescales, mientras se registra por donde bajar al valle de donde se podrá traer agua para el gasto, y la caballada se aguardaria hasta el dia siguiente. Como á las tres de la tarde paramos en dicha mesa que llamé de *San Juan Bautista*, como una legua antes de llegar al valle. Luego de llegados vimos en un alto, algo retirados, á los veinte y nueve gentiles y hasta metido el sol no se fueron.

Dia 9 de idem.

De buena mañana salimos de la mesa tomando el rumbo de Oeste Nordoeste y á poco de andar divisamos el valle verde muy profundo; bajamos la larga cuesta muy empinada toda ella de tierra ó de polvo en la que se atascaban las bestias que parecia mas resbalar que andar. En cuanto empezamos á bajar el valle nos pareció una mision formada, así por el verdor que parecian milpas, como por las muchas casitas de indios que divisamos que parecia pueblo: luego que los gentiles nos divisaron se alborotaron, saliendo todos de sus casas y arrancaron subiéndose á las lomas,

y los mas no pararon hasta un cerro que está del otro lado del valle: al pié de la cuesta encontramos un grande arroyo corriente, con mucho tular en el que hay mucha agua encharcada; paramos como á la mitad del valle no muy apartados de las casitas de los gentiles. Parado el real, viendo que los gentiles de esta ranchería se mantenian en la loma y cerro que dije sin bajar á la ranchería, se arremó el señor capitan con dos soldados á llamar á los de la loma y cerros repetidos sin bajar á la ranchería, y á los que estaban mas inmediatos aunque les hizo señas que bajasen sin miedo que los queria regalar, enseñándoles un pedazo de manta y de liston, no se movieron sino que hicieron que los dejase y se fuesen, que ellos bajarían á tomarlo. En vista de esto lo dejó en el suelo, se retiró para el real y uno de ellos bajó á cojerlo y fijó en el suelo tres flechas y junto á ellas dejó una red de pescar como en recompensa del regalo y en señal de paz; fué el señor capitan y lo recibió dándole por señas el agradecimiento y convidándolos de nuevo que bajasen al real; con esto ya se animaron tres de ellos á venir al real, pero con las armas en la mano, los que se acariciaron y regalaron cuanto fué posible, y con esto ya todos bajaron hombres, mujeres, niños y niñas tanto para sus casitas como para el real, regalándolos á todos, correspondiéndonos ellos con sardinas tlatemadas.

Nos dijeron y entendimos bien por las señas que habian visto pasar dos barcos y que no estaban muy lejos.

Estando así muy contentos con nosotros, se oyeron gritos de gentiles y viendo de donde salían, resultaron ser de los mismos veinte y nueve que en estos días nos han seguido y no quedaron escarmentados; iban bajando por la misma cuesta, nosotros habíamos bajado, y en cuanto los divisaron los buenos de esta ranchería arrancaron como venados para el cerro sin poderlos detener; sin duda serían rancherías enemigas, y de miedo se irían, no teniéndose seguros ni aun con nosotros; lo sentimos bastante porque se nos habían ofrecido á venir con nosotros hasta el siguiente paraje á enseñarnos el aguaje.

Los guerreros bajaron hasta la mitad de la cuesta, en donde se pararon y se sentaron, y se mantuvieron mas de dos horas gritando, y despues de cansarse dieron un grande alarido y se marcharon, no haciendo otra cosa mala que ahuyentar á los buenos que ya no se arrimaron á la ranchería, sin duda de miedo de los otros; que de nosotros no tenían motivo para ello.

Este paraje me pareció á propósito para una buena mision con aguas, tierras, pastos y muchas rancherías, muy inmediato á la playa. Le nombré *El Valle de San Juan Bautista*, y el padre presidente que paró en él le nombró *San Juan Capistrano*.

Dia 10 de idem.

De buena mañana salimos de este valle rumbo al Nordoeste, y entramos á una cañada de mucha arboleda, y á poco subimos una

grande cuesta y caminamos por unas grandes mesas empastadas de buen zacate, y se encontró abundancia de frijol silvestre y me pareció que poco se diferencian del frijol manso ú ordinario. A estas mesas nos alcanzaron nueve gentiles mansos de la ranhería de San Juan Bautista, que nos venian á guiar como nos habian prometido y por lo que queda dicho se habian salido de la ranhería; cumplieron la palabra enseñándonos el camino y apartándonos de una alta sierra que teníamos á nuestra mano derecha.

A las cuatro horas de camino llegamos á la vista de una cañada tan verde y alegre como la que dejamos en San Juan; pero nos vimos parados sin saber por donde bajar á ella, tanto por su profundidad como por estar nosotros sobre un altísimo cantil y por él fué preciso bajar; todo el mundo se apeó y bajamos en partes parados y en otras arrastrándonos y con un continuo peligro de rodar, aunque teníamos el consuelo que era de pura tierra; así bajamos á la cañada ó valle que está poblado de tular y de espeso monte de barajones muy altos; no registramos el paraje, si solo se abrió en el tular que tiene agua ciénega poza para que bebiese la caballada, como tambien para cojer agua para el gasto de la gente; desmontando dicha cañada puede ser que fuese á propósito para pueblo, cojiendo el agua para arriba. Llegamos á este paraje habiendo andado como cuatro leguas del antecedente, y paramos el real en la misma cañada ó valle que llamé *Las Pozas del Valle de San Antonio*, y

el padre presidente que tambien posó en él lo llamó de *San Francisco Solano*: llegaron tambien con nosotros los nueve gentiles del paraje antecedente, que nos acompañaron y condujeron mas de la mitad del camino. Poco despues de haber llegado, empezaron á descolgarse de los cerros que tiene el valle muchos gentiles de ambos sexos y de todas edades, tantos en número que no los pudimos contar; al parecer eran cuatro rancherías, pues observamos que cuatro de ellos que sin duda serian capitanes ó principales, nos hicieron grandes razonamientos que nada entendimos, aunque por las señas inferimos se nos ofrecian como tambien sus tierras; y entendimos tambien lo mismo que de los antecedentes, que habian visto dos barcos y que estaban separados; dieron tambien razon de la gente que venia y que habia tres padres que tenian el vestido como yo, apuntándome á mí y cojiendo en la mano el manto. El señor capitan les regaló abalorios, listones y otros donecillos de que quedaron muy agradecidos, y correspondieron con unas redes de pescar que traian enredadas en la cintura, y muchas flechas pintadas de todos colores con buenos peder-nales, que se pintanron como seis docenas que llegaron hasta San Diego: tambien regalaron sardina tlatemada y almejas; todos los hombres desnudos y embijados de varios colores, trayendo en la cabeza plumajes, todos armados, los mas con arco y flechas, otros con macanas y figas largas con puntas de hueso; las mujeres tambien embijadas pero honesta-

mente tapadas, trayendo por delante hilos tupidos hasta la rodilla, y por detras cueros de nutria ó de lobo marino: nos parecieron todos los indios muy mansos, afables, humildes, los cuales se estuvieron hasta muy tarde en el real con nosotros, con la misma confianza que si estuviesen con los suyos; por la noche se fueron á dormir á las rancherías.

Dia 11 de idem.

De buena mañana salimos del paraje guiados de muchos gentiles que estuvieron prontos para acompañarnos y guiarnos al paraje siguiente; tomamos el mismo rumbo de ayer, al Nord-Nordoeste, con declinacion al Nordoeste. Luego que salimos del valle entramos á la playa de la mar, cruzando unos grandes médanos de arena; casi toda la jornada fué de tierra llana y cerca de la playa; pero hubo muchas quebradas que cruzar que son barrancas de pura tierra que habrán formado las aguas que en tiempo de lluvias corren á la mar. A la legua de salidos del paraje antecedente se encuentra un valle bastante capaz y verde, que no tiene tanta brosa como el antecedente, remata á la playa y en ella vimos tiene estero que puede que apartado de la mar tenga agua dulce que remate en el estero, lo que no registramos, sí solo vimos de paso y reparamos que la costa aquí parece mansa. Despues cruzamos unas mesas de tierra con buen zacate y muchos mescales (advierito que aquí se acaban los mescales y por arriba ya no se encuentran) y nopaleras con tunas agrias.

Nos fuimos apartando de la playa, y viendo que no tomábamos su consejo, como que se sintieron y se fueron quedando poco á poco, de modo que en breve nos quedamos sin gentil alguno.

Seguimos nuestro camino y á las cinco y media horas de andar en que haríamos cuatro leguas de jornada, paramos en un vallecito que tiene su arroyo con agua corriente entre saucedas y tierra de humedad, con sus pozas de agua dulce; la una que dista de la mar como cien pasos tiene agua corriente que desagua en la playa; cerca de ella hay una buena ranchería de gentiles. Paramos el real en una mesa que está llena de biznagas chicas que fué preciso cortar muchas para no lastimarse los piés en el real, y la ranchería distaba de nosotros como dos tiros de fusil.

Nombré á este paraje *El Vallecito de San Pio*, y el padre presidente, en su diario, *San Benvenuto*. En cuanto llegamos al paraje vimos á un gentil de la ranchería, y tras de él vinieron los demas hombres, mujeres y niños; el primero se manifestó muy plentero como si ya nos hubiese comunicado y tratado, y no paraba de hablar y de accionar. Traia alguna ropa y unos abalorios colgados de la ternilla de la nariz que tenia taladrada; no paraba de hablar y reir registrando cuanto habia en el real; el señor capitan le regaló unos listones y abalorios y lo mismo hizo con los demas; pero ellos tan mesquinos que aunque trajeron almejas, no largaron ni una siquiera, sino recibian la paga por delante y habia de ser de

lo que ellos querian y nada menos. Luego conocimos eran muy despiertos, demasiado vivos y muy ladrones; de modo que sin advertir, el gentil que dije primero que con tanta confianza miraba cuanto habia, hurtó á los soldados sin que nadie lo viese, unas espuelas y unas mangas, y al padre presidente que paró aquí en día de fiesta y dijo misa, le hurtó la campanilla del altar y los anteojos, que lo habia escondido muy cerca del altar bajo de tierra, que costó trabajo el recobrarlo, por cuyo motivo llamaron á dicho indio *Barrabás*.

Día 12 de idem.

De buena mañana salimos de dicho paraje, rumbo al Norte, por la playa, guiados de algunos gentiles de esta ranchería que ellos mismos sin convidarlos se ofrecieron á acompañarnos, y siguieron como media jornada que nos dejaron. Esta fué poco mas de tres horas por tierra blanda, muy andable, cruzando algunas barrancas aunque no tan penosas como las antecedentes.

Durante este intervalo andariamos como tres leguas, y llegamos á una ranchería de gentiles que está en una mesa que parece isla, por donde no la baña el mar pues una barranca le da vuelta. Dichos gentiles tan luego como nos vieron nos convidaron á parar cerca de su rancho; pero pareció mas conveniente pasar la barranca y parar al otro lado de ella cerca de la orilla de la playa que tenía bastante zacate para las bestias; en la barranca tienen una poza de agua dulce de que bebe dicha

ranchería gentil. Hombres, mujeres y niños sin embijes y sin armas; son muy distintos á los antecedentes, muy pacíficos, humildes y afables; durante el día estuvieron con nosotros con tanta confianza como si estuviesen con los suyos; nos dieron á entender estaban cerca los dos barcos manifestando alegría por ello. En frente de este paraje están las cuatro islas llamadas Los Cuatro Coronados. Llamé al paraje *La Pocita de los Santos Mártires, Nercio y sus Compañeros*; el padre presidente la nombró *La Cárcel de San Pedro*.

Día 13 de idem.

De buena mañana salimos del paraje tomando el mismo rumbo al Norte, acompañándonos siete gentiles de la ranchería; á poco de andar tuvimos que bajar una grande ladera muy empinada para un arroyo muy hondo, y luego de bajados empezamos á subir un alto puerto á causa de que la playa que seguíamos nos atajó el paso la tierra acantilada á la mar; á una legua de andar pasamos una punta de tierra que nos impedía ver como corre la playa y descubrimos en largo trecho el llano de dicha playa que habíamos de seguir, toda la tierra muy empastada de zacate verde. De un alto de este llano divisamos que entraba mucho la mar dentro de la tierra, y en él divisamos los dos palos mayores de los barcos que apenas se divisaban por lo lejos que todavía los teníamos, cuya vista fué para todos de gran consuelo y alegría por hallarnos ya tan cerca del deseado, cuanto apetecido puerto de San Diego.

A las tres horas de andar llegamos cerca de una populosa ranchería de gentiles, que por un lado de ella corre un buen arroyo de agua, que viene al pié de una sierra que durante nuestra jornada hemos traído á mano derecha y en este paraje se retira como una legua haciendo un grande llano de buenas tierras con mucho zacate verde; paramos no muy lejos de la ranchería en cuyo paraje tuvimos buena agua y zacate para las bestias. Aunque escasea la leña, la tiene con abundancia la sierra que no está muy apartada. Nombré á esta ranchería de *Sancti Spiritus* por ser mañana la Pascua del Espíritu Santo, esperando que el Señor con el fuego de su divino amor enseñará en los corazones de estos gentiles unos vivos deseos de recibir nuestra fé católica.

Luego de llegados y parado el real vinieron muchísimos gentiles de ambos sexos y edades, tanto de dicha ranchería como de otras inmediatas, todos muy embijados y armados, los hombres de arco y flecha con sus grandes plumajes en la cabeza; son indios demasiadamente vivos y despiertos, grandes tratantes y muy codiciosos de todo cuanto ven y que les cuadra, muy ladrones; son muy gritones en su modo de hablar y cuando hablan lo dicen á gritos como si estuvieran enojados.

Este paraje está como media legua de una ensenada cerca del puerto: trajeron los gentiles almejas pero si no les daban lo que ellos querian y les cuadraba, seguro está que largasen una almeja. Esta tarde se nos cerró el tiempo en llover y nos mojamos todos muy bien y bastante.



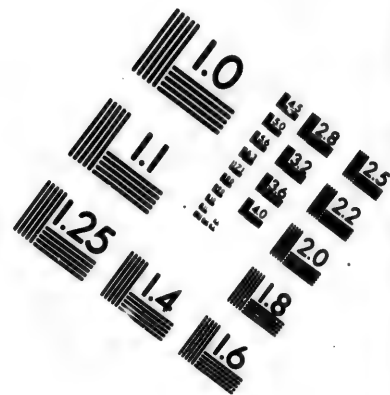
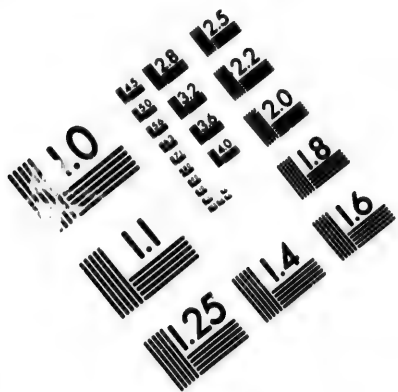
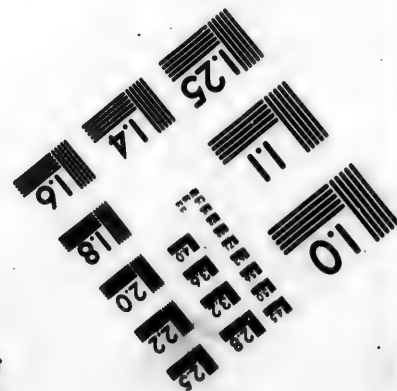
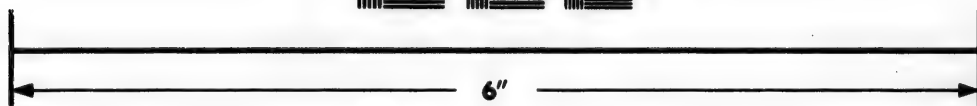
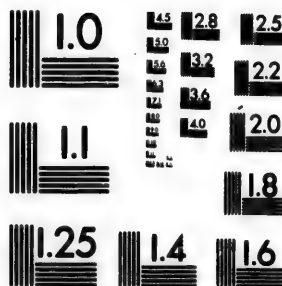


IMAGE EVALUATION TEST TARGET (MT-3)



Photographic
Sciences
Corporation

23 WEST MAIN STREET
WEBSTER, N.Y. 14580
(716) 872-4503

**CIHM/ICMH
Microfiche
Series.**

**CIHM/ICMH
Collection de
microfiches.**



Canadian Institute for Historical Microreproductions / Institut canadien de microreproductions historiques

© 1983

Dia 14 de idem.

Domingo y Pascua del Espíritu Santo, sobre habernos llovido toda la noche y todos bien mojados, amaneció la mañana muy cerrada, y en cuanto aclaró el día volvió á llover un grande aguacero que duró como hora y media, el que aguanté sentado sin mas techo que el manto y sombrero, y despues abrió el día; pero fué de parecer el señor capitán que no dijese misa por lo mojado que todos estábamos, como porque estaba allí parada una numerosa gentilidad armada toda; y así nos quedamos sin misa todos, lo que sentí mucho por ser un día tan grande como el primer día de Pascua de Espíritu Santo.

Todos estábamos con grandes deseos de llegar al deseado puerto que juzgábamos que en una jornada, aunque larguita, podíamos llegar á él, y con estos deseos, no obstante de estar todos tan mojados, determinó el señor capitán salir del paraje, como con efecto salimos poco antes de las diez, siguiendo el mismo rumbo, al Norte, por el dilatado llano apartándonos algo de la playa de la ensenada por lo que podia haber de atascaderos á la orilla de la playa.

El reverendo padre presidente con el segundo trozo de la expedición paró como una legua mas arriba al Norte de la ranchería de Sancti Spiritus, tomando el rumbo á una derecha arrimándose mas á la playa, en donde en este mismo llano encontró tambien un arroyo de agua corriente y mucho pasto que nombró de *S. Pablo*, y le pareció sitio bueno para pue-

blo ó mision, el que sin duda rebentará mas arrimado á la playa que el camino que nosotros trajimos, pues no lo encontramos. En el tramo de tres leguas desde la salida de la ranchería en donde paramos ayer, encontramos hoy tres rancherías de gentiles aunque apartadas del camino que traíamos. Pero en todo el camino encontramos gentiles de dichas rancherías, todos ellos con su arco y flechas. La jornada fué algo mas de seis horas y media todo de tierra llana, bien empastada, en que andariamos como seis leguas, y llegamos con toda felicidad y contento al deseado puerto de San Diego.

En cuanto divisamos el real los soldados dispararon, haciendo salva y luego correspondieron tanto los que estaban en el real como los de los paquebotes, con su artillería y armas de fuego; luego salieron á recibirnos los tres padres que habian venido en los barcos y lo mismo los oficiales que se hallaban en tierra, dándonos un estrecho abrazo y los parabienes de habernos ya juntado en este puerto de San Diego. En breve tuvimos la noticia de su llegada y de los atrasos que habian tenido en la mar por la enfermedad del escorbuto y mal de loanda, como tambien nos comunicaron los muchos que habian muerto y los mas que se hallaban heridos de dicho accidente, como tambien que el paquebot San Antonio, álias el Príncipe, habia llegado el primero siendo así que fué el último que habia salido del Cabo de S. Antonio, digo de San Lucas, que fué el día 15 de Febrero, que dió

fondo en el puerto de S. Diego el dia 14 de Abril, y el San Carlos que habia salido del puerto de la Paz el dia 10 de Enero, habia dado fondo en S. Diego el dia 29 de Abril.

Al Nordeste de este puerto, no muy lejos de su playa, corre una cañada de tierra buena de pan llevar, cuyo largor no bajará de tres leguas, de ancho media legua y en lo mas angosto un cuarto de legua. Por medio de dicha cañada corria un rio grande de seis á ocho varas de caja, y de media vara de honda el agua, el que de dia en dia se fué minorando de modo que á las tres semanas de llegados ya totalmente paró de correr y solo le quedó agua en pozas; toda la caja del rio está muy poblada de sauceda, álamos y algunos alisos, y en lo último de la cañada algunos encinos grandes como tambien muchas parras silvestres muy frondosas, y rosales de Castilla cargados de rosas, y una especie de romerillo silvestre muy oloroso, abundancia de tuna silvestre de cocoba que no ha faltado en todo el camino.

Tiene este puerto en él y sus cercanías muchas y grandes rancherías de gentiles, todos los hombres desnudos y los mas embijados como dije de los antecedentes, y las mujeres honestamente tapadas por delante con hilos tupidos y por detras con cueros de animales: son indios muy vivos, boruquientos, atrevidos, muy tratantes, codiciosos y ladrones; andan todos armados con sus arcos y carcaxes de flechas y otros con macana. Abunda la playa de sardina grande, raya y otras especies de

pescado y almejas. Son todos estos gentiles pescadores y se meten á la mar en balsas de tule. La tierra son lomas altas y cerros todas de tierra y faltas de piedra, todas ellas vestidas de zacate verde y de buenos pastos para toda especie de ganado. Tiene el puerto en frente, hácia el Sur, las cuatro islas nombradas Los Cuatro Coronados, distantes de la tierra firme como seis leguas. La entrada del puerto es de Sur á Norte y la boca de él, segun la observacion que hicieron los capitanes de los paquebotes es de treinta y dos grados treinta y cuatro minutos y como tres leguas mas al Norte en donde se iba á establecer la mision está en la altura de treinta y dos grados cuarenta y dos minutos.

Despues de llegados á este puerto, mientras asomaba por acá el padre presidente á la cabeza del segundo trozo de la espedicion de tierra, en la que venia el señor gobernador de la California, D. Gaspar Portola, que era el primer comandante de la espedicion de tierra, nos empleamos los cuatro religiosos que aquí veniamos en asistir á los muchos enfermos que habia, tanto de los soldados voluntarios de Cataluña como de la tripulacion de ambos barcos que estaban apestados del escorbuto ó mal de loanda, del que nos dijeron los padres habian muerto ya nueve de la tripulacion del San Carlos, los dos en el camino que echaron al agua, y los siete que quedaban enterrados en la playa en donde estaba establecido el real.

A últimos de Julio llegó á este paraje el

sargento de la compañía de Cuera, D. José Francisco Ortega, acompañado de un solo soldado y nos dió razon que el señor gobernador con el padre presidente y demas que componian el segundo trozo de la expedicion venian ya cerca, que distarian como tres jornadas, que él se habia adelantado para darnos esta noticia; luego mandó el señor capitán D. Fernando, que volviese el sargento con diez soldados á encontrarse con el señor gobernador, quien luego de tener el nuevo socorro se adelantó y llegó á este puerto el dia de San Pedro, y el reverendo padre presidente con todos los demas que componian aquella expedicion llegó el dia primero de Julio poco antes de medio dia; todos llegaron buenos sin la menor novedad, gracias á Dios, por lo que toca la expedicion de tierra, salvo en los indios neófitos que algunos murieron, como ya dije, y los mas se huyeron para su tierra.

Dia 2 de Julio.

Como domingo y fiesta de la Visitacion de Nuestra Señora, cantamos misa solemne en accion de gracia á su santísimo esposo el señor San José, patron de ambas expediciones de mar y tierra, viéndolas en todas sus partes congregadas en este su intermedio destino.

Luego así unidos los dos trozos de la expedicion de tierra que habia de comandar el señor gobernador D. Gaspar Portola, junto con el comandante de mar D. Vicente Vila, en atencion á estar toda la tripulacion de su paquebot San Carlos (la capitana) enferma y

muchos de ellos ya muertos, y al otro paquebot San Antonio poco le faltaba para lo mismo, determinaron ambos jefes que luego que saliese el paquebot el Príncipe con la poca gente que tenía para San Blas á informar á S. E. del estado de estas expediciones, y como la de tierra seguía su camino en busca del puerto de Monterey; así se ejecutó saliendo el Príncipe del puerto de San Diego el día 9 de Julio, y el señor gobernador determinó que la expedición siguiese su camino por tierra el día 14 de dicho mes, como se ejecutó, con la esperanza de que el barco San José que se decía que por Mayo salía de la California con víveres, nos podría alcanzar en el camino ó al puerto de Monterey.

Esta expedición se compuso del señor gobernador y primer comandante D. Gaspar Portola con un criado, del señor capitán D. Fernando Rivera de Moncada con su criado, del señor teniente D. Pedro Fages con siete de sus soldados de la compañía franca de Cataluña, veinte y siete soldados de Cuera del ingeniero D. Miguel Constanzo y quince individuos cristianos californios, neófitos.

Determinó el reverendo padre presidente que yo, en compañía del reverendo padre predicador fray Francisco Gomez, siga esta expedición, quedando su reverencia en San Diego con el padre fray Juan Vizcaino, y fray Fernando Parron, para dar principio á la fundación de la primera misión, mientras llegaba el barco San José para trasportarse por mar á Monterey, dejando el señor comandante

para escolta en San Diego ocho soldados de Cuera, y todos enfermos así de los voluntarios de Cataluña como de la tripulacion de ambos barcos, y el cirujano mayor práctico para curarlos, y para el servicio algunos indios californios que habian venido con el segundo trozo y un mozo sirviente, caminando todos los demas con el titulo de arrieros con la expedicion de tierra para Monterey, que fueron siete que completaron el número de la expedicion de tierra para Monterey, sesenta y cuatro incluso los dos religiosos el padre compañero fray Francisco Gomez, y yo fray Juan Crespi.

Salió dicha expedicion el dia señalado 14 de Julio de 1769, de cuyo viaje formó su diario el padre fray Juan Crespi de que queda escrita copia en la segunda parte.

CAPITULO IX.

Lo que se determinó en el puerto de San Diego habiéndose juntado las dos expediciones.

Habiendo llegado ambas expediciones al primer puesto de su destino, viéndose juntos (aunque con la pena de los muchos enfermos que habia y que ya habian muerto algunos principalmente de la tripulacion de la capitana), determinó el reverendo padre presidente que el dia siguiente, 2 de Julio, domingo y fiesta de

la Visitacion de Nuestra Señora, se cantase la misa de gracias á su santísimo esposo el Señor San José, patron de ambas expediciones de mar y tierra, viéndose ya juntas en el puerto de San Diego; así se ejecutó con toda la solemnidad posible, haciendo la tropa sus salvas con los tiros de sus fusiles y escopetas, y concluida la funcion trataron entre sí los dos comandantes, el de tierra Don Gaspar de Portola y el de mar Don Vicente Vila, que debian de hacer en vista de los que habian muerto y los muchos que habia enfermos, y resolvieron que el paquebot San Antonio, dejada la carga, fuese para San Blas llevando los marineros que se hallasen menos enfermos, y que se escribiese á su escelencia y al señor visitador general el estado de las expediciones, los muchos enfermos que habia, y así que determinase su escelencia el enviar tripulacion para la capitana, que quedaria anclada esperando el socorro, y que la expedicion de tierra, dejando los enfermos en S. Diego con algunos soldados de Cuera, seguirian todos los demas en busca del puerto de Monterey, con la esperanza en el barco San José, para el que se dejaria la órden, cruzase para Monterey en busca de la expedicion de tierra para socorrerla; luego de convenidos en esta determinacion señalaron el dia 6 de dicho mes de Julio para la salida del Príncipe, y el dia 14 para la salida de la expedicion de tierra.

Dispusieron las cosas necesarias para el viaje y salió el barco el dicho dia, y á los veinte dias de navegacion dió fondo en San

Blas, habiéndosele muerto en el camino nueve hombres que tiró al mar, llegando al puerto sin gente para marear; luego se dió cuenta á su escelencia, quien dió las mas prontas y eficaces providencias para el socorro; pero despues de llegado el Príncipe á San Blas salió una goleta para la California y llegó á Loreto el dia 7 de Setiembre, vispera de la Natividad de Nuestra Señora, que quiso celebrásemos el dia de la patrona con estas noticias, las que comuniqué desde el púlpito al pueblo pidiéndoles que despues del sermon rezasen todos una salve á Nuestra Señora para que dejase llegar con felicidad la espedicion á Monterey.

Dispúsose todo lo necesario para salir el dia señalado la espedicion de tierra, que se compuso del señor gobernador y primer comandante, D. Gaspar de Portola, con un criado, el señor capitan y segundo comandante, D. Fernando Rivera, con un criado y veinte y siete soldados de Cuera; el señor teniente, D. Pedro Fages, con siete de sus soldados voluntarios de la compañía franca de Cataluña; el ingeniero, D. Miguel Constanzo, siete arrieros y quince indios cristianos de los californios. Y con la dicha comitiva determinó el reverendo padre presidente fuesen dos de los misioneros y nombró á los padres fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez, determinando su reverencia quedar en San Diego hasta la llegada del barco San José, en el que determinó embarcarse y seguir por mar hasta Monterey, y acompañando entre tanto á los padres fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron con

quienes luego de salida la expedicion daria mano á la fundacion de San Diego. Quedaban asimismo en San Diego todos los soldados de los voluntarios de Cataluña que por imposibilitados no podian salir, como tambien los marineros enfermos; y para la escolta del real quedaron ocho soldados de Cuera, el uno con plaza de cabo, un herrero, un carpintero, un sirviente y ocho indios californios; quedaba en el puerto anclado el San Carlos con su capitan y comandante, D. Vicente Vila, un piloto, D. José Canizares, cinco marineros y el cirujano, D. Pedro Prat, para curar á los enfermos, asistiendo en tierra en la enfermería. Encargó el reverendo padre presidente al padre fray Juan Crespi, formase su diario del viaje el que hizo puntualmente, el cual me ha parecido copiar aquí para que se tenga á mano por los sitios, parajes, rios y demas que contiene de alturas y rumbos.

CAPITULO X.

Viaje de la expedicion de tierra de San Diego á Monterey.

(Copia del diario y caminata que hizo la expedicion desde el puerto de San Diego de Alcalá hasta el de Monterey, saliendo el 14 de Julio de 1769.)

VIERNES 14 DE JULIO DE 1769.

Salimos de este puerto de San Diego este dia del seráfico doctor San Buenaventura como á las cuatro de la tarde rumbo al Nord-

oeste por tierra llana bastante empastada por cerca de esteros, que tienen buenas salinas, y despues entramos por la playa del segundo puerto que tiene San Diego, aunque cerrado que no se puede entrar: en algunas partes del camino se ven algunos romerillos y arbolillos no conocidos, y á mano derecha nos sigue una sierra medianamente alta, pelona de árboles, de pura tierra bien empastada; encontramos muchas liebres y conejos de que abunda mucho este puerto: como á las dos leguas encontramos una crecida ranchería de gentiles que están en una rinconada que hace este segundo puerto, y tiene unos ojitos de agua, cuyo sitio llamamos *La Rancheria de los Ojitos de la Rinconada de San Diego*; así que los gentiles observaron que nos íbamos acercando salieron todos al camino, hombres, mujeres y niños como á recibirnos con muestras de mucho contento, los que agasajamos cuanto se pudo. Aquí dejamos ya la playa y entramos en una cañada entre cerros, aunque por el mismo rumbo, que tiene bastantes sauces y algunos alisos y entendimos que en esta cañada habia unos pocitos de agua dulce, que por lo muy verde que la hallamos creimos seria así; está la cañada aunque no muy ancha bien empastada de zacate por todas partes de ella lomas, laderas y cerros, todo de buena tierra; encontramos los pocitos que tuvieron agua para la gente, pero la caballada se quedó sin beber, y á las dos horas y tres cuartos de andar, que seria como dos y media leguas, paramos poniendo el real cerca de los pocitos

que llamamos *Los Pocitos de la Cañada de San Diego*; llegados á este paraje ya entrada la noche llegaron dos gentiles que tenian sardinas bastante grandes, y haciendo el uno de ellos un gran razonamiento, las que le tomaron los señores gobernador y capitan y les correspondieron con abalorios y algo de ropa, con lo que se volvieron muy contentos.—Camino, dos leguas y media.

Sabado 15 de idem.

Como á las ocho y media de la mañana salimos del paraje siguiendo el mismo rumbo del Noroeste; subimos una gran loma zacatosa toda de pura tierra, y nos hallamos en unas mesas bastante grandes de buena tierra de migajon toda empastada, sin encontrar desde San Diego piedra ni mas árboles que los dichos en la cañada antecedente, salvo en tal cual parte algunos robles muy chicos y chaparros. Vimos correr por esta mesa siete berrendos juntos y cada instante observábamos salir liebres y conejos; como á legua y media de andar llegamos á un hermosísimo valle ó cañada, que al verlo no parecia otra cosa que una milpería de labores ó sembradas por su mucho verdor, y en un altito de dicho valle vimos una ranhería de gentiles con sus casitas de zacate que al vernos salieron todos al camino contentos y con demostraciones de regocijo; bajamos á este valle y vimos que su verdor era calabazas silvestres muy frondosas y muchos rosales de Castilla; tienen estos gentiles cerca de su ranhería un

posó de agua dentro de un arroyo. Este valle corre de Sudeste á Noroeste como de una legua de largo, y de ancho como cuatrocientas varas, todo con buenas tierras con algunos encinos y alisos; lo llamamos *El Valle de Santa Isabel*, reina de Portugal. Nos paramos un ratito para que el señor comandante repartiera unos abalorios á los gentiles de esta ranchería, y seguimos nuestro camino por el Noroeste de este valle con un gentil de esta ranchería que voluntariamente se ofreció á acompañarnos hasta la parada; como á media legua de andar á lo último del valle encontramos una poza de agua dulce mediana, y en ella vimos dos cántaros de barro cocido bien hecho. Torcimos aquí el rumbo por una cañada que tira al Norte, y caminamos por ella, tierra llana muy empastada, desde donde vimos otro valle mejor que el antecedente, y bajamos á él, y paramos el real cerca de una grande poza de agua dulce y buena que llamaron los soldados la poza de Ozuna, y nosotros la llamamos *El Valle de San Facome de la Marca*, pidiendo al santo interceda con el Altísimo para la conversion de los gentiles naturales de él, y que se les forme mision siendo él su patron, supuesto que al parecer es el sitio muy apropiado y que convida á ello. Fué la jornada este dia de tres leguas y media.

Tendrá el valle de Norte á Sur como una legua, y de Este á Oeste como media legua, todo de tierra llana muy frondosa y de mucho pasto, muchas parras y otros yerbajes. Al Sur de este valle hay tres pozas grandes, y al

Norte, segun relacion de los exploradores, hay un arroyo muy frondoso y otras pozas bien grandes; cerca de las pozas del Sur, en una ladera, hay una grande rancheria de gentiles de bastantes casas bien formadas con sus techos de zacate; luego que llegamos vinieron á visitarnos como diez y ocho gentiles, con sus mujeres y niños, todos muy afables y nada boruquientos. Parece estar este paraje cercano al mar segun lo vimos bajando el valle; los cerros que rodean este valle no son muy altos, todos de pura tierra, vestidos de pastos, y lo que falta al sitio es la arboleda: se han visto muchos alacranes aunque á ninguno han picado.—Camino, tres y media leguas.

Domingo 16 de idem.

Este dia celebramos los dos padres el santo sacrificio de la misa que oyó toda la gente, y á las dos y media de la tarde salimos rumbo al Norte y al Noroeste, atravesando todo el llano, y subimos una loma pelona que á poco siguió con un montecito de arbolillos no conocidos, y con algunos robles chaparros; por él entramos á unas mesas tendidas muy empastadas, y como á dos leguas y media bajamos á una cañada muy verde, de buena tierra poblada de alisos; en esta encontramos una rancheria de gentiles, que luego que nos vieron se vinieron todos corriendo á nosotros muy contentos, y nos enseñaron un pocito de agua que allí estaba para su gasto, y entendimos nos decian que nos quedásemos; pero como no era este el sitio explorado para para-

da nos detuvimos un rato, y el señor comandante regaló algunos abalorios á los capitanes, y de paso llamamos á este paraje *La Cañada del Triunfo de la Santísima Cruz*, de quien rezábamos.

Seguimos adelante nuestro camino, acompañándonos todos los gentiles que nos decían que mas adelante habia otro aguajito; como á media legua llegamos á otra cañadita de muchos encinos, y en ella nos enseñaron un ojito de agua que corria algo por enmedio de unos morales, en donde encontramos otra ranchería que no tenia mas que seis mujeres que vimos tenían ollas y cántaros de barro cocido bien hecho; llamamos á este paraje *El Ojito de Agua de la Cañada de los Encinos*: lomas bien tendidas de tierra y pasto, y como á otra legua de andar bajamos á otra cañada muy verde y buena tierra prieta, y de esta entramos tambien á otra muy verde y de buena tierra muy empastada, en la que paramos el real cerca de una loma que tiene dos ojos de agua, el uno á un lado que tiene como un limon de agua y el otro al otro lado de la loma que corria como un dedo de agua, de los que con alguna composicion pudo beber la caballada; están ambos poblados de rosales de Castilla que cojí una rama con seis rosas abiertas y como doce á abrir; inmediato á esta cañada sigue otra con una ranchería de gentiles, que en cuanto vieron parado el real se bajaron toda la ranchería que se componia de ocho hombres, tres mujeres y cuatro niños; el capitan de ellos nos hizo una arenga, y concluida se sentaron como si siem-

pre nos hubieran tratado; uno de los gentiles vino chupando con un chacuaco de barro cocido bien hecho; llamamos á este paraje *San Alejo*. Fué la jornada de cuatro horas bien cumplidas, y andariamos cerca de cuatro leguas. El día siguiente observé la altura en que nos hallábamos y me salió en treinta y tres grados cabales.

Lunes 17 de idem.

A las tres de la tarde salimos del paraje siguiendo la cañada rumbo del Norte; á poco subimos una loma de tierra muy zacatosa y de tierra bien abierta, andando por mesas que están en partes empastadas de zacate, y en parte de montecillo de robles chicos y romerillo y otros ramajos no conocidos; fuera de esto está la tierra muy empastada y de buen migajon; como á una legua de camino bajamos á un valle muy poblado de alisos en que vimos una ranchería pero sin gente, aunque de paso nombramos á este valle *San Simon Lipnica*. No está muy retirado de la playa; á lo último de él vimos un estero, aunque no se dejó ver la mar. Proseguimos nuestro camino por el mismo rumbo del Norte por lomas y mesas muy tendidas y abastecidas de buenos pastos, y como á otra legua de andar bajamos á una cañadita muy verde que tiene una vega muy angosta de como unas cincuenta varas de ancho. Paramos el real sobre la ladera de la cañada á la parte del Poniente; el agua está recojida en pozas y reparamos manaba de ojos distintos, formando alrededor unas ciénegas ó

pantanos cubiertos de juncos y pastos: nombramos á este paraje *Santa Sinforosa*; vimos desde el real una ranchería de gentiles en lo alto de una loma, que prevenidos de sus vecinos los de San Alejo, diputaron á dos de ellos para pedirnos licencia para visitarnos; se les dió á entender por señas que lo difiriesen para el dia siguiente por ser ya tarde, pero tomando luego la vuelta á su ranchería en breve rato vinieron todos sus moradores; no bajarian de cuarenta los que se nos presentaron, y luego llegados hizo su capitán su razonamiento bien accionado, pero sin darle lugar á acabar su arenga lo regalaron á él y á su gente con abalorios y los despidieron, y el dia siguiente por la mañana volvieron y se estuvieron hasta nuestra salida.

Martes 18 de idem.

Salimos poco despues de las tres de la tarde siguiendo el rumbo del Norte; subimos una loma de buena tierra toda empastada y seguimos por lomas de igual tierra y pastos; andariamos como dos leguas cortas y bajamos á un grande y hermoso valle todo verde que nos parecía estar sembrado; lo atravesamos derecho al Norte y paramos el real cerca de una poza grande de agua entre otras varias que tiene el llano; á los extremos ó términos del llano hay dos grandes rancherías.

A poco de llegados nos vinieron á visitar los gentiles que pasaron de cuarenta indios desnudos y embijados por todo el cuerpo de varios colores, que es la ordinaria cuando van

de visita ó de guerra; venian todos armados de arcos y flechas, y el capitan de ellos hizo su acostumbrada arenga, y concluida, tiraron al suelo sus armas y se sentaron cerca de nosotros. Sacó el señor gobernador algunos abalorios y dándome á mí la mitad quiso que entre los dos los repartiésemos, y regalaron al señor gobernador unas cuantas redes de hilo que ellos hacen de unas mantas que, hilado, parece cañamo crudo. Tras de los hombres vinieron las mujeres y niños que pasaban de cincuenta, no se atrevian á llegar; les hicimos señas, no tuvieron miedo y hablándoles uno de los gentiles llegaron luego, á quienes tambien regalamos con abalorios.

Las mujeres honestamente cubiertas, trayendo delante unos hilos que les llegaban hasta las rodillas, y detras un cuero de venado y para tapar los pechos traen unos capotillos hechos de pieles de liebres y conejos de que hacen tiras, y torcidas como mecate; cocen uno con otro y las defienden del frio cubriéndolas por la honestidad. Casi de la propia manera andan todas las mujeres y todos los hombres totalmente desnudos como Adan en el paraíso antes de pecar, sin que tengan el menor rubor de presentarse delante de nosotros sin hacer la menor demostracion de taparse como si el vestido que les dá la naturaleza fuese una rica tela.

Este valle tendria de largo de Noroeste á Sudoeste como dos leguas, de ancho en lo mas angosto como media legua; por el Sudoeste va á rematar á la playa, que del real distará

como media legua aunque una loma nos impide ver la mar. No encontramos agua corriente aunque vimos tres arroyos que solo en tiempo de aguas correrán. Hay, sí, buenas pozas de agua buena con sus tulares á la orilla; está el valle todo verde de buen zacate y muchas parras silvestres y tambien se encuentran algunos manchones que parecen viñas; puse á este valle el nombre de *San Juan Capistrano*, para una mision, para que este glorioso santo que convirtió en vida tantas almas, á Dios le pida en el cielo por la conversion de estos pobres gentiles quienes, al dia siguiente por la mañana, volvieron y cogiendo mi compañero el santo Cristo, por señas les dijo algunas palabras de Dios y Jesucristo crucificado, de la gloria y del infierno, y hacian demostraciones de que algo entendian, se compungian y suspiraban; pero aunque vieron que los dos padres, el señor comandante y todos los oficiales adoramos las imágenes de Cristo, y que les deciamos hiciesen lo mismo y á ese fin se los arrimaba á la boca, jamas quisieron besarlo, sino que se retiraban y con la mano lo apartaban, aunque lo atribuyo á la falta de conocimiento, y que no entienden lo que les decimos: observé la altura y me salió en treinta y tres grados y seis minutos. La jornada desde el último paraje es de como dos leguas cortas.

Miércoles 19 de idem.

Este dia paramos para dar lugar á que el sargento D. José Francisco de Ortega, con

siete soldados fuese á esplorar para las jornadas siguientes, y nosotros nos estuvimos entretenidos con los gentiles que no nos dejaron en todo el dia, llegando á ver juntos en el real mas de doscientos.

Fueves 20 de idem.

Este dia salimos como á las siete de la mañana, que amaneció nublado, y tomando el rumbo derecho al Norte seguimos por una cañada de como una legua de largo de buena tierra empastada y poblada de alisos; pasada ésta subimos una lomita y entramos en unas mesas pobladas de zacate seco y en partes quemado de los gentiles, para la caza de conejos y liebres que los hay con abundancia; en algunas partes hay manchones de nopales silvestres y algo de romerillo. A legua y media del camino desde el paraje vamos á otro valle hermoso por lo verde y muy poblado de alisos y otros árboles mas chicos; al bajar vimos una laguna que dijeron los exploradores era de agua salada; paramos el real en este valle cerca de una poza de agua dulce; el motivo de la parada, siendo la jornada de solo legua y media, es porque desde la salida de San Diego nos viene siguiendo á mano derecha una sierra muy alta, y al parecer ya vamos á topar con ella, y se hace preciso registrar para cruzarla, pues parece va á rematar á la playa. La poza de agua que acabo de ver tiene de largo mas de cien varas, de agua zarca, muy delgada y buena. A mas de ésta, dicen los exploradores que, en el arroyo abajo hácia el Norte, hay

otras pozas, y que de ellas corre un buen trozo de agua y con buenas tierras que se podrian sembrar, de riego que, segun esto, es mas á propósito para pueblo este paraje que el antecedente; por haber llegado á él este día de Santa Margarita, lo bautizamos con el nombre de esta santa vírgen y mártir. En cuanto llegamos nos vinieron á saludar los gentiles de la ranchería que tiene su pueblo en el mismo llano, y no bajarían de sesenta entre hombres, mujeres y niños los que vinieron al real. Regálámosles algunos abalorios y los despedimos.

Viernes 21 de idem.

Salimos por la mañana tomando el rumbo del Nordeste, á causa de que la sierra nos impedia ir al Norte, subimos un cerro que tiene alguna piedra cerca del valle de donde salimos y de lo alto vimos el valle de Santa Margarita, que se estiende mas de una legua de Norte á Sur, y seguimos por lomas de mediana altura, todas de zacate, y paramos cerca del agua, que está dentro de unos zacates que no se pudo reconocer si era agua corriente; lo que sí vimos era mucha agua, y el sitio muy poblado de parras é innumerables rosales de Castilla y otras flores, por cuyo motivo se llamó *La Cañada de Santa Pragedis de los Rosales*.

Muy cerca de ahí encontramos una ranchería corta que luego nos vinieron á visitar tres hombres, once mujeres y algunos niños, los agasajamos y el señor capitan les regaló unos abalorios. Dicha cañada tiene de ancho como

un cuarto de legua y en partes estrecha mas y mas; tira el largo de Nordeste á Sudoeste; por el Nord-Nordeste llega á una sierra alta que distará, desde donde se puso el real, legua y media, y por dicho rumbo muchos encinos y lo mismo las faldas de la sierra.

Por el Sudoeste parece que va la cañada á rematar á la playa aunque no se divisa: de este paraje observé la altura y me salió en treinta y tres grados diez minutos.—Fué la jornada de dos leguas.

Sábado 22 de idem.

Este dia nos amaneció nublado, y como á las siete, tomando el rumbo del Oeste, al salir subimos una loma zacatosa; á poco entramos á una cañada torciendo el rumbo al Nord-Nordoeste la que se comunica con la de los Rosales; anduvimos entre la sierra aunque no es áspera sino abierta, con sus lomas y mesas tendidas, vestidas de mucho zacate y pobladas de encinos y alisos, principalmente en las cañaditas y arroyos, con abundancia de rosales de Castilla; se encontraron como tres mesas pobladas de grandes encinos. Como á las once llegamos á una poza de agua despues de haber andado como cuatro leguas, desde el paraje antecedente. Esta dicha poza de agua dulce es un arroyo seco que está poblado de muchos alisos, y cerca de dicha poza paramos el real, y luego vinieron como catorce gentiles y otras tantas mujeres con niños y niñas, que se manifestaron muy afables los que agasajamos y regalamos. Nos avisaron los esplora-

dores que el día antecedente, vieron en la ranchería dos muchachitas enfermas, y pidiendo al señor comandante unos soldados para ir á visitarlas, fuimos y hallamos á la una que la madre tenia en su pecho, que al parecer se estaba muriendo, se la pedimos que la queriamos ver; pero no hubo forma de que dejase á su madre, á quien dijimos, por señas que no le haríamos daño, que le queriamos lavar la cabeza para que si se moria se fuese al cielo; condescendió á ello, y mi compañero fray Francisco Gomez la bautizó, poniéndole por nombre María Magdalena. Fuimos despues á la otra tambien del mismo tamaño que estaba quemada y al parecer al morir, y haciendo la misma diligencia la bauticé poniéndole por nombre Margarita, que no dudamos moririan ambas é irian á gozar de Dios: con solo esto que háyamos logrado damos, los padres, por bien empleado el dilatado viaje y los trabajos que en él se pasan y se nos esperan. Pero sea todo para mayor gloria de Dios y salvacion de las almas. Por lo dicho es conocido este paraje de los soldados, *Los Cristianos*, y yo lo nombré de *San Apolinario*; otros le llamaron *La Cañada de los Bautismos*.

Domingo 23 de idem.

Despues de dicha la misa los dos, salimos como á las siete tomando el rumbo del Nord-Nordoeste; al salir del paraje subimos un monte aunque no muy áspero todo de pura tierra empastada de zacate seco; subido el monte anduvimos por mesas, lomas, cañadas

y arroyos secos, subiendo y bajando, toda la tierra bien empastada, y pasamos dos cañadas con dos arroyos secos, pero ambos poblados de alisos y encinos grandes. En una de las cañadas encontramos una ranchería de gentiles que luego que nos sintieron empezaron á vocear y salieron como á encaminarnos al aguaje á donde íbamos á parar. Andariamos este día como cuatro leguas en las cuatro horas de camino. Poco antes de las once llegamos á una cañada muy amena de verde, poblada de sauces, alisos, encinos y otros árboles no conocidos. Tiene un grande arroyo que por donde lo cruzamos traía un buen trozo de agua dulce y buena que á poco de correr se encharcaba en unos grandes tulares. Paramos el real y recibió el nombre *La Cañada de Santa María Magdalena*. En la caminata de este día encontramos dos minas de almagre fino, de ocre y de otra tierra muy blanca; están en unas lomas que pasamos cerca de ellas, que inferimos de luego que de dichas tierras se proveen los gentiles para sus embijes que es su vestido y gala para las visitas y fiestas de sus guerras. Observé la altura de la cañada de Santa María Magdalena, y hallé nos encontrábamos en treinta y tres grados catorce minutos.

Lunes 24 de idem.

Madrugamos este día y fué la salida á las seis y cuarto, y tomando el rumbo del Nord-Nordoste bajamos á la mar alta en donde habíamos parado á una cañada que tiene del

mismo rumbo; antes de salir se dejaron ver como nueve gentiles que eran de una ranchería de la susodicha cañada, que á poco de andar en ella ya encontramos dos buenas rancherías todos muy afables, los saludamos de paso y ellos nos hicieron su razonamiento del que nada entendimos, y caminamos por dicha cañada como dos leguas y es de buena tierra; pero tenia todo el zacate quemado; tiene de cerro á cerro como quinientas varas y á las dos leguas de andar torcimos el rumbo al Nordoeste declinándonos bastante al Oeste para subir un alto puerto por unas tendidas, y vestidas de zacate, y despues de andar como una legua por unas buenas mesas, bajamos á un ameno arroyo y cañada muy poblada de grandes alisos y encinos que parecia un higueral; como á las tres horas de camino desde la salida que andariamos otras tantas leguas, paramos el real en una mesa de tierra muy larga que cae al pié de una sierra alta que por ella corre un arroyo de buena agua; y al instante vinieron á visitarnos los indios de una ranchería de la cañada, vinieron sin armas y con una afabilidad sin igual, regaláronnos de sus pobres semillas y los agasajamos con cintas y bujerias. Casi todo el dia estuvieron con nosotros hombres, mujeres y niños, y estos gentiles atendieron con mas aficion á lo que les hablamos por señas de Dios, de Jesucristo y de su salvacion, y adoraron con devocion distintas veces al santo Cristo y la cruz de la corona.

Los soldados exploradores dijeron que el

dia antecedente de sobre una loma divisaron seis islas; fuimos varios á dicha loma, y vimos solo dos que dijeron serian San Clemente y Santa Catalina, y esta nos venia en frente de nosotros y dijeron que la ensenada de San Pedro estaria distante de nuestro real como cinco leguas. Por haber llegado á este paraje hoy, dia de San Francisco Solano, apóstol de la América, le pusimos su nombre para que por su intercesion se consiga la conversion de esta dócil gentilidad, fundándoseles en este sitio mision dedicada á él como patron, supuesto que el sitio y docilidad de los gentiles convida á ello, pues les he hecho rezar los actos de fé, esperanza y caridad que, sin saber lo que hacian, lo repetian con devocion y ternura, á lo menos en mi corazon la causaron sus voces.

Martes 25 de idem.

Este dia por ser el del patron de nuestra España se tuvo descanso y celebramos los dos el santo sacrificio de la misa. Tuvimos otra visita de los gentiles de esta rancheria; observamos tienen unas casas de chiquihuites y bateas grandes de juncos muy tupidas que no se les derrama el agua.

Nos han dado á entender que en tierra adentro hay gentes como nosotros, que visten lo mismo, que los soldados cargan espadas y sombreros, y que tienen caballos y mulas señalando á las que nosotros teniamos. Dios sabe que verdad tendria su dicho ó si lo entendiamos mal. Está este paraje en altura

de treinta y tres grados diez y ocho minutos.

Miércoles 26 de idem.

En este día celebramos los dos el santo sacrificio de la misa, la que oyó toda la gente, y á la tarde como á las tres salimos para quebrantar la jornada del día siguiente que era larga segun el aviso de los exploradores; al salir tomamos el rumbo por el Nordoeste, tomando el camino por una cañada poblada de parras silvestres y rosales de Castilla; todas las cañadas y las lomas de un lado y otro de pura tierra muy empastada de zacate, sin piedra alguna; así anduvimos por tierra muy abierta de lomas y mesas muy tendidas, subiendo y bajando por tres ó cuatro cañaditas de buena tierra y muy poblada de alisos. A las dos horas y media de andar entramos en un grande llano y para el principio de él parando el real cerca de una laguna seca, á una ladera, desde donde registramos el espacioso llano cuyo término no alcanzábamos á simple vista. Cerca de la parada se veía algo de verde y acercándose á él el padre compañero encontró dos ojitos de agua delgada y buena, por cuyo motivo llamaron los soldados á este sitio *Los Ojitos del padre Gomez* y yo lo bauticé con el nombre de *San Pantaleon*.

Jueves 27 de Idem.

Como á las seis de la mañana salimos atravesando el llano, siguiendo el rumbo del Nordoeste; paramos á las tres leguas de

camino cerca de un arroyo de agua corriente, aunque se conocia iba á menos por la seca y las aguas se iban reasumiendo poco á poco por la arena; tiene arboleda de sauces, tiene parras, zarzales y otras ramas. El arroyo baja de la sierra y denota ser de bastante caudal en tiempo de aguas. Se le puso el nombre del santo apóstol y patron de las Españas el Señor Santiago. Si este aguaje permaneciese todo el año, era sitio para poder formar una ciudad por la mucha tierra y dilatado llano que tiene el arroyo de ambos lados. Vimos solo dos gentiles cerca de la parada. Observé la altura y es de treinta y tres grados seis minutos.

Viernes 28 de idem.

Como á las siete de la mañana salimos siguiendo el rumbo del Nordoeste por las faldas de la sierra que traíamos á mano derecha, hácia el Norte, y á legua y media de andar llegamos á las orillas de un rio que tiene de caja como diez varas de agua corriente, y tiene de fondo el agua como media vara; no tiene nada de encajonado; su curso es de Nordeste á Sudoeste y por este paraje desagua, segun juicio de los que navegaron á la ensenada de San Pedro; parece tener su nacimiento de la sierra que tenemos á la vista, á la derecha, como tres leguas del camino que llevamos.

Está la caja del rio muy poblada de álamos blancos, alisos, sauces y otros que no hemos conocido: se conoce por los arenales que á las

orillas tiene, que en tiempo de aguas tendrá grandes avenidas que no dará vado: tiene muchísimas tierras y buenas que facilmente se pueden regar.

Paramos el real sobre la izquierda de dicho rio. A su derecha del mismo rio hay una numerosa ranchería de indios que nos recibieron con mucha afabilidad; de ellos vinieron al real cincuenta y dos, y su capitan nos dijo por señas que bien entendimos pasásemos á vivir con ellos que nos harian casas, y nos proveerian de comidas con berrendos, liebres y semillas haciéndonos muchas instancias para ello, diciéndonos que todas las tierras que veíamos (y ciertamente eran muchas) eran suyas, que las repartiria con nosotros; le dijimos que volveríamos y con mucho gusto nos quedaríamos á vivir con ellos, y en cuanto lo entendió se enterneció de modo que se le saltaron las lágrimas. El señor gobernador les regaló unos abalorios y una mascadita y en agradecimiento nos dió dos bateas de semillas, que nos regalaron hechas pinole, junto con un hilo de abalorios hechos de conchas que ellos usan: púsose á este sitio el dulcísimo nombre de *Jesus de los Temblores*, á causa de haber experimentado en este paraje un orroroso temblor que repitió cuatro veces durante el dia; el primer temblor sucedió á la una de la tarde, que fué el mas violento, y el último como á las cuatro de la tarde. Uno de los gentiles que se hallaban en el real, que sin duda haria entre ellos el oficio de sacerdote, aturdido del suceso no menos que nos-

otros, empezó con voces horrorosas y grandes demostraciones de espanto á deprecar el cielo volviéndose á todos vientos. Este rio es conocido de los soldados por el de *Santa Ana*.

Sábado 29 de idem.

A las dos de la tarde salimos de este paraje y pasamos con trabajo el rio por la rapidez de las aguas: seguimos el llano rumbo al Nord-oeste; inmediato al rio tiene la sierra muchas nopaleras y salvia, y despues sigue toda tierra buena muy empastada de buen zacate; á poco de andar seguimos el rumbo del Nord-Nord-oeste y á la legua y media de camino volvimos á tocar al Nordoeste para ir á subir la primera sierra inmediata que ya era muy baja y que ya finaliza al Oeste Nordoeste; subimos una loma mediana bien tendida y bajamos á una cañadita muy verde, que tiene una poza chica de agua, y á la orilla de ella una ranhería muy grande de gentiles muy afables.

Paramos el real en una loma inmediata á la poza que tiene buen pasto de zacate. Luego de llegados vino á visitarnos toda la ranhería que pasaba de sesenta almas; nos convidaron pasásemos á parar á la ranhería, pero por no estar incómodos nos mantuvimos en la loma, al pié de la cual hay un hermoso valle de muchas leguas de buena tierra; pero el sitio no tiene mas agua que la poza que, única, abastece á la gente por lo que la caballada se quedó sin beber.

La jornada de esta noche fué de dos horas en las que andariamos dos leguas. El paraje

fué conocido por el de *Santa Marta*. Los indios de esta ranchería estaban de fiesta y baile al que habian convidado á sus vecinos del rio llamado Jesus de los Temblores.

Domingo 30 de idem.

Despues de celebrado los dos y oido toda la gente misa, salimos como á las siete, bajamos la loma siguiendo el rumbo del Nord-oeste, atravesamos el grande llano que tiene de estencion mas de cuatro leguas y por el Norte, á lo lejos parece que se comunica con el antecedente valle, y por dicho rumbo se veia una sierra, y al pié de esta mucha arboleda. Atravesando el llano subimos un puerto y entramos en una cañada de encinos muy grandes y de alisos; bajamos despues á un dilatado y espacioso llano de hermosa tierra prieta, de mucho zacate aunque se halló quemado; á una hora de andar por dicho valle llegamos á un arroyo de agua que corre por medio de muchas ciénegas muy verdes, sus orillas de sauces y parras, zarzamora é innumerables rosales de Castilla cargados de rosas. Por medio de la frondosidad corre una buena zanja de agua que medida la que corre se halló ser de tres cuartas en cuadro, la que corre al pié de su sierra con que fácilmente se puede aprovechar para regar las muchas y buenas tierras que tiene el valle, que tiene de Norte á Sur como tres leguas circumbalado de cerranía, la que por el Norte corre muy alta, prieta y de muchas arrugas parece correr mas allá del Norte. Las demas no son tan

altas del Este á Oeste: tendrá el llano como seis leguas que es lo que andariamos este dia. Por la tarde sentimos nuevo temblor; observé la altura y me salió treinta y tres grados treinta y cuatro minutos. Para poder pasar el arroyo fué preciso hacer puente de palos por lo mucho que atascaba.

Lunes 31 de idem.

A las siete de la mañana salimos y tomamos el rumbo del Este-Nordeste; caminamos como dos leguas por entre pajonales y monte bajo que nos detuvieron mucho tiempo, siendo preciso desmontar á cada paso que se daba; atravesamos un arroyo de agua corriente muy atascoso, y paramos algo mas adelante en paraje despejado y claro, dentro del mismo valle, é inmediato á un bosque que se miraba al Poniente. A las ocho y media de la mañana sentimos otro temblor; anduvimos como tres y media leguas.

CAPITULO XI.

Camino que anduvo la expedicion en el presente mes.

MARTES 1° DE AGOSTO.

Este dia fué de descanso á fin de esplorar y principalmente para ganar el jubileo de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúñ-

cula; dijimos ambos misa y comulgó la genete haciendo las diligencias para ganar la grande indulgencia. A las diez de la mañana tembló la tierra; repitió con fuerza á la una de la tarde, y una hora despues experimentamos otro. Salieron los soldados esta tarde á cazar y trajeron un berrendo de que abunda esta tierra; son animales como cabras monteces que tiene las astas algo mayores que las cabras; probé de la carne asada y no es de mal gusto. Hoy observé la altura con el señor Constanzo y nos salió de latitud del Norte en treinta y cuatro grados diez minutos.

Miércoles 2 de idem.

Salimos de este valle por la mañana, y siguiendo el mismo llano, rumbo al Oeste, como á legua y media de andar por una abra formada entre lomas bajas, entramos despues en una cañada bastante espaciosa, con mucha arboleda de álamos y alisos, entre los cuales corria un hermoso rio por el rumbo del Nord-Nordeste, y doblando la punta de un cerrito acantilado seguia despues para el Sur. A la parte del Nord-Nordeste se deja ver otra caja ó madre de rio que forma una espaciosa rambla, pero la haliamos en seco; únese esta caja con la del rio dando claros indicios de sus grandes avenidas en tiempo de lluvias, porque vimos tenia muchos troncos de árboles sobre las orillas; paramos no muy lejos del rio que nombramos de *Porciúncula*. Aquí sentimos tres temblores consecutivos por la tarde y por la noche; andariamos este dia

como tres leguas en esta jornada. Tiene este llano por donde corre el rio mucha extension, y de buena tierra para sembrar todo género de granos y semillas, sitio el mas apropósito de cuantos hemos visto para mision que tiene todas las conveniencias para una grande poblacion; en cuanto llegamos vinieron á visitarnos como ocho gentiles de una buena ranchería; en este ameno paraje se vive entre la arboleda del rio. Nos regalaron con unas bateas de pinole, de chia y de otros zacates; el capitan de ellos traia unos ensartes de abalorios de conchas y nos tiraron tres puñados de ellos, y unos viejos chupaban con sus chacuacos bien hechos de barro cocido; nos echaron tres bocanadas de humo. Les regalamos algo de tabaco y abalorios de vidrio y se fueron muy contentos.

Fueves 3 de idem.

A las seis y media salimos del paraje y vadeamos el rio de la Porciúncula que baja de la cañada, por donde desemboca de la sierra para entrar en el llano; y al pasar el rio entramos en una grande viña de parras silvestres é infinidad de rosales cargados de rosas; toda la tierra prieta y de mucho migajon que es capaz de dar toda especie de granos y frutos que se sembrasen; seguimos el rumbo del Oeste y nos siguió la buena tierra muy empastada; como á media legua de andar encontramos la ranchería de este paraje, que al vernos, salió al camino, y al acercarnos nos empezaron á ahullar como si fueran lobos: los saludamos,

nos querian dar semillas, y como no teniamos á mano en que llevarlas no las admitimos, y viendo esto tiraron unos puñados de ellas al suelo y las demas al aire. Caminamos por dicho llano tres horas en que andariamos otras tantas leguas; en el mismo llano encontramos un lunar de alisos muy grandes, altos y gruesos, y de ellos sale un ojo de agua del grosor de un buey, y estaban las orillas enzacatadas y vestidas de olorosas yerbas y berros; corria despues el agua por una zanja profunda hácia el Sudoeste: todas las tierras que vimos esta mañana nos parecieron admirables. Paramos el real cerca del agua; esta tarde se sintieron nuevos temblores, cuya continuacion nos tiene atónitos: juzgamos que tenemos delante en la sierra que corre al Oeste algunos volcanes, pues hay bastantes señas en el camino, que media entre el rio de Porciúncula y el ojo de agua de los alisos, porque vieron los exploradores unos pantanos grandes de cierto material como pez, que estaban hirviendo á borbollones, y que saliendo junto con abundancia de agua repararon que esta corre por un lado y la brea por otro, y que hay con tanta abundancia que se podian carenar muchos barcos. Este sitio en que paramos se llama *El Ojo de Agua de los Alisos de San Estevan*.

Viernes 4 de idem.

A las seis y media de la mañana salimos del paraje siguiendo el llano por el Nordoeste; al cuarto de legua llegamos á una cañadita

entre lomas chicas, y despues seguimos por mesas de tierra llana muy prieta y de muchos pastos; á las dos horas de camino que serian como dos leguas, paramos al aguaje que son dos ojitos de agua que nacen al pié de una mesa mas alta; de cada uno de los dos ojitos corre una zanjita de agua que en breve se sume; están ambos poblados de berros y de innumerables rosales de Castilla. Paramos el real cerca de los ojos de agua, donde hallamos una buena ranchería de indios muy buenos y mansos, y en cuanto llegamos nos vinieron á visitar y trajeron su regalo de bateas de chia y otras semillas de unas nueces chicas, redondas, de cáscara dura, y de bellotas grandes muy dulces. A mí me regalaron unas sartas de abalorios de conchas blancas y coloradas que parece coral aunque no muy fino; les correspondimos con abalorios de vidrio; entendí me preguntaban si nos quedábamos y dije que no, que parabamos adelante; llamé á este paraje *San Gregorio*, y de los soldados es conocido el sitio por *Los Ojos de Agua del Berrendo* por haber cojido en él vivo á uno de estos animales á quien la tarde antecedente habia roto una pierna de un fusilazo un soldado de los voluntarios y no le pudo dar alcance; la agua está en una hoyanca rodeada de lomas bajas no muy retirado del mar.

Sábado 5 de idem.

Este dia salimos como á las dos de la tarde tomando el rumbo del Norte por decir los exploradores que en la playa estaba la sierra

acantilada que no proporciona tránsito, y declinamos algo al Noroeste por donde velamos que la sierra daba puerto. Entramos á ella por un cañon formado de cerros acantilados á una y otra parte, pero al remate de él eran mas accesibles y nos permitieron tomar la ladera y subir aunque con trabajo á la cumbre, desde donde vimos un valle muy ameno y espacioso. Bajamos á él y paramos junto al aguaje que es una poza muy grande, y cerca de ella encontramos una ranchería muy grande de gentiles muy afables y mansos; ofreciéronnos sus semillas en bateas y cosas de juncos. Vinieron tantos en número que á venir con armas mas pudieran darnos recelo, que contamos mas de doscientos entre hombres, mujeres y niños; cada uno de ellos traia algo de comer para regalarnos y se les correspondió con abalorios y cintas. Fué la caminata de tres leguas, y pusimos á este llano el nombre del *Valle de Santa Catalina de Bononia de los Encinos*; tiene cerca de tres leguas de ancho y mas de ocho de largo; tiene por las lomas y cañadas muchos encinos y nogales aunque chicos; tomé la altura y me salió en treinta y cuatro grados treinta y siete minutos.

Domingo 6 de idem.

Este dia dijimos ambos misa que oyeron todos, y descansamos, recibiendo innumerables visitas de gentiles que vinieron á vernos de diferentes partes; tenían noticia de la navegacion de los paquebotes sobre la costa y canal de Santa Bárbara, describian en el suelo la

figura de la cañada con sus islas, trazando la derrota de las embarcaciones. Dijéronnos tambien que habian entrado en sus tierras en otros tiempos gente barbada, vestida y armada como veian á los soldados, señalando que habian venido del Oriente; uno de ellos refirió haber llegado hasta sus tierras y visto que tienen pueblos formados de casas grandes, y que cada familia ocupa la suya; añadió á mas de esto, que á pocas jornadas, de como siete ú ocho leguas para el Norte; llegaríamos á un rio grande que corria entre ásperos montes y no podia vñdearse, que mas adelante veríamos la mar que nos estorbaria proseguir adelante por este rumbo; algun cuidado nos dió la noticia, aunque nos remitimos á la vista de ojos; y así vamos á proseguir nuestro viaje con nuestro santísimo patron el Sr. San José.

Lunes 7 de idem.

Poco antes de las tres de la tarde salimos rumbo al Norte y atravesamos el llano, que tiene como tres leguas de ancho, y fuimos á parar al pié de la sierra en una cañada muy verde poblada de grandes encinos y alisos; fué el aguaje suficiente aunque nada sobrante para las bestias: está el agua entre unos juncos y algunos carrizos.

Martes 8 de idem.

Como á las seis y media de la mañana salimos del paraje y caminamos por la misma cañada arrimándonos á la sierra; siguiendo como media legua el curso de ella, subimos

por una cuchilla á un alto puerto, cuya subida y la bajada de él fué penosa, que por lo muy empinada se bajó á pié. Bajados entramos en un vallecito en que habia una ranchería de gentiles, que ya nos habian enviado mensajeros al valle de Santa Catalina de Bononia para que nos guiasen y enseñasen el mejor camino y paso de la sierra. Tenian estos pobres indios un grande refresco prevenido para recibirnos, y viendo que nuestra intencion era pasar adelante para no perder la jornada, nos hicieron las mas vivas instancias para obligarnos á llegar á su ranchería que estaba á un lado del camino: hubimos de condescender para no desagradarles. Disfrutamos de buena voluntad y regalo, que consistia en unas buenas bateas de pinole, de chia y de otras especies de zacates, y asimismo al lado de estas bateas tenian otras con agua para que bebiésemos; nos regalaron tambien nueces y bellotas, y nos dieron otras guias para que nos acompañasen; se les correspondió al regalo con abalorios y seguimos por el mismo valle ó cañada, y llegamos al aguaje ya tarde, habiendo sido la jornada como de cuatro leguas.

El terreno desde la ranchería hasta el aguaje es alegre y vistoso en el llano, aunque los montes que rodean éste son pelados y ásperos. En el llano vimos mucha arboleda de álamos y robles crecidos y corpulentos; el aguaje consiste en un arroyo de mucha agua que corre por dentro de una cañada medianamente ancha con mucha arboleda de sauces y álamos.

Paramos á la orilla del arroyo, en donde encontramos una numerosa ranchería que vivian sin abrigo, pues solo se reducía á una lijera enramada cercada á modo de corral, por cuya razon los soldados la llamaron *La Ranchería del Corral*, y yo la llamé *Santa Rosa de Viterbo* para la conversion de estos indios. En cuanto llegamos nos entregaron su regalo de muchas bateas de varias semillas y una especie de conserva dulce como pasas menuditas, y otra que parecian panales de miel muy dulce y purgante que se forma del rocío que se pega á los carrizales; es sitio muy á propósito para mision con muchas y buenas tierras, con mucha palizada y dos arroyos de agua bien crecidos, y cinco rancherías grandes casi juntas.

Miércoles 9 de idem.

Este día fué de descanso para dar lugar á los esploradores, que fueron á registrar por la playa porque tenemos á la vista esta alta sierra, y entendemos de los gentiles que no está sola, sino que por el rumbo que llevamos se le siguen otras cuatro mas ásperas, y despues un caudaloso rio que dicen no podremos vadearlo, y que va á parar á la mar, y que llegando á él habremos de volver. Todo este día tuvimos visitas de estos buenos indios que nos traian sus regalos de pinole, nueces y conserva; nos piden que nos quedemos con ellos y les dije que volveriamos, de lo que se alegraron. Uno de los gentiles que aquí nos visitó conoció al padre Gomez y le dió un abrazo, dando á entender por señas que era

playano y que ya en la costa lo habia visto en el barco; y tambien conoció á los señores Fages y Constanzo. Este dia observamos la altura y nos salió de treinta y cuatro grados y cuarenta y siete minutos; vinieron á la tarde los exploradores con la razon de que seguia la cañada de buen camino y que bien se podria ir por la playa; llamé á esta linda cañada de *Santa Clara*, que empieza desde bajado el puerto, en donde encontramos una numerosa ranchería que querian los gentiles nos detuviéramos, y nos tenian preparado el refresco, y segun percibimos estaban de boda y nos enseñaron á la novia que estaba entre todas la mas engalanada á su modo de pinturas y sertas de abalorios; desde aquí empiezan las mujeres con mas decente traje, pues en lugar de naguas traen unas gamuzas de venado de cintura abajo que les sirve de naguitas, y con sus capotillos de pieles de conejo para cubrir lo demas del cuerpo.

Fueves 10 de idem.

Este dia de San Lorenzo, despues de haber dicho misa los dos y haberla oido toda la gente, salimos á las ocho de la mañana siguiendo la cañada rumbo al Oeste Nordoeste, como tambien el arroyo que corre por el buen trozo de agua y las orillas muy pobladas de álamos, encinos y sauces. La tierra sigue buena con bastante zacate y con mucha extension; la sierra de uno y otro lado muy alta, pelona, toda de tierra con abundancia de zacate: en las cumbres se ven algunos encinos y

pinos; está la sierra muy acantilada. A las tres leguas de jornada paramos dentro de la misma cañada á la orilla del arroyo, y estuvimos aquí sin ranchería: se nombró con el mismo nombre dicho ayer, *La Cañada de Santa Clara*; al llegar hallamos corria el arroyo con bastante agua, y poco despues observamos que se secó con la fuerza del sol, sumiéndose en la mucha arena que tiene en la grande caja que parece rio; esta particularidad nos hizo fuerza y la observamos despues en otros arroyos que corrian de noche y de dia se acaban; observamos en esta cañada que la tierra es muy bofa, falsa y blanquizca, que á cada paso se hundian las bestias.

Viernes 11 de idem.

A las seis y media de la mañana salimos de dicho arroyo tomando el rumbo del Oeste á Sudoeste, siguiendo la cañada, y á poco de andar reparamos se cortaba el arroyo, sumiéndose en los arenales de la caja. Caminamos como tres leguas por la misma cañada y paramos en las inmediaciones de una ranchería numerosísima sobre la orilla de otro arroyo de mucha agua corriente, que sale de la sierra para un cañon angosto y derrama en esta cañada de Santa Clara, que en éste parece tiene mayor anchor. No tienen mas abrigo los de esta ranchería que un grande corral dentro de una enramada grande.

Por la tarde vinieron á visitarnos siete capitanes con numeroso acompañamiento de indios con arcos y flechas; pero sueltas las

cuerdas de los arcos que es señal de paz; trajéronnos un regalo abundante de semillas, bellotas, nueces y piñones, que estendieron delante de nosotros; los capitanes, informados de quien venia mandando, ofrecieron al comandante, á nosotros y á los oficiales diferentes collares de piedrecitas blancas, negras y coloradas cuya solidez y materia se asemeja al coral. Pasarian los gentiles de quinientos: los regaló el señor gobernador de abalorios. Se nombró el sitio, supuesto sigue la cañada, *Santa Clara* que es sitio muy á propósito para una buena mision, pues tiene todos los requisitos para ello; distante del sitio de Sta. Rosa seis leguas y de Santa Catalina de Bononia diez; tomé la altura y me salió de treinta y cuatro grados treinta minutos. De la chia que dieron los gentiles se cargó una mula con buena carga; lo demas se repartió entre todos.

Sábado 12 de idem.

Salimos á las tres de la tarde este dia de Santa Clara de su paraje, y siguiendo la misma cañada y el rumbo de Oeste Sudoeste por camino quebrado de arroyos y sancones formados de las vertientes de la serrania que desagua por ellos en tiempo de lluvias, paramos á la orilla de uno de ellos que traia bastante agua; habiendo andado como tres leguas, cerca del paraje encontramos una ranchería de gentiles, tan afables como los antecedentes, y luego de llegados vinieron con sus bateas de pinole y piñones y se les correspondió con abalorios: llamamos á esta

ranchería de *San Pedro Amoliano* para que patrocine á estos pobres y lleguen á recibir el bautismo.

Domingo 13 de idem.

Despues de haber dicho misa los dos y haberla oido la gente salimos del paraje cerca de las ocho de la mañana por la misma cañada que sigue el rumbo del Sudoeste y ya va ensanchando mas; caminamos dos horas en que andaríamos dos leguas, y paramos cerca de una ranchería de gentiles á poca distancia de un arroyo que aquí ya llamaríamos rio por lo muy ancho y mucha agua que por él corre, que sin duda se forma de los muchos arroyos de la cañada de Santa Clara. La ranchería se compone de veinte casas hechas de zacate, de forma esférica, á modo de una media naranja, con su respiradero en lo alto por donde le entra la luz y tiene salida el humo. Fuí con el padre compañero á ver el rio que no está muy retirado de la ranchería. Nos pareció tendria la caja cincuenta varas de arenal, y de agua corriente como diez y ocho varas, muy tendido y al nivel de tierra de este gran llano, que vimos se estiende mucho por el Sur que nos pareció seguiria la tierra llana hasta la playa. Los gentiles nos regalaron sus bateas de semillas y se les correspondió con abalorios con que quedaron muy contentos. Llamóse este rio y sitio de los *Santos Mártires, Ipólito y Caciato*; por la tarde se sintieron dos temblores.

Lunes 14 de idem.

A las siete de la mañana salimos del paraje acompañados de tres gentiles que venian á enseñarnos el aguaje, y seguimos por el llano rumbo al Este Nordoeste, caminando como dos horas y media, y llegamos á la playa en donde vimos un pueblo formal, el mas numeroso y subordinado de cuantos hasta la presente hemos visto en la caminata, situado sobre una lengua ó punta de tierra en la misma playa que está señoreando que parece dominar las aguas. Contamos como treinta casas grandes y capaces, de forma esférica, bien construidas y techadas de zacate: segun la gente que vimos y bajó al real, no bajaban de cuatrocientas almas; son de buen talle y disposicion, ágiles, aplicados é ingeniosos; su destreza y agilidad sobresale en la construccion de sus canoas hechas de buenas tablas de pino, bien ligadas y de una forma graciosa con dos proas; las manejan de igual maña y salen mar afuera á pescar en ellas tres ó cuatro hombres, siendo de capacidad hasta de diez hombres. Usan remos largos de dos palas y vogan con indecible lijereza y velocidad. Todas sus obras son primorosas y bien acabadas; lo mas digno de admiracion es que para labrar la madera y la piedra no tienen otros instrumentos que de pedernal, ignorando el uso del fierro y acero; no obstante, vimos entre ellos algunos pedazos de cuchillo y ojas de espada que no se sirven de ellos sino para cortar carne y abrir el pescado que sacan de la mar. Los soldados les ferieron abalorios á trueque

de coras, gijaras, bateas y platos de madera hechas de diferentes formas y tamaños que, ni hechas al torno, salieran mas airosas. Nos regalaron mucho pescado principalmente el Bonito, muy sabroso que, segun la mucha abundancia y facilidad con que lo cojian, seria su tiempo. A corta distancia del pueblo paramos el real cerca de la orilla de un rio que llegan sus aguas hasta la mar y sale encajonado de la sierra; por la banda del Norte corre por una cañada que tiene buenas tierras para que se aprovechasen con la abundancia de agua. Por la tarde vinieron algunos capitanes de la sierra recién llegados de sus tierras á propósito para vernos; tambien vinieron algunos isleños de la canal de Santa Bárbara, que de casualidad se hallaban en este pueblo y nos dijeron habian ido doce canoas á las islas á traer la gente que nos queria ver; llamé á este pueblo de la *Asuncion de Nuestra Señora*, y espero que tan buen sitio que nada le falta, será una buena mision por intercesion de esta gran señora: observé la altura y me salió en treinta y cuatro grados y treinta y seis minutos, y al Sr. Constantzo le salió en treinta y cuatro, trece minutos.

Martes 15 de idem.

Dijimos misa los dos, que oyeron todos, y á las dos de la tarde salimos tomando rumbo del Oeste por la orilla de la mar; al salir pasamos el rio que nos dió algun trabajo por las piedras y mucha agua que pasó arriba: anduvimos como dos leguas por los arenales de la playa.

El tramo entre la mar y las sierras ásperas y pelonas que llevamos á la derecha en partes es ancho y en otras estrecho, tanto que no dá lugar á pasar sino con trabajo; despues de dos horas de camino paramos cerca de una ranchería corta que tenia unas pocas de casitas de zacate. No tienen mas agua que un pocito; habia una canoa que tendria siete varas de largo que estaba pescando; los de la ranchería luego los llamaron y vinieron á tierra con muchísimos pescados grandes.

El capitan, con toda su ranchería, vino al real con el pescado y muchas semillas que ofreció al señor gobernador, quien correspondió con su regalo de abalorios, quedando muy contentos; regalaron mas de lo que toda la gente podia comer y por la noche nos molestaron y desvelaron tocando durante ella unas chirimías ó pitos muy funestos que hizo estar con mas cuidado á los centinelas. Nombré á esta ranchería de *Santa Confundis*.

Miércoles 16 de idem.

Como á las seis y media salimos siguiendo el mismo rumbo del Oeste que es el que corre aquí á la playa, y á las dos leguas llegamos á otro pueblo mayor que el de la Asuncion, pues contamos sesenta casas bien formadas, de la misma construccion que las del primer pueblo, que tiene un buen arroyo de agua corriente buena que va á dar á la mar, aunque poco antes por un alcito que tiene se represa y forma como estero; pegado á la ranchería no tiene tierras á la orilla del mar sino para for-

mar el pueblo. Los cerros que tiene á sus inmediaciones son de buena tierra y empastado de buen zacate. No sé si arriba habrá arroyo por abras que hacen los cerros ó si tendrá llanos; es necesario registrarlo, que teniéndolos podria ser bueno para mision; son los indios muy dóciles y afables; reparamos que tenian en la mar siete canoas que estaban pescando. En cuanto llegamos vino toda la gente á visitarnos y nos trajeron mucho pescado tlatemado ó azado para que comiésemos mientras llegaban las canoas con pescado fresco, las que en breve abordaron á la playa y de allí á poco trajeron mucha abundancia de Bonitos y Meros, que nos regalaron y ofrecieron en tanta cantidad que hubiéramos podido cargar la recua si hubiéramos tenido proporcion de prepararlo y salarlo. Diéronnos á mas de lo dicho, pescado seco sin sal (que no usan ellos en sus comidas) que llevamos á prevencion y sirvió para el viaje de mucho recurso; uno de los capitanes de este pueblo se hallaba en el de la Asumpta cuando pasamos y fué el que mas se esmeró en obsequiarnos; es hombre formado de buen talle y fisonomía regular, gran bailarín, por cuyo motivo nombraran los soldados á su pueblo del *Bailarín*, mientras que yo lo nombré con el de *Santa Clara de Monte Talco*: tomé la altura y me salió de treinta y cuatro grados cuarenta minutos. La caja del arroyo de este pueblo tiene mucha arboleda de sauces, álamos, alisos y encinos.

Jueves 17 de idem.

Salimos de este paraje á las siete y media siguiendo el rumbo de Oeste, y subimos unas lomas tendidas de buena tierra de zacate que van á rematar acantiladas á la playa, aunque entre ellas y la playa hay paso por los arenales. Andariamos como media legua y llegamos á una punta de tierra que con la otra en que está el pueblo antecedente forma la playa como ensenada; sobre esta punta encontramos otro pueblo muy grande, en el que contamos treinta y ocho casas de la forma de las ya dichas, y algunas de ellas tan grandes que se hospedan muchas familias. A la orilla del pueblo estaba toda la gente aguardándonos, que no era menos el gentio que el de la Asumpta; llegamos á la ranchería á saludarlos y el señor comandante regaló al capitán unos abalorios. Paramos el real no muy lejos de la ranchería en una llanura que de Norte á Sur tendrá como una legua de tierra buena y prieta muy empastada; y del Este á Oeste tiene cuatro leguas de largo. Tiene el paraje mucha saucedá, álamos, alisos y algunos encinos; está muy proveido de leña y la sierra muy alta que tiene al Norte; parece tener provision de leña en algunas partes y en otras se divisa pelona.

Como por el Norte baja un arroyo que fué á ver mi compañero y dice tiene buen trozo de agua al pié de la sierra; dijeron los soldados y exploradores que hay otra buena ranchería de gentiles; no muy apartado del pueblo vimos unos ojos de brea; tienen muchas

canoas y en la actualidad estaban construyendo una por cuyo motivo nombraron los soldados á este pueblo *La Carpintería*, y yo lo bautisé con el nombre de *San Roque*; dista del antecedente paraje solo una legua. En cuanto llegamos nos trajeron tanto pescado del Bonito fresco, seco y tlatemala que escedieron en el regalo á los antecedentes pueblos. En frente del paraje se divisó una isla aunque por la neblina no se pudieron cerciorar que isla era.

Viernes 18 de idem.

A las siete de la mañana salimos del paraje y siguiendo el referido llano, rumbo al Oeste, por cerca la playa, nos vinieron acompañando el capitán de la ranchería de donde salimos, y el del pueblo de donde vino anoche con los exploradores, y á su ejemplo mucha indiada todos muy contentos y festivos. A una legua de andar encontramos las ruinas de una ranchería, y nos dijeron los gentiles que los seranos habian bajado de guerra y habian matado á toda la gente hacia como tres meses, y á las dos leguas y media de la salida encontramos las ruinas de otra ranchería que habia sucedido la misma desgracia. En estos parajes hay sus ojos de agua de que gastaban dichas rancherías. En esta jornada que fué de cuatro horas vimos rastros de osos: llegamos á las cuatro leguas de camino á una grande ranchería, mucho mayor que las antecedentes, que estaba cerca de una punta de tierra larga que entra á la mar; pasamos con algun trabajo un grande estero

que entra bastante en la tierra, cruzamos cerca de la ranchería, y paramos el real como á dos tiros de fusil distante de ella. A poco de llegados vino toda la gente con un grande regalo de pescado que venia en siete tercios bien grandes; se les correspondió con abalorios y se fueron muy contentos. A poco rato llegaron las canoas que estaban pescando, y luego volvieron todos grandes y chicos con su regalo de pescado fresco, que se juntó como cuatro cargas solo del fresco, y con dicho regalo vinieron al real mas de quinientas almas de ambos sexos y edades que casi todo el dia los tuvimos de visita: cerca de la ranchería tiene un ojo de agua buena y cerca del real hallamos una laguna grande que parece no ser de temporal sino de algun manantial que tendrá en el centro. Las mesas de este paraje tienen muchos y grandes encinos; llamóse este pueblo de la *Laguna de la Concepcion*. No se pudo observar por haber estado el dia nublado; desde aquí se ven las islas.

Sábado 19 de idem.

Salimos este dia solo para apartarnos de tanto gentío; seguimos al Oeste por las mesas y bajamos á un arroyo seco aunque muy poblado de alisos y encinos, y síguese otra llanada de buena tierra prieta en donde paramos, no habiendo andado mas que media legua, apartándonos de la playa acantilada y abordada de altos cerros; hicimos alto dentro de una cañada que tenia agua corriente, aunque la arena se la embebe. No lejos de su nacimiento está la

cañada vestida de encinos y alisos y por las cumbres tiene algunos pinos. Nos vino á visitar una ranhería, sin duda vivirían cerca. Los soldados exploradores que salieron esta mañana llegaron esta tarde con la noticia de haber encontrado grandes poblaciones de mucho gentío y que les hicieron buen recibimiento; por la noche llegaron á este real, diez gentiles desarmados con el propósito de guiarnos en la mañana siguiente hasta su ranhería. Se les permitió parar lo restante de la noche algo apartados del real, poniéndoles guardia que los acompañasen y entretuvieron hasta el día siguiente.

Domingo 20 de idem.

A las ocho de la mañana despues de misa salimos siguiendo el llano y el rumbo del Oeste, camino de tierra llana entre la sierra y unas lomas, que se estienden sobre la marina, todo de buena tierra con mucho zacate muy poblado de encinos, alisos y sauces y de muchísimo rosal de Castilla. Caminamos como tres leguas y llegamos á la vista de una punta larga y pelada, y á la parte del Poniente entra un gran estero por dos bocas diferentes á distancia de media legua una de otra; ciñe el estero por la banda del Norte un buen pedazo de tierra de mediana estension toda aislada: sobre dicha isla que está bien verde y poblada de arboleda, se vió una grande poblacion que se le contaron mas de cien casas. Dicho estero se derrama hácia el Poniente haciendo muchos pantanos y lagunas sobre cuyas orillas hay

otros pueblos que no pudimos saber con certidumbre cuántos serian; sin embargo, algunos de nuestros soldados dijeron que eran cuatro y con el de la isla cinco, que éste parece ser el mayor; pasamos por en medio de uno de dichos pueblos para ir al aguaje junto al cual se formó el real y á poco rato vinieron los gentiles de dichos pueblos con pescado tlatemado y fresco, semillas, bellotas y atole y otras diferentes comidas, instándonos á que comiésemos, manifestando en su semblante la satisfaccion que les causaba nuestra venida y parada en su tierra. Les regaló el señor gobernador abalorios y cinta de que quedaron muy contentos y los soldados hicieron sus cambalaches y consiguieron varias curiosidades de coras, plumajes y pieles. Todo el terreno hácia el camino como el que se registra desde el real es sumamente alegre, abundante de pastos y cubierto de encinos, sauces y otros árboles, dando señas de ser tierra muy fértil y capaz de producir cuanto se quisiera sembrar.

Parece están estos gentiles bien abastecidos de todo y particularmente de mucho pescado de todas especies, pues fué tanto el que trajeron al real que fué preciso decirles no trajeran mas porque al fin se habia de perder.

No se contentaron con regalarnos de sus comidas, quisieron tambien festejarnos conociéndose la porfía y contienda mútua de sobresalir cada pueblo en los regalos y fiestas para merecer la aprobacion de los nuestros. Por la tarde vinieron los principales de cada pueblo unos despues de otros, adornados á su

usanza embijados y cargados de plumajes, con unos carrizos rasgados en las manos á cuyo movimiento y ruido llevaban el compas de sus canciones y la cadencia del baile tan á tiempo y tan uniformes que causaba armonía. Duraron dichos bailes toda la tarde y costó harto trabajo el desprendernos de ellos; los despidieron encargándoles mucho por señas que no viniesen de noche á incomodarnos; pero fué en vano, volviendo cerrada la noche tocando unos pitos cuyo sonido rasgaba los oídos. Era de temer no se alborotase la caballada, por lo que salió el señor comandante á recibirlos con sus oficiales y algunos soldados; diéronles algunos abalorios en la condicion que se irían y que si volvían á interrumpirnos el sueño no serían nuestros amigos y los recibiríamos mal. Esto fué bastante para que se fuesen y nos dejaran en paz lo restante de la noche.

Los soldados nombraron á estos pueblos *Mescalitlan*, y otros les dicen los pueblos de la *Isla*; y los bautizé con el nombre de *Sta. Margarita de Cortona*. Tomé la altura y me salió en treinta y cuatro grados cuarenta y tres minutos. Así en este como en los demas pueblos de la canal, y aun antes de entrar en ella hemos observado que tienen sus cementerios, y nos han explicado que el uno es para los hombres y el otro para las mujeres, y que en cada sepultura se pone un palo muy alto pintado de varios colores, en los de los hombres cuelgan sus cabezallas, que sin duda antes de enterrarlos les cortan el pelo, y en los palos de las mujeres tienen coras colgadas: vimos tambien en los

on
yo
us
po
ra-
to
bi-
no
ué
do
Era
lo
on
les
an
no
al.
os

los
la
ar-
en
os.
ca-
er-
nan
el
ase
co-
be-
les
eres
los



THE HARBOUR OF SAN DIEGO, 1873.

cementerios grandes hosamentas de ballenas y una pila de piedra labrada, que podrian servir para pilas de agua bendita ó de bautizar. Repararnos tienen dos cercaditos bien limpios, que dicen ser el uno para el juego, y el otro su adoratorio ceremonial.

Desde el pueblo de la Asumpta, que es el primero de la canal, corre la costa para el Oeste Nordoeste con corta diferencia, y desde el inmediato de la laguna que corre al Poniente fijo.

Lunes 21 de idem.

A las dos de la tarde salimos del paraje, y siguiendo al Poniente que es el rumbo de la costa anduvimos dos leguas por lomas altas á la vista del mar, interrumpidas por algunos zanjones de los derrames de la sierra que llevamos á la derecha que en algunas partes llega hasta cerca de la playa, dejando en el intermedio poco terreno; en otras partes se retiran malos montes, y dejan algun llano entre ellos y la mar hasta de media legua. Atravesamos un encinal y llegamos al aguaje que es un arroyo de buena agua dentro de una cañada, en cuya orilla y de la playa hallamos una ranchería muy grande que pasaria de mil almas; paramos el real á mano derecha de la cañada, no lejos de la ranchería, cuyos gentiles vinieron luego á saludarnos y nos regalaron abundancia de pescado fresco y seco, y no quisieron ser menos obsequiosos que los antecedentes, festejándonos con su baile; pareció á algunos no ser una, sino dos las rancherías, y les pusimos

el nombre de *San Luis Obispo*; observé la altura, y me salió de trienta y cuatro grados cuarenta y cinco minutos.

Martes 22 de idem.

Este día descansamos para dar lugar á los exploradores; desde este paraje divisamos dos islas, la una chica al Sur, y otra grande al Sudeste.

Miércoles 23 de idem.

A las seis y media salimos para lograr la baja mar. Caminamos como una legua por la playa y despues la dejamos, é hicimos lo restante de la jornada, que fué de tres leguas por lomas altas, tajadas al mar en algunas partes muy á menudo interrumpidas por las barrancas y zanjones, por donde tiene sus desagues la sierra, y casi todas las hallamos con agua corriente que tienen algunos encinos. A un lado y otro del arroyo tiene ranchería y no sabemos si serán dos distintas; en una orilla del arroyo contamos cuarenta y dos casas y treinta y siete en la otra, que pasan de cuatrocientas almas las que vimos. Paramos el real á la izquierda, y en cuanto llegamos vinieron á visitarnos los gentiles y nos regalaron mucho pescado y semillas á que correspondió el señor comandante con abalorios, y tambien nos festejaron con su baile.

Nombramos á estas rancherías *San Guido de Cortona*, vimos cuatro canoas aunque nos dijeron tenían quince, y que las demas habían ido á las islas que son cuatro las que se divisan

desde este paraje. Así en esta ranhería como en otras de la canal, hemos visto algunos gentiles con traje de mujer con sus naguitas de gamusa, y muy engruesadas y limpias; no hemos podido entender lo que significa, ni á qué fin; el tiempo y la lengua cuando se entienda lo declarará.

Fueves 24 de idem.

Este día de San Bartolomé, después de haber dicho misa los dos, y haberlo oído toda la gente de buena mañana, salimos; tomamos el rumbo al Oeste, y el camino y tierra que encontramos de la misma calidad que ayer, y á cada rato era preciso que los gastadores compusiesen los malos pasos que se encontraban, causando esta penosa tarea mucha dilación. Anduvimos dos leguas y media y llegamos al paraje que es una cañada por la que se introduce un estero de agua salada, en cuyas orillas encontramos una ranhería de cincuenta y dos casas, que según la gente que vimos tendrá como trescientas almas, los que nos regalaron y obsequiaron como los antecedentes. En este paraje hay falta de leña, y la agua para lograrla buena se ha de tomar arriba en la cañada por donde baja un arroyo antes que la agua dulce se junte con la del estero. Llamamos á este paraje *San Luis*, rey de Francia, y los soldados lo conocen por *La Gabiota*, á causa de haber matado una de estas aves; observé la altura y me salió de treinta y cuatro grados cuarenta y siete minutos. Un gentil de este pueblo á quien los soldados llaman el loco, muy bai-

larin, se nos aficionó de tal manera que nos viene siguiendo y nos sirve de mucho y servirá para las otras rancherías; desde este paraje vimos por la tarde las tres últimas islas de la canal de Santa Bárbara, que son San Bernardo la mas occidental, Santa Cruz que sigue para Levante y Santa Bárbara es la mas oriental; tienen los indios de este pueblo siete canoas que están pescando; algunas de ellas son bien grandes.

Viernes 25 de idem.

Este dia salimos á las dos y media de la tarde, pasamos el estero y tomamos el mismo de la playa que sigue al Oeste, anduvimos cuatro horas para poder hacer dos leguas de camino por tierras altas á la orilla de la mar, tierra muy quebrada; una de estas nos atajó totalmente el paso por lo escarpado de su ladera á la parte del Poniente, por cuyo motivo hubimos de tomar el camino de la playa por encima de las piedras al pié de un cantil que bañaban las olas del mar, que solo en la menguante se puede parar; duró el cantil como un cuarto de legua, y subimos despues por lo mas alto, que es un pueblo de gentiles de veinte y cuatro casas que tendrá como doscientas almas, que se llamó *San Seferino, Papa*; nos recibieron con mucha afabilidad como todos los demas. El paraje es algo triste, que es dentro de una cañada; se ven otras lomas del todo peladas no muy altas, sin arboleda alguna; á lo interior de la cañada se ven otras lomas semejantes á las demas que son tambien tristes, aunque

hay bastantes, la leña escasea, la tierra es de buen migajon. Entra por la boca de la cañada un estero que sirve para las canoas de los indios de desembarcadero; hay agua dulce y corriente en la cañada, pero se ha de cojer arriba antes que se mescle con la del estero. Tenemos á la vista dos de las islas: el viento Norte que hemos tenido en este y en el antecedente paraje ha sido demasiado frio; hizo la observacion el señor comandante y le salió la altura de treinta y cuatro grados treinta minutos.

Sabado 26 de idem.

A las dos y media de la tarde salimos; bajamos á la ranchería y tomamos el estero con direccion al mismo rumbo del Oeste, por unas mesas de buena tierra con mucho zacate, hasta la mera orilla de la mar; en este tramo ya ensancha mas por estar mas retirada la tierra. A la media legua de camino á la misma orilla de la mar encontramos una ranchería de veinte casas que se mantienen como los demas de la canal, de la pesca; vimos tenian tres canoas pescando; se manifestaron muy afables; nombramos de paso la ranchería de *Santa Ana*; de ella seguimos un rato por la playa, y despues volvimos á subir las mesas que seguian de buena tierra y pasto, por las que anduvimos cerca de tres horas con la molestia de las subidas y bajadas en las barrancas que son el conducto de las vertientes de las aguas de la tierra en tiempo de lluvias; en uno de ellos vimos unas pozas de agua dulce de que llena-

ron las botas. Tenia éste arboleda de álamos y encinos y seguimos la caminata, y llegamos al paraje habiendo hecho dos leguas y media; fué la parada á la orilla de una cañada en donde está avecindada una ranchería de veinte y cuatro casas con muchos gentiles que nos recibieron y regalaron como los demas; el capitan de ellos está liciado de una pierna, por cuyo motivo los soldados llamaron *La Ranchería del Cojo* y yo la bautizé con el nombre de *Santa Teresa*; tiene sus canoas, manteniéndose de la pesca como los demas; está el sitio escaso de leña, aunque la tierra es buena y de mucho zacate. El agua la tienen en la misma cañada en pozas, que parece son de venero; á la vista tenemos y á distancia de una legua, una punta de tierra que entra mucho en la mar; segun las señas parece ser la punta de la Concepcion; tomó la altura el señor Constanzo, y le salió de treinta y cuatro grados treinta minutos, y á mí me salió de treinta y cuatro grados cincuenta y un minutos y medio; tienen estos gentiles abalorios europeos, y preguntado dijeron los habian conseguido del Norte. Al capitan se le dejó encargado un macho flaco hasta la vuelta, que por cojo no podia andar.

Domingo 27 de idem.

Salimos á las dos y cuarto de la tarde habiendo celebrado por la mañana los dos y oido todos la misa; seguimos el rumbo del Oeste y el camino de la playa sobre la marina, por tierra llana, muy empastada y de buen zacate; á la legua de camino llegamos á la punta de

tierra baja y pelona, que se colije ser la punta de la Concepcion; no hay en ella ranchería alguna, aunque tiene una llanada de bastante estension y de mucho zacate. Desde aquí tiene la playa al Nordoeste; seguimos nuestro camino por lo mas estendido, y á legua y media de andar, pasada la punta, llegamos al aguaje en la misma playa que es un arroyo de buena agua corriente, que á la vista parece estero, y cerca de él hay una ranchería de veinte casas de mas de doscientas cincuenta almas; son estos muy pobres, no tienen canoas para la pesca, y la tierra es triste y escasa de leña. A uno de los soldados al descuido le sacó uno de los gentiles la espada de la vaina con tanta agilidad que el soldado no lo sintió y se marchó con ella; los demas gentiles que lo observaron corrieron tras del ladron, y aunque habia cojido el sagrado de la mar no le valió, porque los demas lo alcanzaron, se la quitaron y la devolvieron á su dueño, gratificándolos con unos abalorios; por cuyo motivo la llamaron *La Ranchería de la Espada*, para que con esta memoria se vaya con cuidado: yo la dejé con el nombre dulce de la *Concepcion de Maria Santísima*, supuesto la cercanía de la punta que, tantos años ha, tiene este nombre. Tomé la altura y me salió de treinta y cuatro grados, cincuenta y uno y medio minutos.

Lunes 28 de idem.

Salimos á las dos y media de la tarde y caminamos dos leguas por tierra alta, á vista de la marina, de buenos pastos y llegamos al

paraje que es un manantial de agua de como una naranja de buena agua, y cerca de él hay una ranhería corta, de como setenta almas en diez casas pobres; nos parecieron estos gentiles algo estraños aunque nos recibieron con la misma afabilidad que los demas. Desde el real vimos otra punta de tierra que entra á la mar, distante del real como un tiro de fusil. Entre esta punta y la de la Concepcion parece hay una buena ensenada, y en frente de ella se ven las dos últimas islas de la canal; la una grande la mas inmediata á la punta de la Concepcion, la otra mas chica, y ésta tiene unido el farallon de lobos á la parte del Oeste, y desde la punta corre al Noroeste la costa. En esta ranhería recojieron los soldados buenas piedras de lumbré para las armas, por cuyo motivo la nombraron de los *Pedernales*, y yo atendiendo á que mañana celebramos el martirio de San Juan Bautista le encomendé á esta ranhería, para que con su patrocinio se logre su reduccion á cuyo fin le puse su nombre.

Mártes 29 de idem.

A la una y cuarto de la tarde salimos, tomando el rumbo del Noroeste por tierra llana cerca de la playa, y á poco de andar pasamos la punta y vimos otra que entre las dos hacia la mar una ensenada; á legua y media de camino encontramos un arroyo de bastante agua dulce que corria á la mar. Entramos á la orilla de la ensenada pasando con trabajo unos grandes médanos de arena, y por

ser ya tarde que habíamos andado tres horas y en ellas dos leguas y media, mandó el señor comandante parar en una cañada en donde faltó el agua para las bestias, y solo en unos pocitos se halló agua para hacer tortillas y se bebió la que traían en las botas, por cuyo motivo la llamaron los soldados *La Cañada Seca* y le dejamos el nombre de *Santa Rosalia*.

Miércoles 30 de idem.

Después de haber celebrado misa los dos, que los demás oyeron, salimos por la mañana siguiendo el rumbo del Noroeste, y al salir llegaron unos gentiles de las rancherías inmediatas que dijeron venían á guiarnos, y proseguimos sobre los médanos y arenales, y á media legua encontramos un grande rio que cerca la mar, tiene mas de cien varas de ancho, toda la caja llena de agua dulce; por bajo la arena se hace el juicio se resume á la mar, pues tiene en la boca un médano de arena que sirve de puente, por donde lo cruzamos; corre por medio de una cañada bien ancha, y dijo el sargento que al registro que arriba hicieron tiene buenas tierras y arboledas y que vieron que arriba se forma de dos brazos y que lo quisieron vadear y les dió hasta la coraza; aseguran que se puede lograr el agua para regar las buenas tierras que tiene cañada arriba. Paramos á la orilla del rio donde no vimos ranchería, pero en breve vinieron muchísimos gentiles á convidarnos fuésemos á parar á sus rancherías: se escusó el señor comandante, quien les regaló unos abalorios

y quedaron muy contentos; á mi padre compañero le preguntaron á donde íbamos y le suplicaron se quedase con ellos y lo mantendrían, quien les respondió que le precisaba pasar adelante con los demas, que á la vuelta con mucho gusto se quedaria. Pusimos á este rio que es el mas grande que hemos encontrado, el rio de *San Bernardo y su Compañero*, aunque por haber llegado este dia se nombra tambien de *Santa Rosa*; tomé la altura y me salió de treinta y cuatro grados, cincuenta y cinco minutos.

Fueves 31 de idem.

De buena mañana salimos de este rio, tomando derecho el rumbo del Norte, siguiendo los médanos y sobre marisco, que en breve dejamos atrás, y caminamos por tierra llana y lomas tendidas, y á las tres horas de camino en que andaríamos dos leguas y media, llegamos al paraje, que es una poza grande de agua dulce que tiene mas de ochenta varas, con las orillas muy pobladas de tule, sauces y otras arboledas. Paramos no muy retirados del agua, donde habia una ranchería que sin duda seria volante, pues no vimos casa alguna; nos festejaron con baile y fué el primer paraje en donde se vió bailar á las indias, por cuyo motivo esta laguna es conocida con el nombre del *Baile de las Indias*, aunque otros la llaman *La Graciosa*, por el descuido que tuvo uno de los soldados en decir que habian visto una laguna graciosa. Está en hoyo, cercada de lomas aunque no muy altas; es agua de ma-

nantial, en cuyo nacimiento tiene buenos berros tiernos y sabrosos; nombramos á este paraje *San Ramon Nonato* por ser su día.

CAPITULO XII.

Camino que hizo la expedicion en el mes de Setiembre.

VIERNES 1º DE SETIEMBRE.

A las seis de la mañana salimos del paraje tomando el rumbo derecho del Norte para obviar el camino de los médanos que hay por la playa, y aunque nos internamos, no nos libramos del todo de ellos, pues los encontramos bien altos, aunque muy apartados de la playa. Como á media legua de andar encontramos una hoya ó poza de agua dulce, con abundancia de pastos que se crían entre los tulares de que está cercada la poza. Los arenales duraron como tres cuartos de legua, y despues siguió la tierra dura vestida de romerillo y arbolillos no conocidos. A legua y media de andar bajamos á un hermoso valle, de ancho como tres leguas y de largo mas de siete, y en medio de él hay una laguna muy grande, que tiene mas de quinientas varas de ancho y de largo no se sabe, porque no vimos el fin, y se discurre va á dar á la mar; tiene por la orilla muchísimo tular, muchos álamos é innumerables pastos. Paramos el real cerca

del agua. Hay dos rancherías, una chica y otra mayor, y en cuanto llegamos nos vinieron á visitar y nos regalaron unas coras de pinole de sus semillas; la agua de dicha laguna es de manantial, y si se pudiese sacar el agua mucho se podría sembrar. Es paraje muy alegre y se estiende la vista por todo el grande valle. Pusímosle el nombre de *La Laguna Grande de San Daniel*; observé la altura y me salió de treinta y cuatro* grados, trece minutos.

Sábado 2 de idem.

Salimos de esta laguna á las ocho y cuarto, atravesando el llano que tiene dos leguas; por el rumbo que seguimos, que es el Noroeste, lo restante del camino fué por mesas hasta el aguaje, en que gastamos en la jornada como tres leguas. Es el aguaje una laguna grande, de figura casi circular, dentro de una cañada que cierran unos médanos de arena y contienen el agua, estorbando que se vaya á la mar; toda la cañada está cubierta de juncos y enneas y es terreno aguanoso y encharcado: tira de Oriente á Poniente. Por la tarde salieron los soldados á cazar osos por haber visto rastro, y lograron matar uno de un balazo, que se midió y tuvo catorce palmos desde la planta de los piés hasta la cabeza; sus patas de una tercia de largo y pesaria mas de quince arrobas; provamos de su carne y me pareció muy sabrosa. Nos vinieron á visitar seis gentiles que son de dos rancherías que dicen no estar muy lejos. Puse el nombre de *La Laguna de*

* Quere cinco?

los Santos Mártires, San Juan de Perucia y San Pedro de Sacro Terrato. Se nos enfermó el sargento D. José Francisco de Ortega, de un dolor, parece será flato; tambien se quejaron de las piernas unos diez soldados.

Domingo 3 de idem.

Este dia descansamos para dar lugar á los esploradores que busquen paso para cruzar la sierra que tenemos á la vista, supuesto que remata á la playa. Parece ser la misma que desde la salida de San Diego nos viene siguiendo á mano derecha, que en partes se retira de la playa y en partes se aproxima, y ahora es tanto que no nos dá lugar á seguir la playa. Este paraje es conocido de los soldados por el *Real de las Vivoras* por las muchas que se vieron; otros le llaman *El Oso Flaco*.

Lunes 4 de idem.

A las seis y media de la mañana salimos tomando el rumbo del Poniente por encima de médanos de arena que atravesamos por el paraje mas angosto descubierto por los esploradores, de solo media legua. Caimos luego á la playa, y anduvimos cosa de una legua al Nordoeste; por ella nos internamos otra vez en la tierra á la vuelta del Oriente, atravesando los médanos por otra angostura de media legua; logramos despues terreno consistente por una legua de tierra entre dos aguas. A la derecha teniamos una laguna de agua dulce que respaldaban los médanos ó impedian que

desaguase á la mar; á la izquierda teníamos un estero que entraba en el llano y lo descabezamos tirando al Nordeste; tomamos despues el rumbo del Norte y entramos en la sierra por una cañada poblada de encinos, alisos, sauces y otras arboledas, y paramos el real en la misma cañada cerca de un arroyo de agua corriente cubierta de berros. En todo el camino, que fué de cuatro leguas, no encontramos mas que una ranhería muy corta. Cerca del paraje, no muy lejos del real, hallamos una ranhería que luego vino á visitarnos, trayendo su regalo de pescado y semillas que agradecemos, y correspondió el señor comandante con unos abalorios. El capitán de dicha ranhería tiene un lupia grande que le cuelga del pescuezo y los soldados le pusieron, á vista de ello, por nombre *El Buchon* con que se quedó y tambien su ranhería; y el paraje yo lo designé á *San Ladislao* para que sea su patron y protector para su conversion; experimentamos en éstos lo que en ningunos otros, y fué que en cuanto llegamos, unas mujeres tendieron unos petates y sobre ellos esparmaron muchas semillas diciéndonos que nos sentásemos; así lo hicimos y estuvieron estos pobres con nosotros como si siempre nos hubiesen tratado; observé la altura y hallé ser de treinta y cinco grados, ventiocho minutos.

Mártes 5 de idem.

A las seis y media salimos del paraje siguiendo la misma cañada que tuerce por el Nordoeste, la dejamos; de allí á poco tomamos

por cerros y lomas altas no muy lejos de la playa, camino áspero y penoso de muchas subidas y bajadas; pero alegre por lo muy poblado de arboleda de encinos, robles y alisos; en esta jornada que fué de dos leguas no vimos gentil alguno; paramos dentro de una cañada angosta ceñida de altísimos cerros con agua corriente y mucho pasto para la caballada; la llamé *La Cañada de Sta. Elena*, y es conocida de los soldados por *La Cañada Angosta*. Está en treinta y cinco grados, tres minutos.

Miércoles 6 de idem.

Se destinó este día para descanso y dar lugar á los exploradores á que registren el camino.

Jueves 7 de idem.

Salimos á las seis y media por encima de cerros altos y empinados, que duró mas de tres leguas de mal camino, hasta que vajamos á otra cañada espaciosa con muchas lagunas de agua dulce, en las que no pudo beber la caballada por ser muy atascosas sus orillas. En esta cañada vimos tropas de osos, que tienen la tierra arada y llena de escarvaderos, que hacen para buscar raices que es su comida, y de que se mantienen tambien los gentiles y las hay de buen sabor y gusto. Salieron los soldados á cazar y lograron matar uno á balazos, logrando experimentar la fiereza de estos animales. Al sentirse heridos embisten á toda carrera al cazador que solo á uña de caballo pueden escapar, no se rinden, solo que

se acierte el tiro en la cabeza ó en el corazon. Este que mataron recibió nueve balazos antes de que cayera, lo que no sucedió hasta que le dieron en la cabeza; otros soldados tuvieron el arrojito de correr á uno de estos animales montados en malas bestias: les dispararon siete ú ocho tiros y no dudo que morirían de las balas; pero estropeó el oso á dos mulas y por mucha dicha libraron sus vidas los dos que las montaban. Esta cañada fué nombrada de los *Osos*, y yo la llamé de la *Nalividad de Nuestra Señora*.

Viernes 8 de idem.

Despues de dicho misa este dia grande de la Navidad de Nuestro Señor, siguiendo la propia cañada hasta la mar que tira al Poniente, hubo algunos embarazos de zanjones profundos que fué necesario compusiesen para que pasase la recua; á las dos leguas paramos sobre una loma á la vista de la mar, cerca de un arroyo de buena agua proveido de berros. Es terreno alegre, de mucha arboleda y buenos pastos. No lejos del paraje estaba una ranchería de gentiles muy corta que nos pareció seria volante, pues no vimos casa alguna; serian como sesenta almas las que nos vinieron á visitar en cuanto que llegamos, regalándonos una especie de pinole hecho de semillas tostadas que su sabor es de almendra que á todos supo bien. Les correspondió el señor gobernador y quedaron muy contentos.

Entra en esta cañada á la banda del Sur un estero de inmensa capacidad que nos parecia

puerto; tiene abierta su boca al Sudoeste y reparamos que estaba cubierta de arrecifes que ocasionan una rebentazon furiosa; á poca distancia de ella, hácia el Norte, miramos un peñon grande en forma de morro redondo que en plena mar queda aislado y separado de la costa poco menos de un tiro de fusil. Desde este morro tira la costa al Oeste Nordoeste hasta la punta que divisamos tajada de la mar y entre ella y otra punta de la sierra que dejamos atras, forma la costa una grande ensenada con abrigo de los vientos del Sud-Sudueste y Oeste; pero es menester registrar para cerciorarse del fondo. Se nombró á este sitio *La Cañada de San Adriano*.

Sábado 9 de idem.

Como á las seis de la mañana salimos tomando el rumbo del Nordoeste, camino por mesas de buena tierra, vestida de zacate sin arboleda alguna, pues en las cuatro horas que anduvimos haciendo cuando mas tres leguas de camino, encontramos ocho arroyos por donde corren las aguas desde la sierra á la mar, por cuya orilla caminamos. Paramos en el octavo aguaje dentro de una cañada medianamente ancha por donde se introduce un estero en el que desagua un arroyo de buena agua que sale de la sierra. Las lomas que ciñen esta cañada por el lado del Poniente llegan hasta la mar, impiden el paso de la playa; pero deja libre el camino del Norte y del Nordoeste. Se nombró el sitio *El Estero de Santa Serafina*. Tomé la altura y me salió

de treinta y seis grados cabales y al señor Constanzo le salieron treinta y cinco grados, veinte y siete minutos.

Domingo 10 de idem.

Despues de dicha la misa y ser oida de todos los soldados, salimos de buena mañana y tomamos la cañada por el brazo del Nord-Nordoeste, y la seguimos por espacio de dos horas y media en que anduvimos dos leguas buenas. Despues la dejamos porque vimos torcia al Norte desde donde descubrimos una serranía cubierta de pinos y dentro de una cañada muy profunda vestida de mucha arboleda de sauces, álamos, pinos y otros árboles, encontramos un arroyo grande que nos pareció riachuelo; paramos en lo alto de la cañada y vinieron á visitarnos unos sesenta gentiles de una ranhería que dijeron no estaban muy lejos del paraje; nos regalaron unas bateas de pinole y se les correspondió con abalorios. Traian un osito chico que criaban y lo ofrecian aunque no se recibió; de ahí tomaron ocasion los soldados para nombrar al sitio del *Osito*; yo lo llamé *San Benvenuto*. Observe la altura y me salió de treinta y seis grados dos minutos.

Lunes 11 de idem.

De buena mañana, que amaneció muy nublado, salimos del paraje y bajamos á la orilla de la mar y seguimos la playa, que tira al Nordoeste, y caminamos hora y media por buen camino con aguajes á cada paso para la orilla de la mar, sobre un cantil en una cañada

por donde desemboca un arroyo de agua á la mar, que le puse *El Arroyo de San Nicolas* y entre los soldados es conocido por *El Cantil*; hay abundancia de pastos y leña; no observé la altura, lo hizo el señor Constanzo y le salió de treinta y cinco grados, treinta y cinco minutos.

Martes 12 de idem.

A las seis y media de la mañana salimos siguiendo la playa por lo mas alto, y tierra muy doblada y muy interrumpida; el camino de arroyos y zanjas abundantes de agua que dieron mucho que hacer para componer los malos pasos que hemos encontrado; llegamos á una punta de tierra á la mar la que dejamos á la izquierda, y entramos por una abra, que ofrece la sierra, y seguimos por el Nord-Nord-este atravesando diferentes cañadas y arroyos; en la jornada que fué de tres horas en que andariamos dos leguas, encontramos dos aguajes. Paramos sobre una loma al lado de una cañada profunda que tiene agua suficiente, dentro de una balsa. Algo retirado del paraje vimos una ranchería de gentiles, que seis de ellos vinieron á visitarnos. Nombré este arroyo de *San Vicente*; observé la altura y me salió de treinta y seis grados diez minutos.

Miércoles 13 de idem.

Salimos de buena mañana como á las seis y media, anduvimos dos leguas siguiendo el rumbo del Nordoeste, parte por dicha cañada, y parte por mesas altas y acantiladas á la mar por cuya orilla fué toda la jornada de este dia

y paramos entre dos arroyos con bastante zacate y leña. Luego de llegados vinieron á visitarnos unos seis gentiles de una ranchería que no estaba muy lejos del paraje, y al medio día nos trajeron su regalo de pinole, en sus bateas, y unos buenos pescados frescos, que les correspondió el comandante con abalorios con lo que quedaron muy gozosos. Tenemos al frente la sierra muy alta, áspera y toda poblada de pinos que parece ser la Sierra de Pinos ó de Santa Lucía, y segun su aspereza parece quiere impedirnos el paso; en vista de esto determinó el señor comandante el parar unos dias en este sitio para dar lugar á los exploradores á que le registren y le busquen; para este fin salieron hoy el señor capitán con una partida de soldados é indios clarificando con la herramienta necesaria, por si hubiera que componer algunos malos pasos. Nombré á este sitió *Los Arroyos de Santa Hunuliana*.

Fueves 14 de idem.

Dia de descanso para nosotros, y vinieron unos de los soldados exploradores con la razon de que estaba muy ágrío el paso y que era menester á fuerza de barras y picos componer algunos pasos.

Viernes 15 de idem.

Este dia trabajaron en la composicion y por la noche vino el señor capitán con la noticia de quedar compuesto el paso para la primera jornada.

Sabado 16 de idem.

De buena mañana salimos del paraje y entramos por la cañada, que nos franqueaba el paso para entrar en la sierra siguiendo, ya por otra ladera, conforme el terreno lo permitia. Es la cañada muy angosta y en parte los cerros que la ciñen están tajados á pique y todos son inaccesibles, no solo para los hombres sino tambien para las cabras y venados. Por en medio de la cañada corre un arroyo de agua que pasamos muchas veces antes de llegar al paraje en donde lo hallamos, que se divide en dos brazos, el uno que mira al Este Nordeste, y el otro hácia el Norte; algo declinando al Nordeste se ve un cerro no tan pendiente como los de la cañada; por cuyas faldas dicen hemos subido, abriendo primero camino. A la legua de andar paramos al pié del cerro que hemos de subir en donde se divide el arroyo, y despues de comer salió toda la gente á abrir el camino. El tramo que hoy hemos andado tiene arboleda bastante de encinos, alisos y sauces y otros árboles no conocidos, sin tierra para labor alguna sino con abundancia de piedra; por la neblina no pude en estos dias observar; quedóse este sitio con el nombre del *Pié de la Sierra de Santa Lucia*.

Domingo 17 de idem.

Este dia de la Impresion de las llagas de nuestro seráfico padre San Francisco (que de buena gana habria parado para celebrar con mi compañero en este dia grande para toda

nuestra seráfica religion) tuvimos que hacer otra legua de camino; para ello salimos por la mañana, y el primer paso fué empezar á encumbrar la cuesta con el credo en la boca, que no pedía otra cosa la jornada de este día. Seguimos despues las cuchillas de los cerros que forman el costado de la cañada que mira al Norte; bajamos despues otra cuesta muy larga y empinada y paramos dentro de una hoya que tiene cerca bastante agua, leña y pastos. Encontramos una ranchería de gentiles que serian como sesenta almas pero sin casa alguna, muy dóciles y afabilisimos; nos dijeron que este no era su paraje sino que en cuanto nos vieron corrieron á encontrarnos para despues acompañarnos hasta la ranchería que dicen está cerca y que por allí hemos de pasar. A este sitio llamamos *La Hoya de la Sierra de Santa Lucia*, y yo les di á esos pobres gentiles por patron á mi seráfico padre San Francisco, recibiendo la impresion de las Llagas en el Monte Alberne para que interceda por la conversion de estos gentiles que viven en estas breñas mas ásperas que las de aquel monte, como tambien á la Blucia de Sulermo. Pude observar y me salió la altura del Norte de treinta y seis grados diez y ocho y medio minutos.

Lunes 18 de idem.

Fué este día para nosotros y unos cuantos que quedaron en el real, día de descanso, saliendo casi toda la gente á la composicion del camino para la jornada siguiente.

Martes 19 de idem.

Prosiguió para nosotros el descanso y la gente siguió en la composicion del camino que concluyeron, gracias á Dios.

Miércoles 20 de idem.

Como á las seis y media salimos del paraje y luego empezamos á subir una cuesta empinada y larga; despues seguimos por la ladera de una cañada angosta y profunda que tiene agua corriente; bajamos á ella, pasamos el arroyo dos ó tres veces por dentro de la misma cañada que hallamos ya mas ancha, y de nuevo subimos una cuesta larguísima, y llegando á lo mas alto de ella parece que dominábamos toda la serranía que se estiende por todos los cuatro rumbos sin verle fin por ningun lado. Triste espectáculo para unos pobres caminantes cansados y rendidos de la fatiga de tanto viaje, de allanar malos pasos y de abrir caminos por cerros, bosques, médanos y pantanos; empezaban ya á sentirse los frios y habia tambien algunos de los soldados heridos del escorbuto é imposibilitados de trabajar, con lo que se aumentaba el trabajo de los demas. Todas estas consideraciones querian oprimirnos el corazon; pero considerando el fin á que se dirijian estos trabajos, que era á la mayor gloria de Dios, en la conversion de las almas y al servicio del rey cuyos dominios se le estendian con esta espedicion, se animaban todos á trabajar con gusto de que sumamente nos regocijábamos, bendiciendo á nuestro Dios y Señor, suplicándole por la salud de

todos y felicidad de la expedicion, poniendo por intercesor á nuestro patron el santísimo Patriarca señor San José. Anduvimos este día cinco horas en las que hicimos dos leguas de jornada, y paramos en la misma sierra dentro de una cañadita en extremo angosta, que apenas habia lugar para formar el real, en donde hallamos tres rancherías de gentiles que andaban cosechando los piñones, y tenían sus casas no muy lejos del paraje, según nos dijeron, que se manifestaron muy afables y festivos. Vinieron por la tarde los exploradores, y dieron noticia haber visto no muy retirado otro sitio mas á propósito para parar el real mientras se hacia con mas espacio el registro, y determinó el señor comandante que por la mañana iríamos á él; pusieron por nombre á este sitio *El Real de los Piñones* por la abundancia de ellos, y de los muchos que regalaron los indios; correspondióseles con abalorios.

Jueves 21 de idem.

Para mudarnos al sitio que dijeron los exploradores fué preciso componer algunos malos pasos á cuya faena salieron despues de oido misa, que ambos celebramos, y por la tarde nos mudamos saliendo á las dos y media de ella, y con dos horas de camino anduvimos una legua por la misma sierra rumbo al Norte; y llegamos al paraje que es un arroyo bastante capaz y que, según dijeron, su nacimiento no estaba muy retirado. Corre de Oriente á Poniente muy encajonado con bastante arboleda de encinos, alisos y álamos; no muy retirado

del paraje hay dos rancherías de las que vinieron algunos gentiles á visitarnos y nos regalaron pinole y piñones correspondiéndoseles con abalorios con que quedaron muy agradecidos los de esta ranchería de gentiles muy afables, y parece eran vagos, pues no vimos casa alguna.

Lunes 25 de idem.

Esta mañana paramos á causa de que en la jornada que íbamos á hacer, no hay agua para que beba la caballada al medio día en este arroyo, que nombré de las *Llagas*, de nuestro seráfico padre San Francisco, supuesto que desde su tierra no habíamos encontrado paraje á propósito para dedicarle mision, y no siendo este arroyo por la tierra que tiene y mucha agua, despreciable para una buena poblacion, no he querido dilatarlo mas, y así lo he dedicado este arroyo á la impresion de sus *Llagas*, reservando su principal para su famoso pueblo como lo dijo á nuestro padre presidente el Exmo. señor visitador general en el real de Santa Ana antes de despedirse. A las dos de la tarde salimos de este paraje, y caminamos poco mas de una legua, camino derecho al Norte; encontramos en él ocho lomas redondas, blancas, que estan contiguas, y despues entramos en una cañada de tierra buena entre cerros y lomas muy pobladas de robles, encinos y algunos pinos por los cerros, y á poco de andar por ella hallamos una pocita de agua, de la que llenaron todas las botas y barriles, y pasamos mas adelante en paraje

donde estuviera quemado el pasto; y en él paramos, una legua del arroyo de las Llagas de nuestro padre.

Martes 26 de idem.

A las siete y media de la mañana salimos del paraje siguiendo el rumbo de la cañada del Nordeste, la que va angostando poco á poco, y los cerros de que está ceñida muy pedregosos; al fin de la cañada se unen los cerros aunque nos dieron paso nada dificultoso para bajar á otra cañada que es la que los exploradores pareció con la neblina muy espesa que tenían á la vista el rio Carmelo; bajamos á ella por una cuesta algo áspera, pero muy poblada de diferentes arbustos, entre otros de una fruta que parecen castañas silvestres, pero muy amargas. Al pié de la cuesta encontramos una ranhería de indios vagos que pasaban de doscientas almas, que estaban arranchados debajo de un encino caído; nos regalaron cantidad de semillas y piñones á que se les correspondió con unos abalorios. Estuvimos un rato con ellos, y pasamos adelante con el fin de parar á la orilla del rio, que llamaron los exploradores *El Carmelo*; anduvimos como tres leguas y paramos el real á la orilla de un rio cuyas orillas están pobladas de sauces, álamos, encinos y otros árboles. Toda la vega es muy frondosa y la tierra de buen migajon que produce variedad de plantas olorosas; mucho romero, salvia y rosales de Castilla que están cargados de rosas. Fué la jornada de tres leguas desde la salida, y nombré á este

paraje *La Cañada ó Rio de San Elizario*; por los soldados es conocido por *El Real del Chocolate*.

Miércoles 27 de idem.

Poco mas de la seis y cuarto salimos del paraje, siguiendo el curso de la cañada y del rio, rumbo al Noroeste, y pasamos el rio mas abajo de un remanso, divididas ya sus aguas en tres brazos, y en unas pozas grandes del mismo rio se vió mucho pescado, y dijeron algunos soldados que vieron peces que podian pesar diez arrobas. Dejamos la vega del rio para lograr la tierra llana y desmontada, arriados un poco á los cerros que limitaban la cañada por la banda del Norte hasta llegar otra vez al cantil de la vega del rio que se inclinaba sobre ellos torciendo para el Noroeste, precisándonos entonces á tomar la ladera de los cerros que teniamos á nuestra vista á mano derecha; luego que dió lugar seguimos por tierra llana sin apartarnos del camino que sigue el rio. Vimos en esta jornada dos manadas de berrendos apartados de nosotros y fué de cuatro leguas. Se paró el real cerca de unas pozas de agua bajo de un grande álamo, sitio abastecido de pasto que no se logra en toda la cañada. Por haber parado cerca del álamo se nombró *El Real del Alamo*, y tomé la altura, hallándola de treinta y seis grados y treinta y ocho minutos.

Jueves 28 de idem.

Salimos de buena mañana, que estaba bien nublado, y seguimos la misma cañada y rio

por camino llano, todo quemado el zacate, la que va ensanchando así como nos vamos arrimando á la marina, que en partes tiene el llano dos leguas y en otras mas: anduvimos cinco horas en las que haríamos cuatro leguas, y paramos en el mismo llano de la cañada en medio de un lunar de encinos que habia algo de pasto que no estaba quemado, y por ser la tierra blanquizca se llamó *El Real Blanco*, y aunque hemos visto bastantes caminos y veredas trilladas de gentiles, no hemos visto á ninguno; algunas manadas de berrendos se han dejado ver aunque no á tiro.

Viernes 29 de idem.

Hoy, día del príncipe y arcángel señor San Miguel, despues de haber dicho los dos misa que oyó toda la gente, salimos como á las ocho de la mañana para la misma cañada siguiendo el curso del rio por camino llano como el antecedente, aunque mas abundante de pastos que no está tan quemado, y va ensanchando mas la cañada y sigue la arboleda y frondosidad de la caja del rio en que sus orillas son infinitos los rosales de Castilla: anduvimos cuatro horas en que haríamos tres leguas y media, y paramos junto al rio que corre en este paraje con mas ruido y fuerza. A poco de parados oimos dentro del monte (que forma la arboleda del rio que cojerá de ancho mas de cuatrocientas) varas grande bulla y vocería, y presumiendo seria alguna ranchería que nos habrian visto y por este alboroto salieron con direccion á ellos el señor coman-

dante, algunos oficiales y yo, y vimos que no era así como presumíamos, sino que estaban cazando y que no nos habian visto, por lo que luego que nos divisaron pararon de la vocería; les hicimos señal con un pañuelo blanco para que viniesen; pero no hubo forma de atraerlos, antes bien empezaron á tocar un pito y á tirar tierra por el aire, de que viendo esto nos retiramos al real y los dejamos prosiguiesen en su ejercicio, y por lo dicho se llamó este sitio *El Real de los Cazadores*.

Sábado 30 de idem.

Salimos de buena mañana siguiendo la cañada y rio abajo, rumbo de Nordeste y Oeste Nordoeste, y poco á poco van bajando mas y mas los cerros y apartándose al mismo paso ensanchándose la cañada que en la parada y á vista de dos puntas bajas que forman los cerros, tendria la cañada mas de tres leguas de travesía. El terreno es de la propia calidad que el antecedente aunque la tierra mas baja, que tiene algunas rajaduras que se sumen las bestias, terreno blanquizco y escaso de pastos á causa de las quemazones de los gentiles: anduvimos cuatro leguas y cuarto. Paramos en la misma cañada y no muy retirados del rio, distante de la playa dos y media leguas, se oye la mar desde el real aunque todavía no se deja ver; vinieron los exploradores esta tarde con la razon que este rio, que dias ha seguimos, desagua en un estero que entra á la mar por la cañada, que la playa se ve á la banda del Norte y del Sur circulada de médanos de

arena formando la costa una ensenada inmensa que á la parte del Sur se divisa una loma que iba á terminarse en punta dentro de la mar cubierta de árboles que parecían tales pinos. Al oír estas noticias entramos los mas en sospecha de que hubiésemos dejado atrás el puerto que buscábamos, por el rodeo grande que hicimos para pasar la sierra, que cortamos por el Nordeste y Norte hasta bajar á la cañada, que nos permitió volver á tomar el camino de la playa por el rumbo del Nord-oeste y Oeste Noroeste, añadiendo que la punta de pinos que se descubría á la parte del Sur era indicio de ello por ser una de las señas que dan los derroteros del puerto de Monterey; dando como por cierto que la ensenada grande de que daban razon los exploradores, era sin duda la que se forma entre la punta de Pinos *y la de año nuevo*,* hicieron alguna fuerza estas razones, y mas atendiendo á que nos hallábamos en mas de treinta y seis grados y medio de latitud del Norte. Por estas razones se consideró ser indispensable el hacer un formal registro de la punta del Sur antes que se pasase adelante.

* I have inserted these words in italics to correct an obvious typographical error in the original copy.

CAPITULO XIII.

*Camino que hizo la expedicion por el mes de
Octubre.*

DOMINGO 1° DE OCTUBRE.

En este dia, despues de dicho misa los dos y oida de los demas, levantamos el real y siguiendo el mismo rio anduvimos una legua arrimándonos á la playa, y paramos cerca del mismo rio en el llano que se halló con buenos pastos, distante de la playa como legua y media. Poco despues de llegados fuimos el señor comandante, el ingeniero y yo acompañados de cinco soldados á registrar la playa, y subimos á un cerrito que está no muy apartado de ella y de lo alto vimos la grande ensenada, y conjeturamos ser la que Cabrera Bueno pone entre la punta de Año-Nuevo y la de Pinos de Monterey, porque la vimos poblada de altos pinos y que cerca de ella se ha de hallar el puerto de Monterey. Distará esta punta de nosotros á lo menos siete leguas; la ensenada tendrá de punta á punta como doce leguas. Este rio que tantas jornadas lo hemos seguido desagua en esta grande ensenada que forma un estero que entra á tierra adentro como dos leguas y hace crecer y menguar el rio, y cerca de la playa ya muy caudaloso y de mucho

fondo que no se puede vadear; la boca es angosta que tendrá como doce varas que parece cerca de la mar una poza de mucha profundidad. El llano es grandísimo y de muchas leguas hasta llegar á la otra punta que conjeturamos ser la de Año-Nuevo. No vimos por estos contornos gentil alguno; volvimos al real y en vista de lo dicho que referimos al señor comandante, determinó que el día siguiente saliese el señor capitan á registrar dicha punta.

Lunes 2 de idem.

De buena mañana salió el señor capitan con ocho soldados á registrar la punta de la enseñada por la banda del Sur; tomé este día la altura y me salió de treinta y seis grados cincuenta y tres minutos, y el señor Constanzo observó por medio de Guemon, y le salió de treinta y seis grados cuarenta y cuatro minutos.

Martes 3 de idem.

Este día volvieron por la tarde los exploradores y dijo el señor capitan, junto con los soldados, que no habian visto puerto alguno ni á la banda del Norte ni á la del Sur, de la punta que la vieron sí muy poblada de pinos, y que pasada vieron una corta enseñada formada entre dicha punta de pinos y otra algo mas al Sur, con un arroyo de agua que bajaba de la sierra, muy poblado de arboleda, y un estero en el que desagua dicho arroyo, y cerca de algunas lagunitas de poca consideracion; que mas adelante seguia la costa acantilada al

Sur, cuarta al Sudoeste, cuya aspereza impenetrable les obligó á retroceder, creidos tambien que tenian á la vista el mismo que se nos habia retirado de la playa obligándonos á tomar el camino de la serranía. Oida esta razon determinó el señor comandante, que el dia siguiente se tuviese una junta de oficiales para determinar en ella lo que debian hacer, para la cual los citó, y reencargó dijésemos la misa del Espíritu Santo, para que alumbre á todos para dar el parecer que fuere mas conveniente para el acierto.

Miércoles 4 de idem.

Dia grande para todos los hijos de nuestro seráfico padre S. Francisco, cuya fiesta celebramos estos sus dos hijos en este nuevo mundo, ó rincon del mundo viejo, sin mas iglesia ni mas coro que un desierto, formando una enramada para celebrar el santo sacrificio de la misa, la que dijimos ambos con la devocion posible, pidiendo al Espíritu Santo, poniendo por intercesor á nuestro seráfico padre, alumbre á los señores, determinen lo mas que convenga para su mayor honra y gloria de nuestro rey.

Concluida la misa llamó á los oficiales el Sr. comandante, y juntos congregados en nombre de Dios les espuso la cortedad de provisiones con que nos hallabamos, los muchos enfermos que teniamos (que eran diez y siete hombres los que se hallaban medio tullidos y de ninguna aptitud para la fatiga), la estacion ya tan adelantada, y lo mucho que padecia la gente que quedaba sana con el trabajo escesivo de cus-

todiar y velar de noche la caballada, en las guardias del real y en las salidas continuas de exploraciones y reconocimientos. En vista de lo dicho, y de no hallar el puerto de Monterey en la altura que se presumia, que dijese cada uno libremente su parecer para determinar lo que se juzgase por mas acertado. Votaron todos los oficiales unánimes que se prosiguiera el viaje por ser el único partido que quedaba, esperanzados en encontrar, mediante el favor de Dios, el deseado puerto de Monterey, y hallar en él el paquebot San José que remediase la necesidad, y que si Dios permitia que en demanda de Monterey pereciésemos todos, habremos cumplido para con Dios y con los hombres, cooperando hasta la muerte al logro de la empresa á que nos habia mandado. Quedaron con esto todos muy conformes, y animados á proseguir, á cuya junta asistimos tambien los dos religiosos y dimos el mismo voto, y procuramos animar á todos los demas y persuadirles que el auxilio del Señor no nos faltaria, supuesto que la empresa se dirijia á su mayor honra y á su deseada conversion de las almas todas.

Fueves 5 de idem.

Salió de buena mañana el sargento Ortega con sus soldados á explorar la tierra y á registrar si fuese dable la otra punta de la ensenada que se juzgaba la de Año-Nuevo.

Viernes 6 de idem.

Vinieron por la tarde los exploradores con noticias muy alegres diciendo habian en-

contrado un rio de grande frondosidad y arboleda de Castilla, y que habian visto una punta con muchos pinos á la banda del Norte (aunque despues se conoció haber padecido engaño con la mucha neblina que habia); vieron asimismo rastro de animales grandes y de pezúña hundida que juzgaron serian cívolos, y una numerosa ranchería de gentiles que vivian en barrancas ó chozas cubiertas de zacate, que dijeron pasarian de quinientas almas. Estos no tenian noticia de nuestra venida á sus tierras segun echaron de ver los nuestros por el pavor que les causó su presencia; pues atónitos y confusos se alborotaron sin acertar á lo que hacian, pues unos corrian á las armas, otros daban voces y alaridos y las mujeres se deshacian en llanto. Hicieron los soldados todo lo que pudieron para sosegarlos, y lo consiguió el sargento con su prudencia, animosidad, valor y práctica con los indios (aunque le costó mucho trabajo para contenerlos); en cuanto los vió alborotados echó pié á tierra, y arrimándose á ellos con ademan de paz no le dejaron llegar los indios hasta su ranchería haciéndole señas de que se parase, y cojiendo al instante todos los indios sus flechas las clavaron en tierra é hicieron lo mismo con otras banderillas y plumajes que trajeron de sus casas al instante. Retiráronse despues; y conociendo el sargento que habian dispuesto aquéllas en señal de paz, se arrimó y cojió algunas flechas y demas que habian fijado; alegráronse mucho los gentiles aplaudiendo esta accion de los nuestros, y para asegurarlos mas de que no

iban á hacerles daño antes bien deseaban su amistad les pidió por señas de comer. Aquí fué mayor el contento de los indios y al punto sus mujeres se pusieron á moler semillas de que hicieron unas bolas de masa que les regalaron; dióles el sargento unos abalorios y quedaron los indios muy satisfechos y contentos. Con estas noticias que trajeron los exploradores caminamos todos los demas confiados en que el rio que habian visto seria el Carmelo, y que de consiguiente cerca de aquella punta de pinos que decian habian visto estaria el deseado puerto de Monterey.

Dispusiéronse todos para marchar el dia siguiente despues de haber descansado ya cinco dias y medio.

Sábado 7 de idem.

Salimos de este paraje que quedó con el nombre de *Santa Delfina*, virgen y esposa de San Elcearo, á quien dediqué el sitio en que estuvimos su dia veinte y siete del inmediato Setiembre, como á las doce del dia tomando el rumbo del Nordoeste; á poco de andar entramos en una ciénega ó laguna seca muy frondosa de malvas y otras yerbas; despues por entre lomerías bajas y tendidas seguimos una cañada pasando cuatro lagunas que con algun trabajo pudimos descabezar, y para ello fué preciso componer algunos pasos por lo mucho que atascaban; fué el camino de tres horas en que andariamos dos leguas, y paramos en una cañada cerca de una poza y de una ranchería que se conocia no hacia mucho

tiempo la habian desamparado los gentiles todos; el camino es de tierra andable y muy poblado de pastos; viéronse en la poza muchas grullas que fueron las primeras que en tanto camino se dejaron ver, por cuyo motivo le llamaron los soldados la laguna de la *Grulla* y yo la llamé de *Santa Brigida*. Esta noche confesamos y dimos los santos óleos á uno de los soldados de Cuera que se ha agravado mucho del escorbuto.

Domingo 8 de idem.

Despues de misa administramos el santo viático al enfermo, de noche, y á otro que tambien se agravó y recibió éste hoy los santos óleos. No obstante van siguiendo en sillas de tijeras que se les han hecho y compuesto; de la misma manera van siguiendo otros nueve que se hallan del mismo accidente del escorbuto casi tullidos, aunque no tan agravados como los dos dichos; y despues de esta tierna y devota funcion salimos del paraje, como á las ocho de la mañana siguiendo el rumbo del Norte, por lomas mas altas que las antecedentes, y á cada ensenada que hacia el terreno se halló una laguna de mayor ó menor magnitud que nos precisaron á hacer mucho rodeo. A las cinco horas de andar, y cuatro leguas de camino llegamos á la ranchería crecida que nos habian referido los exploradores, la que hallamos despoblada contra nuestras esperanzas; porque al salir de la laguna de Santa Brigida de las Grullas vimos cerca del paraje diferentes flechas y banderillas clavadas en el

suelo, y algunas almejas al pié de ellas, que los indios en la tarde ó en la noche del día antecedente, clavarón en aquel sitio sin dejarse ver de nosotros. Estas señas de paz nos persuadieron que los halláramos amigos, y se dejarían tratar en su ranchería, pero el miedo ó temor de estos pobres hizo que la desertaran y quemaran como la hallamos; circunstancia que todos sentimos por la mucha falta que hacen, principalmente para adquirir noticias del terreno y para acompañar á los exploradores en su reconocimiento de que sigue el acierto para los parajes, y el que hagan la legua en las rancherías, que de nuevo se encuentran, para que no hagan lo que otros han hecho. Paramos á la orilla del río que descubrieron los exploradores no lejos de la ranchería quemada que estaba junto á su vega muy frondosa y amena llena de álamos, alisos y altos robles, encinos y de otra especie no conocidos. Vimos en este paraje una ave que habrían muerto los gentiles y tenían llena de zacate, que á algunos pareció águila real; se midió desde una punta de una ala á la punta de la otra, y se halló tener once palmos, por cuyo motivo le llamaron los soldados el *Río del Pajaro*, y yo le añadí el nombre de la *Señora Santa Ana*; no pude observar por la neblina.

Lunes 9 de idem.

Este día se dió descanso para los enfermos que nos tienen con cuidado y se da lugar á explorar para las dos jornadas.

e
l
e
-
e
o
n
a
e
s
-
l
a
-
n
-
a
a
s
o
e
e
e
a
or
io
e-
la

os
á



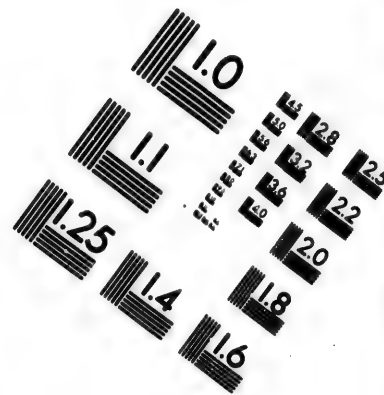
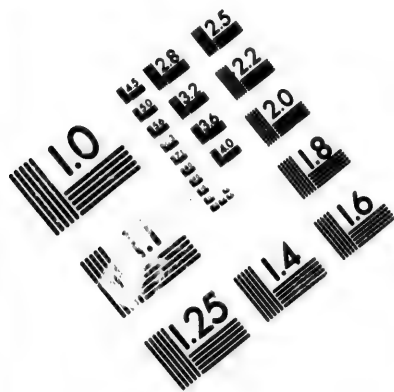
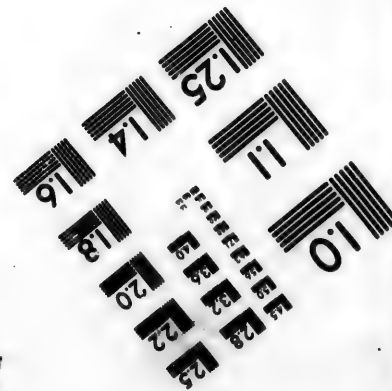
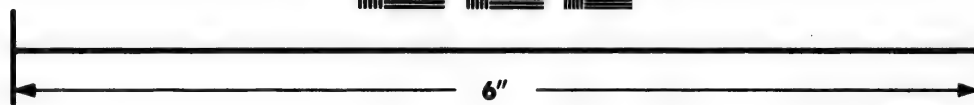
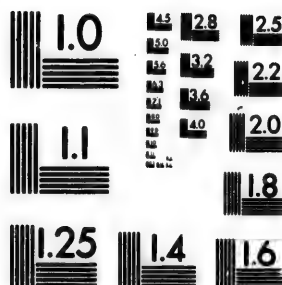


IMAGE EVALUATION TEST TARGET (MT-3)



Photographic Sciences Corporation

**23 WEST MAIN STREET
WEBSTER, N.Y. 14580
(716) 872-4508**

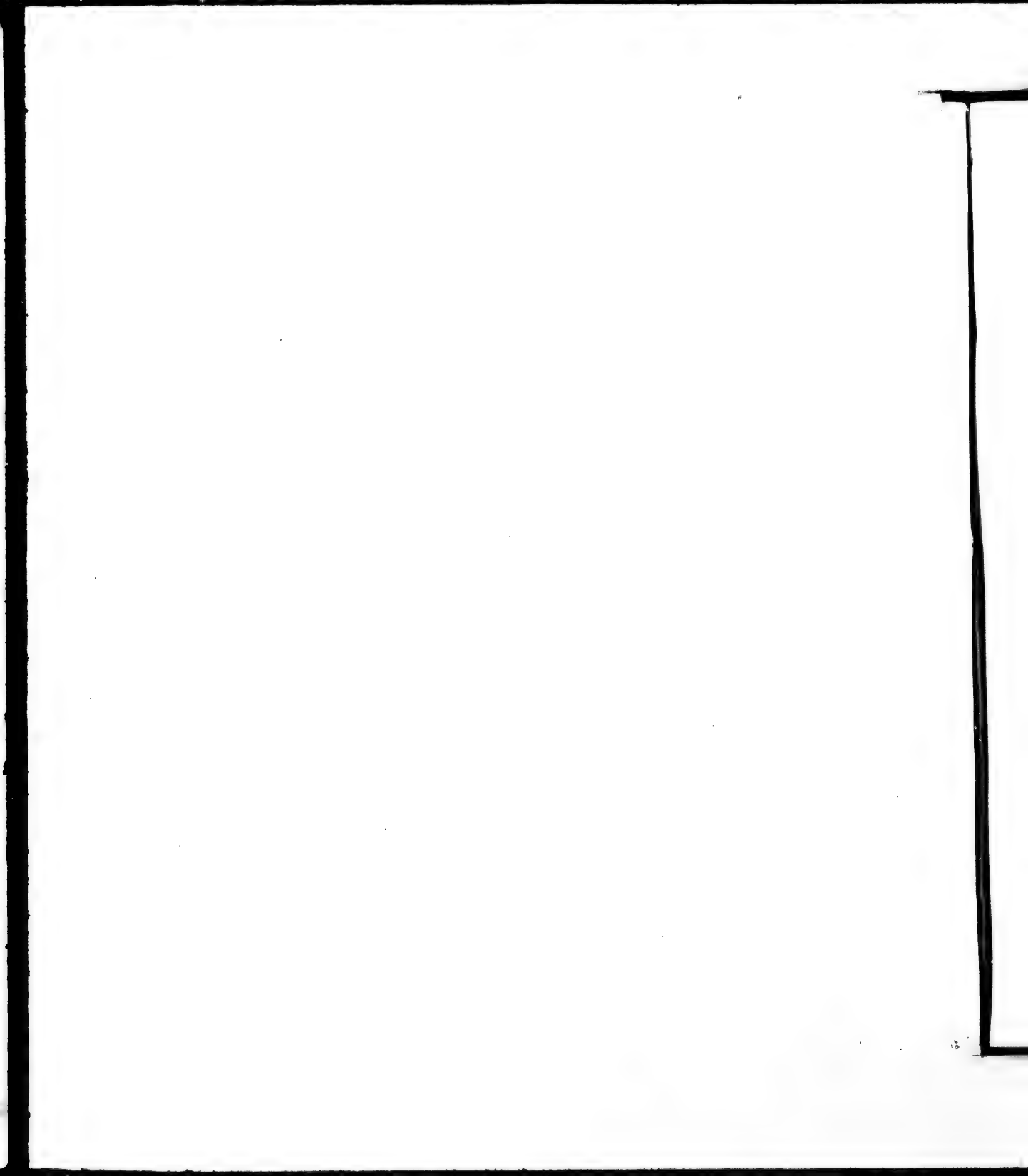
**CIHM/ICMH
Microfiche
Series.**

**CIHM/ICMH
Collection de
microfiches.**



Canadian Institute for Historical Microreproductions / Institut canadien de microreproductions historiques

© 1983



Mártes 10 de idem.

Como á las ocho de la mañana salimos tomando el rumbo al Nordoeste; no pudimos andar toda la jornada que se pretendia por ver á los enfermos mas agravados, y que cada dia se iba aumentando el número de ellos, y así andariamos poco mas de una legua por llanos y lomas tendidas muy pobladas de unos palos muy altos de madera colorada, árboles no conocidos que tienen la hoja muy diferente de la de los cedros, y aunque la madera en el color se le asemeja, pero es muy diferente sin tener el olor del cedro, y que es esta de los palos que encontramos muy vidriosa; hay por estos parajes mucha abundancia, y porque ninguno de los de la espedicion los conoce se les nombra con el nombre de su color. Paramos cerca de una laguna que tiene mucho pasto y mucha arboleda del palo colorado; por esta jornada se han encontrado muchos rastros de ganado que parece vacuno, que se discurre si serán cívolos; tambien se han visto unos venados muy grandes que dicen ser ciervos á diferencia de los ordinarios que llaman venados, y han encontrado mucho estiércol de bestias mulares que se han visto manadas de ellas que dicen ser orejadas con cola corta y ancha; tambien se ven en las lagunas muchas grullas. Dicen los exploradores que por aquí cerca han visto muchos avellanos, dijeron que están en flor, y trajeron unas pocas que probamos, y á la verdad lo son, y solo se repara que tienen la cáscara mas gruesa que las de España.

Miércoles 11 de idem.

Esta noche han empeorado los enfermos y se han postrado otros, motivo porque determinó el señor comandante parar. Dijimos esta mañana los dos misa al santísimo patriarca Señor San José, por la salud de los enfermos y felicidad de la expedición; dimos el viático y santos óleos á otros tres que son los que se hallan mas agravados. Determinó el señor comandante mientras descansamos, por los enfermos, que salgan á registrar todo lo que se pudiere para que se tenga hecho esto, á lo que salió el sargento Ortega con ocho soldados llevando cada uno tres mulas para remudar, porque se han enflaquecido con el frío.

Jueves 12 de idem.

Este día parece que amanecieron algo aliviados los enfermos; los encomendamos á Nuestra Señora del Pilar, que á su honor nombramos este sitio *Las Lagunas y Avellanos de Nuestra Señora del Pilar*. Tomé la altura porque se dejó ver el sol, y me salió de treinta y cuatro grados treinta y cinco minutos.

Viernes 13 de idem.

No ocurrió cosa especial este día ni tienen novedad los enfermos.

Sábado 14 de idem.

Esta tarde llegaron los exploradores y dió razon el señor sargento de haber adelantado doce leguas sin haber adquirido noticia del puerto que buscamos, y que llegó al pié de una sierra alta y blanca.

Domingo 15 de idem.

Dijimos los dos misa encomendando á Dios á los enfermos que sentían algún alivio, por cuyo motivo determinó el señor comandante saliésemos, como se ejecutó, saliendo por el rumbo del Noroeste por una cama y por lomas todas pobladas de avellanos y la cañada de palo colorado. A la media legua de camino encontramos un arroyo con buen trozo de agua; parecía estaba corriendo muy encajonado con bastante arboleda por el arroyo de álamos, alisos y sauces, pero no tiene cerca llano para lograr dicha agua. Anduvimos legua y media por la fatiga de los enfermos, y paramos en una cañada cerca de otra lagunita que nombré de *Santa Teresa* por ser su día; está el paraje con buenos pastos y lo mismo reconocimos en el camino.

Lunes 16 de idem.

Salimos por la mañana de este paraje tomando el rumbo del Noroeste, siguiendo la cañada del día antecedente, y despues por lo mas poblado de avellanos y de palos colorados que muchos hay grandes en extremo; á media legua de andar pasamos el arroyo que dije en la jornada antecedente por muy cerca de la playa, y la sierra que sigue de lomerías de buen pasto, aunque á la presente, muy quemado de los gentiles que no se dejan ver. Fué el camino de tres horas y media en las que anduvimos solo dos leguas á causa de los enfermos, que los pobres van tirando poco á poco. Pasamos á la orilla de un ranchuelo,

que tiene como cuatro varas de agua corriente y hondo. Tiene en sus orillas bastante arboleda de álamos y alisos por lo hondo que corre; puede ser que no se pueda aprovechar para regar algunas vegas que tiene; nombróse *El Rosario del beato Serafín de Asculi*.

Mártes 17 de idem.

Salimos como á las nueve de la mañana tomando el rumbo del Oeste Noroeste, y caminamos por buenas tierras muy empastadas á vista de la marina, aunque retirado de la playa como una legua, siguiendonos los árboles de la madera colorada; anduvimos tres horas é hicimos como dos leguas, en cuyo tránsito hallamos tres arroyos, dos con agua corriente; el uno de ellos con un buey de agua todos con buenas mesas de tierra y mucha arboleda de álamos y alisos. Al fin de la jornada torcimos al Oeste; no muy apartados de la mar encontramos un caudaloso rio que por donde lo pasamos tendrá unas diez y ocho varas en lo ancho, y en medio daba hasta la barriga de las bestias; es de los grandes que se han encontrado en la caminata; tiene en su caja mucha arboleda de álamos y alisos y buenas vegas de tierra para poder sembrar de riego; no está muy retirado de la playa, y segun han dicho los exploradores va á desaguar á un estero de una ensenada. Paramos á la otra banda del rio, cuya bajada y subida costó algun trabajo para desmontar y hacer paso; á mas de la arboleda del rio hay muchos árboles de la madera colorada; hallamos no muy apartado

del rio un buen manchon que no está quemado y da gusto ver el zacate y la variedad de yerbas y rosales de Castilla. Se nombró *Rio de San Lorenzo*, no hallamos en este rio ni vimos en la jornada gentil alguno.

Miércoles 18 de idem.

Como á las ocho de la mañana salimos siguiendo el rumbo de la costa que corre al Oeste Nordoeste por lomas altas, y acantiladas por la parte de la mar: á los quinientos pasos de haber salido, pasamos un buen arroyo de agua corriente que baja de unas lomas altas de donde nace; despues le cruzan unas mesas grandes de buena tierra que con facilidad se podrian regar con el agua de dicho arroyo. Nombróse á este arroyo de *Santa Cruz*; las mesas que rematan acantiladas á la mar, tendrán como una legua de ancho hasta llegar á unas lomerías al pié de la sierra: anduvimos tres horas y media y solo hicimos dos leguas de camino en que bajamos y subimos á cuatro profundas arroyadas que traen agua corriente que desaguan en la mar: solo en las arroyadas se ve arboleda; en lo demas no vimos mas que zacate, y esto quemado, y como á la mitad de la jornada dejamos ya el palo colorado. Paramos en el cuarto arroyo que finaliza en un estero; nombróse *El Arroyo de San Lucas*, que los soldados llamaron de *Las Puentes*, porque con fagina y tierra se tuvo que componer para pasar.

Jueves 19 de idem.

Dia de San Pedro de Alcántara salimos

como á las ocho de la mañana. Fué el camino de esta jornada bien penoso por las frecuentes barrancas de que se compone, que fueron siete las que pasamos, y todas dieron que hacer para componerlas; y en especial la una de ellas por su profundidad, y lo empinado de sus laderas: en ésta se cayó la mula que cargaba la olla de la cocina por cuyo accidente le quedó el nombre del *Barranco de la Olla*.

La costa que tuerce mas para el Noroeste, y toda es acantilada, salvo el desemboque de dicha barranca, en donde se forma una corta playa sobre la mano derecha, teniamos uñas lomas blancas y peladas que infunden tristeza. Paramos sobre una loma muy alta á la vista de la sierra blanca, que descubrieron los exploradores en la que se divisan algunos manchones de pinos. Al pié de la loma corren dos aguajes bastante copiosos, uno á la derecha y otro á la izquierda. Fué la jornada de dos leguas y media, para la que gastamos cerca de cinco horas. Me pareció el sitio no ser despreciable para pueblo, aunque no vimos gentil alguno, pero sí vestigios de ranchería que poco antes se habia despoblado. Llamé al sitio *San Pedro de Alcántara* y los soldados lo conocen por *El alto de Fumin*.

Viernes 20 de idem.

Para salir de este paraje se nos ofreció subir una cuesta muy larga, despues de pasado el arroyo que corre al pié de la loma de la banda del Norte, y fué necesario abrir camino á fuerza de barra, y en esta faena gastaron toda

la mañana, por cuyo motivo salimos ya muy tarde. Caminamos la cuesta por largo tramo sobre el espinaso de una cordillera, de cerros barrancosos que caen al mar, y paramos sobre la misma playa en el desemboque de un arroyo ó cañada como una legua de camino de donde salimos. Corre la costa en este corto tramo á Nordoeste cuarta al Norte. La cañada está abierta al Nord-Nordeste, y se interna la tierra adentro, de dicho rumbo, cosa de una legua, de tierra al Oeste cuarta al Nordoeste;* es baja y de piedras que tienen poca elevacion sobre las aguas. Nombré á este sitio, ó arroyo, *La Cañada de San Luis Beltran*; dista de nuestro real, la punta que juzgábamos de Año-Nuevo, como una legua para llegar á ella, y así todavía nos hallamos en la grande ensenada en que presumíamos estar el puerto de Monterey.

Sábado 21 de idem.

Se destinó para que los exploradores empleasen todo el día en el registro, y que sirva para descanso á los enfermos que no se sienten en peor estado, aunque poca es la mejoría. Observé la altura que tantos días hace no he podido conseguir por la neblina, y me salió de treinta y siete grados veinte y dos minutos, y al Sr. Constanzo de treinta y siete tres minutos. Esta tarde y por la noche cayeron recios

* There is evidently a typographical error in this sentence; it should probably read * * * "cosa de una legua; de aquí corre la costa al Oeste," etc.

aguaceros seguidos de un viento muy recio del Sur que movió tormenta en la mar.

Domingo 22 de idem.

Amaneció este día muy nublada y triste, toda la gente mojada y trasnochada por falta de tiendas, de tal manera, que fué preciso parar este día á descansar y secar la ropa, el mayor cuidado de los pobres enfermos que teníamos, no les fué muy nociva la mojada; pero fué al contrario que parece sino que Dios con ella les envia la salud, de tal suerte, que con admiracion de todos empezaron á tener mejoría, y en breve se recuperaron de todo, gracias á Dios, á quien atribuimos este especial beneficio. Por este motivo se añadió á la cañada el renombre de *La Salud*.

Lunes 23 de idem.

Salimos de esta cañada de la Salud como á las ocho y media siguiendo la playa que dá pasto á lo que no permite la sierra blanca acantilada á la media legua. Llegamos cerca de una punta de tierra baja que sale mucho á la mar: aquí subimos una mesa de tierra llana y que tuerce al rumbo hasta el Nordoeste y Norte. Dicha mesa tendrá de largo como legua y media que remata á la playa, de ancho media legua, y cerca la sierra un cuarto. Anduvimos dos leguas en tres horas, y paramos en un vallecito entre lomas cerca de una rancharía de gentiles que ya muchos días hacia deseábamos encontrar. Estaban ya sabedores de nuestra ida por los exploradores, y nos

recibieron con demostraciones de alegría, regalándonos luego de semillas hechas de tamales, unos de bellota y otros de semillas, como tambien unos panales de cierto melado que dijeron algunos era miel de abejas; traíanlo con mucha curiosidad envuelto en hojas de carrizo; se les correspondió con abalorios de que quedaron muy gozosos.

Habia en medio de la ranchería un caseron muy grande de forma esférica que toda la ranchería cabia en ella, y al rededor de ellas otras casitas de forma piramidal muy reducidas, construidas de rajas de pinos y por sobresalir la casa grande sobre las demas, le llamaron los soldados *La Ranchería de la Casa Grande* y yo la dediqué á San Juan Nepomuceno. Tienen un buen arroyo de agua, muchos pastos y abundancia de leña y no muy retirado de la ranchería hay un bosque de palos colorados.

Martes 24 de idem.

Salimos á las ocho y media con dos gentiles de esta ranchería que nos fueron guiando siguiendo el rumbo del Norte á una vista de la playa por lomas altas y anchas de buena tierra; pero todas quemadas y despobladas de arboleda: solamente en las abras se ve la sierra blanca que nos queda con arboledas de palo colorado en media legua de camino; pasamos dos arroyos que cada uno traia mas de un buey de agua: á las dos leguas pasamos dos cañadas con muy buenas tierras y abundancia de agua corriente por cada una como mas de un buey: la una, á mas de la dicha agua, tiene

una regular laguna. Gran paraje con buenas tierras y abundancia de aguas en que se podrá poner una buena mision. Y para ello pongo de patron á San Pedro Regalado, con cuyo nombre quedará el sitio.

Es gusto ver la mucha zarzamora que hay en este paraje que nos impide el andar. Caminamos siete horas en las que hicimos dos leguas. Llegamos á la parada que es un vallecito que tiene una buena ranchería de gentiles que nos recibieron con mucha afabilidad; son rubios, bien cerrados y alguno de ellos barbados, tienen en su rancheria cerca de la playa como media legua del paraje; pero en este valle tienen tambien sus casitas, y en la actualidad habitan en ellas. Tiene el valle mucha tierra y bastante buena; y en medio de él hay un arroyo con bastante agua corriente que va á la playa en cuya orilla tienen abajo su ranchería estos gentiles; lo único que advertimos es que falta la leña, aunque tiene la sierra cerca, y hay mucha palizada del palo colorado: paréceme buen sitio para una buena mision, para cuyo efecto dediqué el sitio á nuestro padre Santo Domingo para que corra la conversion de esta ranchería bajo su patrocinio.

Miércoles 25 de idem.

Por la jornada larga que ayer se hizo se cansaron algunas bestias de carga por cuyo motivo se descansa este dia, y se dará lugar á los exploradores que se van con guias de esta ranchería al registro. Observé la altura que

me salió de treinta y siete grados treinta minutos. Regalaron los gentiles muchos tamales que hacen de una semilla prieta, que no son tan malos, segun dicen los soldados, para hacer atole. Desde este día se acabó á los soldados la miniestra, y dias antes se les habia acabado ya la carne, y están reducidos á solo cinco tortillas al dia: la una para almorzar, dos para comer y dos para cenar, cortisima racion para tanto trabajo; pero no hay que dar y se conforman los pobres con la corta racion.

Jueves 26 de idem.

Amenació malo el señor capitan D. Fernando de Rivera de la comun enfermedad del escorbuto y de un flujo de vientre de que se quejan tambien muchos soldados, por cuyo motivo no se hace jornada este dia; los demas enfermos que antes nos tenian con bastante cuidado prosiguen, bendito sea Dios, con notable mejoría.

Viernes 27 de idem.

Amaneció mejor de sus accidentes el señor capitan y tambien los demas enfermos y salimos á las nueve y cuarto de la mañana, tomando el rumbo del Norte por lomerías altas, todas quemadas, y á poco de andar entramos en mesas tendidas cerca de la playa acantiladas á la mar, sin ver en ellas árbol alguno, con profrundas bajadas á tres arroyos que desaguan á la mar; despues de tres horas de camino en que adelantariamos dos leguas, paramos cerca de la playa á la orilla del tercer

arroyo, en donde encontramos vestigios de una ranhería que, segun nos dijeron cuatro gentiles de la ranhería antecedente que nos han acompañado, se han mudado los de esta ranhería á la sierra; nombré á este sitio *El Arroyo de San Ibon*.

Todos los curiosos que quisieron ver las habitaciones que habian desamparado los gentiles que eran unas barrancas de zacate, se llenaron de pulgas, por cuyo motivo la llamaron los soldados *La Ranheria de las Pulgas*: en la jornada de este dia tuvieron que componer una de las bajadas de los arroyos que dió algo que hacer y que vine á caer de la playa.

Sábado 28 de idem.

Este dia de los santos apóstoles San Simon y San Judas, despues de dicho misa los dos, salimos como á las diez de la mañana por cerca de la playa y por mesas tendidas de buenas tierras, aunque todo el zacate quemado: anduvimos como dos leguas en dos horas y media, y llegamos á un arroyo grande cerca de la playa, que trae un buen trozo de agua corriente, en cuya orilla paramos; toda la jornada ha sido pelona de arboleda, y solo tras de una sierra de que divisamos otra mas alta se ven algunos otros árboles que dicen ser pinos. Desde el real se divisa una punta de tierra muy larga que entra á la mar, y al remate de ella corre mucha tierra baja con muchas piedras grandes que de lejos parecen farallones que tiran como para el Oeste. Los cuatro gentiles que nos siguen y sirven de

guia desde la ranchería de Ntro. P. Sto. Domingo, nos dicen que cerca de dicha punta hay una buena ranchería de gentiles, y deseaban estos cuatro que fuesemos á parar allí, y yo tanto como ellos para ver el sitio y la gente infeliz que lo habitan; pero no se nos logró por tarde y la gente muy fatigada. Nombré á este arroyo *Los Santos Apóstoles San Simon y San Judas*. Hay en este sitio muchos ansares por cuyo motivo los soldados lo nombraron *El Llano de los Ansares*.

Desde el real nos cae la punta arriba dicha del Nord-Nordoeste, y parece que se divisan las piedras altas como si fuesen dos farallones gruesos de una figura irregular y puntiagudos. Viendo estas señas no sabíamos que pensar: nos considerábamos ya en la altura de treinta y siete grados y medio, sin poder afirmar si estábamos distantes ó cerca del puerto de Monterrey. A menudo y con frecuencia nos llovía y la gente caída y reducida á solas cinco tortillas al día hechas de harina y con salvado; nada de semillas quedaba mas que una poca de carne que reservaba para los enfermos. Hablaron de matar mulas para que comiesen de ellas los que estaban sanos; pero rehusaron los soldados este socorro hasta que hubiese mayor necesidad. El comandante, para consuelo de las desgracias, cayó enfermo y el capitán continuaba en su accidente, y muchos adolecían de unos cursos y flujos de vientre que los postraban; aunque parece que dicho accidente fué medicinal, pues con esto sintieron alivio del mayor mal que muchos padecían

del escorbuto, el que hizo mayor estrago en los que habian venido embarcados, sin mas medicina que el nuevo accidente de los cursos. Fueron mejorando sin duda, porque con esto fué la naturaleza desechando los humores que causaba la pestilente enfermedad; contribuyendo tambien la mudanza del tiempo, el parar los vientos nardoestes, el beneficio de las lluvias y entrada de los vientos terrales que sin duda purgaron el aire que nos era tan nocivo, pues luego conocieron que se les desinchaban las piernas, que cesaron los agudos dolores de todos los miembros que antes sentian y los tenian en un continuo quejido, y se disipaba la hinchazon de las encias, con lo que cobraban algun consuelo y esperanza de sanar en breve.

Domingo 29 de idem.

Llovió toda la noche y amaneció el día muy cerrado por cuyo motivo y el accidente del señor comandante se suspendió la salida. Dijimos misa los dos (que gracias á Dios, aunque no ha habido alguna indisposicion, no ha sido cosa de cuidado) encomendando al Señor la salud de los enfermos y la felicidad de la espedicion, la que oyeron todos.

La ranchería de la punta vino á visitarnos y unos regalaron unos tamales hechos de semillas prietas que no son de mal sabor; son buenos para atole, principalmente para los que velan la caballada y salen de buena mañana al registro.

Lunes 30 de idem.

Amaneció el día claro y con buen semblante y lo mismo los enfermos, por lo que determinó el señor gobernador se saliese á jornada como se ejecutó, saliendo como á las nueve siguiendo el rumbo del Noroeste por la playa cerca de la que corren mesas y lomas tendidas de buen zacate recién quemado; pasamos cuatro ó cinco arroyos con buenos trozos de agua corriente que dieron que hacer y que detener, por ser preciso á algunos echarles sus puentes para que pudiese pasar la recua. Cerca de la punta se advirtió una buena ensenadita, con pastos, aguas buenas y tierras que podían ser á propósito para pueblo si tuviera leña; pero carece de este beneficio que ni siquiera un palito se encuentra, por cuyo motivo se tuvo que cargar la leña necesaria para el gasto del paraje antecedente. Paramos no lejos de la playa y al pié de unos cerros que nos atajan el paso de la marina, que forman una rinconada con abrigo del Norte, que sale de ella un arroyo de bastante agua y buena en cuya orilla se paró el real; habiendo sido la jornada de dos leguas que hicimos en tres horas y media. Llamé á la Punta la del *Angel Custodio*, que por las muchas almejas que se lograron en esta playa, muy buenas y grandes, le llamaron *La Punta de las Almejas*.

Martes 31 de idem.

Los cerros ó lomas altas de pura tierra nos impiden el paso de la playa aunque la subida á ellos no es dificultosa, pero la bajada

por cualquier parte la tienen árdua, por cuyo motivo salió de buena mañana el sargento con la gente á componer la bajada y salimos como á las diez de la mañana. En cuanto subimos á la cumbre divisamos una bahía grande formada por una punta de tierra que sale mucho de la mar á fuera que parece isla. Mas á fuera, como al Oeste Nordoeste, respecto á nosotros desde el mismo sitio, y algo al Sudoeste de la misma punta se divisan seis ó siete farallones blancos de diversa magnitud; siguiendo la costa de la bahía por el lado del Norte se distinguen unas barrancas blancas y tirando hácia el Nordeste se ve la boca de un estero que parece internar á tierra dentro. A vista de estas señas y de lo que refiere el derrotero del piloto Cabrera Bueno, venimos en conocimiento de este puerto: es el de Nuestro padre San Francisco y que el de Monterey lo dejamos atrás. Con estas dudas y fundamentos bajamos la cuesta y paramos el real en medio de un pequeño valle de unas seiscientas varas de largo y como ciento de ancho que tiene bastante agua en dos arroyos pequeños que se juntan para entrar en la mar que tiene bastante carrizo, mucho zarzal y rosales; arboleda muy poca en la caja de los arroyos; algunos sauces medianos, en las lomas ningún árbol y solo se divisan en una sierra que circumbala esta bahía.

No muy retirado del real hallamos una ranchería de gentiles muy afables que en cuanto llegamos nos vinieron á visitar con su regalo de tamales de semillas prietas; y segun las

lumbradas que por la orilla de la playa hemos divisado, es de que está muy poblada de rancherías.

Desde esta playa se van demarcando los farallones del Oeste cuarta al Sudoeste y la punta que creo es la de Reyes, que es la que forma y cierra la bahía por la banda del Norte al Oeste cuarta al Nordoeste. Todas las señas que aquí hallamos las leimos en el derrotero del piloto Cabrera Bueno para formar juicio de que este es el puerto de San Francisco y nos lo confirma la altura en que nos hallamos, que es de treinta y siete grados y medio largos; porque aunque dicho autor lo sitúa en treinta y ocho y medio, no me hace fuerza, atendiendo á que hemos experimentado de todas sus latitudes en cuanto describe de esta costa y sus puertos, v. g., pone el puerto de San Diego en treinta y cuatro grados, y en las observaciones repetidas que allí se hicieron salió en poco mas de treinta y dos grados y medio. La punta de la Concepcion la hemos encontrado en treinta y cuatro y medio, y él la sitúa en treinta y cinco y medio; y así no sería de admirar que este puerto que se halla en treinta y siete y medio grados largos, fuese el de nuestro padre San Francisco, supuesto que hallamos todas las demas señas que dicho autor pone en el referido puerto.

No acaban algunos de creer que hubiésemos dejado atrás el puerto de Monterey, ni que estuviésemos en el de San Francisco, mi padre. Para aclararlo del todo dispuso el señor comandante, que en el dia saliese el

sargento Ortega con una partida de soldados á explorar, y que parásemos hasta su vuelta.

CAPITULO XIV.

Viaje de la expedicion que hizo en Noviembre.

MIERCOLES 1° DE NOVIEMBRE.

Celebramos en este vallecito de la Punta de las Almejas del Angel de la Guarda, diciendo ambos misa, la que oyeron todos, y despues de misa salió el sargento con su partida, llevando solo el término de tres dias; este dia observé la altura y me salió de treinta y siete grados cuarenta y nueve minutos y al señor Constanzo le salió de treinta y siete y venticuatro.

Fueves 2 de idem.

Este dia de los Finados celebramos los dos para las Animas, y despues de misa pidieron licencia algunos soldados para salir á cazar porque se han visto muchos venados. Algunos se retiraron bastante del real, y se enmontaron los cerros, de modo que volvieron ya de noche. Dijeron estos que á la parte del Norte habian visto un inmenso brazo de mar ó estero que se metia por la tierra adentro cuanto alcanzaba la vista tirando para el Sudeste, que habian divisado unos planes hermosos muy matizados de arboledas, y que las huma-

deras que veian por todas partes no les dejaba duda que la tierra estaba muy poblada de rancherías de gentiles. Esta relacion nos confirmó mas en la opinion de que estábamos en el puerto de nuestro padre San Francisco, y que lo que nos decian ciertamente era el estero de que hablaba el piloto Cabrera Bueno, cuya boca no habíamos divisado bajando al puerto por entre una barranca. Hablando dicho piloto de él, dice: "Por la barranca de enmedio entra un estero de agua salada sin rebentazon alguna, internándose hácia adentro hallarán indios amigos y con facilidad harán agua dulce y leña."* Conjeturamos tambien de dichas no-

* The interest attached to the discovery of this bay of San Francisco, of which we have here the original chronicle, led me to many efforts to find the work of "Cabrera Bueno," so frequently referred to in this diary, and here somewhat inaccurately quoted. A copy of it appeared on Mr. Quarritch's catalogue some months since, but before my order for it reached him it had been already sold. After sending for it to Honolulu, Callao, Manila, Mexico and China, I found it at last in the library of Mr. Bancroft of this city who turned out to have purchased the Quarritch copy. Mr. Bancroft's great liberality in granting the use of his extensive collection, renders it in effect almost a public library, and from it I am enabled to copy here the text to which Father Crespi refers.

The title of the work is in substance "Navegacion especulativa y práctica, con la esplicacion de algunos instrumentos, tabla de las declinaciones del sol," etc., etc., "Por D. Joseph Gonzales Cabrera Bueno," *Fol. Manila 1734*. It is a sort of coast pilot of the Pacific ocean. Under the head "Derrota desde el Cabo de Mendocino, hasta el puerto de Acapulco por la costa" is the following:

En altura de 42 grados, está un cabo de tierra gruesa, al parecer taxado á la mar, y del se corre la costa de tierra mas mediana cosa de ocho leguas la buelta del Sur, donde haze la tierra otra punta de tierra gruesa, pelada, con algunas barrancas blancas que caen sobre la mar, y está esta punta en 41 grados y medio, y llámase el Cabo de Mendocino; de aquí corre la costa al Sueste hasta altura de 39 grados y medio, tierra de mediana altura, muy poblada de arboleda, con algunas lomas pequeñas peladas por la orilla de la mar. En esta altura susodicha, hace una punta baja de barrancas

ticias que los exploradores no podrian haber pasado á la ribera opuesta que se miraba al Norte y que por consiguiente no llegarian á reconocer la punta que juzgamos de los Reyes, porque era imposible en tres dias que llevaban de término el dar la vuelta que indispensablemente habian de dar para descabezar el estero cuya estension nos ponderaban tanto los cazadores.

Viernes 3 de idem.

Este dia tuvimos regalo de almejas buenas y bien grandes que hay con abundancia en este puerto; y por la noche con grandes salvas, dándonos con ellas á entender anticipadamente alguna buena noticia que traian, llegaron los exploradores y nos refirieron lo que habian

blancas taxadas á la mar; y de aquí corre la costa al Sueste cuarta al Sur hasta llegar á 38 grados y medio, donde hace la tierra una punta mediana dividida de la costa, que parece desde lejos isla, y se llama punta de los Reyes, la cual haze un morro taxado, y de la parte del Norte de ella hace buen abrigo para todos vientos, y está en altura de 38 grados y medio, que llaman de San Francisco; para viento Sur y Sueste, se ha de surgir en el remate de la playa que hace un rincon de la parte del Sudueste, y de la parte del Nordeste, están tres barrancas blancas muy cerca de la mar, y en frente de la de en medio, entra un estero de la mar que tiene buena entrada, sin rebentazon alguna; entrado en ella hallarán indios amigos, y con la facilidad se hará agua dulce; al Sursudueste de este puerto están seis, ó siete farallones blancos, pequeños, unos mas que otros, ocuparán de circuyto, poco mas de una legua. El que viniese desde el Cabo Mendocino en demanda de este puerto, desviado seis leguas a la mar del Cabo por el Sueste, cuarta al Sur, vendrá á tomar la punta de los Reyes y ver á los farallones, que es buena señal para conocerle; aquí fué donde se perdió el Navio "S. Agustin," año de 1595, viniendo haciendo el descubrimiento, y la causa de perderse, mas fué de quien gobernaba que fuerza de tiempo; de esta punta de los Reyes, al Sueste cuarta al Sur, cosa de catorce leguas, haze la tierra una punta, y es la tierra antes de llegar á ella de pedazos de tierra mediana, pelada á la mar, con algunas barrancas taxadas,

entendido é inferido de las señas equivocadas de los gentiles; esto es, que á dos jornadas del paraje á donde habian llegado, que fué el remate ó cabeza del estero, habia un puerto y una embarcacion en él. Con esto ya muchos creyeron nos hallábamos en Monterey y el paquebot San José ó el San Carlos nos estaba esperando; y ciertamente que la necesidad nos lo hacia desear, aunque no á creer, que estuviésemos en Monterey y sí no en San Francisco; con estas noticias determinó el señor comandante seguir el viaje en busca del puerto y embarcacion de que dieron noticia los gentiles á nuestros exploradores.

Sábado 4 de idem.

Celebramos este dia como dia del patron del real presidio y mision que se habia de

aunque luego la tierra es gruesa y llena de arboleda, hasta llegar á una punta de tierra baja que está en altura de 37 grados y medio, que se llama punta de Año-Nuevo; desde esta punta corre esta costa mas al leste, haciendo una ensenada grande hasta salir de una punta de tierra baja muy poblada hasta la misma mar, á quien se le puso punta de Pinos. y está en altura de 37 grados; ay desde la punta de Año-Nuevo, hasta la dicha punta del Norueste, serranías gruesas, tendidas, de Norueste Sueste doce leguas, gobernando derecho á la punta de ella; de la parte del Norueste, se descubre la punta de Pinos que es una loma pequeña, que tendrá dos leguas de longitud, tendida de Nordeste Sudueste; es muy cubierta de pinales como tengo dicho, y hace cerca de la punta del Sur una mancha de barrancas que es buena señal para conocerla; de la parte del Nordeste hace la punta de Pinos un famoso puerto, y gobernando derecho se entra en él, y se pueden arrimar á la tierra hasta sies brazas." etc., etc. pp. 302 303.

This description so evidently applies to what we call Sir Francis Drake's bay and to no other, as to exclude all doubt that it is the bay of San Francisco of the old Spaniards, where the "San Augustin" was lost in 1595, and which Viscayno visited in 1693 as recounted in Torquemada. The present bay of San Francisco was therefore unknown until discovered by Portola's expedition as mentioned in the text.

fundar en el puerto de Monterey, que es el señor San Carlos, como tambien para celebrar los dias de nuestro rey el Sr. D. Carlos III (que Dios guarde) celebrando en este vallecito, playa del puerto (sin la menor duda) de mi padre San Francisco, el santo sacrificio de la misa; y como á la una de la tarde salimos para proseguir el viaje, siguiendo la playa del Sur, entramos luego en la sierra dirigiéndonos al Nordeste, y de lo alto de un cerro divisamos el grande estero ó brazo de mar que tendrá de ancho de cuatro á cinco leguas, que tira la vuelta al Sudeste y Sud-Sudeste. Dejámoslos siempre de mano izquierda y volviendo las espaldas á la bahía tomamos una cañada abierta al Sur y Sur-Sudoeste y á las tres horas de camino y dos leguas que en ellas hicimos, paramos en la cañada al pié de una sierra poblada de monte bajo, muy verde, teniendo cerca del real un lunar de encinos á la falda de la sierra del lado del Poniente.

Domingo 5 de idem.

Despues de haber celebrado y oido misa todos, se dispuso la marcha y salimos como á las nueve de la mañana que estaba muy nublada. Seguimos el rumbo del Sur costeando el estero, aunque sin verlo por estorbarlo la lomería de la cañada que seguimos, siguiéndonos á mano derecha una sierra alegre con muchos manchones de arboleda de encinos y palo colorado. Anduvimos cuatro horas y media en las que haríamos tres y media leguas; paramos cerca de una laguna que forma un

arroyo de buena agua con innumerables pastos y ansares en la misma cañada, en la que se han visto muchos rastros de animales grandes que dicen ser de osos y otros de cívolos. Se han visto muchísimos venados juntos y aseguran los exploradores que llegaron á ver manada de cincuenta juntos en este paraje: poco antes de salir de él llegaron á visitarnos tres gentiles muy mansos que vinieron enviados de sus respectivas rancherías á convidarnos fuésemos á parar á ellas y nos trajeron su regalo de tamales prietos y una frutilla á modo de cereza: se les correspondió con unos abalorios y siguieron con nosotros. En estas dos jornadas últimas se han encontrado muchos madroños aunque la fruta es mas chica que la de España, pero sí de la misma especie.

Lunes 6 de idem.

A las nueve de la mañana salimos del mismo paraje siguiendo la propia cañada: anduvimos por ella otras tres leguas y media por tierra muy alegre y mas enmontada del palo colorado de encinos y de robles cargados de bellota.

Saliéronnos al encuentro dos numerosas rancherías de gentiles con grandes demostraciones de alegría trayéndonos un buen regalo de pinole, tamales prietos y atole de bellotas, que remedió en parte la necesidad de la gente que estaba reducida, como ya dije á solo cinco tortillas al dia. Nos convidaron los gentiles á que fuésemos á parar á sus rancherías diciendo que nos regalarían; se escusó

el señor comandante diciendo que teníamos que pasar adelante lo que mucho sintieron, y aunque se les regalaron algunos abalorios manifestaron tristeza y pesar porque no admitimos el convite. Seguimos la cañada y llegamos al remate de ella, en cuyo paraje se termina la lomería que llevábamos á mano izquierda, y media entre nosotros y el estero, al paso que la sierra de mano derecha que forma con la lomería la cañada por donde veníamos, que se llamó de Ntro. P. S. Francisco, torcia de repente para el Oriente y cierra el estero en un espacioso valle. Caminamos un poco mas por el propio rumbo y en breve rato paramos á la orilla de un arroyo cuyas aguas bajan de la sierra y corren precipitadas al referido estero.

Martes 7 de idem.

Determinó el señor comandante hiciésemos alto en este valle y que saliesen de nuevo los exploradores para adquirir noticias ciertas del puerto y embarcacion que entendieron de los gentiles: se les señaló cuatro dias de tiempo llevando para dichos dias su racion de harina para divertir el hambre. Los acompañaron unos gentiles de estas rancherías inmediatas y salieron en la tarde.

Miércoles 8 de idem.

Este dia no ocurrió novedad especial; observé la altura y me salió de treinta y siete grados cuarenta y seis minutos.

Jueves 9 de idem.

La gente á falta de carne y otro mantenimiento por la necesidad dió en comer bellota que hay con abundancia y de sazón; pero los mas experimentaron grave perjuicio en la salud, indigestiones y fiebres.

Viernes 10 de idem.

Por la noche de este dia llegaron bastante tristes los exploradores, desengañados de las noticias de los gentiles, confesando que no los habian entendido. Dijeron que todo el terreno que recorrieron hacia el Nordeste y Norte era intransitable por la escasez de pastos, y la fiereza y mala voluntad de los gentiles que los recibieron con mucho enojo queriéndoles estorbar el paso. Dijeron asimismo haber visto otro estero de igual magnitud y extension que el que tenemos á la vista con el cual se comunicaba, y que para descabezarlo era preciso andar muchas leguas, que no vieron señas algunas que les pudiera indicar la proximidad del puerto que lo termina y que la sierra era áspera y de mala calidad.

Sábado 11 de idem.

Oidas las noticias de los exploradores, y atendiendo al estado en que se hallaba la expedicion así de víveres como de salud y fuerza, determinó hacer junta de oficiales para resolver con sus pareceres el partido que se habia de tomar en las circunstancias ocurrentes, á las que nos suplicó asistiésemos ambos religiosos para que tambien diésemos nuestro parecer. Tú-

vose la junta despues de haber pedido el auxilio á Dios para el acierto y la asistencia del Espiritu Santo, que se le pidió en el santo sacrificio de la misa, que á este fin se celebró, y juntos en su nombre y congregados en la tienda de campaña del señor comandante, dieron todos los oficiales por escrito sus votos que unánimemente fueron de parecer que se hacia precisa la retirada, porque conocian que el puerto de Monterey habia de quedar atrás y que tenian por temeridad el pasar adelante despues de haberse visto en la costa todas las señas del puerto de San Francisco, segun y como lo referia y demarcaba en su derrotero el piloto Cabrera Bueno; y del mismo parecer fuimos los religiosos, añadiendo que de vuelta se volviese á hacer el registro en la Punta de Pinos que habiamos visto á principios de Octubre. Aunque se inclinaba el comandante á pasar adelante, en vista del parecer de todos, se tuvo que conformar y resolvió que se dispusiese para la tarde la salida de retirada.

.CAPITULO XV. .

Regrésase la expedicion para San Diego.

Salimos el dia 11 de Noviembre por la tarde y se desandaron dos leguas, quedando á hacer noche dentro de la misma cañada de San Francisco, nuestro padre.

lido el
stencia
el santo
celebró,
s en la
ndante,
s votos
que se
an que
atrás y
delante
das las
egun y
errotero
parecer
vuelta
unta de
de Oc-
dante á
todos,
se dis-
da.

Diego.

la tarde
á hacer
de San



COURT HOUSE, SAN DIEGO, 1873.

Domingo 12 de idem.

Despues de haber dicho misa los dos y haberla oido toda la gente, salimos del paraje, y siguiendo la cañada San Francisco, rumbo al Nord-Nordoeste y Norte, anduvimos cuatro y media leguas, y paramos junto á una lagunilla dentro de la misma cañada de nuestro padre San Francisco.

Lunes 13 de idem.

Caminamos dos leguas por el mismo camino que habiamos venido, y paramos cerca de la playa del puerto de nuestro padre San Francisco.

Mártes 14 de idem.

Anduvimos una legua, y fuimos á parar al rincón de las Almejas en el mismo sitio donde habiamos estado, como una legua distante de la punta del Angel Custodio. Tomó aquí la altura el señor Constanzo y le salió de treinta y siete grados treinta y un minutos.

Miércoles 15 de idem.

Este dia se dió descanso para que la gente lo emplease en hacer provision de almejas que las hay con mucha abundancia, grandes y buenas.

Jueves 16 de idem.

Desde el dia que avistamos este puerto de nuestro padre San Francisco hasta hoy que vamos á dejarlo, hemos tenido todos los dias el cielo muy sereno, sin nubes ni neblinas;

pero en este día se vé cargado el Oriente de una espesa niebla con viento del Sur que nos hace temer el agua. No obstante esto, salimos y anduvimos legua y media, y paramos en el paraje de los santos apóstoles San Simón y San Judas, que es el llano de los Ansares en donde ha sido tanta la multitud de ellos, que saliendo algunos soldados mataron veinte y dos, dignándose la Divina Providencia á socorrer la necesidad de estos pobres y solos caminantes.

Viernes 17 de idem.

Esta mañana amaneció muy nublado, y en cuanto empezamos á caminar nos empezó á llover, y en todas las tres leguas que anduvimos nos estuvo lloviendo. Paramos á las orillas de un arroyo hondo.

Sábado 18 de idem.

Caminamos este día otras tres leguas, y paramos por el valle de San Ibon en donde estuvimos el 27 de Octubre. Encontramos la ranchería despoblada como antes estaba: pasamos adelante y paramos dentro de una cañada espaciosa á la orilla de un arroyo de mucha agua.

Domingo 19 de idem.

Después de dicho misa los dos, salimos é hicimos cuatro leguas de caminata: pasamos por la ranchería de San Juan Nepomuceno (álias la Casa Grande) y hallamos despoblada: pasamos una legua mas adelante, y paramos

sobre un cantil á vista de la punta que juzgamos de Año-Nuevo á la orilla de un arroyo que desemboca en el mar.

Lunes 20 de idem.

Este dia anduvimos solos dos leguas y fuimos á parar al sitio de San Pedro de Alcántara (álias el Alto de Jamon.)

Martes 21 de idem.

Anduvimos este dia dos y media leguas, y paramos en el mismo sitio en donde habiamos parado el 18 de Octubre, que llamamos el Arroyo de las Puentes de San Lucas. En este y en los dias antecedentes mataron los soldados muchos ansares, siendo imponderables las bandadas que se ven á cada paso de estas aves. Hay rancho de soldados que han llegado á tener doce de repuesto. ¡Bendita sea la Divina Providencia que nos socorre en la mayor necesidad!

Miércoles 22 de idem.

Este dia salimos y vadeamos el rio de San Lorenzo, y adelantamos el viaje hasta el sitio llamado el Rosario de San Seferino en donde estuvimos el 16 de Octubre; con que anduvimos cuatro leguas, y en el tránsito mataron muchos ansares.

Jueves 23 de idem.

Anduvimos este dia tres leguas y media y paramos en el sitio de los avellanos de Nuestra Señora del Pilar, que llamaron la Laguna

del Corral, en donde estuvimos descansando el día 11 de Octubre, y los tres días que se siguieron; con que dejamos atrás el paraje de la Lagunilla de Santa Teresa, por donde cruzamos sin detenernos para adelantar todo lo posible.

Viernes 24 de idem.

Este día salieron temprano los exploradores con el encargo de reconocer con mucho cuidado la costa y todos los demas puntos, á quienes seguimos nosotros, pero camino recto que interna algo en la tierra; pasamos por la rancharía de Santa Ana (álias del Pájaro), que encontramos despoblada como á la venida, y pasamos una legua mas adelante haciendo alto cerca de una laguna que los soldados llamaron del Macho; paraje escaso de leña aunque abundante en pastos por las lomas tendidas que tiene cercanas.

Sabado 25 de idem.

Este día se dió descanso á la gente y caballada para que los exploradores tuviesen tiempo para registrar con mas diligencia la costa. Gastaron en esto todo el día y volvieron en la noche sin traer cosa especial.

Domingo 26 de idem.

Despues de dicho misa los dos salimos y se anduvo este día cinco leguas hasta llegar al río y cañada de Santa Delfina, donde estuvimos acampados desde primero de Octubre hasta el 6 inclusive. En el camino hallamos una nueva

ranchería de gentiles que estaban haciendo su pueblo, fabricando sus casas, de forma esférica, de palos y tule. Segun dijeron los exploradores eran éstos los mismos que habian visto en la ranchería del Pájaro, que ellos allí encontraron, y nosotros siempre hallamos la ranchería despoblada.

Lunes 27 de idem.

Por la mañana salimos del paraje de Santa Delfina, subimos rio arriba, como una legua, donde es ya agua dulce, sin mezcla de la del estero en donde hallamos se podia vadear sin dificultad. Pasado el rio tomamos el rumbo del Sur hasta llegar muy cerca de la playa cuyas orillas se reducen á grandes médanos de arena, por cuyas faldas seguimos nuestro viaje declinándonos al Sudoeste que es el rumbo de la costa. Todo lo que transitamos es terreno arenisco enmontado de matorrales con algunos manchones de chicos encinos y muy escasos de pastos. Descabezamos una laguna mediana de agua dulce pasando por encima de unos médanos que encontramos entre ella y la mar. Paramos á la vista de la Punta de Pinos (reconocida como se dijo á principios de Octubre) sentando el real cerca de una laguna pequeña que tiene el agua algo gruesa; pero el sitio abundante de pastos y leña. Aqui se empezaron á escasear los ansares sin duda por la cercanía de la sierra.

Martes 28 de idem.

Salimos por la mañana siguiendo la playa llevándola á mano derecha; penetramos un

pinal muy grande antes de subir la loma de pinos que encubramos luego, y paramos del otro lado de ella, en donde hallamos una ensenada mediana con abrigo del Norte y Nordoeste; porque la punta referida de Pinos, tendida para el Oeste Nordoeste, le sirve de resguardo.

A la parte del Sur tiene esta ensenada otra punta que la defiende de los vientos del Sur y Sudoeste; pero no se puede saber que fondo tiene por falta de lancha y canoa para sondear. Dentro del agua tiene muchas lajas y piedras sin playa alguna, si no es la banda del Este por donde se interna un estero de agua salada que recibe las de un riachuelo bastante copioso que por una cañada baja de la sierra. Pasamos el estero y paramos á la orilla de la playa junto á otro arroyo de buena agua en paraje muy abundante de pastos y leña.

Miércoles 29 de idem.

Resolvió el señor comandante descansar en este sitio y despachar los exploradores á que reconocieran la costa, siguiendo la falda de la serranía, con ánimo de seguir nosotros el mismo camino, según las noticias que trajesen, persuadidos y esperanzados de encontrar el puerto que buscábamos de Monterey.

Jueves 30 de idem.

Habían de salir hoy los exploradores; pero medió estorbo por el que se suspendió y dilató para el siguiente. En este paraje solo las bestias lo pasaban bien con el mucho pasto;

pero como quiera que faltaba la caza y la pesca pues ni aun almejas se encuentran en la playa, por cuyo motivo se pasaron buenas hambres la que divertian los soldados con algunas gaviotas y alcatraces que mataban, y no perdonaba su necesidad á dicha carne. El señor Constanzo observó en este paraje, y le salió la altura misma que tiene la bahía de Cádiz de treinta y seis grados treinta y seis minutos. El frio se dá bien á sentir en este paraje, y son frecuentes los nortes que suelen durar cuarenta y ocho horas. La costa desde la espresada Punta de Pinos va llamándose del Sur corriendo el tramo que se alcanza á ver desde la punta meridional de la ensenada al Sudeste cuarta al Sur.

Esta tarde vinieron al real unos diez ó doce gentiles que dijeron tenian su ranchería dentro de la cañada del rio que desagua en el estero. Trajeron su regalo de buena racion de pinole y semillas que se repartió entre la gente, y correspondió el señor comandante con unos abalorios.

CAPITULO XVI.

Viaje que en el mes de Diciembre hizo la Expedicion en la Tornavuelta á San Diego.

VIERNES 1º DE DICIEMBRE.

Salió esta mañana el señor capitan con la partida de hombres al registro de la sierra con seis indios para lo que se ofreciere de desmontar y abrir camino, llevando buena preven-

cion de tortillas para algunos dias; se mató este dia una mula para racionar la gente; pero solo comieron de ella algunos de los soldados voluntarios europeos y los indios californios.

Sábado 2 de idem.

Dos mulatos de los que vienen de arrieros, habiendo pedido ayer licencia para salir á cazar, no han vuelto hasta la presente y nos tienen á todos con cuidado, recelosos de que hayan recibido algun daño de los gentiles, ó que hayan desertado y se queden perdidos por estas tierras.

Domingo 3 de idem.

Hoy, dia de San Francisco Jávier, dijimos ambos misa, y la oyó toda la gente. Por la tarde se levantó el viento Sur y nos llovió bien.

Lunes 4 de idem.

Hoy, por la noche, llegó el señor capitán con sus soldados cansados de la aspereza de la sierra, diciéndonos que tuvieron que andar á pié lo mas del camino hasta donde llegó su registro, sacándose de él una total certidumbre que la dicha sierra es la de Santa Lucía por las señas que hallaron conformes con las que cita el derrotero del piloto Cabrera Bueno, cuales son las de un mogote alto y blanco, algo tendido en la costa que se puede ver muchas leguas mas afuera, y las de un morro de figura de trompa, que parece farallon, y dista como seis leguas de la punta de Pinos; vinieron con dos indios menos, de los seis que llevaron de

los californios, que se les desaparecieron y se persuaden habrán desertado.

Martes 5 de idem.

En vista de lo dicho de la sierra de Santa Lucía, que sin duda es esta, que tenemos á las espaldas de este real y que no hallamos en estos contornos el puerto tan celebrado de Monterey y ponderado á su tiempo por unos hombres de carácter, hábiles é inteligentes y prácticos navegantes que espresamente vinieron á reconocer estas costas de orden del rey que entonces gobernaba en las Españas; hemos de decir que no se encuentra despues de las mas esquisitas diligencias practicadas á costa de muchos sudores y fatigas, ó se habrá de decir que se ha cegado y destruido con el tiempo; pero no vemos indicios para este juicio; y con esto suspendo el mio sobre el particular y lo que ciertamente puedo decir es que se ha hecho la diligencia por parte del señor comandante, de sus oficiales y soldados, y no se ha encontrado tal puerto, habiendo permitido Dios llegásemos al puerto de San Francisco, mi padre; y que lo conocimos todos por tal, con todas las señas que traen las historias antiguas; y desde Monterey que es el blanco de nuestro dilatado viaje, vemos algunas señas como las de la sierra de Santa Lucía y el mogote en figura de trompa.

En la punta de Pinos ningun puerto se halla, ni hemos visto en todo el camino tierra mas despoblada que la de estos contornos, ni gente mas bronca como se vé en este diario, ponde-

rando lo contrario el viaje del comandante Sebastian Vizcaino; que Monterey está muy poblado de gentiles sumamente buenos, aunque esto es mas fácil de trastornarse que un puerto tan famoso, como era en los siglos antecedentes Monterey; y así, repito, que suspendo mi juicio, y me remito al tiempo en que nos saque de toda duda y perplejidad.

Habiendo oido el señor comandante la relacion del señor capitan de la esploracion de la sierra de Santa Lucía, espuso á sus oficiales la situacion triste en que se veian, sin mas viveres que diez y seis costales de harina, sin esperanzas de hallar el puerto, y de consiguiendo, embarcacion que pudiera socorrernos para mantenernos en la tierra, y los llamó á consejo citándolos por escrito á junta para resolver; oidos sus pareceres para el mismo fin nos convidó á ambos religiosos, pasándonos papel, en que nos suplica asistamos á dicha junta que tiene citada para el dia de mañana. Conocimos que el señor comandante se inclinaba á dividir la espedicion en dos trozos; el uno que se fuese para San Diego, y el otro que se quedase en este paraje á esperar el barco que, tal vez, á su venida seria mas fácil conocer y hallar el deseado puerto. En cuanto le oí el pensamiento, le dije que con mucho gusto me quedaria, y lo mismo me respondió mi padre compañero fray Francisco Gomez, sacrificándonos ambos á padecer cuanto ocurriese para que se lograra y consiguiese el deseado fin del puerto de Monterey, porque juzgábamos ambos que de no encontrarse dicho puerto

podria resultar el desamparo de la reduccion y conversion de tanta inmensidad de gentiles, como hemos visto en estos dilatados paises; y de conseguirse, el puerto, sin duda, se daria mano á la fundacion de misiones, le resultaria mucha gloria á Dios, bien de las almas y honra de la corona de nuestro rey. Para el acierto de la determinacion en la junta que mañana se ha de tener, he pedido al señor comandante el que mañana asista toda la gente á misa; que mañana, dia de San Nicolas, celebraré votiva al Espíritu Santo, para pedirle nos alumbre á todos, y determinar lo mas acertado para mayor gloria de Dios y felicidad de la espedicion.

Miércoles 6 de idem.

Este dia celebré misa del Espíritu Santo á que asistió toda la gente, encomendando todos á Dios este importante asunto, y para que fuese mas de pensado, teniendo mas lugar cada uno y tiempo para discurrir en asunto de tanta importancia, dió un dia mas de tiempo defiriendo la resolucion para el dia siguiente, víspera de la Concepcion de María Santísima, patrona de los reinos de España.

Jueves 7 de idem.

Este dia, despues de haber repetido á Dios las súplicas para el acierto en el santo sacrificio de la misa, se tuvo la junta en la que fueron algunos de parecer de conservarse en la punta de Pinos hasta consumir enteramente las provisiones existentes y á lo último tomar

la vuelta despues de consumidas, resolviéndose á comer mula lo restante del viaje. Otros fueron de parecer que se dividiese la expedicion quedando parte en este sitio y lo restante se fuese para San Diego, pero ocurrieron por ambos pareceres varias dificultades; consideradas todas estas cosas, visto el poco bastimento que quedaba, los frios escesivos que hacian y la nieve que empezaba ya á cubrir la cercanía, resolvió por sí el señor comandante la retirada, discurriendo que de cerrársenos el paso de la sierra era indefinible el que pereciésemos todos. Esta tarde se levantó un viento Sur muy violento que causó grande borrasca en la mar y nos molestó bastante en tierra.

Viernes 8 de idem.

Celebramos este dia la fiesta de nuestra amantísima Prelada celebrando ambos el santo sacrificio de la misa, la que todos oyeron, haciendo el dia muy crudo y tempestuoso sin permitirnos mover del paraje.

Sábado 9 de idem.

Duró todo el dia el temporal hasta la noche que se serenó. Los indios californios que siguen la expedicion hallaron en la playa un áro de hierro bien grande y muy gastado, que cuando nuevo pesaria algunas arrobas; se hace juicio seria de algun palo de navio.

Domingo 10 de idem.

Dijimos misa los dos que oyó toda la gente, y habiendo amanecido el dia muy claro deter-

minó el señor comandante la salida, y que antes se enarbolase una santa cruz grande que al propósito se habia labrado y delineado en ella estas palabras: *escarba al pié y hallarás un escrito*, con el fin de que si arribaba por estas cercanías alguno de los paquebotes tuviese noticia de la expedicion de tierra y segun ella resolviese su regreso á San Diego. El escrito que dentro de una limeta se enterró al pié de la cruz, copiado al pié de la letra, decia de esta manera:

COPIA DE LA CARTA ENTERRADA AL PIÉ
DE LA CRUZ.

“La expedicion de tierra que salió de San Diego el día 14 de Julio de 1769 á las órdenes del gobernador de California, D. Gaspar de Portola, entró en la canal de Santa Bárbara el día 9 de Agosto, pasó la punta de la Concepcion el día 27 del mismo; llegó al pié de la sierra de Santa Lucia el 13 de Setiembre; entró en la sierra dicha el día 17 del propio mes; acabó de pasar la sierra ó descabezarla del todo el día 1^o de Octubre, y avistó el propio día la punta de Pinos y las ensenadas de la banda del Norte y Sur de ella, sin ver señas del puerto de Monterey, y resolvió pasar adelante en busca de él; á treinta de Octubre dió vista á la punta de los Reyes y farallones del puerto de San Francisco, en número de siete. Quiso llegar á la punta de los Reyes la expedicion, pero unos esteros inmensos que se internan extraordinariamente en la tierra le

precisaban á dar un rodeo muy grande, y otras dificultades siendo la mayor la falta de víveres la precisaron á tomar la vuelta, creyendo que el puerto de Monterey podía tal vez hallarse dentro de la sierra y haber pasado sin haberlo visto; dió la vuelta desde lo último del estero de San Francisco en 11 de Noviembre; pasó por la punta de Año-Nuevo el 19 de dicho mes y llegó otra vez á esta punta y ensenada de Pinos en 27 del propio mes; desde dicho día hasta el presente 9 de Diciembre, practicó la diligencia de buscar el puerto de Monterey dentro de la serranía, costeándola por la mar á pesar de su aspereza, pero en vano. Por último, desengañada ya y desesperando el encontrarlo despues de tantos afanes, diligencias y trabajos, sin mas víveres que catorce costales de harina sale hoy de esta ensenada para San Diego. Pide á Dios Todopoderoso la guie, y á tí, navegante, quiera llevarte su Divina Providencia á puerto de salvamento. En esta ensenada de Pinos á 9 de Diciembre de 1769 años.

NOTA—El ingeniero D. Miguel Constanzo observó la latitud de varios parajes de la costa, siendo los principales los siguientes:

San Diego, en el real que ocupó en tierra la expedicion, treinta y dos grados cuarenta y dos minutos.

El pueblo de gentiles mas oriental de la canal de Santa Bárbara, treinta y cuatro grados trece minutos.

La punta de la Concepcion, treinta y cuatro grados treinta minutos.

El principio de la sierra de Santa Lucía, treinta y cinco grados cuarenta y cinco minutos.

Su fin en esta ensenada de punta de Pinos, treinta y seis grados treinta y seis minutos.

La punta de Año-Nuevo que es baja y de arrecifes de piedra, treinta y seis* grados cuatro minutos.

Entierra cerca del puerto de San Francisco, teniendo los farallones al Oeste, cuarta al Norte, treinta y siete grados treinta y cinco minutos.

La punta de los Reyes que se descubria al Oeste Noroeste desde el mismo sitio, treinta y siete grados cuarenta y cuatro minutos.

Se les suplica á los señores comandantes de los paquebotes, ya sea del San José ó del Príncipe, que si á pocos dias despues de la fecha de este escrito abordasen á esta playa, enterados de su contenido y del triste estado de la expedicion, procuren arrimarse á la costa y seguirla para San Diego, á fin de que si la expedicion tuviese la dicha de avistar á una de las dos embarcaciones, y les pudiese dar á entender con señas de banderas ó tiros de fusil el paraje en que se halla, la socorra con víveres si posible fuese."

Alabado sea Dios. Fijóse la cruz sobre una loma á la orilla de la playa de la ensenadita que cae al Sur de la punta de Pinos, y al pié de ella se enterró el escrito.

En la otra ensenada que hace la punta de

* As the other latitudes are so nearly correct, this is most likely a misprint for *siete*.

Pinos con la otra que se juzga de Año-Nuevo, en donde están los médanos y una laguna, pusieron otra cruz grande, y en su brazo esculpieron con navaja estas palabras: *vuélvese la expedicion de tierra á San Diego por falta de víveres, hoy 9 de Diciembre de 1769*, para que si algun barco fuese á dar á la otra ensenada grande, le sirva de gobierno.

Concluidas estas diligencias salimos de esta ensenada hoy día 10 de Diciembre de 1769 y anduvimos legua y media; paramos del otro lado de la punta de Pinos.

Lunes 11 de id.

Salimos en la mañana por la llanura rumbo del Nordoeste hasta el rio que vadeamos, y paramos algo mas arriba del vado, en el propio donde habiamos estado el 30 de Setiembre. Lograron matar muchos anzares con los que remediaron algo la necesidad; la jornada fué de cuatro leguas.

Martes 12 de idem.

Seguimos la cañada y rio arriba, y anduvimos tres y media leguas. Despues de decir misa los dos á Nuestra Señora de Guadalupe, la que oyó toda la gente, llegamos á parar al paraje que nombramos de los Cazadores en donde habiamos parado en 29 de Setiembre.

Miércoles 13 de idem.

Salimos de buena mañana y con tres leguas y media de camino fuimos á parar al real Blanco, en donde se mataron muchos anzares

y vimos grandes manadas de berrendos aunque de lejos.

Jueves 14 de idem.

Pasamos el real de los Alamos con cuatro leguas de camino; vinieron unos gentiles y nos regalaron atole de bellotas.

Viernes 15 de idem.

Este dia anduvimos cuatro leguas hasta llegar á la cañada de San Elcearo, y paramos en el mismo paraje en donde habiamos parado el 26 de Setiembre que llamaron los soldados el real del Chocolate.

Sábado 16 de idem.

Salimos del paraje y dejando esta cañada entramos por otra abierta que hallaron los exploradores mas apropósito y mejor camino para entrar en la sierra de Santa Lucía, que corre del Nordoeste al Sudoeste, en la que hallamos la ranchería del pueblo caido y paramos junto á un aguaje corto en que no pudieron beber las bestias. La jornada fué de cuatro leguas; en esta jornada recojió un soldado de los exploradores una mula que el 26 de Setiembre dejó por cansada, y los gentiles la cuidaron tan bien que dentro de la misma ranchería la tenian trayéndole agua y zacate con lo que la halló bien gorda.

Domingo 17 de idem.

Despues de decir misa los dos y de oirla toda la gente salimos tomando el propio rum-

bo del Sudoeste; al salir de la cañada del Palo Caído atravesamos otra mas espaciosa que tiene un arroyo de agua corriente. Paramos dentro de la sierra á la orilla del rio de las Truchas de San Elcearo en donde estuvimos el veinte y uno de Setiembre; anduvimos solo dos leguas.

Lunes 18 de idem.

Este dia anduvimos solo una legua con que fuimos á parar al real de los Piñones en donde habiamos parado el 20 de Setiembre; hallamos ya todos los arroyos corrientes sin duda de las nieves de la sierra que se derriten, pues á principios de este mes nevó mucho en toda la sierra.

Martes 19 de idem.

Esta jornada fué muy penosa porque fué por la mayor aspereza de la sierra, y fué este tramo el que á la venida dió mas que hacer, que fué preciso entonces abrir el camino á fuerza de barras y azadones; anduvimos dos leguas y llegamos á la olla de la sierra de Santa Lucia á donde habiamos estado el 20 de Setiembre y hallamos á los buenos gentiles que entonces nos obsequiaron y no hicieron menos en esta ocasion.

Miércoles 20 de idem.

Por venir la recua muy fatigada determinó el señor comandante el que se les diese este dia de descanso.

Ibanse ya acabando los víveres de tal ma-

nera que el todo de ellos se reducía á cinco tercios de harina. Repartióse entre todos en iguales partes, y tocó á cada uno ocho jarillas, que de cada una salían cinco tortillas bien delgadas que en buenas cuentas se reducían á cuarenta tortillas mondas y redondas que cualquiera de la espedicion, segun las buenas ganas que tenemos, en dos dias la puede acabar. Ocasionó esta reparticion el haber observado que algunos de los soldados se atrevieron á hurtar la harina de los costales, por cuyo motivo tomó la providencia el señor comandante de repartirla por iguales partes, y que cada uno guardase lo que le tocó, con lo que quedaron todos iguales y contentos en el modo que se puede decir.

A los señores oficiales y á nosotros dos se nos dió un poco de vizcocho que habia reservado el señor gobernador de lo que habia tomado en la mision de la Purísima Concepcion de la California, como tambien repartió un poco de chocolate que habia quedado, y un jamon para lo restante del viaje del que nos queda todavía mas de la mitad del camino.

Jueves 21 de idem.

Este dia del señor Santo Tomás dijimos ambos misa la que oyó la gente; y salimos por la mañana por el mismo camino que á la venida se habia abierto; acabados de salir de la sierra de Santa Lucía, bajamos á la playa, que seguimos por espacio de legua y media, y á las tres leguas de jornada paramos cerca de una ranchería de gentiles que salieron á recibirnos

prevenidos ya por los serranos de nuestro arribo. Dieron á entender por señas que tienen hospedado á uno de los que habian desertado (en la ensenada de la punta de Pinos á principios de este mes) que habia tres dias que lo tenian en la ranhería; fueron luego por él, quien hizo cuanto pudo para ahorrarles parte del trabajo. Así que vió que iban á la ranhería se vino él para el real, caminando con trabajo por tener los piés hinchados.

Preguntóle el comandante ¿por qué motivo habia desertado? y respondió que su ánimo no habia sido de desertarse sino que habiendo salido á tirar á los ansares por la costa, le propuso su compañero ir siguiendo la sierra por la marina para descubrir los primeros el deseado puerto de Monterey, y ganar las albricias en volviendo al real con la noticia; que caminaron todo aquel dia y el siguiente, pareciéndoles al descubrir una punta que detras de ella hallarian el puerto; que habiendo hecho tanto que de ausentarse dos dias del real sin licencia se persuadieron á que no les habian de dar mayor castigo, por éstar otros cuatro ó cinco sin volver, y que si tenian la fortuna de descubrir el puerto les disimularian la falta, y de mas á mas recibirian el premio; que por esto determinaron proseguir su jornada hasta ver el fin de la sierra, que lograron pasar con imponderable trabajo y fatiga rodando algunas veces por cuevas abajo.

Preguntado por su compañero, y los dos indios californios que se habian desertado

tambien, respondió que su compañero habia quedado mas maltratado que él de resultas de la caminata; habia pedido á los indios quedar en su compañía entre unos gentiles pescadores que vivian arranchados á la entrada de la sierra hasta tanto que él pudiera volverse pié á tierra para seguir adelante la vuelta del puerto de San Diego, hácia donde se dirigia, porque no se sentia en ánimos de volver á pasar la sierra en busca de la espedicion, tanto por el temor del castigo, como por el que habia cobrado mayor aun á la aspereza de la sierra.

Viernes 22 de idem.

Amaneció este dia muy nublado, de modo que fué preciso no salir del paraje.

Sábado 23 de idem.

Salimos por la mañana aunque amenazaba el tiempo; pero tuvimos la fortuna que no nos llovió hasta llegar al paraje. Caminamos tres leguas por otro camino mas derecho del que habiamos traído á la venida, y paramos sobre una loma inmediata á un arroyo que se llamó del Laurel, por haber visto en él el primero en toda la caminata de estos árboles; cerca de cuyo arroyo hallamos una corta ranchería que nos regalaron de sus semillas y pinoles á que se les correspondió con abalorios. Toda la tarde y en la noche llovió muchísimo.

Domingo 24 de idem.

Dijimos misa los dos esta vigilia de Navidad, que todos oyeron, y salimos por la ma-

ñana por el mismo camino que venimos, aunque por haber robado las aguas un paso que á la venida se habia compuesto en un cantil de la playa que se halló ahora intransitable, nos fué preciso buscar paso por una cañada muy enmontada, que para pasarla iban por delante abriendo camino con los machetes. Fué la jornada de tres leguas, y paramos en el mismo sitio el 10 de Setiembre que fué en la cañada del Osito de San Buena-ventura. Quiso Dios celebrásemos su nacimiento con alegría y así fué, porque en este paraje nos vinieron á visitar mas de doscientos gentiles de ambos sexos, trayéndonos el aguinardo; pues muchos de ellos vinieron con sus buenas bateas de pinole y algun pescado de que todos se surtieron y tuvimos con que celebrar el dia de Pascua. ¡Bendita sea la providencia de Dios que nos socorre tanto sin merecerlo! Se les correspondió con abalorios que agradecieron mucho.

Lunes 25 de idem.

Este dia de la Natividad del Señor no pudimos celebrarlo de otra manera que con decir los dos misa, una cada uno, porque la marcha no daba lugar para mas; por el frio que aprieta es buen punto para meditar en él lo que padeció por nosotros el Niño Jesus que este dia nació en Belen. Hicimos tres leguas y media de camino, y fuimos á parar un poco mas al Sur del estero de Santa Serafina, junto á una ranchería corta de indios pescadores, de quienes se logró mucho pescado, á trueque de aba-

lorios de que todos se proveyeron, y celebramos la Pascua con este regalo que á todos supo mejor que en otra parte habrian sabido capones y gallinas por la buena salsa de San Bernardo que todos lograban con abundancia. Y no faltó el aguinaldo de buenas bateas de pinole y de atole, que siendo blanco y de bellota sabe á manjar blanco por el color y gana con que se toma.

Mártes 26 de idem.

Celebramos los dos este dia del proto-martir señor San Estevan, y despues de la misa, salimos por el camino que tragimos, y anduvimos cuatro leguas parando en el antiguo sitio de la cañada de San Adrian ó de los Osos. Toda la jornada nos llovió y es el camino bien pesado; continuó el agua toda la tarde.

Miércoles 27 de idem.

Amaneció claro, y pudimos decir misa que la oyó la gente, y luego se dispuso la salida; al empezar á salir la recua se soltó un buen aguacero que duró todo el dia y la noche siguiente. Hizo juicio el señor comandante que no era tiempo de perder jornada por la falta de los víveres y así anduvimos tres leguas, mojándonos hasta llegar á un arroyo corto en cuya orilla paramos, pero no paró de llover en todo el dia y la noche.

Jueves 28 de idem.

El dia de los Santos Inocentes no fué posible el decir misa, que mucho lo sentimos por-

que es el único día de fiesta que en todo el viaje (hasta la presente) nos hemos quedado sin misa, porque estamos metidos en un lodazal que no nos podemos mover de un sitio, todos mojados; por cuyo motivo no es dable hacer jornada para dar lugar se ore el llano que está chorreando agua.

Viernes 29 de idem.

Salimos por la mañana dejando el camino viejo considerando la dificultad que habria en el paso de un tramo de la sierra, que se estiende hasta la mar, y para evitar esto, subimos por una cañada que era camino mas derecho para salir á la cañada de San Ladislao ó del Buchon; solo se ofreció en este camino un arroyo cubierto de juncos que tiene un considerable pantano; pero le hallaron paso y con tres leguas de camino llegamos á dicho arroyo ó cañadita del Buchon. El dicho capitán, nombrado el Buchon (por lo que dije en 4 de Setiembre) en cuanto supo de nuestra llegada vino á visitarnos al real con abundante regalo de pinole, atole y unos tamales muy buenos que parecian hechos de maiz; se correspondió al regalo con abalorios y cuentas de vidrio que estimó en mucho.

Sábado 30 de idem.

Al querer salir de este paraje volvió á visitarnos el capitán Buchon, que sin duda en el antecedente conoció la necesidad en que nos hallábamos, pues vino con segundo regalo mas copioso y abundante que el de ayer, el

que se repartió entre toda la gente, con que tuvimos todos este socorro. Salimos de la cañada tomando el camino de la playa con que acortamos mucho, no ofreciéndose otra dificultad que la de un estero; pero los gentiles nos enseñaron el vado, pasándose con facilidad, y se evitó con esto los rodeos inescusables por el camino de tierra adentro que es un laberinto de lagunas y esteros; y por el camino que ahora hemos traído con dos leguas y media, hemos llegado á esta laguna del médano ó redonda y hubo regalo tambien de los indios.

Domingo 31 de idem.

En cuanto amaneció dijimos misa los dos y luego vinieron á visitarnos unos gentiles con regalo de pinole, atole y tamales de que almorzamos; se les correspondió con cuentas de vidrio y nos pusimos en marcha por el antiguo camino, y á las tres leguas de esta ruta llegamos á la laguna larga, y á nuestro arribo vinieron los indios de la ranchería inmediata con su regalo de pinole, atole y tamales y se les correspondió con los abalorios de siempre.

CAPITULO XVII.

*Viaje que hizo la espedicion en el mes de
Enero de 1770, en la jornada de
vueltas á San Diego.*

LUNES 1º DE ENERO.

Dimos, en nombre de Dios, principio á este año de 1770, celebrando ambos misa en esta laguna larga de los santos mártires S. Daniel y sus compañeros en donde habíamos estado el primero de Setiembre que cumple el día de hoy cuatro meses. Salimos por la mañana por el camino conocido, y con tres leguas andadas llegamos á la laguna de San Ramon (álias la Graciosa) donde el 31 de Agosto hubo baile de las indias, aunque hoy no se halló aquí la ranchería; pero no faltó el proveedor divino que dispuso que en el camino se viese una osa con tres cachorros que la seguian; remudaron luego algunos soldados en caballos escarmentados de la ferocidad de estos animales, los que consiguieron matar á la madre y á un cachorrito, con cuya provision hubo grande fiesta. Su carne por sí no es de mal sabor; pero hoy nos supo mejor que si fuese de una rica ternera, de cuyo socorro se dió gracias al Señor que nos daba buen principio de año.

Martes 2 de idem.

De este paraje salimos por la mañana y de paso se hizo prevencion de agua en el rio grande de San Bernardo, alias Santa Rosa, con la inteligencia de que en la cañada seca no la habia, á donde llegamos con tres leguas de camino.

Miércoles 3 de idem.

De buena mañana tuvimos visita de unos gentiles del rio de San Bernardo (en donde no paramos por la falta de leña) y nos trajeron nuestro desayuno de atole y pinole de sus semillas. Dios se los pague abriéndoles el entendimiento para recibir nuestra santa fe; se les regaló unos abalorios que es la única moneda que aprecian. Nos pusimos en marcha por el camino conocido, y con dos leguas de caminata llegamos al pueblo de San Juan Bautista de los Pedernales, desde cuya punta se descubre la de la Concepcion, la mas occidental de la canal de Santa Bárbara al Sudoeste, ocho grados al Este.

Jueves 4 de idem.

Salimos de buena mañana y siguiendo la canal por el mismo camino que habiamos traído, pasamos por el pueblo de la Espada, y seguimos la jornada de cuatro y media leguas hasta llegar al pueblo de Santa Teresa, de cuya ranchería es el capitan Cojo, quien se portó tan bien que luego entregó un macho gordo que se le habia dejado por flaco y cansado el 26 de Agosto. Nos regaló él y su

gente mucho pescado fresco y seco, mucha sardina y bonito, de modo que ya se empieza á ver la abundancia y casi desterrada la necesidad. Por otra parte alegra la tierra cubierta de hermosa yerba verde que ofrece excelentes pastos á la caballada que se va cada dia reformando.

El tiempo, desde que salimos de la cañada del Oso, se entabló muy sereno y solo por las noches solamente se experimentan frios y por el contrario los dias parecen mas de primavera que de invierno.

Viernes 5 de idem.

Por la mañana salimos de este pueblo y anduvimos dos leguas hasta el pueblo de San Seferino, papa, en donde paramos, y regalaron los indios abundancia de pescado fresco para toda la gente.

Sábado 6 de idem.

Celebramos este dia grande en que dijimos ambos misa que toda la gente oyó y salimos despues andando por la mañana las dos leguas que hay hasta el pueblo de San Luis, rey, y paramos en el propio sitio de la venida y fuimos regalados de mucho y variado pescado.

Domingo 7 de idem.

Dijimos ambos misa y despues salimos por la mañana é hicimos las dos leguas de mal camino que hay hasta el de San Guido, en donde no faltó el regalo del pescado.

Lunes 8 de idem.

Por la mañana salimos y anduvimos tres leguas, y paramos en el pueblo de San Luis Obispo, en donde tambien hubo bastante pescado.

Mártes 9 de idem.

Paramos en el pueblo de la Isla con dos leguas y media de camino, algo penoso, por terreno doblado de encinos y otros árboles; pasamos á la parte del levante de dichos pueblos y pararon el real en terreno despejado y abierto. Aquí no hubo pescado; no sé si seria por no haberlo en este tiempo ó por no haberse dedicado los indios.

Miércoles 10 de idem.

Salimos de los pueblos de las Islas y pasamos por el de la Laguna sin detenernos y llegamos ya tarde al de la Carpintería ó de San Roque, habiendo andado cinco y media leguas y paramos en el propio sitio en que estuvimos el 17 de Agosto faltándonos tambien el pescado.

Jueves 11 de idem.

Pasamos este dia al pueblo de la Asumpta, último pueblo de la canal; cruzamos sin detenernos por la ranchería del Bailarin. Todos estos que á la venida tenian cantidad de pescado y nos regalaron mucho están ahora sin él y conocemos que tienen necesidad; de suerte que si no se hubiese hecho en los pueblos antecedentes alguna prevencion nos hallariamos nosotros en el propio caso.

Viernes 12 de idem.

Entramos en la cañada de Santa Clara que atravesamos rumbo del Sudoeste para entrar en la sierra de la Conversion, con la mira de ir á cojer la cañada de Santa Catalina. Nos parecia que habiamos de pasar con facilidad á la sierra por una abra que mira al propio rumbo y tomamos una guia de la ranchería que se halla cerca de sus orillas junto á la que habiamos pasado el 13 de Agosto. Seguimos una lomería baja y caimos á un plan de bastante estension que por la banda del Oeste se determina al mar y por la del Este contra una loma que encubramos; entrando despues por una cañada espaciosa que seguimos tirando para el Sudoeste; paramos junto á una ranchería de sesenta almas, poco mas ó menos, muy pobres. Hay en este paraje agua, leña y pasto; fué la jornada de seis leguas completas.

Sábado 13 de idem.

Por la mañana salimos con guia de la ranchería que nos llevó por una abra muy transitable por donde atravesamos gran parte de la sierra; subimos despues una cuesta por donde se despeña un arroyo cuyo nacimiento es un ojo muy grande cubierto de berros. Encumbrada la cuesta nos hallamos en otra cañada muy vistosa cubierta de pastos y encinos; remata dicha cañada contra otra cuesta algo penosa, al pié de la cual hay una ranchería corta cuyos gentiles nos regalaron mezcales ademados; subimos la cuesta y de lo alto de ella divisamos otro plan muy hermoso en el

que hallamos otra ranchería de gentiles junto á la que paramos. Hubo á mano mucha agua, leña y pasto con abundancia; fué la jornada de dos leguas y media y llamé á este sitio *El Triunfo del Dulcísimo Nombre de Jesus*.

Domingo 14 de idem.

Despues de haber dicho misa los dos y oidas de toda la gente, salimos del triunfo del Dulcísimo Nombre de Jesus por la mañana de este su dia, y dos gentiles ancianos de la ranchería se ofrecieron á servirnos de guia para salir de la sierra; tomaron el rumbo del Sudeste á la salida que era el que nos importaba para la mayor brevedad del camino; pero á media legua ó poco mas de andar nos fueron metiendo por lo mas áspero é intrincado de la serranía; reconocimos aunque tarde que no podria pasar la recua por aquellas breñas y hubimos de volver á la ranchería. Tomáronse mejores guias que nos llevaron por un rumbo muy diferente que era el Nordeste. El camino fué por lomas tendidas mucho mejor que por donde nos llevaban los primeros; pasadas las lomas entramos por tierra llana rumbo al Oriente, y anduvimos dos leguas cortas; paramos inmediatos á una ranchería cuyos gentiles nos hicieron instancia para que nos quedáramos y no pasásemos adelante por estar lejos el aguaje y sería tarde la llegada. Les dimos gusto y se nombró la ranchería del triunfo del Nombre de Jesus; es un llano de bastante estension y mucha amenidad mateado por todas partes de encinos y robles con mucho pasto y agua.

Lunes 15 de idem.

Salimos con guía de esta ranchería hasta otra corta que encontramos á legua y media, de la que sacamos otra guía que nos llevó por el rumbo del Nordoeste; poco despues tomó el rumbo del Oriente y subimos una cuesta larga y tendida; de lo alto de ella descubrimos el valle de Santa Catalina, bajamos á él y caminando al Sudoeste llegamos ya tarde al paraje de los Robles donde paramos el 7 de Agosto; la jornada fué de seis y media leguas.

Martes 16 de idem.

Desde este paraje sin salir del valle seguimos al Sudoeste, y en lugar de pasar la sierra que la ciñe por Levante por el propio camino de la otra vez, la cortamos por el Sudoeste sin perder terreno; ayudónos la fortuna en descubrir una abra que nos franqueó paso al llano de los alisos. Hicimos en esta jornada tres y media leguas y paramos entre unas lomas á la salida de la sierra algo distante de un arroyo corto que cerca de su nacimiento se resume en el arenal.

Miércoles 17 de idem.

Salimos del paraje por la mañana, y en cuanto entramos en el llano vimos una cordillera de sierra abierta cubierta de nieve, que divisamos tambien al entrar en la cañada de Santa Clara; descubrimos tambien desde las lomas el rio de la Porciúncula; atravesamos el llano para el Sudoeste, llegamos al rio, lo vadeamos echando de ver por sus arenas, ba-

suras, árboles caídos y pozas por los dos lados que pocos días antes había tenido alguna crecida grande con que había salido de madre; pasamos otras tres leguas adelante hasta el valle de San Miguel y allí paramos en el propio lugar que en treinta de Julio habíamos estado parados.

Fueves 18 de idem.

Salimos de buena mañana por el boquete del valle de San Miguel que es muy poblado de arboleda; seguimos largo rato al Sudoeste costearlo el río que naciendo de copioso ojo de agua en el mismo boquete merece ya el nombre de río; su vega está cubierta de sauces y algunos álamos de poco cuerpo; vadeamos el río y cojimos tierra llana desde la vuelta del Sudoeste hasta el río del nombre de Jesús de los Temblores que vadeamos también y trae á la presente mas agua que el de la Porciúncula. Hicimos en esta jornada seis leguas largas.

Viernes 19 de idem.

Salimos de este río por la mañana, hicimos cuatro leguas de jornada y fuimos á parar á los ojos de San Pantaleón ó del padre Gomez por el mismo camino que habíamos traído.

Sábado 20 de idem.

Salimos del paraje por la mañana, y anduvimos las tres leguas hasta la cañada de San Francisco, cuyo arroyo encontramos seco habiendo llovido tanto; sin duda el agua

abundante que tenia de la venida seria de la nieve que se derrite, y hasta entonces no tendrá su curso. Pasamos adelante las otras dos leguas que hay hasta la cañada de Santa María Margarita (álias la Quemada), cuyo arroyo encontramos seco, aunque hay agua en las pozas; vienen algunos soldados muy enfermos de cursos; esta noche se agravaron bastante dos que nos dieron algun cuidado.

Domingo 21 de idem.

Despues de haber dicho misa los dos y haberla oido la gente se dispuso la marcha y salimos del paraje, y habiendo llegado al arroyo de San Apolinar lo hallamos seco y la rancheria despoblada, por cuyo motivo no pudimos tomar razon si habian muerto las dos niñas enfermas que á la venida bautizamos y nos fué preciso pasar adelante en busca de agua, la que hallamos en un arroyo dentro de una cañada á poco mas de una legua con pasto y leña suficiente; fué la jornada de cuatro leguas.

Lunes 22 de idem.

Pasamos sin parar por la cañada de Santa Margarita y fuimos con seis leguas de camino al valle de San Juan Capistrano camino por lomas tendidas. Vimos en las cañadas que van á terminar al valle diferentes lagunas que no habiamos visto por Julio á la venida.

Mártes 23 de idem.

Salimos por la mañana de este paraje y no paramos hasta San Jacome de la Marca, jor-

nada de siete leguas pasando los parajes de Santa Sinforosa, dos leguas de San Alejo, otras dos ó tres hasta San Jacome que es el de la parada.

Miércoles 24 de idem.

Ibamos llegando ya al puerto de San Diego y esta jornada se nos fué en hablar en qué estado lo halláramos, si poblado de la poca gente que dejamos y en el puerto los paquebotes ó si del todo despoblado en mas de seis meses que hacia lo habíamos dejado. Cada uno discurría segun el genio y humor; y á la verdad que todos conveníamos con el recelo de que habiendo durado el rigor de la enfermedad y mortandad de la gente no hubiese quedado el establecimiento hecho un páramo. Por otra parte habia mucho que temer de la perversa indole de los indios sandieguinos, cuya voracidad en el robo es sin igual, y recelábamos que no se hubiesen atrevido á algun desman contra la mision y su poca escolta; la ninguna noticia que de los barcos pudimos adquirir sobre la costa, sin embargo de las diligencias que se hicieron para este efecto nos daba algunas premisas para temer de que en San Diego nos hallásemos en igual necesidad de la que traíamos.

Durando aun estos pensamientos y discursos que nos fatigaban dias habia, divisamos la cerca de palizada y las humildes faloricas que contenia la mision; luego todos los soldados dispararon sus armas, primer aviso de los moradores de la mision, que con el mayor albo-

roto salieron luego á recibirnos con los brazos abiertos.

Hallamos á nuestro padre presidente y estimado rector fray Junipero Serra convalesciendo del escorbuto que habia tambien participado y de la misma manera al padre prior fray Fernando Parron tambien convalesciendo de lo mismo, y al padre predicador fray Juan Vizcaino, herido de una mano de un flechazo que en 15 de Agosto del año inmediato habia recibido en un alboroto de los indios que despues largamente nos refrieron.

Hallamos tambien á los soldados voluntarios y del presidio de Loreto que muchos de ellos todavia padecian del escorbuto dándonos noticia de los que habian muerto. Les dimos en sustancia razon de nuestro viaje reservándolo mas por estenso de dar gracias á Dios y al Santísimo Patriarca el Señor San José, patron de la espedicion, de haber vuelto con vida y salud despues de un viaje tan dilatado de seis meses diez dias: beneficio especial que reconocemos haber recibido de su Divina Majestad por intercesion del Señor San José de que no muriese ninguno en el viaje, y en accion de gracias se le dijo en el dia siguiente la misa de gracias

CAPITULO XVIII.

*Lo que dispuso el señor gobernador luego de
regresados á San Diego.*

Enterado el señor gobernador del estado de los víveres que halló todavía en San Diego que eran los pertenecientes á la mision de San Buenaventura que habian venido destinados para su fundacion, determinó quedar en dicho puerto á esperar los paquebotes para entonces determinar si se juzgase por conveniente el hacer nueva diligencia de volver á buscar el puerto unos por mar y otros por tierra que tal vez seria fácil el conseguir el fin; pero que si antes de acabarse los únicos víveres que habia no llegase alguno de los barcos se retirarian á la California.

Determinó asimismo despachar para la California al señor capitan D. Fernando Rivera y Moncada con una partida de soldados con el fin de traer el ganado vacuno que habia quedado en Villacata y todos los víveres que pudiese conseguir, y que llevase noticia de lo acaecido en el viaje con cartas y diarios para el Exmo. Sr. virey é Illmo. señor visitador general.

Dispuso su viaje el señor capitan, y hallándose el padre predicador fray Juan Vizcaino malo de un flechazo que en una mano habia

recibido, como despues diré, pidió al reverendo padre presidente su licencia para retirarse á la California y buscar remedio, y en caso de no conseguir alivio irse para México á ponerse en cura. Concedióle el padre presidente la licencia para que lograrse la buena ocasion de la ida del señor capitan en atencion á que se dilatara la fundacion de las misiones.

Salieron de San Diego el dia 11 de Febrero escoltados de veinte soldados de los de Cuera, dos arrieros y dos de los indios californios con ochenta mulas para llevar bastimentos y diez caballos, siendo así que al pasar el tramo entre San Diego y Villacata ambos trozos de la expedicion experimentaron tanta afabilidad en los gentiles: ya en este viaje los hallaron muy mudados, de modo que á la segunda jornada de San Diego en una ranhería, que por lo bien que los gentiles de ella lo habian hecho con la expedicion la nombraron la ranhería de los Buenos. En esta ocasion les querian estorbar el paso y á ese fin les salieron armados y empezaron á disparar tantas flechas que no se entendian; descargaron por órden del señor capitan algunos de los soldados, y cayeron dos de los gentiles con que escarmenaron los demas y se retiraron dejando pasar á los nuestros. En las demas aunque no llegaron á las armas pero dieron bien á entender no gustaban de tales pasajeros por sus tierras.

Llegaron á Villacata el 25 del mismo mes habiendo puesto en el viaje catorce dias despachando luego correo con las cartas para el

real de Loreto. Y vistas las noticias de la expedicion y la necesidad en que se hallaban, se aprontaron luego víveres que remitieron con la posible brevedad por mar á la bahía de San Luis, playa de Santa María, y vaqueros y arrieros por tierra para conducir el ganado y servir en la recua; aunque se dió toda la prisa posible, pero estando el tramo desde Villacata á Loreto, como queda espresado en la primera parte, no pudo salir el señor capitán de Villacata hasta el 23 de Mayo, que salió con igual partida de veinte soldados de Cuera, tres vaqueros y arrieros en mayor número de mulas porque se le remitieron de San Diego las que se pudieron juntar, cargando todas con víveres para socorrer la expedicion. Sacaron tambien de Villacata ciento sesenta y cuatro cabezas de ganado vacuno, ciento veintitres grandes las mas de ellas vacas, y cuarenta y una crias entre becerros y becerras. Todo lo cual llegó con felicidad (aunque costó en una de las rancherías la muerte de algunos gentiles que querian atajarles el paso) al puerto de San Diego el mes de Julio, en ocasion que ya estaban socorridos por el paquebot S. Antonio (álíase el Príncipe), y que ya estaban con la alegría de haber dado con el puerto de Monterey, como despues diré.

CAPITULO XIX.

En que se dá razon de la fundacion de la mision de San Diego de Alcalá en su puerto y de lo que acaeció á los principios de ella.

Ya dije en un capítulo de esta segunda parte que encargó el señor visitador general que en el puerto de San Diego se fundase una mision dedicada á San Diego de Alcalá, supuesto que tiempo hacia se le habia dedicado el puerto por el capitan comandante D. Sebastian Vizcaino. Aunque ya desde primero de Julio estaban en dicho puerto ambas expediciones de mar y tierra, no se habia dado mano á la fundacion porque estaban unos disponiéndose para el viaje del puerto de Monterey, y los demas que quedaban enfermos los unos y otros asistiéndoles; de modo que, estaban tirados á la orilla de la playa del puerto desde el dia que llegaron hasta que salió la expedicion, en cuyo corto tiempo murieron y se enterraron en la playa entre marineros y soldados de la compañía franca de Cataluña, veinte y nueve.

Al salir la expedicion quedaron en San Diego todos los demas enfermos de los buques y soldados voluntarios que, como dije en el capítulo nono, solo quedaron siete para poder

seguir la expedicion de los veinte y cinco que habian salido de la California. Quedaron asi mismo ocho indios cristianos de los californios, un herrero, otro oficial de carpintero y un muchacho sirviente, como tambien el cirujano para curar á los enfermos; y en el paquebot San Carlos, el capitan comandante, el pilotin, cinco marineros y dos pajecitos; y para escolta de dicha gente se quedaron solo ocho soldados de Cuera: el uno habilitado de cabo. De éstos estaban de continuo dos á bordo del paquebot porque ni éste estaba seguro, pues los gentiles de la ranchería inmediata al puerto tan inclinados al hurto, con sus canoitas de tules se arrimaban muy amenudo al barco é hicieron varias tentativas para hurtar lo que pudiesen. A mas de lo dicho para que los pocos que se quedaban en el barco no careciesen los dias festivos de misa, dispuso el reverendo padre presidente que todas las visperas de fiesta fuese uno de los tres padres que quedaban en San Diego á bordo para decirles misa el dia siguiente; para lo que se hacia preciso fuesen otros dos soldados á escoltar al padre desde la mision hasta la playa que habia una legua buena, y así solo quedaban en la mision cuatro soldados; de éstos, dos se empleaban en custodiar la caballada, y los otros dos en la mision, que segun la calidad de los indios dieguinos, y el mal humor que gastaban con los nuevos vecinos que contra su voluntad tenian en su tierra, y el hipo innato al hurto, aunque hubiesen quedado veinte soldados, nada habia de sobra. Bien

consideraba el reverendo padre presidente era necesaria mas escolta; pero no fué asequible del señor comandante.

Véase á dicho padre presidente con este corto número de gente la incomodidad en que se hallaban tanto los enfermos como los sanos, el encargo que tenia para fundar en dicho puerto mision; y movido de su apostólico celo dió mano á la fundacion dando principio á ella á los dos dias de salida la expedición precisamente el 16 de Julio de dicho año 1769, dia en que los españoles celebrábamos el triunfo de la Santa Cruz, esperando sin duda que así como en virtud de la Santa Cruz, lograron los españoles el mismo dia del año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrían tambien levantando el estandarte de la Santa Cruz, á ahuyentar á todo el ejército infernal para sujetar al suave yugo de nuestra santa fé á la barbaridad de los gentiles dieguinos, y mas teniendo por intercesora á la gran reina y emperatriz Nuestra Señora del Carmen, cuyo dia celebraban con esta fé y celo de la salvacion de las almas. Levantó el estandarte de la Santa Cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas á propósito para la formacion del pueblo en las cercanías del puerto.

Con la poca gente que habia, en los ratos que no les precisaba la asistencia á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes chozas ó barrancas dedicando la una para capilla, y procuraban atraer con dádivas y cariños á los gentiles que se dejaban ver aun-

que éstos como no entienden la lengua, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, y á hurtar cuanto podian, incomodando bastante á los pobres enfermos que se estaban tirados bajo las enramadas. Entre tantos que ocurrían á la novedad, solo un muchacho se inclinó á la mision y solia estar algo de pié en ella, y cobrando esperanzas que la reducirían para dar principio á la conversion, procuraban los padres y tambien los soldados regalarlo cuanto podian para que, haciendo pié en la mision, aprendiese la lengua y sirviese despues de intérprete para los demas, como gracias á Dios se consiguió á su tiempo, y hoy es el intérprete de la mision.

Todos los demas manifestaron mucho descontento y ojeriza á los nuestros, y no se arribaban mas que á hacer diligencia de hurtar cuanto podian y á observar cuanto hacian los nuestros sin tener el menor miedo haciendo burla de los nuestros, y si veian disparar alguna escopeta, remedaban con harta mofa y desvergüenza el estruendo que veian, ignorando los pobres el efecto y estragos de ella. Cada dia se insolentaban mas con el sufrimiento de los nuestros, y los mas de los dias daban motivo para hacerles algun escarmiento. Con prudencia los procuraban sufrir.

Sobre el 15 de Agosto fiesta grande de la Asuncion de Nuestra Señora de los Cielos, rompieron el asalto que ya tenían dias habia confabulado; esperaron que hubiera menos soldados porque habian ido dos al barco á acompañar al padre fray Fernando Parron que

habia ido á bordo á decir misa, y que hubiesen salido con la caballada los otros soldados; con que quedaban solos dos de escolta para defender. Viendo esto todos los gentiles, armados con sus arcos y buenos carcajes de flechas, se fueron para la mision. Los soldados que estaban de caballada que lo observaron ocurrieron luego y ya encontraron á los gentiles que estaban quitando á los pobres enfermos toda la ropa hasta la sábana con que estaban tapados sin poderse valer para nada.

Reprendiéronlos los nuestros y luego metieron mano al arco y empezaron á descargar flechas; los cuatro soldados armándose con las cueras empezaron á disparar cayendo tres de los gentiles muertos y escapando otros heridos. El reverendo padre presidente se estaba recogido en su choza con el padre fray Juan Vizcaino, encomendando á Dios á los nuestros y á que se aplacasen los gentiles. El padre Vizcaino quiso cerrar bien la choza con la puerta que consistia en una manta Esmiquilpa, y al sacar la mano le dieron en ella un flechazo de que quedó herido; y al mismo tiempo entró á la chocita el muchacho sirviente, que tenia atravesada la garganta de otro flechazo, y se postró á los piés del reverendo padre presidente pidiendo confesion, y en cuanto le dió la absolucion espiró. Quedó tambien herido de una pierna el herrero, y viendo los indios á los muertos y heridos, hicieron fuga y quedaron bien escarmentados y enterados del valor de los nuestros y grande ventaja de nuestras armas.

Por lo dicho desampararon la ranchería y en muchos dias no se dejaron ver. Se dió sepultura al único muerto de los nuestros que piamente se puede creer fué el dichoso, y que lo llevó Dios á su eterna gloria para premiarlo. Y el caritativo cirujano D. Pedro Prat, curó luego al padre que salió herido y al herrero; y los gentiles quemaron á los difuntos, como acostumbran, y duró por muchos dias el llanto en la ranchería que hacian las mujeres y se oía desde la mision.

A los pocos dias se asomaron pero ya sin armas y muy mudados, y trajeron los heridos para que los curasen y usó con ellos el ejemplar el cirujano de su extrema caridad hasta ponerlos del todo sanos.

Con lo sucedido procuraron los nuestros hacer una estacada de palos para el resguardo, y se procuró el que no se arrimase gentil alguno á la estacada con armas á tiro de escopeta, con lo que se evitó nuevo alboroto; pero no se consiguió el que se redujesen ni hiciesen pié en la mision salvo el muchacho que ya dije que solia frecuentar aunque acostumbraba tambien ausentarse algunas temporadas.

Continuaban los enfermos en el accidente del escorbuto procurando el célebre cirujano á poner todos los medios posibles para libertarlos: y aunque sanó á muchos pero no alcanzó la medicina para diez y nueve que murieron, desde que se fundó la mision hasta la vuelta de la expedicion, que fueron ocho soldados de los voluntarios, cuatro marineros, un sirviente y seis indios cristianos de los californios.

En este estado se hallaba esta mision el 24 de Enero de 1770, que fué el día que llegó la espedicion de vuelta de San Francisco, sin tener reducido ni bautizado á alguno, porque aunque procuraron á los padres de una niña para bautizarla dando ellos su consentimiento y asistiendo á la solemnidad del bautismo en la capilla, cuando ya estaba el reverendo padre presidente para echarle el agua, la arrebataron los gentiles y se marcharon con ella dejando como burlado al padre; como tambien se hallaba la mision sin mas fábricas que unas pobres chozas de tule dentro de la estacada, confiando el padre presidente que con la llegada de la espedicion algo se haria á lo menos en cuanto á lo material de la mision con la mucha gente. Con esta confianza habló al señor gobernador sobre este asunto; se escusó éste, tanto por decir estaba la gente cansada del viaje, como tambien y principalmente porque no sabia si permaneceria la mision, pues tenia determinado que si para el día del Señor San José, 19 de Marzo, no llegaba barco con socorro, se volveria la espedicion para la California, pues no habia víveres para esperar mas tiempo y que la gente no habia venido á perecer de hambre.

Oyendo esto el reverendo padre presidente ya no habló mas del asunto á dicho señor; y así no se hizo en su tiempo mas que una cerca de palos que sirviese de corral para encerrar la caballada; pero en cuanto á desamparar el puerto no fué el reverendo padre presidente de este parecer, sino de quedar hasta ver el fin

de ello. Y con esta intencion fué dicho padre á hablar á D. Vicente Vila, comandante de la expedicion de mar, que sin saltar á tierra en tanto tiempo, se mantuvo á bordo del paquebot San Carlos con los pocos marineros y dos soldados de Cuera que lo guardaban, y le repitió la determinacion del señor gobernador; y al oirlo dijo que no era él de este parecer sino de aguardar el socorro que indispensablemente vendria; y luego de llegado marchar para Monterey, porque estaba en la inteligencia que la expedicion de tierra habia estado en dicho puerto y no lo habia conocido; convino en lo mismo el reverendo padre presidente, y quedaron ambos de acuerdo de no salir aunque se fuese la expedicion de tierra; que con ella se irian dos de los padres misioneros y que su reverencia con el padre fray J. Crespi, se quedarian á bordo del San Carlos hasta ver el fin de la empresa. Ibase ya acercando el tiempo que se hallaban á mediados de Marzo, acabándose los viveres de los que no quedaba mas cantidad que lo que se juzgaba necesario para llegar á Villacata, por lo que no se hablaba de otra cosa en San Diego, que de la retirada y desamparo de la mision y puerto; lo que sin duda se habria ejecutado si Dios no dispone que el mismo dia del Señor San José (á cuyo patrocinio se atribuye el acaso, como que es el patron de las expediciones y nuevas reducciones) no se hubiese divisado vela, que fué el San Antonio (álias el Príncipe) aunque no entró al puerto, como diré en el capítulo siguiente hasta el 24 del mismo mes de Marzo.

CAPITULO XX.

Llega al puerto de San Diego el paquebot el Príncipe y lo que se determinó con el nuevo socorro.

Queda dicho en el capítulo nono que el paquebot San Antonio (álias el Príncipe) salió el 9 de Julio de 1769, del puerto de San Diego con el fin de ir á traer socorro de víveres y de tripulacion para el San Carlos, y logró el llegar y dar fondo en San Blas á los veinte dias de navegacion sin tocar en parte alguna habiendo tenido la desgracia de habérsele muerto en el viaje nueve hombres.

En cuanto llegó la noticia de su arribo y del estado de la espedicion al Exmo. Sr. é Illmo. señor visitador general, dieron prontas y eficaces providencias para que se cargase, aviase de todo y se despachase sin pérdida de tiempo con la órden que navegase en derecha al puerto de Monterey, en busca de la espedicion que se habia encaminado por tierra; dando igualmente órden para que ejecutasen lo mismo con el paquebot el San José, cargándolo de víveres y duplicada tripulacion y la llevase para el San Carlos y que fuese el San José en derecha á San Diego, aunque ambos debian tocar al Cabo de San Lucas á recibir entre los dos la carga que allí estaba.

Salieron los dos barcos de San Blas y adelantándose el Príncipe llegó al Cabo de San Lucas, y cogiendo la mitad de la carga que allí habia, sin esperar el San José, siguió su viaje para Monterey. El San José tambien llegó (aunque mucho mas tarde) al Cabo de San Lucas y cogiendo lo restante de la carga, salió para San Diego; pero al fin del mes arribó al mismo Cabo á hacer nueva aguada, y saliendo otra vez por el mes de Mayo de 1670, no se ha sabido mas de él y se cree habrá naufragado.

Siguió el San Antonio (álias el Príncipe) su viaje á Monterey hasta la punta de la Concepcion de la canal de Sta. Bárbara en donde supo por los gentiles de los pueblos de dicha canal, por señas claras y evidentes que la expedicion de tierra habia retrocedido y vuelto á San Diego; por lo dicho, y el accidente de haber dejado una ancla en dicha canal, determinó el capitan de dicho paquebot, D. Juan Perez, el retroceder para el puerto de San Diego, á vista de cuyo puerto estuvo el día 19 de Marzo por la tarde que fué cuando lo divisaron de dicha mision, y fué causa que se suspendiese la pretendida retirada de la expedicion de tierra para la California. No le dió lugar el tiempo de entrar luego al puerto; antes bien los de tierra lo perdieron de vista, sospechando ya si se habria subido para Monterey, por cuyo motivo ya volvía á hablarse con indiferencia sobre la retirada; pero quiso el Santísimo Patriarca darles el consuelo de que entrase con toda felicidad en el puerto el

24 de Marzo por la tarde, bien cargado de víveres que fué la alegría de todos, dando mil gracias á Dios y al Santísimo Patriarca Sr. San José, á cuyo soberano patrocinio reconocian deber el dicho socorro; y que á todas luces veian ya todos que era del agrado de Dios no desamparar la empresa que conocian tomada á cuenta de su Divina Providencia.

Enterado el señor comandante de las cartas de los señores Exmo. é Illmo., y de la carga determinó el que se volviese á la ensenada de la punta de Pinos, unos por tierra y el paquebot San Antonio por mar, para que se volviera á hacer por mar y tierra el registro en solicitud del puerto de Monterey. Dispuso, asimismo, que de la carga que traia el San Antonio, se quedasen veinte y cinco fanegas de maiz, y otras cositas de víveres para los que habian de quedar en San Diego hasta tanto les llegaba el socorro con el San José; como tambien para que se mantuviese el señor comandante D. Vicente Vila en el San Carlos con su pilotin y cinco marineros que le quedaban, hasta tanto que le llegase el nuevo socorro de víveres y de tripulacion con el San José para que, despues de llegado, éste pudiese subir á Monterey.

Asimismo mandó, que se sacasen víveres para la espedicion que habia de ir nuevamente por tierra á la ensenada de Pinos, regulando lo necesario para tres meses, y que todo lo demas lo llevase el paquebot el Príncipe para Monterey.

Determinó el señor gobernador ir por tierra con el señor teniente D. Pedro Fages, con

doce soldados de su compañía franca de Cataluña, que eran los que habian quedado con vida de los veinte y cinco que habian venido, y los trece que murieron en San Diego, siete soldados de Cuera, cinco indios cristianos de los que habian venido de la California, y dos arrieros; el uno de ellos el que habia desertado en el primer viaje en la sierra de Santa Lucia, que se apareció en San Diego el 28 de Febrero, solo y desnudo, sin mas ropa que un taparabo y la escopeta al hombro, dando las mismas excusas que su compañero, que ya dije, y preguntando por los tres indios californios que tambien se habian desertado, respondió que habia entendido de los gentiles que quedaban en las rancherías de la sierra dicha. Dijo que en todo el camino nada le habia sucedido en el tránsito de tantas rancherías, antes bien lo habian regalado y que se habia desecho de la poca ropa para corresponder. Determinó, asimismo, que con el paquebot fuese el ingeniero D. Miguel Constanzo y el cirujano D. Pedro Prat.

En la mision de San Diego, determinó quedase el sargento de la compañía de Cuera D. José Francisco de Ortega, con ocho soldados de Cuera que eran los únicos que quedaban, por haber ido veinte con el señor capitan y un arriero, como tambien doce indios de los neófitos de la California. Viendo esta determinacion, dispuso el padre presidente por su parte el que en la mision de San Diego quedasen los padres fray Fernando Parron y fray Francisco Gomez; que el padre fray Juan

Crespi fuese por tierra con el Sr. gobernador, y los demas de la expedicion, y su reverencia determinó ir embarcado en el Príncipe. Dispusiéronse todos para la salida; y antes quiso el señor gobernador dar cuenta á S. E. de lo determinado, y resolvió despachar correo á la California; poro velase sin soldados para dicho fin, y arriesgó las cartas con dos indios californios de los once que estaban destinados para San Diego, encargándoles que caminasen de noche, y de dia se estuviesen escondidos y descansando. Así lo hicieron, saliendo de San Diego el 16 de Abril, y llegaron á Villacata el 25 de dicho mes, sin haber tenido la menor novedad, desde donde me despacharon las cartas que recibí en Loreto el 28 de Mayo, y se despacharon luego con lanchas para Santa Cruz, para que con la posible brevedad llegasen á mano de S. E., y junto con ellas recibí carta del reverendo padre presidente en que me daba razon de todo y que se hallaba ya á bordo para el viaje.

CAPITULO XXI.

Sale de segunda vez de San Diego la expedicion en solicitud del puerto de Monterey.

Dispuestas todas las cosas para el segundo viaje salió el paquebot San Antonio del puerto de San Diego, en el que se embarcaron el reverendo padre presidente, el ingeniero y el

cirujano, haciéndose á la vela el 16 de Abril de 1770, segundo dia de la pascua de Resurreccion, y el dia inmediato 17 por la tarde salió D. Gaspar de Portola, gobernador y comandante con los demas que lo habian de seguir por tierra, y siguieron el mismo camino que habian traído á la tornavuelta que algo habian enderezado, y fueron en todas las rancherías de los gentiles bien recibidos y aun con mas demostraciones y espresiones que en el primer viaje. Llegando á la hoya de la sierra de Santa Lucía, en una cañada llamada de los Robles por la mucha abundancia de estos árboles de que está poblada, en una de las rancherías de los gentiles recogieron dos de los indios desertores californios que en el primer viaje se huyeron del registro de la sierra de Santa Lucía, como ya dije en su lugar; y preguntados por el otro compañero dijeron que habia muerto de muerte natural en una ranchería; que ellos le habian asistido en la muerte ayudándole á bien morir y que lo habian enterrado; que los gentiles eran muy bien vistos de ellos dándoles de comer y guardándoles en la ranchería no dándoles lugar á salir por el monte ni que se juntasen con los casados, sino á parte en la casa de los solteros. Los mismos gentiles que los habian cuidado los acompañaron al real hasta entregarlos al comandante, quienes dió las gracias por la caridad que habian usado con aquellos pobres y les regaló unos abalorios de que quedaron muy agradecidos.

Siguió la expedicion su camino y á los

treinta y ocho dias del viaje, dos de descanso y los demas de caminata, llegaron el dia de la Ascencion del Señor, que fué el 24 de Mayo, á la ensenada grande de la punta de Pinos á la banda del Nordoeste, parando como media legua antes de llegar á la mera punta de Pinos en donde se habia enarbolado y fijado la segunda cruz, (como ya dije en su lugar correspondiente) con la inscripcion de que se volvia la expedicion á San Diego por falta de víveres; en cuyo paraje no habia llegado la expedicion en el primer viaje, si solo el señor capitan con los soldados exploradores, el ingeniero D. Miguel Constanzo, que en ella habia hecho su observacion demarcando la punta de Año-Nuevo, registrando bien la punta y toda la playa, y el sargento Ortega con sus soldados que fué á fijar la Santa Cruz; confesando todos los dichos cuando volvieron al real que habian llegado á la mera punta de Pinos, que habian registrado con mucho cuidado la playa y que no encontraban señal alguna de puerto, por cuya razon no se habian quedado en dicho paraje y ensenada, sino en la segunda ensenada de la banda del Sur de dicha punta de Pinos.

Mientras descargaba la recua en el paraje que señaló el comandante para parar el real, quiso dicho señor pasar á ver la santa cruz á mirar si se hallaba señal de haber tocado por la costa el barco, y lo acompañaron el padre misionero fray Juan Crespi y el teniente de voluntarios con un soldado de Cuera que los guardaba, que se habia hallado con el sargento

Ortega cuando se puso dicha cruz, y llegando á ella, despues de haberla adorado, repararon que se hallaba la santa cruz toda rodeada de flechas y varitas con plumeros fijados en la tierra. Una de las varitas con un ensarte de sardinas que tovía estaban frescales, y otra con un pedazo de carne, y al pié de la cruz un montecito de almejas de cuya vista se nos enterneció el corazon considerando que en algun modo daban los gentiles algun culto al sagrado madero, aunque sin luz ni conocimiento de lo que representaba, pero de dicho acto (aunque material) de la virtud de la religion se podria cobrar esperanzas, de que alumbrándoles el entendimiento con la luz de la predicacion evangélica no rehusarian el recibir esta señal de su redencion en sus corazones y frentes.

Despues de mirado lo dicho volteáronse los tres dichos señores y padre misionero hácia la ensenada y playa de ella para ver si se hallaba señal de haber arribado barco, y como estaba el dia muy claro vieron la grande ensenada que se forma de dicha punta de Pinos y de otra que sale mucho mas mar afuera, que siempre se juzgó por la punta de Año-Nuevo y observaron que la mar de toda la ensenada inmensa estaba en leche que parecia una grande laguna, y en ella nadando y ahullando innumerables lobos marinos y á dos grandes ballenatos muy cerca de la playa que á lo mas distarian unas cinco varas de tierra, señal evidente de haber bastante fondo: caminando corto trecho por la misma playa y enb reve

repararon que cerraba la ensenada con la punta de Año-Nuevo y la de Pinos, de modo que la grande ensenada parecia una laguna redonda como una O; al ver esto á una voz prorumpieron los tres: este es el puerto de Monterey que buscamos, pues está á la letra como refiere Sebastian Vizcaino y Cabrera bueno. Luego sacó el padre el ahujon para observar que rumbo es el de la bocana para cerciorarse mas y observó que tenia abierto el Nordoeste y que en este viento tiene la bocana abierta y entrada para dicha grande ensenada, en donde sin duda creyeron era el puerto de Monterey; pero para cerciorarse mas esperaron llegase el barco para que los sacase de la duda que podria haber.

Atendiendo el comandante de que en el paraje al primer viaje no habian encontrado agua buena, si solo cuatro lagunas de agua mala y salobre que de una sola por la necesidad pudieron beber de ella, determinó mudar el real en la otra ensenadita del Sur de la punta de Pinos en un arroyo algo apartado del rio Carmelo, donde habia pastos y agua en donde habian estado por Diciembre cuando se hizo el registro de la sierra de Santa Lucia para esperar desde dicho sitio la llegada del barco; para cuyo paraje se encaminó la recua por las lomas tendidas, camino derecho que dista de la playa de Monterey como legua y media, y el señor comandante con el padre misionero y el señor teniente D. Pedro Fages quiso ir por la punta de Pinos, que la hallaron muy poblada de estos árboles, muchos de

ellos grandes y que pueden servir para palos de un navio; encontraron tambien un monte de cipreces en una punta que está en la ense- nadita que mira al Sur de la punta de Pinos, y despues de haber andado cuatro leguas buenas llegaron al paraje á la orilla del arroyo arriba dicho, cerca de la cruz que habian enar- bolado el dia 10 de Diciembre, aunque no encontraron en esta las espresiones dichas de la otra; pararon en este sitio hasta la llegada del San Antonio (el Príncipe).

CAPITULO XXII.

Llega el Príncipe al puerto de Monterey.

Salió de San Diego el Príncipe, como dije en el capítulo inmediato, el dia 16 de Abril y en cuanto salió de este puerto experimentó los vientos contrarios al rumbo que debia llevar, de modo que en vez de adelantar se alejaba de tal manera que llegó á bajar hasta los treinta grados y á estar en el paralelo de la mision de San Borja de la California enma- rado; despues fué poco á poco ganando altura y subió hasta el puerto de San Francisco y ensenada de los Farallones, los divisaron y vieron bien cerca, y el no haber entonces registrado dicho puerto fué porque ya no tenia el capitan órden para ello, como tambien y principalmente porque se volvió el viento entrándole muy favorable para cojer el puerto

de Monterey que era su destino, para donde viró luego y el mismo día se puso en el de San Francisco de Monterey.

El día 31 de Mayo, día octavo de la Ascension que cumplia ocho dias que la expedicion de tierra habia llegado, divisó ésta por la tarde al dicho barco y muy cerca de la punta de Pinos. Luego mandó el señor gobernador y comandante de tierra se hicieran tres lumbradas que era la señal que se habia dado para que supiesen que estaba ya la expedicion de tierra, y luego que las divisaron del barco hicieron su señal de disparar los cañones para dar á entender estaban enterados de la señal, y por las mismas señas y rumbos que dice el derrotero del piloto Cabaera fué entrando con la lancha por delante sondeando sin faltar un ápice en nada de las señas que trae la historia, se metió el paquebot para dentro como doscientas varas mas para la punta de Pinos y dió fondo en las seis brazas que dice la historia.

El día siguiente, que fué el 1º de Junio, de buena mañana el señor comandante en compañía del padre fray Juan Crespi y del teniente D. Pedro Fages pasaron al puerto y se dieron los brazos y las enhorabuenas de haber dado con el puerto que tanto se deseaba, espresando la alegría con muchos tiros de mar y tierra; el gusto que á todos causaba el verse ya en el deseado puerto de Monterey no es fácil ponderarlo, y así lo dejó á la consideracion del que leyere los trabajos, hambres, necesidades y demas que se puede colegir de un tan dilatado viaje como espresa el diario, habiendo sido repetido el dilatado viaje.

Enterados ya todos de que se hallaban en el deseado puerto de Monterey sin tener la menor duda de que era el mismo de que hace memoria el derrotero del piloto Cabrera Bueno, y el famoso que descubrió el año de 1602 la expedicion de D. Sebastian Vizcaino que á contemplacion del Exm. señor virey, conde de Monterey, que lo habia enviado lo nombró con el nombre de sus estados, y el que encargaba nuestro monarca el señor D. Carlos III se poblase, se determinó dia para formar el acto de posesion señalando para ello el dia 3 de dicho mes de Junio domingo de pascua de Espíritu Santo dando luego orden para que se mundase el real del arroyo vecino al rio Carmelo al puente descubierto de Monterey, registraron mas despacio la playa y vieron muy inmediata la barranca de los Pocitos, los encinos y principalmente el grande, cuyas ramas bañan las aguas del mar cuando está en creciente, en donde se dijo misa el año dicho de 1602 cuando la expedicion del comandante D. Sebastian Vizcaino. Solo se echó menos la mucha gentilidad que entonces se halló, pero se hicieron el juicio ó que se habrian acabado las muchas rancherías que entonces habia ó se mudarian á otras partes como fácilmente lo hacen y lo experimentaron en estos viajes esta expedicion.

CAPITULO XXIII.

*Tómase formal posesion en nombre de S. M. del
puerto de Monterey.*

El día 3 de Junio de 1770 de Pentecostes, primer día de la pascua de Espíritu Santo, juntos el señor comandante D. Gaspar Portola con sus oficiales subalternos, soldados y demas de la expedicion de tierra. D. Juan Perez, capitan del paquebot San Antonio (el Príncipe), con su segundo capitan D. Miguel del Pino con toda su tripulacion y demas que compone la expedicion de mar, y el reverendo padre lector y presidente de todas las misiones fray Junípero Serra con el padre fray Juan Crespi, juntos todos los dichos en la playa del puerto de Monterey, formando una enramada en el mismo sitio y cerca del encino en donde el año de 1602 habian celebrado el santo sacrificio de la misa los reverendos padres carmelitas que iban á la expedicion del comandante D. Sebastian Vizcaino, dispuesto el altar y colgadas las campanas comenzó la fiesta con fuertes repiques.

Luego, revestido el dicho padre presidente de alva y estola é hincados todos, implorando la asistencia del Espíritu Santo (cuya venida sobre el corto rebaño de los apóstoles y discipulos del Señor, celebraba aquel día la uni-

versal iglesia), cantaron con la solemnidad posible el himno del día, *Veni Creator Spiritus*. Después bendijo agua y con ella una grande cruz que tenían prevenida y entre todos la levantaron, fijaron y adoraron, y roció con agua bendita todos los campos y playa del puerto para ahuyentar á todos los infernales enemigos. Y luego se comenzó la misa cantada, sirviendo en el altar la devota imagen de Nuestra Señora, que por mano del señor visitador general dió para la expedición de Monterey el Illmo. señor D. Francisco de Lorenzana, entonces arzobispo de México y actual de Toledo, primado de las Españas, cuya primera misa cantó el dicho padre presidente, predicando en ella después del Evangelio, sirviendo ó supliendo por instrumentos los repetidos tiros de los cañones del paquebot, de los fusiles y de mas armas de fuego. Concluida la misa se cantó la salve á la devota imagen de Nuestra Señora y se concluyó con el *Te Deum Laudamus*.

Concluida la primer función de iglesia pasó el señor comandante á tomar posesion formal de la tierra en nombre de nuestro rey D. Carlos III (Q. D. G.) enarbolando de nuevo los reales estandartes que ya habian desplegado después de la erección de la Santa Cruz, añadiendo las acostumbradas ceremonias de arrancar yerbas, tirar piedras y formar acto de todo; empezando desde aquel día el divino culto y á correr bajo el dominio y señorío de nuestro rey el famoso puerto de Monterey. Después juntos todos los señores con los

padres, comieron á la orilla del puerto y lo mismo toda la gente de mar y tierra, celebrando todas las funciones con repetidos tiros de artillería y fusil.

El señor comandante luego de concluida la funcion, determinó despachar correo para San Diego y la California con cartas para el Exmo. señor virey é Illmo. visitador general para darles la alegre noticia del deseado puerto, y desahogado ya de esto, se pasase á dar principio á la obra del presidio y mision, aunque éste no salió hasta despues de haber celebrado la fiesta del Corpus en la propia iglesia de la nueva mision de San Carlos de Monterey.

Inmediatamente de la Pascua de Pentecostes se dió mano á formar una estacada y dentro de ella unas humildes habitaciones para el real presidio y mision. Destinóse para sitio un plan que hay al lado de un estero que en tiempo de aguas llena y se comunica con la mar, poco mas de un tiro de fusil de la playa y á la vista del puerto, distante solo como tres tiros de fusil, cuyo plan es la falda de la punta de Pinos de cuyos árboles está tambien poblado el llano. Tiró en él sus medidas el señor ingeniero D. Miguel Constanzo, trazando el presidio y á un lienzo de él la mision, mudándose á él toda la gente con lo que se dió principio al real presidio y mision.

CAPITULO XXIV.

Fundacion de la mision de San Carlos de Monterey y primeras funciones que en ella se celebraron de iglesia.

El mismo día 3 de Junio, domingo de Pentecostes de dicho año de 1770, que en nombre de nuestro rey (Q. D. G.) tomó posesion el señor gobernador y comandante D. Gaspar de Portola, del puerto de Monterey, y dió principio al nuevo presidio de San Carlos, por su parte el reverendo padre presidente de todas las misiones fray Junípero Serra en nombre del rey y del reverendo padre guardian y venerable discretorio de mi apostólico colegio de propaganda fide de San Fernando de México, dió principio á la nueva mision, título de San Carlos, nombrando de patron de la nueva iglesia al Santísimo Patriarca señor San José, y como principal nuestro, de ella tomó posesion en nombre de dicho colegio, señalando de su coministro al padre predicador fray Juan Crespi, su discípulo en la filosofia que le dictó en el real convento de nuestro seráfico padre San Francisco de la ciudad de Palma de la santa provincia de Mallorca.

La primera funcion de iglesia que se hizo en esta nueva mision fué la que dije en el capítulo inmediato, sirviendo de primera iglesia

una enramada y en ella su mesa de altar, en el que continuaron celebrando mientras que se concluía un cuarto que sirvió de capilla.

El mismo día que se fundó y tomó posesión de la misión, luego de enarbolada la Santa Cruz, que ya dije, antes de cantar la misa dió sepultura al galafate del paquebot que el día antes había muerto á bordo del referido barco, habiendo antes recibido los santos sacramentos de penitencia y extremaunción, el cual se enterró arrimado á la Santa Cruz.

Luego de concluido en el real presidio el cuarto que había de servir interinamente de iglesia, habiendo precedido la santa ceremonia de bendición, se hizo en ella la solemne función del Corpus en su propio día que fué el 14 de Junio con el Santísimo patente en la misa cantada, haciendo que el cuadro que estaba delineado y ya empezado para el real, la solemne procesión con el Divinísimo con muchos repiques de campanas y repetidas descargas de los cañones del paquebot, de los fusiles y escopetas de los soldados, cuya función fué para todos de gran regocijo y extraordinaria alegría como puede considerar todo cristiano católico romano. A estas funciones no ocurrieron todavía los gentiles ni se dejaban ver á los principios, hasta que después, poco á poco, fueron perdiendo el miedo y empezaron á frecuentar la misión, aunque hasta el día 26 de Diciembre no se logró el bautizar, pues este dicho día fué el primer bautismo de un muchacho de cinco años de edad que se llamó Bernardino de Jesus; pero después poco á poco

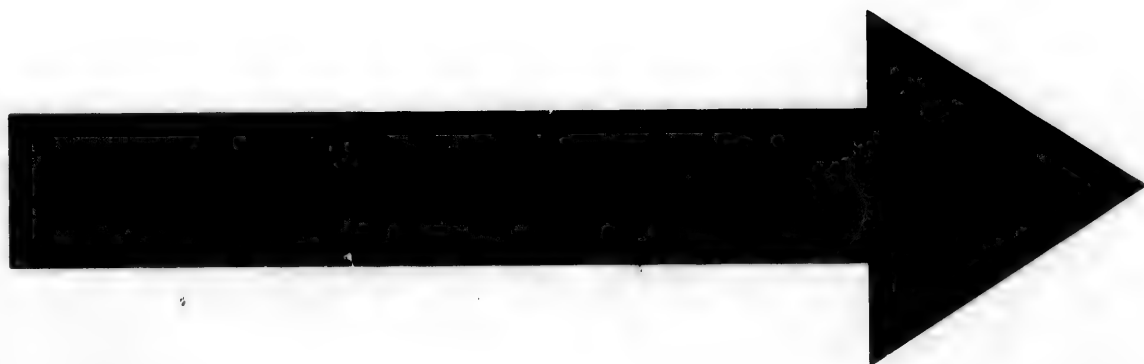
ar, en el
que se

posesion
a Santa
nisa dió
e el día
o barco,
amentos
l se en-

sidio el
ente de
remonia
ne fun-
ué el 14
la misa
estaba
l, la so-
muchos
argas de
es y es-
fué para
a alegría
católico
urrieron
er á los
á poco,
on á fre-
ia 26 de
ues este
un mu-
e llamó
co á poco



A GARDEN IN SAN DIEGO, IN FEBRUARY.



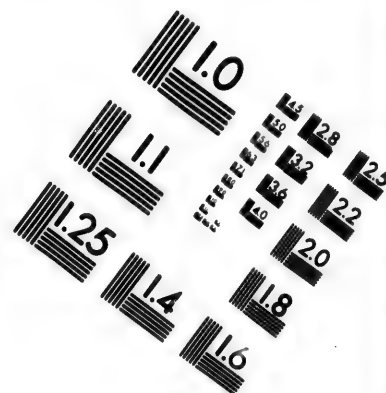
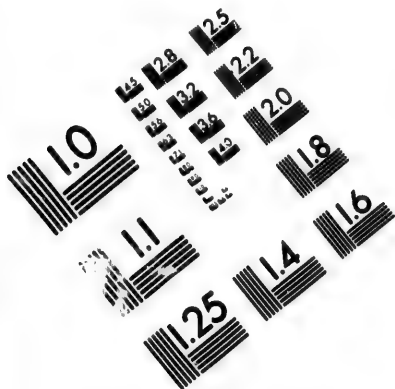
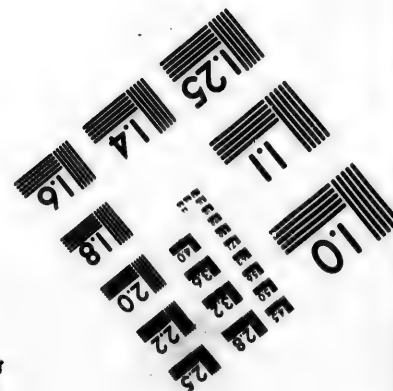
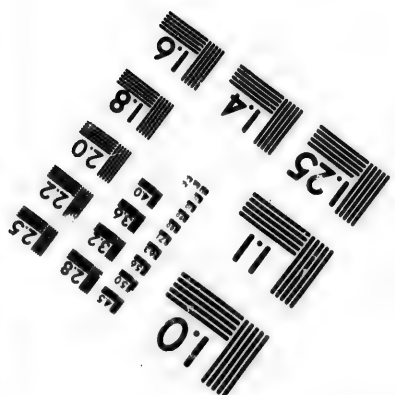
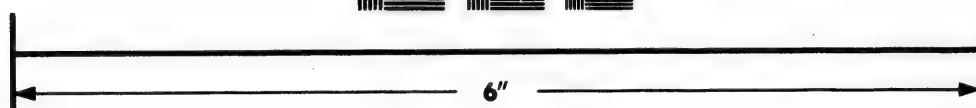
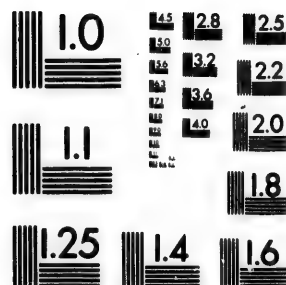


IMAGE EVALUATION TEST TARGET (MT-3)



Photographic
Sciences
Corporation

23 WEST MAIN STREET
WEBSTER, N.Y. 14580
(716) 272-4503

**CIHM/ICMH
Microfiche
Series.**

**CIHM/ICMH
Collection de
microfiches.**



Canadian Institute for Historical Microreproductions / Institut canadien de microreproductions historiques

© 1983

se han ido dando y se ha formado la mision, como diré en la tercera parte.

CAPITULO XXV.

Despáchase correo para la California con las cartas para S. E. y señor visitador general.

Hallábase el nuevo presidio con corto número de soldados, pues se reducía á doce de los voluntarios de Cataluña y á siete de los de Cuera de la compañía de la California. Para despachar dichas cartas con seguridad, para que no se perdiesen ni peligrase el que las llevaba; se deja discurrir qué número de soldados eran necesarios, atendiendo á la mucha gentilidad que en el camino se encuentra; pero careciendo de ellos se resolvió á enviar á un solo soldado de Cuera acompañado de un mozo marinero que ambos voluntariamente se ofrecieron.

Salieron de Monterey el 14 de Junio por la tarde, y llegaron sin novedad á San Diego en donde se hallaban con la misma falta de soldados, y tuvieron que seguir solos aunque á la primera jornada de San Diego, encontraron al señor capitan D. Fernando, que con veinte soldados conducía el ganado y los víveres, y les dió cinco soldados para que los acompañasen atendiendo á lo que habia experimentado en los gentiles, que viniendo con tantos sol-

dados se le habian atrevido. Con esto pudieron seguir con mas seguridad, y llegaron á la California hasta la mision de Todos Santos, en donde en la actualidad se hallaba el señor gobernador D. Matías de Armona, en donde ambos recibimos las cartas con la alegre noticia el dia 2 de Agosto por la tarde, y el dia siguiente canté la misa de gracias. Lo mismo se habia practicado en la mision y real de Loreto, y se practicó en el real de Santa Ana, con grandes salvas de los soldados. Aprontó el señor gobernador una lancha para que saliese el correo con las cartas aunque primero llegó á México que el correo el comandante D. Gaspar de Portola, como diré en el capítulo siguiente.

Tenia el señor Portola la orden de que en cuanto tomase posesion en nombre de S. M. de la tierra y puerto de Monterey, entregase el mando á D. Pedro Fages, teniente de la compañía franca de los voluntarios de Cataluña, y pasase con el primer barco que se fuese de San Blas á México á dar cuenta de su comision y del estado en que quedasen los nuevos establecimientos así de Monterey como de los demas. Y en cumplimiento de esta orden determinó su salida con el mismo paquebot San Antonio; y así dejando encargado el nuevo presidio á D. Pedro Fages, se embarcó el dia 7 de Julio, como ya digo.

CAPITULO XXVI.

*Sale el comandante Portola para San Blas,
llega la noticia á S. E. de la conquista de
Monterey y lo que en virtud de
ella determinó.*

Aunque la orden del señor visitador general era de que siempre en el puerto estuviese uno de los barcos, para lo que podia suceder de alboroto en los gentiles; pero no concibiendo el menor recelo de los de Monterey por su docilidad, y atendiendo á que si el barco San José no hubiese llegado con los víveres á San Diego, se verian en breve en la misma necesidad que antes; y aun dado caso que hubiese llegado á San Diego, convenia el que se adelantase el Príncipe para lograr la estacion del tiempo para poder subir con nuevo socorro para ambos presidios. Determinó el señor comandante con acuerdo del capitan del paquebot el salir para San Blas.

Con esta determinacion dejando ya principiado el presidio y mision de San Carlos, se hizo á la vela el día 9 de Julio, embarcándose en él el dicho señor comandante D. Gaspar de Portola y el ingeniero D. Miguel Constanzo, quedando todos los demas en el nuevo presidio y mision; y aunque habian quedado con el comandante de mar que se hallaba á bordo de

la Capitana (el San Carlos) anclado en el puerto de San Diego, que de paso tocaria á dicho puerto para que divida la tripulacion entre los dos barcos. si no hubiese parecido el San José, pudiesen de comboy pasar á San Blas, antes que en el puerto de San Diego se perdiese la Capitana con la broma y detencion tan larga; pero el viento no dió lugar para que el Príncipe entrase á San Diego, y así en derechura se fué á San Blas á donde llegó con toda felicidad en primero de Agosto; y luego de llegado el señor Portola despachó correo para adelantar la noticia alegre á S. E. por si el correo de tierra hubiese recibido fracaso y sufrido por ello demora.

Llegó á S. E. la plausible noticia de la posesion del puerto de Monterey el dia primero de Agosto de dicho año de 1770, quien luego quiso publicar á toda la ciudad la alegría que le habia causado dicha noticia; y para ello mandó se diese un repique general en la catedral y en todas las demas iglesias de la capital de México, publicando con este alegre repique la alegría que en su corazon tenia por lo importante que era dicho puerto á la corona de nuestro monarca, y en accion de gracias del feliz éxito de las expediciones, y haberse estendido con ellas los dominios de nuestro rey con mas de trescientas leguas de buenas tierras y muy pobladas de gentilidad que poco á poco se irian reduciendo á nuestra santa fé católica. Y como católico mandó se cantase en la catedral misa solemne de gracias á la que asistió, acompañado de todos los tribunales; y para

que fuesen tambien participantes de estas alegres noticias todos los habitantes de toda la Nueva-España, mandó imprimir y repartir la siguiente relacion que inserto aquí copiada á la letra de la impresa.

ESTRACTO de noticias del puerto de Monterey de la mision y presidio que se han establecido en él con la denominacion de San Carlos, y del suceso de las dos expediciones de mar y tierra que á este fin se despacharon en el año próximo pasado anterior de 1769.

Despues de las repetidas y costosas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes, para el reconocimiento de la costa occidental de Californias, por la mar del Sur, y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa, con las dos expediciones de mar y tierra, que á consecuencia de la real orden, y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el Cabo de San Lucas y el presidio de Loreto en los meses de Enero, Febrero y Marzo del anterior próximo año.

En Junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los treinta y dos grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio se regrese al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot Capitana, nombrado

San Carlos, por falta de los marineros que murieron de escorbuto, y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del pais hasta el grado treinta y siete y cuarenta y cinco minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos, y recelando escasez de víveres volvió á S. Diego donde, con el feliz arribo del paquebot San Antonio en Marzo de este año, tomaron los comandantes de tierra y mar, la oportuna resolucion de volver á la empresa conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de Abril del presente; y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de Mayo y la de mar arribó tambien el 31 del propio.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables indios gentiles que pueblan todo el país explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la procesion el dia 3 de Junio con instrumento auténtico que estendió el comandante en jefe D. Gaspar de Portola y certificaron los demas oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel el mismo puerto de Monterey con las idénticas señas que describieron las relaciones antiguas del general D. Sebastian Vizcayno y el derrotero de D. José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

En el día 14 del citado mes de Junio último despachó el dicho comandante D. Gaspar de Portola un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar establecido en él la mision y presidio de San Carlos; pero con el motivo de la grande distancia aun no ha recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en primero del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portola, el ingeniero D. Miguel Constanzo y el capitan D. Juan Perez, comandante del espresado paquebot San Antonio (álias el príncipe) que salió el 9 de Julio de Monterey, y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su largo viaje con tan feliz celeridad que el primero de este mes echó ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles y provisiones en el nuevo presidio y mision de San Carlos de Monterey, y el repuesto para un año á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña D. Pedro Fages, con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha se le habrá unido ya el capitan del presidio de Loreto D. Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, y los vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres desde la nueva mision de San Fernando de Villacata, situada mas allá de la

frontera de la California antiguamente reducida: pues salió de aquel paraje el 23 de Mayo último con destino á los espresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en éste se dejaron provistos con abundancia de víveres los almacenes ya construidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio, y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de S. M., San Carlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de Octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tercer viaje desde el puerto de San Blas y que conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España para que en el dilatado y fértil país, reconocido por la espedicion de tierra desde la antigua frontera de la California hasta el puerto de San Francisco, poco distante y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones, y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buen indole de los innumerables indios gentiles que habitan la California septentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla aquella numerosa y docilísima gentilidad, asegura el comandante D. Gaspar de Portola, y en lo mismo convienen los demas oficiales y los padres misioneros, que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital. Bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artillería, tropa y

abundantes municiones de guerra; y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion, añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio y de la solemne procesion del Santísimo Sacramento que se hizo en el dia del Corpus 14 de Junio, con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios la estencion de la fé de Jesucristo, y la felicidad de los míseros gentiles que gimen sin conocimiento de ella en la última esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los primeros pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demas documentos se puede dar á su tiempo de una obra completa de ambas expediciones.

México, Agosto 16 de 1770.—Con licencia

y orden del escelentísimo señor virey en la imprenta del superior gobierno de la Nueva España.

Por la noticia que tuvo el comandante de la expedición de mar, D. Vicente Vila, de que por Julio salía de Monterey el paquebot San Antonio con el comandante de tierra el señor Portola, que adquirió por el correo de tierra, dispúsose para su regreso á San Blas en cuanto el dicho llegase á San Diego, pidiendo para ello al señor capitán D. Fernando Rivera un soldado de los de Cuera y á dos vaqueros, que todos entendían de marineros con los cinco que á bordo tenía.

Viendo que corría el mes de Agosto y no llegaba ni el barco San José con la tripulación ni el San Antonio, receloso no hubiese pasado sin tocar á San Diego, resolvió salir para San Blas antes que se le imposibilitase la capitana con tanto tiempo de anclada en San Diego, como lo ejecutó por el dicho mes de Agosto llegando á dicho puerto de San Blas con toda felicidad, aunque á poco de llegado enfermó el comandante de gravedad de que murió y quedó el barco disponiéndose para trasportar á la California veinte marineros y los avíos para las misiones, como queda dicho en la primera parte en los cap. 20 y 22.

CAPITULO XXVII.

Salen del colegio diez religiosos para Monterey para la fundacion de cinco misiones.

Deseoso el fervoroso celo del Exmo. señor virey de la conversion de la inmensa gentilidad que se habia encontrado por la expedicion de tierra en los dos viajes que en solicitud del puerto habia hecho, determinó luego que se diese mano á la fundacion de otras diez misiones á mas de las que de antemano tenia encomendadas; que las cinco se fundasen en el país intermedio de San Fernando de Villacata y San Diego; y las otras cinco entre los dos puertos de San Diego y San Francisco último, andado por la expedicion de tierra. A ese fin fué llamado del Illmo. señor visitador general D. José de Galvez, el reverendo padre guardian de nuestro colegio de San Fernando para que aprontara treinta religiosos sacerdotes, los veinte para la California que se habian de embarcar en San Blas con el paquebot S. Carlos y los diez restantes en el S. Antonio, álias el Príncipe, para Monterey por Octubre de dicho año de 1770, y se embarcaron los veinte para la California, como ya dije en la primera parte, y así solo hablaré aquí de los diez destinados para Monterey, que fueron los siguientes:

El padre fray Antonio Paterna, el padre fray Antonio Cruzado, el padre fray Francisco Dumet, el padre fray Angel Samora, el padre fray Miguel Pieras, el padre fray Buenaventura Sitjar, el padre fray Domingo Juncosa, el padre fray José Caballer, el padre fray Luis Jaime, el padre fray Pedro Benito Cambon; los que se embarcaron en el paquebot San Antonio, álias el Príncipe, el día 20 de Enero de 1771 y navegaron para San Diego, experimentando en el camino ó viaje algunas tempestades; pero gracias á Dios llegaron con toda felicidad al puerto de S. Diego el 12 de Marzo, encontrando en aquella nueva mision de ministros á los padres predicadores fray Fernando Parron y fray Francisco Gomez, ambos heridos del penoso accidente del escorbuto; y dejando para la mision y escolta la parte de víveres que les tocaba, determinó el capitán D. Juan Perez seguir su viaje á Monterey con la demas carga y los diez religiosos para tomar la bendicion del reverendo padre presidente y recibir la asignacion de su destino.

Tenia pedida la licencia para retirarse al colegio á fin de sanar de sus accidentes, el padre predicador fray Francisco Gomez, y receloso de no perder la ocasion del barco y que si á la presente no la lograba se veria precisado á esperar á lo menos otro año, determinó el pasar con los demas á Monterey á pedir la licencia del reverendo padre presidente para irse con dicho barco á San Blas y de allí al colegio; y para poderlo hacer sin dejar en San Diego á su compañero solo

fray Fernando Parron que no se sentia menos accidentado, pidió al padre prior fray Juan Paterna que venia de presidente de los demas, dispusiese se quedase uno de los susodichos diez en San Diego, quien condescendió á ello determinando se quedase el padre predicador fray Juan Dumet para compañero del padre Parron, interin determinaba otra cosa el reverendo padre presidente. Con esta determinacion se embarcó con los otros nueve el dicho padre Gomez y salieron de San Diego el 14 de Abril, no siendo menores los sustos en lo restante de la navegacion de los que habian tenido desde San Blas; pero gracias á Dios dieron fondo con toda felicidad al puerto de Monterey el 21 de Mayo, dia muy alegre para el reverendo padre presidente que se veia ya con tantos operarios para trabajar con fervoroso espíritu en la viña del Señor, teniendo asimismo el gusto de celebrar la solemne fiesta del Corpus en su propio dia que fué el 30 de Mayo con una comunidad de doce misioneros, sacerdotes todos franciscanos del apostólico colegio de San Fernando en el dia mismo del santo patron del colegio del señor San Fernando, como lo celebró el antecedente año.

CAPITULO XXVIII.

Providencias que recibió del Exmo. Sr. virey el reverendo padre presidente para las nuevas misiones.

Tenia informado á S. E. el reverendo padre presidente que en el puerto de Monterey no habia agua corriente para regar y hacer siembras para la mision, y que juzgaba mas á propósito el sitio del Carmelo que con las aguas del rio se podrian beneficiar las tierras, y no distando mas de una legua del real presidio deseaba su beneplácito para mudarla. A lo que respondió S. E. condescendiendo á su peticion que la mudase á las cercanías de dicho rio ó donde juzgase por mas conveniente.

Asimismo le encargaba que á mas de las tres misiones de S. Carlos, S. Diego y S. Buenaventura, fundase otras cinco con las advocaciones de S. Gabriel y Santa Clara en el intermedio del sitio señalado para la de S. Buenaventura y S. Diego, de S. Luis Obispo Tolosa, y S. Antonio de Padua, entre S. Carlos de Monterey y San Buenaventura y la de San Francisco nuestro padre, en su propio puerto. Enviando para ellas ornamentos, vasos sagrados y utensilios de iglesia y sacristía segun y como envió para fundar las cinco en la frontera de la California entre Villacata y

San Diego, como queda dicho en la primera parte, recibiendo por parte del colegio los utensilios de casa y campo para las cinco dichas misiones, que se compraron de los cinco mil pesos que S. E. mandó dar á nuestro hermano síndico para las dichas cinco misiones. Remitióle tambien S. E. un ornamento completo de casulla y dalmática solemne para la iglesia de la nueva mision de San Carlos. Y el Illmo. señor visitador general envió algunos ornamentos de todos colores ya usados y algunos muy viejos de las iglesias y sacristías de los padres jesuitas.

Antes de poner mano á los encargos de S. E. de la fundacion de las misiones, hizo la distribucion de los religiosos para ministros de ellas, concediendo la licencia al padre fray Francisco Gomez para irse á curar al colegio y al padre fray Fernando Parron que estaba con el mismo accidente en San Diego, el que tambien la tenia pedida para pasar á las antiguas misiones de la California para ver si mejoraba en ellas y podia proseguir en el ministerio; y en atencion á esto determinó que pasase de ministro á S. Diego el padre predicador fray Luis Jaime con el padre Dumet que allí se habia quedado.

Para la fundacion de San Buenaventura destinó á los padres predicadores fray Antonio Paterna y fray Antonio cruzado; y para la mision de San Gabriel destinó á los padres misioneros fray Angel Somer y fray Pedro Benito Cambon; y supuesto que estas misiones estaban mas cerca de S. Diego que de

Monterey, dispuso que dichos se volviesen á embarcar en el paquebot San Antonio que de vuelta habia de tocar en San Diego y con esto evitarian el trabajo del viaje de tierra y podrian en dicho barco ir todos los cajones de ornamentos y utensilios de casa y campo, como tambien sus avíos y demas perteneciente á dichas misiones.

Para la mision de San Antonio de Pádua nombró de ministros á los padres frey Miguel Pieras y fray Buenaventura Sitjar; para la mision de San Luis á los padres fray Domingo Juncosa y fray José Cavaller, los que habian de ir por tierra por no estar los sitios muy distantes de Monterey; para la mision de San Carlos quedaba dicho reverendo padre presidente con su discípulo fray Juan Crespi.

Aun con dicho número de religiosos hallábase sin ministros para las dos misiones de nuestro seráfico padre San Francisco y de la madre Santa Clara; pero como no habia soldados de pronto para todas determinó escribirme, pidiéndome de la California cuatro religiosos como lo hizo; y por falta de misioneros no se detuvo la fundacion sino por falta de soldados como diré en su lugar.

Quedaron todos contentos con sus asignaciones y los que se habian de volver á embarcar disponiéndose para su viaje. Tratose con el comandante D. Pedro Fages del modo de las fundaciones y el número de escoltas que habian de poner en cada una de ellas y evacuadas estas diligencias se embarcaron los seis religiosos el uno para la mision de S. Blas, los

cuatro para S. Buenaventura y S. Gabriel y el padre Gomez para irse al colegio. Embarcóse tambien con ellos el comandante D. Pedro Fages para asistir á lo menos á alguna de las fundaciones. Salieron del puerto de Monterey el 7 de Junio de dicho año de 71; el 14 de dicho mes estaban ya en el puerto de San Diego y se principió desde luego la fundacion de San Gabriel como diré despues, siguiendo su viaje para San Blas que hasta el 21 no salió el barco.

CAPITULO XXIX.

Fundacion de la mision de San Antonio de Pádua en la cañada de los Robles, en la hoya de la sierra de Sta. Lucia.

A los dos dias de haber salido el barco de Monterey se decidió el reverendo padre presidente al registro del rio Carmelo, con el fin de dar mano á la mision para mudarla del presidio, y habiéndolo hallado muy á propósito para ello, dejó dispuesto se cortase la madera necesaria para la capilla que para de pronto habia de servir de iglesia y de vivienda, dejando en esta faena á tres mozos que habian quedado del barco, y á cuatro indios californios con cinco soldados para la escolta, interin pasaba á la fundacion de la mision para donde se encaminó luego.

Llevó consigo á los padres fray Miguel

Pieras y fray Buenaventura Sitjar, ministros destinados para ella con la escolta de siete soldados y el uno de ellos con plaza de cabo, á tres marineros para el trabajo de las casas junto con indios californios para el mismo fin. Caminaron para la hoya en la sierra de Santa Lucia, como venticinco leguas distante del real presidio de Monterey, y llegados á una cañada grande muy poblada de robles, por cuyo motivo fué nombrada de los Robles, y registrando el paraje halló el reverendo padre presidente ser muy á propósito un hermoso plan de dicha cañada cerca de un rio que corria con bastante agua que registraron era fácil el sangrarlo y aprovecharse de sus aguas para regar las buenas y muchas tierras que tiene dicha cañada, nombrando desde luego el real de San Antonio.

Registrado el sitio para la mision hízose una cruz la que bendita se fijó y adornó en una enramada que sirvió de primera iglesia; dijo el reverendo padre presidente la primera misa, dando con ella principio á la mision el dia del seráfico doctor San Buenaventura. Desde aquel dia empezaron á ocurrir muchos gentiles de las rancherías inmediatas á la novedad, y dándoles á entender por señas el motivo de la venida, manifestaron mucha alegría, demostrándolo con las frecuentes visitas que hacian á los padres y con los distinguidos regalos con que acudian de piñones y semillas de que se mantienen.

Dieron luego mano á hacer una humilde vivienda de palos y una capilla de lo mismo

cercada de estacada para el resguardo, como tambien casas para las escoltas, sirvientes é indios californios. En breve dieron á entender el afecto que tenian á los referidos padres y la confianza en ellos; pues llevábanles las semillas que recojian en los campos, diciéndoles que comiesen de ellas lo que quisiesen y las demás se las guardasen para en tiempo de frio; como lo hicieron; de modo que á los quince dias despues de fundada la mision salió de ella el reverendo padre presidente; le pareció que en breve habria de ser una grande mision por los muchos gentiles que habia en las cercanías y por el afecto que manifestaron.

Despidióse su reverencia de los nuevos ministros, dándoles aquellos consejos é instrucciones que su gran capacidad, con la práctica de muchos años, le dictó con las que fueron trabajando con apostólico afan en la conversion de aquella docilicima gentilidad.

CAPITULO XXX.

Traslacion de la mision de S. Carlos á las orillas del rio Carmelo.

Luego de concluida la fundacion de la mision de San Antonio de Padua pasó al real presidio de Monterey el reverendo padre presidente, y aunque deseaba con vivas ansias

pasar á fundar la otra de San Luis Obispo, pero no era dable por la falta de soldados para escoltas, y así dió mano á trasladar la mision como le encargaba su escelencia; para ello dispuso que en el real permaneciese su padre compañero fray Juan Crespi, y los ministros destinados para San Luis, y su reverencia determinó pasar á vivir al paraje que habia señalado en el Carmelo para idear la obra de la iglesia y vivienda, como tambien para acalorarlo. Con este fin se mudó á las orillas del Carmelo á principio de Agosto de dicho año de 1771, escoltado de los cinco soldados, y habiendo ya cortado alguna maderera los tres marineros y cuatro indios californios, á lo que tambien ayudaban los señores soldados, dió principio á la obra haciendo por de pronto una pieza para capilla y á su continuacion vivienda con cuatro piezas y una mayor para troje, como tambien una casa para la vivienda de muchachos y su cocina, todo de madera con su terrado cercado todo de buena estacada. En la esquina del cuadro de ella una casa tambien con su terrado para guardia de los soldados, y á la vista unos corrales para las bestias y ganados. Como eran pocos los trabajadores y no apuraba mucho por tener en la mision vieja contigua al real presidio todas las cargas y trastes pertenecientes á la mision, no se dieron prisa; por cuya razon no se dió por concluida la obra y no se efectuó la total mutacion hasta últimos de Diciembre de dicho año de 71, en que quedaron del todo mudados, quedando en el real los dos ministros de la

mision diciendo misa hasta tanto se verificase la fundacion de la mision.

Quedó la mision de San Carlos con esta traslacion en un ameno sitio, fundada sobre una loma que tiene á la vista un dilatado llano muy á propósito para siembras, que es toda la vega del rio Carmelo cuya agua corre todo el año, aunque en tiempo de secas no es mucha el agua, siendo así que en tiempo de aguas no da vado toda su caja, muy poblada de arboleda, sauces y otros palos con mucha zarzamora é infinidad de rosales de Castilla que están tambien muy poblados los campos; á mano izquierda tiene una buena laguna al pié de la loma de esta mision, con bastante agua, principalmente en tiempo de lluvias que no alcanza á mantener en su caja toda la que recibe de las lomas cercunvecinas, y en dicho tiempo corre por una grande zanja hasta la mar que dista poco mas de dos tiros de fusil, que es la ensenadita de la banda del Sur de la punta de Pinos: pero en tiempo de secas mantiene dicha laguna su porcion de agua buena que en sí tiene unos veneros, y en tiempo de aguas con una presa de unas cien varas que es el tramo de la loma y el ancho de dicha laguna, parece sería fácil retener bastante agua para regar lo que se quisiese del llano que tiene á la vista.

Está la mision cercada de lomerías con buenos pastos para toda especie de ganados; tiene abundancia de leña como tambien de madera para fabricar, como de pinos, álamos blancos y algunos palos colorados; y á una legua poco menos de distancia hay muchos cipreses en la

punta llamada de dichos árboles por la abundancia de ellos; tiene hermoso cielo, aunque despues de concluidas las aguas abundan las neblinas; la vista que tiene desde la mision á la mar es de dicha ensenada; en las cernanías de la mision hay varias rancherías de gentiles que desde luego de fundada la mision la empezaron á frecuentar y empezó en breve su reduccion, como diré en su lugar hablando del estado de dicha mision.

CAPITULO XXXI.

Fundacion de la mision de San Gabriel Arcangel y motivo por qué no se pasó á la fundacion de la de S. Buenaventura.

Quedaron de acuerdo el señor comandante y el reverendo padre presidente que se fundase la mision de San Gabriel en el rio del nombre de Jesus de los Temblores, conocido de los soldados por el rio de Santa Ana, y la de San Buenaventura en el primer pueblo de la canal de Santa Bárbara, nombrado de la Asumpta, con quince hombres en atencion á la mucha gentilidad que en la canal se vió. Con esta resolucioñ llegaron á San Diego con el paquebot San Antonio el 14 de Junio el señor comandante con los padres misioneros que iban á dichas fundaciones, y en cuanto se vió desocupado el comandante de la salida de

les por la abundancia
so cielo, aunque
uas abundan las
desde la mision á
en las cernanías
rías de gentiles
mision la empe-
en breve su re-
ar hablando del

XI.

*San Gabriel Arcan-
se pasó á la
Buenaventura.*

El comandante
te que se funda-
el en el rio del
blos, conocido
Santa Ana, y la
primer pueblo de
nombrado de la
s en atencion á
la canal se vió.
San Diego con
14 de Junio el
dres misioneros
, y en cuanto se
e de la salida de

dicho barco que fué el 21 de dicho Julio, se empezó á tratar de las fundaciones; pero el día 22 sucedió que desertaron del presidio de San Diego diez hombres que fueron hechos soldados de los de Cuera, uno de los voluntarios y un arriero. Viéndose con esta novedad tan impensada suplicó á los padres misioneros que se animase uno de ellos á seguirlos con algunos soldados á fin de reducirlos á buenas se restituyesen al presidio; ofrecióse á ello el padre predicador fray Antonio Paterna, dándole el señor comandante un papel en blanco con su firma para que en su nombre les ofreciese el perdon y todo lo que le pareciese conveniente con el fin de que desistiesen del atentado pretendido. Siguiólos, y habiéndolos alcanzado, con su persuacion y eficacia los redujo á que volviesen, prometiéndoles el perdon del señor capitan. Regresáronse á la mision de San Diego, y para mayor seguridad suya tomaron iglesia, y con su papel de resguardo se fueron ya perdonados al cuartel.

Dispúsose la marcha para pasar á la fundacion de la mision de San Gabriel Arcangel, para donde salieron el día 6 de Agosto los dos padres misioneros fray Angel Somera y fray Benito Cambon escoltados de 14 diez soldados que estaban destinados para dicha mision, y salió con ellos la recua con los avíos para dicha mision escoltada de cuatro soldados y cuidada de cuatro arrieros que habian de volver luego á San Diego para conducir despues los avíos de la de San Buenaventura.

Esta misma noche del día 6 de Agosto

desertaron de San Diego un cabo con cinco soldados de Cuera, y con la salida de los demas para San Gabriel no salieron por de pronto en seguimiento de ellos hasta el 24 de Agosto que volvieron á la mision y se llevaron unas reses; de que indignado el comandante salió en pos de ellos y los encontró atrincherados y resueltos primero á morir que á entregarse, y para evitar muertes se retiró sin ellos á la mision, suplicando al padre predicador fray Francisco Dumet, se dignase de ir á hacer la diligencia de reducirlos, como en efecto lo hizo y redujo de la misma manera que á los primeros.

Todas estas disposiciones no servian de otra cosa que de retardar y resfriar los ánimos para las fundaciones, con el recelo de que estando en ellas al mejor tiempo no dejasen desamparada la mision y evidente peligro las vidas de los padres.

Llegaron los padres que iban á fundar la mision de San Gabriel al rio de los Temblores; registraron sus orillas y no les debia cuadrar; pasaron adelante al valle de San Miguel y cerca del rio de este nombre no muy lejos de su nacimiento les pareció mas á propósito para la mision, y así determinaron fundarla sobre una loma tendida de dicho valle que al pié de ella corren unas buenas zanjias de agua con la que se puede regar las buenas tierras que tiene dicho valle á mas de la del rio que solo dista como media legua. Tienen dichas zanjias mucha arboleda de álamos, sauces y otros árboles, y de mucha zarzamora y de innumerables

parras silvestres, teniendo como una legua de dicho paraje un grande bosque de encinos con muchas zanjas de agua corriente.

Atendiendo á todas estas conveniencias dieron mano á la fundacion, y el dia 8 de Setiembre de dicho año de 1771, dia de la Natividad de Nuestra Señora, levantando el estandarte de nuestra redencion la santa cruz en una enramadita, que por de pronto sirvió de iglesia, celebraron la primera misa dando principio á esta mision dedicada al Arcangel San Gabriel. Luego dieron mano á hacer una iglesia de palos y tule, y unas humildes viviendas para los padres y soldados, á cuya obra ayudaron mucho los gentiles de las rancherías inmediatas acarreando la madera y palos, y ayudaron con mucha aficion. Luego que la obra estaba ya en corriente, se volvió la recua para San Diego con los cuatro soldados y tres arrieros, quedando solo en la nueva mision diez soldados y un arriero, con quienes se iban adelantando las viviendas ayudando con grande consuelo de los ministros los gentiles, con tales espresiones que el dia que se mudaron los padres á ellas quisieron los gentiles cargar los catres de los padres, adornándolos con muchas flores del campo. Concluyéronse en breves dias dichas viviendas con ayuda de tantos operarios, y se logró tambien el hacer una buena estacada para el resguardo y unos corrales para ganado y caballada.

Frecuentaban los gentiles la mision y en mucho número, de modo que se consideraba ser corta la escolta de diez hombres, y en

atencion á esto determinó el padre fray Angel pasar á San Diego á verse con el señor capitán, á fin de solicitar algunos soldados mas, para cuyo viaje salió con tres soldados de escolta el dia primero de Octubre, y llegó á San Diego el dia 3, y consiguiendo dos soldados mas se retiró para la nueva mision, en donde llegó con dicho corto socorro el dia 9 de dicho mes de Octubre sin hallar novedad, ni haberla habido en dicho tiempo en la mision.

El dia siguiente se contaba 10 de Octubre; cayeron á los dos soldados que estaban de caballada un sin número de gentiles todos armados y tan de improviso, que no les dieron lugar á abrocharse las cueras, y en cuanto estuvieron disparó el capitán de ellos una flecha á uno de los soldados, la que rechazó con la adarga y le disparó la escopeta pasándole las balas con que cayó y huyeron todos los demas. Al oir el tiro de la mision ocurrió el cabo con los demas soldados, y hallaron que ya lo habian acabado de matar y refirieron al cabo lo que habia sucedido, el cual mandó le cortasen la cabeza y fijada en un palo se pusiese en público para que escarmentasen los demas, y por la tarde envió á la ranchería seis soldados para que viesen que no les tenian miedo, como tambien para hablarles que se contuviesen, que no venian á hacerles guerra mientras no diesen motivo, que ya habian visto que los habian tratado muy bien mientras no hicieron daño. Con estas semejantes razones que por señas les dijeron y dieron á entender se hicieron las paces, y pasados unos

pocos dias ocurrieron á la mision á pedir la cabeza del capitan que ya por súplicas de los padres habian quitado del palo y se les entregó; pero aunque no hicieron otra tentativa ya no frecuentaron la mision hasta que poco á poco se les fué quitando el miedo, y dieron despues á entender á los padres que el motivo de la guerra habia sido porque un soldado habia forzado á una india de la ranchería, y avisado el capitan de ello quiso vengar el agravio, juntando para ello y convidando á las rancherías inmediatas; se les dió en el modo posible satisfaccion por parte de los padres aconsejándoles lo que habian de hacer; con esto fueron poco á poco olvidando el caso y ocurriendo á la mision.

A los pocos dias de sucedido lo dicho en la mision, llegó á ella el capitan comandante con los padres que pasaban á la fundacion de San Buenaventura y con todos los soldados que eran doce de los voluntarios que acababan de llegar de la California, que venian á reemplazar los que habian muerto del escorbuto que queda dicho, y catorce de los de Cuera con cuatro arrieros que venian con la recua y avíos de la mision de San Buenaventura. En vista de lo sucedido en San Gabriel, ignorando por entonces la causa del alboroto de los indios, determinó aumentar la escolta añadiéndole seis soldados, que le pareció sería suficiente la escolta de diez y seis soldados de Cuera y dos de los voluntarios, no quedándole ya mas que doce voluntarios y ocho de Cuera, y con estos ya no habia lo suficiente para la de San Bue-

naventura, por cuyo motivo se suspendió dicha fundacion y hasta la presente por esta misma falta de soldados no se ha fundado. Viendo esto determinaron quedarse en San Gabriel los dos que habian de pasar á San Buenaventura á esperar la órden del reverendo padre presidente, á quien escribieron todo lo que habia pasado con el mismo capitan que con el resto de los soldados escribió para el presidio de Monterey.

En breve enfermaron los dos ministros dichos de la mision de San Gabriel que se vieron precisados á retirarse á la California, y con esto señaló el reverendo padre presidente á los dos, que allí estaban deteniéndose, de ministros de dicha mision pidiéndome le enviase otros para San Buenaventura, como le envié, primero al padre predicador fray Tomás de la Peña, en lugar del padre fray Fernando Paron que tambien se retiró por enfermo, y á los padres predicadores fray Ramon Uson y fray Juan Figuer; de modo que por parte de los misioneros no se ha dejado de fundar dicha mision, sino por lo arriba dicho de la falta de soldados, y por esta misma falta se dilató la fundacion de las demas. Pero para que interinvenia de la California algun socorro de soldados, estuviese visto el sitio para la mision de nuestro padre San Francisco, determinó fuese al registro del puerto el padre fray Juan Crespi, á lo que le convidó tambien el señor capitan comandante D. Pedro Fages, cuyo registro espresado en el diario que dicho padre misionero formó, me ha parecido copiar á la

letra para que se tengan presentes los titios y parajes, que en el tramo entre el puerto de Monterey y de nuestro padre San Francisco se encontraron para lo que pueda convenir.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

